



Aviso Legal

Revista

Título de la obra: *Cuadernos Americanos*

Director: Silva Herzog, Jesús

Forma sugerida de citar: *Cuadernos Americanos. Primera época (1942-1985). México. <https://rilzea.cialc.unam.mx/jspui/>*

Datos de la revista:

Año XVIII, Vol. CIV, Núm. 3 (mayo-junio de 1959).

Los derechos patrimoniales de esta revista pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, esta revista en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CCBY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 1987 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/> Correo electrónico: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

CUADERNOS

AMERICANOS

MEXICO

3

CUADERNOS AMERICANOS

(LA REVISTA DEL NUEVO MUNDO)
PUBLICACIÓN BIMESTRAL

Avenida Cerecúa No. 1085
Apartado Postal 985
Teléfono 23-34-88

DIRECTOR-GERENTE
JESÚS SILVA HERZOG

EDICIÓN AL CUIDADO DE
RAFAEL LOERA Y CHÁVEZ

AÑO XVIII

3

MAYO - JUNIO
1959

ÍNDICE
Pág. 3



Fijese en el hombre
que los fuma!



Le invitamos a probar

Lord's

El cigarro más fino que se fabrica
en cualquier país... ¡A cualquier precio!

Los Tabacos Más Finos y Más Caros del Mundo

Estuche Protect-o-Pack

La Última Palabra en Filtros

Boquilla Blanca · Tamaño Señorial

*De lo que gusta a un hombre...
Lord's da más!*



\$3.00
cajetilla

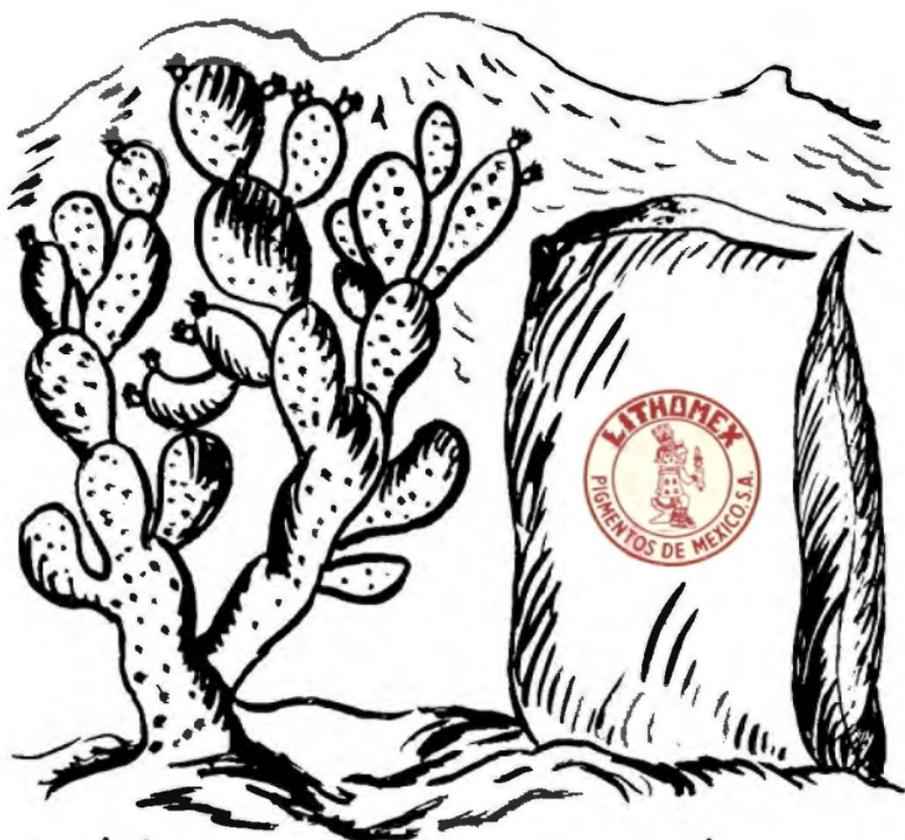
El estuche Protect-o-Pack pone fin
al maltrato de los cigarrros



Vea a Mike Hammer, el explosivo
personaje de Mickey Spillane,
en los canales 4 y 7 de televisión,
todos los viernes a las 21.00 horas.

L. M.





Antes
Cochinilla del Nopal.

Ahora
Lithomex.

Siempre México.

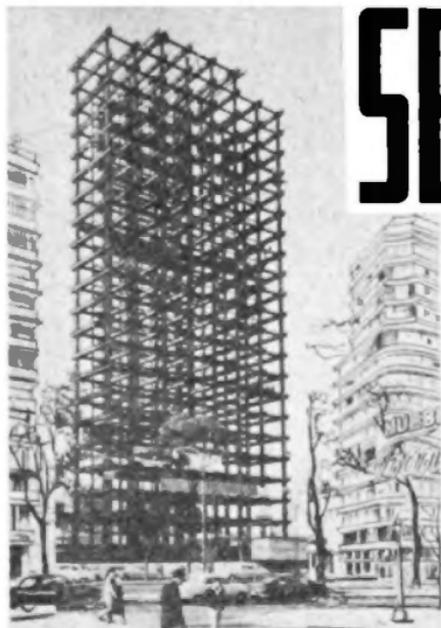
OFICINAS:
JOSE MA. MARROQUI NO.1 (60. PISO)
TEL. 21-98-48
CABLE: PIGMEYSA APARTADO. 2515
MEXICO 1. DF.

PLANTA INDUSTRIAL:
1A. AV. ISLETA Y CARRANZA
TELS. 2-25-26 Y 2-33-09
APDO. 552
TAMPICO, TAM.

SEGURIDAD

USANDO
ESTRUCTURAS
DE ACERO

PRINCIPALMENTE PARA
GRANDES EDIFICIOS



**ASEGURADORA
"ANAHUAC"**

CONSTRUIDO POR
ACERO ESTRUCTURAL,
S. A.

con perfiles de la



**CIA. FUNDIDORA DE FIERRO Y
ACERO DE MONTERREY, S. A.**

OFICINAS DE VENTAS: BALDERAS 68, MEXICO 1, D. F.

FABRICA: Calzada Adolfo Prieto al Oriente. MONTERREY, N. L.

BIBLIOTECA DE SINTESIS HISTORICA



UNA GIGANTESCA BIOGRAFIA DE LA HUMANIDAD

● TITULOS PUBLICADOS ●

La BIBLIOTECA DE SINTESIS HISTORICA, más que una Historia Universal al uso, es una gigantesca biografía; la primera y única biografía de la Humanidad escrita hasta la fecha.

Un núcleo de sabios, impresionante por el número y por su jerarquía en las más diversas ramas del conocimiento, han aportado su ciencia para la realización de este obra. En ella, la claridad de exposición y la singular maestría de sus autores, hacen que el lector asista a una maravillosa proyección en la que se hace visible la estupenda aventura humana, desde la aparición del hombre sobre la Tierra, hasta nuestros días.

El largo camino recorrido aparece integrado ante los ojos del lector en una visión que deslumbró por su inmensidad, que opusieron por su dramatismo y que asombra por la fabulosa capacidad de creación del Hombre.

- LA TIERRA ANTES DE LA HISTORIA
- LA TIERRA Y LA EVOLUCION HUMANA
- LOS GERMANOS
- LA CIVILIZACION BIZANTINA
- CARLOMAGNO Y EL IMPERIO CAROLINGIO
- EL PENSAMIENTO GRIEGO Y LOS ORIGENES DEL ESPIRITU CIENTIFICO
- DE LOS CLANES A LOS IMPERIOS
- LAS INSTITUCIONES DEL IMPERIO BIZANTINO
- EL FIN DEL MUNDO ANTIGUO Y LOS COMIENZOS DE LA EDAD MEDIA
- VIDA Y MUERTE DE BIZANCIO
- LA CIVILIZACION EGIPCIA
- LA ROMA IMPERIAL Y EL URBANISMO EN LA ANTIGUEDAD
- ISRAEL, DESDE LOS ORIGENES HASTA MEDIADOS DEL SIGLO VIII a. de C.
- EL ARTE DE LA EDAD MEDIA Y LA CIVILIZACION FRANCESA
- LAS CIENCIAS DE LA VIDA EN LOS SIGLOS XVII Y XVIII
- LA CIUDAD GRIEGA
- EL IRAN ANTIGUO (ELAM Y PERSIA) Y LA CIVILIZACION CRANIA
- LA INDIA ANTIGUA Y SU CIVILIZACION
- ORIGENES DE LA ECONOMIA OCCIDENTAL. ECLIPSE Y DESPERTAR DE LA VIDA URBANA (SIGLOS IV-XI)
- LUCIFER Y EUROPA
- EL LENGUAJE (INTRODUCCION LINGUISTICA A LA HISTORIA)
- LOS HITITAS
- LOS CELTAS Y LA EXPANSION CELTICA HASTA LA EPOCA DE LA TENE
- LOS CELTAS DESDE LA EPOCA DE LA TENE Y LA CIVILIZACION CELTICA
- EL MUNDO ROMANO
- LA SOCIEDAD FEUDAL. LA FORMACION DE LOS LAZOS DE DEPENDENCIA
- LA FORMACION DEL IDEAL MODERNO EN EL ARTE DE OCCIDENTE
- LA ERA ROMANTICA. EL ROMANTICISMO EN LA LITERATURA EUROPEA
- LA ERA ROMANTICA. LAS ARTES PLASTICAS
- LA ERA ROMANTICA. LA MUSICA

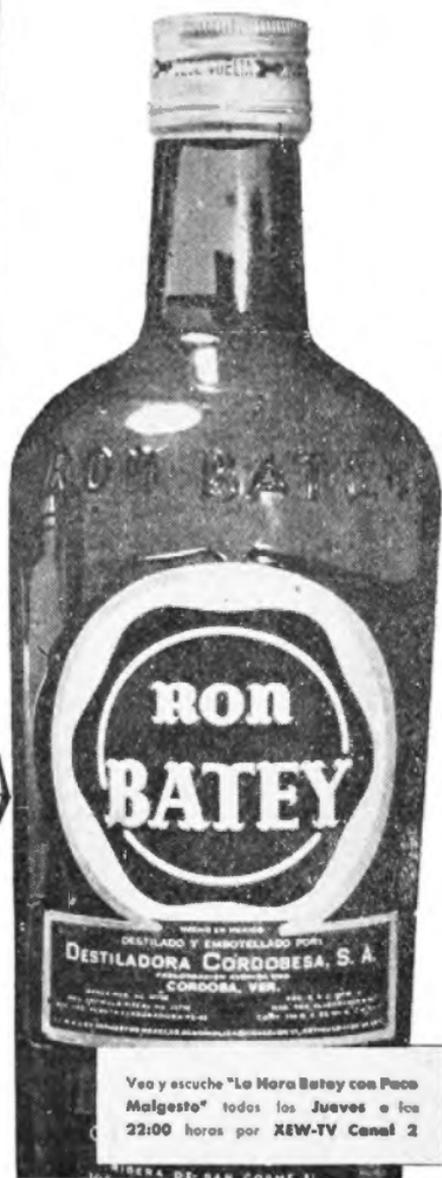
**ENVIE
HOY MISMO
ESTE CUPON**

EDITORIAL GONZALEZ PORTO Apdo. 140-Bis México, D. F.
 Sírvase remitir el folleto descriptivo de la BIBLIOTECA DE SINTESIS HISTORICA, dándome a conocer sus condiciones de pago

Nombre _____
 Domicilio _____
 Localidad _____
 Estado _____

GRANDES FACILIDADES DE PAGO

DISTRIBUIDORA EXCLUSIVA **EDITORIAL GONZALEZ PORTO**
 AV. INDEPENDENCIA 10 • AVENIDA 5 DE MAYO 31-C APDO. 140-BIS - MEXICO, D. F.



Si usted dispone de RON BATEY, lo demás es lo de menos, porque BATEY es el RON PERFECTO!

Súmelo a otros ingredientes en su "coctel" favorito; agréguele solamente agua natural o soda, o su refresco predilecto . . . ¡no importa! Usted, de todas maneras, obtiene una bebida excelente, porque lo demás es lo de menos . . . ¡lo que importa es RON BATEY!

Vea y escuche "La Hora Batey con Peco Malgesto" todos los Jueves a las 22:00 horas por XEW-TV Canal 2

AYUDE A LA INDUSTRIA . . .

La industrialización de México es una tarea que requiere del esfuerzo de todos y cada uno de sus habitantes. Es menester construir plantas industriales y adquirir equipo y maquinaria, y para construir unas y adquirir otros es necesario que la población ahorre e invierta sus ahorros adecuadamente.

Contribuya al proceso industrial del país comprando CERTIFICADOS DE PARTICIPACION DE LA NACIONAL FINANCIERA, S. A. De esta manera entrará en posesión de títulos con amplio mercado y garantías de primera calidad.

NACIONAL FINANCIERA, S. A.

Venustiano Carranza Núm. 35

Apartado 353

México, D. F.



(Autorizado por la Comisión Nacional Bancaria en Oficio
Núm. 601-II-7399).

BANCO NACIONAL DE COMERCIO EXTERIOR

INSTITUCION DE DEPOSITO Y FIDUCIARIA
FUNDADA EL 2 DE JULIO DE 1937

•
CAPITAL Y RESERVAS: 244.999,121.58
•

ATIENDE AL DESARROLLO DEL COMERCIO
DE IMPORTACION Y EXPORTACION.

ORGANIZA LA PRODUCCION DE ARTICULOS
EXPORTABLES Y DE LAS EMPRESAS, DEDICA-
DAS AL MANEJO DE DICHS PRODUCTOS

FINANCIA LAS IMPORTACIONES ESENCIALES
PARA LA ECONOMIA DEL PAIS. - ESTUDIA E
INFORMA SOBRE LOS PROBLEMAS DEL
COMERCIO INTERNACIONAL

•
VENUSTIANO CARRANZA No. 32

MEXICO 1, D. F.

(Publicación autorizada por la H. Comisión Nacional Bancaria en
Oficio No. 601-11-15572).

BANCO NACIONAL
DE
CREDITO AGRICOLA,
S. A.

MOTOLINIA Núm. 11
MEXICO I. D. F.

UNA INSTITUCION AL
SERVICIO DE LOS
AGRICULTORES

BANCO NACIONAL DE CREDITO EJIDAL, S. A. DE C. V.

Uruguay Núm. 56

México 1, D. F.

- Se fundó en 1936. Funciona de acuerdo con la Ley de Crédito Agrícola del 30 de diciembre de 1955. Forma parte del Sistema Nacional de Crédito Agrícola y tiene las características de Empresa Descentralizada de Participación estatal.

- Fomenta la producción agrícola ejidal concediendo el crédito y la asesoría técnica necesarias para elevar el nivel de vida del ejidatario.



CONSEJO DE ADMINISTRACION. Presidente: Sr. Ing. Julián Rodríguez Adame. **Vicepresidente:** Sr. Prof. Roberto Barrios. **Consejeros Propietarios:** Sres. Lic. Jesús Rodríguez y Rodríguez, Lic. Emigdio Martínez Adame, Lic. Ricardo J. Zevada, Lic. Roberto Amorós, Lic. Ernesto Fernández Hurtado, Mariano López Mateos y Lic. José Sáenz Arroyo. **Consejeros Suplentes:** Sres. Ing. Jesús Patiño Navarrete, Manuel García Santibáñez, Lic. Fernando Rosenbluth, Ing. Ernesto Reza Rivera, Ing. Emilio Gutiérrez Roldán y Prof. Enrique Beltrán. **Secretario:** Sr. Lic. Rodolfo García Bravo y Olivera. **Comisarios Propietarios:** Sres. Lic. Rafael Urrutia Millán y Lic. Enrique Landa Berriozábal. **Comisarios Suplentes:** Sres. Lic. Mario Salas Villagómez y Lic. Eduardo Claisse.

Director Gerente:

Sub-Gerente:

Lic. Ricardo Torres Gaitán. Ing. Enrique Marcué Pardiñas.

LA Unión Nacional de Productores de Azúcar, como lo hemos venido diciendo, invariablemente vende sus azúcares a los precios autorizados oficialmente, jamás usa de intermediarios para realizar estas operaciones mercantiles, sino que directamente va a los comerciantes en todo el país. La misma Unión ha estado invitando a todos los mexicanos para que colaboren con ella y no permitan que en su perjuicio se sobrecargue el precio de este indispensable complemento de la alimentación, pero físicamente es imposible para la Unión vigilar que este producto llegue al público a los precios autorizados, primero porque carece de autoridad para hacerlo, ya que constituye un simple organismo comercial de distribución en beneficio del consumidor y segundo porque requeriría, además de la autoridad delegada por el Gobierno, de una planta numerosísima de empleados que forzosamente tendría que recargar el costo del azúcar, en perjuicio del consumidor.

A pesar de esto, en aquellos lugares donde notoriamente se abusa en los precios del azúcar, esta Unión ha procedido a establecer expendios directos al menudeo para contrarrestar así el aumento en los precios más allá de los oficialmente autorizados. Nuevamente insistimos en hacer un llamado a todo el comercio, a fin de que haciéndose eco de nuestra labor y del deseo general del país, cumpla la alta misión que tiene encomendada en beneficio del pueblo consumidor.



**UNION NACIONAL DE PRODUCTORES
DE AZUCAR, S. A. de C. V.**

EDIFICIO INDUSTRIA Y COMERCIO.

Balderas No. 36—1er. piso. México, D. F.



CHICAGO



LOS ANGELES



LA HABANA



SAN ANTONIO

por **MEXICANA**



Volar por **MEXICANA** en lujosos SUPER DC-6 con Radar es una maravillosa experiencia en comodidad y rapidez ★★★ Sin escalas a Chicago y Los Angeles. A La Habana directo o con escala en Mérida. A San Antonio via Monterrey.

Servicios de Primera Clase y Turista en todos los vuelos. Además, a San Antonio Servicio Económico con las tarifas más bajas en la historia.



Reservaciones con su Agente de Viajes o

MEXICANA DE AVIACION

Afiliada de **PAN AMERICAN**

AV. JUAREZ Y BALDERAS

TEL 18-12-60

En los servicios de lujo deliciosas comidas supervisadas por el mundialmente famoso Pump Room de Chicago

LA CERVEZA



BEBIDA IDEAL PARA EL DESCANSO

Nada más natural y justo que gozar del merecido descanso y, para gozarlo, nada hay comparable a una cerveza mexicana, que es la mejor del mundo. Disfrute como es debido de su descanso después de la diaria tarea con esta bebida sana y pura, de muy bajo contenido alcohólico, de agradabilísimo sabor, que lo reconforta y reanima, por estar elaborada con materias de alto valor nutritivo.

Para compensar los esfuerzos diarios acompañe su descanso con una cerveza mexicana.



ASOCIACION NACIONAL DE
FABRICANTES DE CERVEZA

INSTITUTO MEXICANO DE INVESTIGACIONES ECONOMICAS

Obras publicadas:

MECANIZACION DE LA AGRICULTURA MEXICANA

por

Luis Yáñez Pérez,

con la colaboración de Edmundo Moyo Porras. (Agotado).

LOS DISTRITOS DE RIEGO DEL NOROESTE

por

Jacques Chonchol.

LOS BOSQUES DE MEXICO

Relato de un despilfarro y una injusticia,

por

Manuel Hinojosa Ortiz.

ASPECTOS DE LA INDUSTRIA TEXTIL DEL ALGODON
EN MEXICO

por

Javier Barajas Manzano.

Precios:

MEXICO	ESPAÑA Y AMERICA	OTROS PAISES
\$20.00	2.00 Dls.	2.25 Dls.

En prensa: "DIAGNOSTICO REGIONAL"

Por Fernando Zamora y un grupo de técnicos.

Obra indispensable para el conocimiento de la realidad nacional.



Distribuye:

"CUADERNOS AMERICANOS"

AV. COYOACAN 1035 Apartado Postal 965
México 12, D. F. Tel. 23-34-68 México 1, D. F.

CUADERNOS AMERICANOS

SERVIMOS SUSCRIPCIONES DIRECTAMENTE DENTRO Y FUERA DEL PAIS

A las personas que se interesen por completar su colección les ofrecemos ejemplares de números atrasados de la revista, según detalle que aparece a continuación, con sus respectivos precios:

Año	Ejemplares disponibles	Precios por ejemplar	
		Pesos	Dólares
1943	Números 3, 5 y 6	30.00	3.00
1944	.. 2 al 6	30.00	3.00
1945	.. 1, 4, 5 y 6	25.00	2.50
1946	Los seis números	25.00	2.50
1947	Números 1, 3, 5 y 6	25.00	2.50
1948	.. 3, 4 y 6	25.00	2.50
1949	Número 2	20.00	2.00
1950	.. 2	20.00	2.00
1951	Números 2 y 5	20.00	2.00
1952	.. 1 al 5	20.00	2.00
1953	.. 2, 4, 5 y 6	20.00	2.00
1954	.. 4 y 6	17.00	1.50
1955	Los seis números	17.00	1.50
1956	Números 1 al 5	17.00	1.50
1957	.. 1 al 5	17.00	1.50
1958	Números 2, 3 y 6	17.00	1.50

SUSCRIPCION ANUAL (6 volúmenes)

México	\$ 75.00
Otros países de América y España Dls. 7.30	
Europa y otros Continentes	8.80

Precio del ejemplar del año corriente:

México	\$ 15.00
Otros países de América y España Dls. 1.40	
Europa y otros Continentes	1.65



Los pedidos pueden hacerse a:

Av. Coyoacán 1035 Apartado Postal 965
o por teléfono al 23-34-68

Véase en la solapa posterior los precios de nuestras publicaciones extraordinarias.

COMPRAMOS EJEMPLARES DE LOS AÑOS DE 1942 y 1943

Documentos para
LA HISTORIA DEL MEXICO
COLONIAL

publicados por

FRANCE V. SCHOLLES

y

ELEANOR B. ADAMS

•

Vol. V

SOBRE EL MODO DE TRIBUTAR LOS INDIOS DE NUEVA
ESPAÑA A SU MAJESTAD, 1561-1564

Edición de 200 ejemplares numerados, impresos en papel Corsican;
141 pp., rústica, \$130.00

Vol. IV

INFORMACION SOBRE LOS TRIBUTOS QUE LOS INDIOS
PAGABAN A MOCTEZUMA

Edición de 200 ejemplares numerados, impresos en papel Corsican;
239 pp., rústica, \$200.00

•

ANTIGUA LIBRERIA ROBREDO

ESQ. ARGENTINA Y GUATEMALA
APARTADO POSTAL 8855

TELEFONO: 22-20-85
MEXICO 1, D. F.

ACADEMIA HISPANO MEXICANA



SECUNDARIA y
PREPARATORIA
Externos

Abraham González 67
Tel.: 35-51-95

KINDER-PRIMARIA
Medio Internado - Externos

Reforma 950, Lomas
Tel.: 20-45-72

MEXICO, D. F.

CONSEJO - PATRONATO

PRESIDENTE: Lic. Anrón Sáenz. **VOCALES:** D. Ernesto J. Amescua, D. Jerónimo Arango, D. Jerónimo Bertrán Cusiné, D. Juan Casanellas, Lic. Daniel Cosío Villegas, D. Pablo Díez, Ing. Marte H. Gómez, Arq. Carlos Obregón Santinella, Dr. Manuel Germán Parra, Ing. Gonzalo Robles. **SECRETARIO:** Dr. Ricardo Vinós.

S U R

Revista Bimestral

ISRAEL

Testimonio Argentino, por Jorge Luis Borges * Jorge Mejía * José Luis Romero * Colaboraciones Israelíes de Arieh Ieón Kubovy * Yehoshua Bar-Yosey * Joseph Lichtenbaum * Shmoel Josef Agnon * Jaim Hazaz * Rajel * S. Izhar * Yehuda Amijai * Jacob Fijman * Jacob Kahan * A. Shlonsky * T. Carmi * Abraham Zevi Bar-on * Shulamith Schwartz * F. Schiff * Peter Gradenwitz.

254

Septiembre y Octubre de 1958

Redacción y Administración:

San Martín 689, Buenos Aires, Argentina.

REVISTA IBEROAMERICANA

ORGANO DEL INSTITUTO INTERNACIONAL DE
LITERATURA IBEROAMERICANA DE LOS E. U.
PATROCINADA POR LA UNIVERSIDAD DE IOWA

Director-Editor: ALFREDO A. ROGGIANO.

Department of Romance Languages,

State University of Iowa, Iowa City, Iowa, U. S. A.

Director Literario: ARTURO TORRES RIOSCO.

Universidad de California (Berkeley).

Comisión Editorial: Fernando Alegria, Enrique Anderson Imbert, José A. Balseiro, Arnold G. Chapman, John E. Englekirk, Luis Monguió y Francisco Monterde.

Secretario Ejecutivo-Tesorero: MARSHALL NASON, Box 60,
University of New Mexico, Albuquerque, New Mexico.
U. S. A.

Suscripción anual: 2.00 Dls. para Iberoamérica y 4.00 Dls. para E. U.
Para canje, colaboración y todo otro intercambio cultural, dirijase al Director-Editor. Para suscripciones o compra, dirijase al Secretario-Tesorero.

GEOGRAFIA GENERAL DE MEXICO

Por

JORGE L. TAMAYO

Cuadernos Americanos se ha hecho cargo, en forma exclusiva, de la distribución de esta interesante obra que consta de dos volúmenes de 628 y 582 páginas, con fotografías y mapas, y de un *Atlas Geográfico General de México* con 24 cartas a colores, formando un volumen en folio de 41 x 53½ cms., encuadernado en holandesa.

PRECIO DE LA OBRA:

	Pesos	Dls.
Con los dos tomos, de texto a la rústica	100.00	9.00
Con los dos tomos, pasta percalina	125.00	10.50
Con los dos tomos, pasta española	145.00	12.00

DIRIJA SUS PEDIDOS A

CUADERNOS AMERICANOS

Av. Coyoacán 1035
México 12, D. F.

Apartado Postal No. 965
Tel. 23-34-68

REVISTA HISPANICA MODERNA

Se publica trimestralmente con el objeto de estudiar y difundir la cultura hispánica. Contiene artículos, reseñas de libros y noticias literarias; textos y documentos para la historia literaria moderna; estudios y materiales de folklore hispánico; una bibliografía hispanoamericana clasificada y noticias acerca del hispanismo en América.



Fundador: Federico de Onís

Director: Angel del Río

Subdirectores: Eugenio Florit y Andrés Iduarte



6 dolares norteamericanos al año; números sueltos: 1.50

Hispanic Institute in the United States
Columbia University

435 West 117th Street.

New York.

NOVEDADES

CORONA DE SOMBRA

por Rodolfo Usigli
(2a. Edición)

Precios:

México	España y América	Europa
\$15.00	1.50 Dls.	1.75 Dls.



"CUADERNOS AMERICANOS"

Av. Coyoacán 1035
México 12. D. F.

Apartado Postal 965
México 1, D. F.

EDITORIAL CVLTVRA
TALLERES GRAFICOS, S. A.



GUATEMALA No. 96. TELS: 22-46-41 y 22-08-32
MEXICO, D. F.

FONDO DE CULTURA ECONOMICA

Av. Universidad 975
México 12, D. F.



Apartado Postal 25975
Teléfono 24-89-33

La planeación del desarrollo.

por
JAN TINBERGEN
(Economía. 110 pp.)

ONTOLÓGIA
III - La fábrica del mundo real

por
NICOLAI HARTMANN
(Filosofía. 688 pp.)

Filosofía de lo posible

por
NICOLA ABBAGNANO
(Filosofía. 236 pp.)

Las mocedades de Ortega y Gasset

por
FERNANDO SALMERON
(Colegio de México. 354 pp.)

Psicología médica

por
R. DE LA FUENTE MUÑIZ
(Biblioteca de Psicología y Psicoanálisis. Empastado. 446 pp.)

La trama de la vida

por
JOHN H. STORER
(Breviario Núm. 143. Empastado, papel Biblia. 136 pp.)

James Joyce

por
HARRY LEVIN
(Breviario Núm. 144. En prensa).

Cultura y personalidad

por
RALPH LINTON
(Breviario Núm. 145 —nueva edición—. En prensa).

Suscríbase a **El Trimestre Económico**, la revista, en su género, más antigua y prestigiada de Hispanoamérica.

En la entrega número 100, que conmemora el XXV aniversario de la revista.

"Los problemas del desarrollo económico". Artículos expresamente escritos por economistas europeos y americanos para **El Trimestre Económico**.

(Suscripción: US\$ 4.00 al año)

CUADERNOS
AMERICANOS

AÑO XVIII

VOL. CIV

3

MAYO - JUNIO

1959

MÉXICO, 1^o DE MAYO DE 1959

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE EN
LA ADMINISTRACIÓN DE CORREOS DE MÉXICO, D. F.,

CON FECHA 23 DE MARZO DE 1942.

JUNTA DE GOBIERNO

Pedro BOSCH-GIMPERA

Alfonso CASO

León FELIPE

José GAOS

Pablo GONZÁLEZ CASANOVA

Manuel MÁRQUEZ

Manuel MARTÍNEZ BÁEZ

Alfonso REYES

Manuel SANDOVAL VALLARTA

Jesús SILVA HERZOG

Director-Gerente
JESÚS SILVA HERZOG

Edición al cuidado de
R. LOERA Y CHÁVEZ

Se prohíbe reproducir artículos de esta Revista
sin indicar su procedencia.

IMPRESO EN LOS TALLERES DE LA EDITORIAL CVLTVRA
REP. DE GUATEMALA 96. MÉXICO 1, D. F.

CUADERNOS AMERICANOS

No. 3

Mayo-Junio de 1959

Vol. CIV

ÍNDICE

NUESTRO TIEMPO

	<i>Págs.</i>
JAIME GARCÍA TERRÉS. Un diálogo con Alfonso Reyes	7
JUAN J. FITZPATRICK. La crisis política en Argentina	14
NAPOLEÓN VIERA ALTAMIRANO. Marginales al Continente	20
CARLOS SÁNCHEZ VIAMONTE. Intervencionismo	28
RENÉ MARQUÉS. Pesimismo literario y optimismo político: su coexistencia en el Puerto Rico actual	43

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

MARCOS VICTORIA. El hombre y el teléfono	77
JOSÉ MEDINA ECHAVARRÍA. El papel del sociólogo en las tareas del desarrollo económico	97
MIGUEL BUENO. La filosofía y el método	118

PRESENCIA DEL PASADO

JOSÉ URIEL GARCÍA. Sumas para la historia del Cusco. I	133
RAÚL LEIVA. A propósito de la literatura perseguida en México	152
MARIO DE LA CUEVA. Las fuerzas políticas en la sociedad fluctuante	165
JESÚS SILVA HERZOG. La etapa maderista de la revolución	184

DIMENSIÓN IMAGINARIA

	<i>Págs.</i>
JUAN REJANO. Cinco sonetos	205
RODOLFO USIGLI. La Exposición. Divertimiento en tres actos	208
MANUEL MAPLES ARCE. Tanka y Haiku	233
CARMEN IGLESIAS. El "esperpento" en la obra de Valle-Inclán. I	247
HUGO RODRÍGUEZ ALCALÁ. En torno a una no- vela americana	264

LIBROS Y REVISTAS

MAURICIO DE LA SELVA. Libros	285
ANTONIO SALGADO. Libros	297
MAURICIO DE LA SELVA. Revistas	299



ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

	Frente a la pág.
Terrazas y escaleras de emergencia incaicas. Cusco . . .	144
Terrazas y escalinatas incaicas. Machupic-chu. Cusco . . .	"
Andenerías incaicas de Ollantai tambo. Valle del Vilcanota. En primer término la gran portada de ingreso. Cusco	145

Nuestro Tiempo

UN DIALOGO CON ALFONSO REYES

Por Jaime GARCIA TERRES

LEGO a casa de Alfonso Reyes como un viejo conocido que se presenta, no a iniciar, sino a reanudar una larga plática. Muchos años han pasado desde nuestro primer encuentro (allá por 1940, si mi memoria es buena). Las circunstancias, los intereses, han cambiado. Pero en el curso de todo este tiempo, nuestra amistad ha permanecido fiel e intacta. Mi admiración, su generosidad conmigo, se mantienen invariables.

Recuerdo aquella primera vez. Me disponía yo entonces a comenzar la carrera de leyes, y, simultáneamente, con mayor apremio, me solicitaba ya la vocación literaria. Don Alfonso me obsequió su *Visión de Anáhuac*, e inscribió en el pequeño volumen: "Para Jaime García Terrés, deseando que —entre las Leyes y las Letras— nunca se sienta defraudado". Después, al estrecharme la mano, me persuadió a no abandonar ni las unas ni las otras, "pues aunque tu destino esté en la literatura, el aprendizaje del Derecho habrá de propiciarte la disciplina que en todo ejercicio humano se requiere".

En rigor, mi camino a lo largo de las letras se halla trenzado con sus orientaciones cordiales y sus estímulos incesantes. Y hoy como ayer, en su charla viva tanto como en la lectura de sus obras, sigo descubriendo nortes y umbrales hacia nuevas aventuras.

LA biblioteca de Alfonso Reyes es célebre en todo México. Invade las cuatro quintas partes de su residencia; y le sirve de sala, recibidor, y estudio. Una criada me guía a través de los estantes, hasta la escalera que conduce al escritorio. Allí, con la misma sonrisa de siempre, me aguarda don Alfonso. Parece mentira que vaya a cumplir setenta años; y que haya sufrido tres infartos cardíacos. Decenas de papeles escritos y a medio escribir comprueban su trabajo cotidiano. Y su cara refleja una vi-

talidad envidiable. Ni asomos de fatiga. Ni un solo síntoma de flaqueza.

Le pregunto por sus planes inmediatos, y me enumera una media docena de títulos. Sin contar la labor que representa la ordenación y preparación de sus *Obras Completas*; ni las colaboraciones periódicas en revistas nacionales y extranjeras; ni la atención minuciosa de su correspondencia.

Mas luego de unos minutos, es él quien me interroga, sinceramente interesado en los demás. Quiere saber cómo están algunos amigos que yo veo a menudo, y a quienes él aprecia en particular.

—Sigo los pasos de los jóvenes—me dice—. Los antiguos compañeros han desaparecido, o bien marchan cada uno por su propio rumbo. Me quedan los contactos juveniles, por ahora mis predilectos.

¿Y qué piensan de Reyes los jóvenes? Se le discute y también se le admira. Pero una buena parte de quienes dicen admirarlo, y todos los que lo censuran, desconocen lo esencial de su obra.

Una obra limpia, sabia, llena de fe en la vida, y abundante en descubrimientos en torno de nuestro presente y nuestro pasado. La mayoría de los lectores, por desgracia, no avanzan más allá de la superficie. La pereza o la trivialidad les impide penetrar en las verdaderas lecciones, en los incontables frutos del juicio maduro y de la búsqueda perenne. Una obra no únicamente de erudición, no sólo de brillos y agudezas, sino de amor a la inteligencia, de investigación incansable en las honduras humanas. Detrás de la gracia (*Sea vuestra palabra con gracia, sazónada de sal*, aconseja, por lo demás, el Nuevo Testamento), o mejor, fundida con ella, está la enseñanza del maestro, la voz que explora y entrega el saldo creador de sus experiencias.

Don Alfonso continúa pidiéndome noticias. No ignora mis viajes —más o menos recientes— al extranjero, y se informa de mis hallazgos:

—Viste a Trend en Cambridge? Era un hombre excepcional, el príncipe de los hispanistas británicos, y todo un gran señor. . . . Acabo de recibir una carta de Matilde Pomés; me escribe desde París, que está muy enferma. ¿Tuviste oportunidad de conversar con ella?

Le respondo que, en efecto, vi a J. B. Trend, pocos meses antes de que falleciera. Y que me causó la mejor impresión.

Jovial, afectuoso, insaciable en sus laboriosas inquisiciones. Le cuento que presidían su cuarto de trabajo los volúmenes publicados de las *Obras Completas de Alfonso Reyes*. Y le menciono, al azar, en la medida en que no se hundan en mi culpable olvido, los nombres de otras personas que me encomendaron un saludo "para Alfonso", "para don Alfonso", "para Reyes", mientras pienso en aquellos renglones de *Parentalia*: "Mi casa es la tierra. Nunca me sentí profundamente extranjero en pueblo alguno, aunque siempre algo náufrago del planeta. . . Soy hermano de muchos hombres, y me hablo de tú con gente de varios países. Por dondequiera me sentí lazado entre vínculos verdaderos".

Se queda meditando unos instantes, y en seguida comienza a hablar:

—Sí, Europa es un recuerdo grato. Y París, una ciudad que tiene impregnados en cada una de sus calles, en cada perspectiva, en cada piedra, siglos de historia y de conciencia. Pero me agrada la comunicación que ustedes, los jóvenes, empiezan a buscar con los pueblos de América. Eso es lo que somos, después de todo. Americanos, para bien o para mal. En este continente se fincan nuestras raíces y nuestra esperanza.

No tengo más remedio que reprimir los comentarios que me sugieren sus afirmaciones, tan bienvenidas cuanto estimulantes. Tengo todavía almacenadas una multitud de preguntas. Le propongo:

—Don Alfonso, usted es —aun recluso en esta habitación— un factor *político* en el México actual.

Ríe, paciente y amistoso. Yo insisto:

—El auténtico escritor es siempre un factor político. En este mar de retórica hueca en que nos movemos, en esta vana atmósfera que desvirtúa el sentido de las palabras y ahoga la función misma del lenguaje, usted representa la honradez verbal, el artífice que, ejerciéndola con nobleza, vigila y resguarda el rigor de la expresión.

—En este sentido. . . acaso. Es decir, convengo en que el escritor leal a su oficio, por ese solo hecho trasciende lo personal y opera en lo social. A fin de cuentas, todo lo humano se resuelve en palabras. Me acuerdo de Paul Valéry, que al referirse a París, exclamaba: "¡Esa entidad de palabras!"

—Y no excluyamos las aportaciones a la comprensión de nosotros mismos. Usted nos ha aclarado no pocos puntos de la

tradición mexicana. Quizá no sea yo un buen juez en materia de historiografía; pero lo cierto es que he entendido mejor algunos aspectos del Porfiriato y de la Revolución, después de leer *Pasado inmediato*. Y las ligas entre la sociedad y las letras —ligas que a menudo olvidan o soslayan los escasos y apresurados cronistas de nuestra literatura— me parecen diáfananamente subrayados en *Las letras de la Nueva España*. Tampoco, volviendo a lo político, dejo de tener presentes determinados pasajes del *Discurso por Virgilio*: ese vigoroso perfil de Hidalgo, cuyos enemigos —según allí queda escrito— “lo llamaban *el afrancesado*, lo que en aquel tiempo equivalía más o menos a lo que hoy sería llamarle el avanzado, el izquierdista, el hombre de nueva sensibilidad”; y un postulado que todos deberíamos tener en cuenta en los momentos actuales: “Consiste nuestro ideal político en igualar hacia arriba, no hacia abajo”. A querer o no, don Alfonso, usted es una bandera contra la mediocridad. En todos nuestros campos de batalla.

Él se acaricia la barba, gravemente, en un gesto de mesurado acuerdo, no exento de cordialidad. Sabe que al decir “política”, no deseo aludir a ningún afán pasajero, efímero. Que invoco su humanismo civil —si cabe la frase—, sin pretender inventarle posturas transitorias lejanas de su tarea peculiar. Y esta invocación, él la acepta como lo más natural del mundo. Él ha cumplido con depositar la semilla, implícita en su obra entera, sobre nuestra tierra americana; a otros corresponderá lograr que fructifique.

RESULTA difícil calcular una pregunta importante que no tenga previa contestación en alguna de sus innumerables páginas. Sin embargo, aparte de que la vivacidad de su plática, su presencia jovial, son valores en sí (es un placer revivir a su lado lecturas familiares), su espíritu abierto acaba por suscitar diálogos insospechados.

—De los días de mis semanas —me confía de pronto—, paso tres o cuatro en Cuernavaca, por razones de salud. Y no sólo encuentro allá el reposo que necesito. Me es especialmente grata, además, la proximidad de hombres y mujeres desconocidos, ajenos a toda especie de letras o erudición. Gente sencilla y, por ello, más interesante. Me refresca su compañía desprovista de afectación. Y su diversidad. Y las ocasionales sorpresas que deparan. . .

Hace un ademán, como enlazando el presente con el pasado.

—En Nueva York, me puse a charlar una vez con un grupo de simpáticos sefarditas. Una de las mujeres del grupo díjome en español que había nacido en Salónica, y señalando a un hombre que trabajaba a poca distancia, pronunció llanamente estas precisas palabras: "Y aquel galán hermoso es mi marido". ¡Me sentí en la Edad Media; en la España del Cid!

De un tema saltamos a otro. Yo comento por asociación de ideas:

—En Grecia encontraría usted numerosos sefarditas. Casi todos son muy amables, y a cada mexicano que reconocen lo llaman primero, con gran entusiasmo: "mexikánico", y luego le asestan un rosario de pintorescos arcaísmos españoles.

A la mención de Grecia, don Alfonso suspira:

—Uno de los males más dolorosos que padezco es la imposibilidad de viajar. ¡Grecia!. . . Me escribo con algunas personas de Atenas. Frases de cortesía, sobre todo. No sé si aquella gente se interese por cuantos hurgamos, a lo lejos, en su tradición.

Le aseguro que sí. Aunque los modernos griegos, al menos en Atenas y sus alrededores, tienen una indiscutible apariencia de turcos, se muestran orgullosos de las ruinas y demás testimonios de pasada grandeza, que contemplan cotidianamente, y que sienten suyos propios. En las escuelas se organizan frecuentes excursiones para visitarlos e ilustrar a los niños sobre su significado. Y le cuento una anécdota que conservo muy grabada en la memoria.

—Cuando subí al Partenón, el guía que nos orientaba hizo alto, intempestivamente, en uno de los bordes de la colina, y nos manifestó con toda tranquilidad: "Los dejo aquí una media hora para que digieran lo que han visto y mediten en ello". ¿Cree usted que un pueblo capaz de ofrecer semejantes ejemplares de guías de turistas, pueda desconocerse a sí mismo al grado de ser indiferentes al amor de los extraños por su rica historia? Estoy convencido de que hay mucho más que una simple cortesía en las cartas que le envían sus corresponsales.

Y de Grecia pasamos al Brasil.

Los ojos de don Alfonso brillan con genuina saudade, al enumerar las virtudes de los brasileños: "la cortesía", justamente; y "la delicadeza", "la discreción", "el coraje y la pru-

dencia". Al evocar los nombres de Manuel Bandeira, Ribeiro Couto, Alceu Amoroso Lima. . .

—Alceu Amoroso Lima solía escribir bajo el pseudónimo de Tristán de Athaide. Caballero y buen cristiano, me invitó a dar una conferencia en una sociedad —confesional— presidida por él. Me asombré. Y advirtiéndolo Amoroso Lima, me dijo: "Naturalmente, Reyes, que usted nos hablará sobre Chesterton". De Bandeira son aquellos versos:

"Os cavalinhos correndo.
E nós, cavaloes, comendo. . .
Alfonso Reyes partindo,
E tanta gente ficando. . ."

—Don Alfonso, ¿quién fue el que dijo, refiriéndose a Brasil, "Ojos míos, estamos vencidos"?

—En realidad, son palabras de Aquiles Tacio. Yo las apliqué, a manera de comentario, al espectáculo que brinda la nación brasileña. . . fantástico espectáculo de humanidad y naturaleza. . . Constan en un pequeño ensayo que titulé "El Brasil en una castaña".

Soy hermano de muchos hombres, y me hablo de tú con gente de varios países. Por dondequiera me sentí lazado entre vínculos verdaderos. . .

En 1955, para festejar "sus bodas de oro con las letras", la Universidad Nacional decidió la edición del *Libro jubilar de Alfonso Reyes*. Nunca esperé tantas colaboraciones. De todas partes del mundo me llegaron (en mi calidad de coordinador de aquel homenaje) cuartillas y votos de adhesión. Francia, Italia, España, Inglaterra, Brasil, Estados Unidos, Cuba, Ecuador, Costa Rica, Argentina, Venezuela, Chile, estuvieron representados. Zenobia Camprubi de Jiménez me escribió excusando a Juan Ramón, a la sazón muy enfermo; pero éste no quiso privarse de comparecer: a última hora envió dos preciosos textos.

¡Y cómo no ser amigo, devoto amigo de Reyes una vez que se le ha escuchado; cuando se ha experimentado el valor de su presencia, de su verbo —siempre *le mot just*—, de su además que invita a la confianza y a la entrega!

Ajeno a capillas y modas, ha sobrevivido a su generación; las hornadas sucesivas lo reclamaron y siguen reclamándolo,

cual una especie de hermano mayor. Y en París, capital de los matices inconciliables, lo admiran a un tiempo hombres tan diferentes como Supervielle y Michaux, Bataillon y Roger Caillois. Jules Romaine y Etiemble.

De mí mismo —y a salvo las proporciones— puedo decir que me inicié en las letras con su nombre en mi pluma. El trozo ha sido recogido —más por amabilidad que por justicia— en las *Páginas sobre Alfonso Reyes*, publicadas por la Universidad de Nuevo León. Data de 1941. Pero el fervor que allí se expresa no es de los que envejecen.

UNA vez más le digo "hasta luego". Él responde con un "Que no se demore tu próxima visita". Y vuelvo a descender la escalera; y a atravesar, un poco abrumado, la inacabable biblioteca, que alberga volúmenes en todos los idiomas y sabiduría de todas las edades. De pie todavía, desde su soleado claustro, Don Alfonso Reyes me hace señas afectuosas. Observo que tiene un lápiz entre los dedos, y que su rostro descubre ya la avidez por continuar la faena.

LA CRISIS POLÍTICA EN ARGENTINA

Por Juan J. FITZPATRICK

DESDE que se produjo en Argentina la caída del régimen peronista, uno de los episodios que más ha llamado la atención —dentro y fuera del país— ha sido, sin duda, el de las escisiones sufridas en el seno de agrupaciones políticas tradicionales de la república rioplatense. Luego de años de forzada inactividad, afloraron otra vez a la vida pública dichas agrupaciones pero para experimentar, de inmediato, divisiones intestinas que, en más de un caso, se tradujeron en nuevas asociaciones partidarias. Por otra parte, el hecho de que ese fenómeno, en cambio de desaparecer, se haya ampliado cada vez más, hasta terminar por descomponer últimamente al propio conglomerado de fuerzas que sostuvo como candidato presidencial al actual gobernante argentino, ilustra en alta medida sobre la extensión y profundidad de un tal proceso disolutivo. En efecto: no procede sino a denunciar la honda gravedad del mismo una situación como la que acabamos de señalar, la cual, a su vez, se ha hecho recientemente en extremo significativa con la dimisión presentada a su cargo por parte de quien ejercía la vicepresidencia de la nación.

¿Y a qué atribuir la razón de ello? ¿Cómo explicarse una crisis de esa naturaleza? No estaría de más recordar, en primer término, aquel estado de *disenso* que, en el pensamiento de Augusto Comte, mina la estabilidad de instituciones y costumbres. Pues aun cuando el fundador de la sociología interpretaba las realidades históricas muy a su estilo, esto es, según el factor intelectual, existía ya en él la clara conciencia de que las perturbaciones políticas obedecían a causas situadas más allá de ellas mismas, en su opinión, a una carencia de convicciones compartidas, a la falta de ese *consenso* o acuerdo en las ideas en que venía a descansar toda sociedad sana y equilibrada.

Sea como quiera, en un momento histórico en que sus pugnas y agitaciones estimulan hacia la investigación de los motivos

a que responde una situación semejante, no deja de ser sintomática la circunstancia de que en la marcha de esa investigación se descienda hasta zonas mucho más profundas que las de los movimientos políticos y luchas de partido. Así son reveladores, en este respecto, los escritos de Lorenz von Stein, estudioso de filosofía y ciencia jurídica que, habiendo sido testigo de los sucesos que conmovieron a la Francia de la década de 1840, fue uno de los primeros en sostener que las manifestaciones ideológicas, en su conjunto, no son sino resultado del hecho más primario de la naturaleza humana: el de la vida social. En grado no menor, asimismo, destaca von Stein el carácter fundamental de la sociedad al colocarla, como contrapolo de una perpetua tensión dialéctica, frente al Estado, y convertirla así en uno de "los dos elementos de vida de toda comunidad humana".

Apenas si parecería necesario indicar que la referida disyunción, esa grieta abierta entre el aparato político y la organización social que servía de apoyo a la institución del Estado, sobreviniera a efecto de transformaciones operadas en el seno de la sociedad misma, en el sentido de un aumento constante de la población y de un movimiento de clases que colocaba en primer plano a grupos cuya significación anterior, y aun su anterior existencia, habían pasado omitidas e inadvertidas. Además, el hecho de que la autonomía de la sociedad frente al Estado se revelara, sobre todo, en el campo de las fuerzas económicas, al constituir aquélla un todo económicamente organizado capaz de atravesar las fronteras políticas, advierte claramente acerca del influjo que ha tenido en ello la expansión del capitalismo, el cual, significativamente, ha tendido a ensanchar la dominación social mediante vías no institucionalizadas. De uno u otro modo, pues, tanto por la extensión capitalista, como por la presencia de nuevas masas humanas que ingresaban en la vida pública, cobraba así la sociedad un vigoroso y descomunal crecimiento.

Desde luego que los condicionamientos locales y las propensiones individuales han modelado, acá y allá, en las más variadas formas al acontecimiento aludido, además de concurrir, también, a modificarlo distintamente. Sin embargo, no importa cuáles sean las concretas circunstancias con que aparece en los más diversos países o las medidas adoptadas para corregirlo o transformarlo, lo cierto es que se trata siempre de una dilatación del cuerpo social promovida por un activo desenvolvimiento industrial y un no menos intenso progreso técnico.

Pues bien; tan pronto como en septiembre de 1955 es derribado el gobierno de Perón, quien, al modo totalitario, había dado curso a una transformación social que constituye, por lo demás, una fase general e ineluctable de nuestra civilización, fue una actitud común de los partidos políticos argentinos, en su generalidad, el de llegar con sus prédicas hasta unas multitudes cuya violenta irrupción había suscitado y favorecido el peronismo. Que en esa acción, y con el fin de convertir en caudal electoral propio a dichas multitudes, se recurriera, salvo escasas excepciones, a todo cuanto fuera apetecible en materia de una política social de índole paternalista, similar en su conjunto al "justicialismo" recién abolido, tal vez fuera decir poco, cuando quien resultó electo presidente en los comicios de febrero de 1958 no había tenido escrúpulos, durante la campaña electoral, de recibir cualquier apoyo que se le ofreciera, sin importarle el precio del mismo, e incluso de celebrar un pacto con el derrocado mandatario. No ha respondido, en verdad, sino a tales alianzas vergonzantes esa política de "integración nacional" enunciada enfáticamente, ya que la misma ha sido, tan sólo, el disfraz con que se pretendió ocultar un escandaloso contubernio.

¿Pero cómo no reconocer, por otro lado, en esa suerte de sucia alineación o vituperable agrupamiento, una manera de expresar —aunque torpe e inadecuadamente— la amplitud que alcanza en nuestras días el complejo social? ¿Cómo no percibir en ello, efectivamente, la consecuencia de un desarrollo histórico a causa del cual el partido político, como el Estado, se ha convertido en embarazosa antigualla por su tamaño para una sociedad cuya organización técnico-económica le agranda a dimensiones gigantescas? Por paradoja, sin lugar a dudas, son quienes precisamente se llaman "intransigentes" los que en Argentina han transigido, por el contrario, en mayor medida que cualquier otra formación política, al objeto de atenerse, mas con desviaciones que trastornan y traban los mecanismos de la inteligencia y de la conducta, a los términos de una situación social nueva cuyo examen y allanamiento por parte de una congruente construcción intelectual se hace de día en día cada vez más urgente.

Debería distinguirse, por ende, la causa de los cismas producidos en los partidos políticos argentinos en el poderoso empuje de un movimiento social que, no bien rotos los frenos con que Perón procuró gobernarlo y homogeneizarlo —en forma no

muy distinta a como los monarcas absolutos persiguieron lo mismo fijando las garantías de un derecho racionalizado, unificado y escrito—, hubo de desbordar para abrir brechas en todos los frentes por él penetrados. Así también se hallará siempre el mismo muy lejos de ser dominado y dirigido por meras ligas y coaliciones, ilícitas o no, cuando traspasa y supera por su índole el simple plano político, tal como ello se viene destacando desde los días de Comte y von Stein.

Pero si por aquellas fechas cabía ya registrar y ponderar la importancia del proceso social, el verdadero avance de éste, no obstante, en forma apreciable y sensible para la común experiencia, no acaeció sino en las primeras décadas del presente siglo. Ha sido a partir de entonces, en efecto, cuando a cada cual se le ha manifestado como nunca su incesante cambio, la aceleración vertiginosa impresa a su ritmo.

Tales violentas alteraciones, como toda individualidad las experimenta hoy día, son las que mantienen a las gentes sin perspectivas ciertas ni bases firmes, reduciendo y descalificando su existencia. Pues, debido a la premura con que se precipitan los acontecimientos, o por mejor decir, a los derrumbes y desorganizaciones que ocasionan sus rápidas mutaciones, el ser humano pasa a sentirse frustrado, sin estímulos, sometido a circunstancias en todo desfavorables con relación a sus propósitos. No será difícil mostrar, por otro lado, que ese estado de cosas induce por reacción a tomar providencias destinadas a superar ingratas condiciones, si bien medidas tales, como hijas de su tiempo, apenas han llegado a ser, hasta ahora, vagas declaraciones programáticas. Ya sea postulando reivindicaciones, o sosteniendo aspiraciones justas y desleales, todas ellas carecen, empero, de destreza, juicio y cordura para convenir con las realidades de la época y prestar eficacia a sus enunciados.

No son otra cosa, por cierto, los denominados derechos sociales que, desde la posguerra de 1914-1918, fueron incorporados a las cartas constitucionales de diversas naciones, y entre las cuales suministra un destacado ejemplo la Constitución de Weimar de 1919, redactada y sancionada para regir a la República alemana entonces establecida. Sin embargo, conforme es sabido, donde tales derechos recibieron su formulación más solemne ha sido en la "Declaración Universal" aprobada por la Asamblea General de las Naciones Unidas el 10 de diciembre de 1948.

No es mi intención extenderme en consideraciones acerca de la vigencia de esas nuevas garantías jurídicas, aun cuando

resalta la tremenda inoperancia de las mismas ya en el hecho de carecer la citada Declaración de obligatoriedad compulsiva, pues sólo compromete moralmente a quienes la suscriben. Mas si se repara en que a esas garantías les falta fuerza legal inmediata porque, como no puede menos de ser, precisan, para hacerse plenamente efectivas, una suficiencia en recursos con la que no cuentan todos los países, de modo que en ocasiones es imposible asegurar realmente pretensiones jurídicas tales como las del derecho al trabajo, al descanso, a un digno nivel de vida, etc., etc., ¿sabrá apreciarse entonces el fracaso que espera inevitablemente a un movimiento político que, con la sola mira de conquistar el poder, sostiene ese programa de reformas sociales, nobilísimas y respetables, pero a las que no puede dar cumplimiento material la realidad económica de la nación? ¿Y se reconocerá asimismo el descorazonamiento de quienes, confiados en esas promesas, se ven víctimas de un diabólico engaño?

Esto es, en verdad, lo que ha sucedido recientemente en Argentina, provocando el desencanto y la división en las filas del grupo gobernante. Se había prometido, con paternal generosidad, llenar de beneficios e incontables goces al conjunto de la población, y dirigir el proceso económico hacia la autarquía nacional, pero a lo uno y a lo otro se opuso con berroqueña resistencia lo que maliciosamente se había desconsiderado: a saber, las posibilidades materiales, las condiciones efectivas del país. Y paradójicamente, otra vez, han sido también los que más exaltaron al "hombre del pueblo" quienes no tuvieron empacho en desplegar sobre éste una impetuosa violencia, tal como eso lo denuncia la movilización impuesta al gremio ferroviario durante el conflicto que el mismo mantuvo con las autoridades del gobierno.

¿Y no refleja todo ello nuevamente una conducta que se somete sin reflexión a la corriente de la marea social para luego reaccionar impulsivamente ante sus primeros flujos? ¿No se hace ahí particularmente expresivo el intento de aprovechar perversamente el desarrollo económico-social, desatendiendo en absoluto los complejíssimos problemas que él entraña? Pues si se quiere de veras tener en cuenta las necesidades de la sociedad industrial, procurando que sus bienes se extiendan al mayor número, ello no se conseguirá sin compulsar y resolver riesgos, obstáculos y dificultades reales, despertando una conciencia tal en el seno de la comunidad. Es ineludible, en ese caso, escrutar la realidad con un rigor, profundidad y decisión que no

cedan a la fatiga ni al cálculo, ya que se trata de interpretar la organización de un mundo cuyos sostenes no valen sin condiciones, precauciones y reservas.

Más si ello es así, si en nuestros días no corresponde ya moldear la materia social a medida del deseo, ni tampoco confiar pasivamente en su estabilidad y fijeza, habrá de descubrirse ahora en toda su hondura el sentido de la crisis política, tal como ésta, durante los últimos tiempos, se ha revelado con agudeza en suelo argentino. Desde siempre, frente al temperamento utópico que, más o menos larvado, se aloja en todo pensamiento político, ha solido oponer el temperamento conservador la convicción de que el cuerpo social resulta, en substancia, inalterable, siendo vanos los esfuerzos por modificarlo. Entre ambos extremos, por igual erróneos, una situación histórica como la aludida más arriba impide ya caer en las tentaciones implícitas en uno y otro designio. De esa manera, es la propia historia quien ha terminado por contrariar, en última instancia, tenaces propensiones y rutinas mentales del proceder político, recuperándose a sí misma como el ámbito en que transcurre la verdadera formación del ser humano.

Y con esto, o asimilando una lección que lleva a reconocer y respetar los fueros de la realidad histórica, se insinúa la posibilidad de restablecer una disciplina, la de la Política científica, hacia la cual tendía la más íntima aspiración de Comte. Así es: tomar como punto de partida para el estudio sistemático de la vida social la historicidad del ser humano, en cuya entraña esa vida social se nutre, y erigir ese estudio sobre los datos suministrados por el conocimiento histórico, no comporta, en el fondo, otra cosa que proseguir la tarea de quien, con genial perspicacia, se propuso reintegrar la sociedad a un consenso positivo observando las grandes regularidades de la historia. Pues es evidente que, conociendo con cierta precisión y detalle la especie de sociedad a la que pertenecemos, su estructura y sus tendencias evolutivas, así como alcanzaremos a ejercer algún control sobre ella, también nos evitaremos los dolorosos y frustrados esfuerzos inspirados en esperanzas cuestionables.

MARGINALES AL CONTINENTE

EL DESPERTAR SUDAMERICANO

Por *Napoleón VIERA ALTAMIRANO*

INDUDABLEMENTE que todo eso está muy mal: agitaciones obreras —de inspiración justicialista— en Argentina; sistemas de fuerza en el Paraguay y Bolivia; inseguridad política en el Perú y Venezuela; incertidumbre económica por doquiera y las monedas en el declive trágico de las desvaluaciones, llevándose con ellas el ahorro, el salario, la confianza y el sosiego. Y por encima de todo, setenta, ochenta, cien o más millones de indios pegados a las cordilleras o diseminados en las llanuras amazónicas, sangrando en los Andes, arañando y desgarrando las tierras, estratificados en su despoder, en su pobreza y fáciles para ser arrebatados por las borrascas ideológicas del siglo.

Todo eso lamentable, pero nunca como ahora se enciende la luz de una certera esperanza. Si el hombre —el hombre de todas partes— sobre la Tierra, hoy, nos hace pensar en los semidioses de la mitología, este hombre de América nos llama con más fuerza que nada a una más certera fe en el porvenir, y las penalidades de la hora pierden su importancia. Toda la miseria, y el despotismo, y la barbarie, pesan mínima cosa ante las perspectivas de prosperidad, libertad y civilización que se advierten en un horizonte que poco a poco va despejándose.

Hombres del mundo —diríamos nosotros, recordando el "Young men, go West" de Horace Greely— id a Sudamérica, y mezclad allí vuestra sangre, y plantad allí vuestras tiendas con sus penates, y haced hermandad con esos pueblos que están levantando una nueva civilización, que será superior a la de Europa por su universalidad, a la de los Estados Unidos por lo cósmico de su raza y a la de los comunistas porque ella habrá crecido sacudida por los vientos de la libertad, sustentada por una tierra que es alérgica a las uniformidades asiáticas y encendida por el espíritu de un individualismo sin ferocidad, que cree en la esencia superior de todo hombre y que cuando

junta, reúne, suma y aglutina pueblos es solamente para que se produzcan hombres superiores y no Estados monstruosos.

A todo esto nosotros llamaremos "el despertar de Sudamérica". Cuando, hace poco, después de un recorrido por casi toda Europa, presenciando el trabajo que realizan estadistas y hombres de ciencia, políticos y empresarios, a favor del Mercado Común, no tuvimos más remedio —para expresar nuestra exaltación optimista— que hablar de un "despertar de Europa", de un nuevo Renacimiento, esta vez con más integral contenido de ciencia y de cultura.

EN verdad, Sudamérica ya no es de hoy. Debemos reconocer que el injerto hispánico quedó muy bien aquí y que la nueva savia tendría que echar sus brotes tarde o temprano, por ley misma de crecimiento. Ciertamente —como dice Germán Arciniegas— esos "españoles locos" se lanzaron a apresar de una vez a toda América, sin la parsimonia, la premeditación y casi alevosía de los anglosajones de la nueva Inglaterra, haciéndose éstos fuertes antes de dar el final asalto al Oeste—, mas con todo, la estrategia de los Corteses, de los Valdivia, de los Pizarros y de todos los otros capitanes de la Conquista, no resultó fallida. Rodeamos al Continente, lo envolvimos en nuestros tentáculos y los deglutimos como deglute al mamífero el boa constrictor, y a la mitad del quinto siglo la digestión está como terminándose y circula la sangre nueva del católico y del hispano-parlante, con nuestra "gana" anárquica, con nuestro perezoso "mañana", pero también con nuestra reciedumbre castellana y nuestra alegría inacabable.

Es decir, el niño crecido, el adolescente bien formado, está por poner manos a la obra definitiva y echarse a andar por los caminos de la historia.

Un solo recorrido en las alas de plata de los transportes aéreos y Bogotá y Quito, Lima y Santiago, Buenos Aires y Montevideo, Sao Pablo y Río, nos dicen con claras voces perfectas que allí están levantándose grandes pueblos, que hay allí algo que viene con más fuerza que cualquier crecimiento en las estepas siberianas, en los semi-desiertos australianos, en los arenales del África del Sur o en los contornos del Sahara. Está allí, para atestiguar ese crecer, los rascacielos, las metrópolis, las Universidades, los periódicos, las carreteras y los ferrocarriles, los puertos y los canales de riego y cerca ya de ciento

ochenta millones de seres humanos que, aun en sus hambres y en sus desnudeces, están batallando día a día, produciendo algo, dejando algo para que se levante mañana la magnificencia de una nueva civilización, que no podría cumplirse nunca sin la esencia preciosa de una cultura superior. Esos millones de hombres están echando los cimientos de una nueva vida, con la ventaja —como ya lo dijimos al referirnos particularmente al Brasil— de que empiezan su construcción con más armas —con armas y herramientas más poderosas— de como empezaron las suyas griegos y romanos, españoles, ingleses, norteamericanos y rusos. Toda la tecnología, toda la ciencia aplicada, todas las concepciones de la ingeniería y la inspiración de los nuevos valores, están en sus manos.

En verdad que al pasar y mirar no se ve todo, y las realizaciones materiales pueden ser sólo una fachada. Muchos depósitos americanos han querido engañar al mundo con la suntuosidad de sus construcciones viales y urbanísticas. Sin embargo, no podemos negar que siempre lo uno va con lo otro, y este conjunto de logros sudamericanos, de carreteras y puertos, y rascacielos, y periódicos y Universidades, no sería posible sin los aportes del espíritu. Ni podríamos concebir que esos millones de hombres estuviesen sin más hacer que el precario hacerse del día de hoy, sin el saldo vital del aporte ahorrado para el día de mañana.

TODA esa realización es para el bien de toda América. Pero particularmente complace a los hombres de la América nuestra, de las de habla española y portuguesa, de la católica, de la que ha ido, lentamente, mestizándose como para poder responder en el futuro de la obra que hay que realizar desde las soledades heladas de la Tierra del Fuego hasta las llameantes, hirvientes y enloquecidas cuencas amazónicas.

Estamos, pues, en presencia de un despertar del hombre nuestro, del que iba como quedándose atrás, del que poco se podía esperar y cuyo patrimonio casi estuvo a merced de la piratería del hombre blanco que se sintió, durante veinte siglos, como invitado a tomar un mundo que no tenía dueño.

América necesita población, si no para llenarse uniformemente hasta alcanzar la provisional densidad óptima indispensable para que entre en un nuevo orden de vida, sí para que sus presentes demarcaciones políticas vayan respondiendo a sus ne-

cesidades prácticas. Podríamos, por de pronto, dejar en una espera convencional las vastas regiones amazónicas y buena parte del Sur. Pero en el contorno, partiendo desde Panamá hasta Río y Buenos Aires, y desde Valparaíso y Lima hasta Guayaquil y Panamá, conviene promover un cinturón demográfico capaz de determinar desarrollos económicos singulares, desarrollos que justifiquen el enlace de todas las comunidades americanas por medio de ferrocarriles y carreteras, en la medida necesaria para crear un medio propicio al desenvolvimiento industrial.

En estos momentos se habla de crear el Mercado Común Hispanoamericano, un propósito que ha nacido como resultado del ejemplo europeo. Pero la más elemental noción de la ciencia económica nos indica que la primera condición para crear un mercado común de los numerosos mercados individuales de una familia de naciones, es lograr su manifiesta y práctica vecindad, porque sin vecindad —sin distancias saturadas de contenido humano y, por lo mismo, económico— no es posible darle realidad a la idea. El Brasil está más distante del Ecuador que de Europa. Porque lo económico real del Brasil —en la orilla atlántica— no tiene en realidad contacto alguno con lo real económico del Ecuador, ni de Colombia, ni del Perú. Media entre esos rumbos la vastedad amazónica. Para neutralizar esas distancias faltan centenares de millones de hombres.

Esos millones —como advertíamos antes—, ya no están disponibles en forma que podríamos aprovechar. En verdad, Europa y Asia podrían, en el curso de los próximos cincuenta años, darnos algo. Pero el aporte mayor que nos sería dable recibir es el propio, el nuestro, con nuestro crecimiento demográfico.

En realidad, la idea del Mercado Común Hispanoamericano viene casi como una sorpresa ante las realidades nuestras. Comercio inter-hispano-americano casi no lo tenemos. Nuestras grandes naciones sudamericanas como Brasil, Argentina, Chile o Colombia, comercian más con los Estados Unidos y con Europa que entre ellas mismas y el resto de las naciones sudamericanas. Estas naciones han vivido vendiendo materias primas en cambio de manufacturas y sería difícil concebir que de repente van a proyectar entre sí un cambio de materias primas para elevar su standard de vida. Antes bien: lo mejor que podrían hacer es buscar nexos con nuevos centros industriales para ver si cabe vender más materia prima a cambio de manu-

facturas. Porque sólo de este intercambio puede venir un positivo provecho para estas naciones.

Mas es dable considerar —aunque exponiendo el punto con la excesiva brevedad que un trabajo periodístico justifica— la posibilidad de que la América Hispana desarrolle en sus centros de mayor importancia organizaciones industriales que les permita intercambiar. Podrían las naciones sudamericanas signatarias de un tratado de Mercado Común, distribuirse técnicamente las posibilidades industriales, tal como lo están intentando en su reciente Tratado de Libre Comercio e Industrias de Integración, las cinco Repúblicas de Centroamérica. Pero aun en este caso quedaría en pie la consideración demográfica que hemos expuesto. Esas industrias dispersas por el empeño de la distribución justa de oportunidades causaría la pérdida de factores subsidiarios de la misma producción industrial. Las industrias se desenvuelven mejor, con mayor eficacia, dentro de un área de ejercicio común: se complementan, se ayudan, se posibilitan. En verdad, un sitio privilegiado con carbón, hierro, azufre y caídas de agua, podría volverse como una fábrica, como una vasta factoría, en la soledad. Pero mejor estaría dentro de una comunidad industrial mayor que redujera al mínimum el desgaste de los transportes y procurara un logro mayor con el mínimo de movimiento perdido. La dispersión demográfica, cuando no se le enmienda con una enérgica realización vial, constituye uno de los tropiezos mayores para la integración de un verdadero mercado nacional, o Mercado Común de varias naciones.

Desde luego, solamente un estudio técnico acabado podría señalar con precisión satisfactoria los tropiezos verdaderos, y el alcance de esos tropiezos, para ese Mercado Común Hispanoamericano que pretendemos crear en estos momentos. Pero la experiencia mundial nos permite hacer el pronóstico, señalar en líneas generales, la perspectiva. Tenemos la seguridad de que una investigación cuidadosa vendría a confirmar lo que decimos: que el Mercado Común de Hispanoamérica carece de la suficiente base demográfica para encaminarse como una posibilidad dentro de un razonable futuro.

AHORA bien, ¿cómo adelantaremos esta marcha y hacemos del despertar de nuestra América una perfecta vigilia, con las manos en la obra, muy de pie en el taller?

Una actitud filosófica en que se mezclara lo estoico con lo cínico, lo trágico con lo apolíneo, pondría al hombre en nerviosa diligencia, en prisa constante para permitirle gozar su vida y hacer su obra a sabiendas que la muerte le acecha, de que puede morir de un día a otro. Es decir, debe haber una fórmula que encienda en nosotros la avaricia del tiempo, como sabiendo que el tiempo es el tesoro verdadero, que en él está todo desde el momento en que su contenido es nuestro propio ser. ¿No cabe algo así para toda nuestra América? ¿No es tiempo ya de que le pidamos un poco más de animación en su marcha y que le enderecemos el camino para que llegue a corto plazo?

En verdad, la sociología está en un hacer incierto todavía y no podemos aún determinar leyes precisas para decir cómo han de crecer los pueblos y cómo debe de organizarse ese crecimiento. Porque la experiencia nos dice de los peligros de una prisa para llegar. Cuando el griego se lanzó a la conquista del Oriente, perdió la noción del tiempo y de sus fuerzas y olvidó la vastedad de barbarie que le acechaba desde el occidente y desde el Norte y el Sur. Roma y China perdieron también el compás. Los Estados totalitarios han venido a confirmar lo que la teoría pura del hecho social —hombre, historia y naturaleza, espíritu y medio— había previsto: de que el más perfecto planeamiento olvida detalles vitales en la dinámica del desarrollo social y que cuando menos se espera y se quiere vemos producirse el Estado monstruoso, deforme, anormal, con el hombre deforme y mutilado en su seno. El planeamiento en grande escala, el planeamiento total con alcances mayores en el tiempo, viene a tener los especiales defectos de todo artificio lesivo a la naturaleza de las cosas y del hombre. En cierta medida, el planificador social comete el mismo error eugenésista.

Pues bien, esta prisa para pasar del despertar a la plena vigilia en América nos obliga a exigir un plan, una política, un programa que no nos lleve a la deformación social, que no nos eche a perder. En cierta medida debe ser algo como un plan para el día de hoy, un plan para cada día, un plan de renovación permanente y constante. En definitiva todo el plan debe ser simplemente la norma de conducta —como denominador común para toda aspiración colectiva— de siempre: trabajar con la herramienta que se tenga a la mano, ahorrar al máximo y confiar en la riqueza inagotable del hombre y de la tierra americanos. Bastará su afán a cada día y cada día nos llegará el regalo de lo desconocido. Y coordinar a todos los hombres y a

todos los pueblos de nuestra América en la tarea de transformar nuestra economía, creando industrias, racionalizando la agricultura, compactando nuestras reservas demográficas, haciendo en fin, más eficiente el esfuerzo humano.

SENTADAS estas premisas, ¿no advertimos que el mayor obstáculo para que América alcance los más altos niveles de civilización y de cultura, está en su población escasa, en la vacuidad de sus vastos territorios, en la ausencia misma del hombre?

Para entender con más facilidad el problema hispanoamericano, volvamos los ojos hacia los Estados Unidos.

En los presentes momentos, la población norteamericana asciende a cerca de ciento ochenta millones de habitantes, dando una densidad demográfica de menos de 7 habitantes por kilómetro cuadrado. La población presente acusó un salto de . . . 150.000,000 a 173.000,000 más o menos entre 1950 y 1958.

Este crecimiento demográfico norteamericano en los últimos ciento cincuenta años se explica —desde luego— por la intensidad de las corrientes migratorias que llegaron a los Estados Unidos, de conformidad con el siguiente dato aproximado:

Entre 1820 y 1910 entraron 27.918,992 inmigrantes. En los años siguientes la inmigración ha sido así: 1911-20: 5.735,811; 1921-30: 4.107,209; 1931-40: 528,431; 1941-50: 1.035,039; 1951-1955: 1.700,000.

No habría que decir que este engrandecimiento norteamericano —para llegar en el curso de un siglo a ser ese país una potencia, la mayor potencia del mundo desde el punto de vista económico y militar— se debió a la presencia, en el medio norteamericano— del hombre europeo. En ningún momento de la historia humana se produce un fenómeno que de modo tan vehementemente, tan elocuente, nos demuestre la maravilla de esta vinculación del hombre con la tierra. Cuando se dice que cada niño que nace trae su pan bajo el brazo, no se ha dicho todo (y en esto nos referimos a la teoría óptima de la población), porque más exactamente podríamos decir que cada niño que nace trae su pan y algo más que su pan bajo el brazo, y que a medida que aumenta el número de niños ese legado crece y llega un momento en que traen muchos panes —todos los panes necesarios para producir la gracia sobre el mundo.

Los países sudamericanos han tenido —aunque en menor escala— una experiencia parecida: las contribuciones migrato-

rias en su tiempo hicieron crecer al Brasil, a Uruguay, Argentina, Chile.

Ahora bien: si analizamos la presente situación sudamericana, encontraremos que su mayor desarrollo está allí donde los índices demográficos son más altos. Donde hay más hombres hay más civilización, más riquezas, más poder económico.

SUDAMÉRICA es un Continente que despierta y que se echa a andar por los caminos de la vida, a producir, a arraigar, a conquistar, a dominar. Pero advirtamos que en este despertar —como en cualquier otro hecho de naturaleza social— no hay nada de milagrería, ni de casual, ni de espontáneo. Volvamos a recordar que en este movimiento ascendente participó el hombre europeo que llegó por millones. Ha sido especialmente en América donde se ha cumplido el aforismo —en el cual se apoyaban con vehemencia Alberdi y Sarmiento— de que el hombre es riqueza en sí, y que poblar es civilizar, y que más que el suelo de un país es el hombre que está allí lo que decide si ha de llenarse de jardines o de desiertos, de ranchos pajizos o de hogares confortables, de masas esclavas o de animosas ciudadanías.

Hay que poblar a América, hay que llenarla de millones y millones si queremos que se capacite para cumplir una misión excelsa. Hay que poblar y reunir población. La gran ciudad sigue siendo el gran poder y todas las imaginaciones de la descentralización, de la redistribución de la población, no lograrán desvirtuar la afirmación de que el hombre se enriquece mental y moralmente —en cultura y civilización— cuanto más se acerca al hombre, y que la gran ciudad es el baluarte mismo de nuestra civilización. El fuego atómico no se atreverá a derretirla, a calcinarla.

Por lo mismo, América necesita de una política integral de desarrollo económico cultural: industrialización, alfabetización, alimentación, alojamiento, electrificación, defensa de los recursos naturales, incremento y concentración de su población. Necesitamos abrir con toda la anchura posible nuestras puertas a las corrientes migratorias de todos los países, de todas las razas; y cuidar de la madre preñante y del niño que nace, y cerrar nuestros oídos a ese Evangelio de la Cobardía, del Miedo a la Vida, que se llama Control de la Natalidad, y con el cual las gentes que en el fondo no creen en nosotros, quisieran pararnos en el camino de nuestra futura grandeza.

INTERVENCIONISMO

Por *Carlos SANCHEZ VIAMONTE*

EN noviembre de 1945 la cancillería de la República Oriental del Uruguay promovió la revaloración del "no intervencionismo" afirmando, en síntesis, que la "no intervención" no debe transformarse en el derecho de invocar un principio para violar impunemente todos los otros.

La voz del Uruguay no fue escuchada por los organismos internacionales. Acaso faltó habilidad a la cancillería uruguaya al escoger la oportunidad de efectuar el planteo; acaso faltó fuerza a su fundamentación doctrinal.

Se nos ocurre pensar que no debió intentarse una rectificación doctrinal tan importante sin tomar las precauciones diplomáticas que la prudencia aconsejaba y, sobre todo, sin provocar previamente un entendimiento con los demás países americanos interesados en el triunfo de esa nueva posición.

Es verdad que la acción de los organismos internacionales como la O.E.A. (Organización de Estados Americanos), la Unión Panamericana, etc., obedecen a la ley del más fuerte y sólo es viable en ellas lo que lleva el visto bueno de los Estados Unidos, pero no todos los países de América están sometidos a gobiernos dictatoriales de esos que despiertan una tierna predilección en la gran potencia del norte y algo se habría ganado obteniendo la adhesión de entidades culturales, universitarias, profesionales, etc., concurriendo a formar un clima favorable a la nueva tesis.

La existencia de gobiernos dictatoriales en países de nuestra América plantea un problema de carácter internacional relativo a la protección y defensa de los derechos del hombre y creemos que ha llegado el momento de recoger y actualizar una aspiración del derecho de gentes, iniciada con Grocio, y que pugna por concretarse en la forma de un nuevo derecho público universal.

Nuestra América no ha sido ajena a esa inquietud. Por

el contrario, le corresponde la gloria de haber enunciado en forma inequívoca y práctica, el problema de los derechos humanos como una cuestión de derecho internacional, superando la disyuntiva del "intervencionismo" o del "no intervencionismo".

Reconocemos que cualquier objeción opuesta al principio del "no intervencionismo" corre riesgo de ser interpretada como favorable a la intervención unilateral de carácter político, y eso basta para concitar prevenciones y antipatías, pero estamos plenamente convencidos de que es necesario quebrar la rigidez del principio de "no intervención", a fin de superar el viejo planteamiento y salvar las dificultades prácticas que origina la natural resistencia, opuesta por las potencias menores, en razón de su desventaja dentro de la convivencia internacional.

La sola quiebra de la rigidez del principio "no intervencionista" comporta, sin duda, una profunda innovación en las normas jurídicas que amparan las independencias nacionales contra toda intromisión o ingerencia autoritaria desde el exterior, y eso obliga a especial cautela y escrupulosidad en el planteo fundamental de un nuevo derecho para las relaciones entre los gobiernos y también entre los pueblos. Es necesario fijar con exactitud el verdadero alcance de la nueva doctrina, con el objeto de desvanecer suspicacias que podrían hacerla ineficaz y estéril, como ocurrió en noviembre de 1945, cuando la Cancillería de la República del Uruguay promovió la revaloración del "no intervencionismo".

El intervencionismo puro y simple es, a todas luces, antipático y peligroso, al presentarse como una anticipada renuncia de la soberanía interior que corresponde a cada nación; renuncia implícita sólo para las naciones débiles o, por lo menos, físicamente inferiores en el presunto caso de una lucha armada. Las naciones fuertes desde el punto de vista militar, no pueden tener ese problema, porque se las supone en condiciones ventajosas para resistir por sus propios medios toda imposición extraña.

Aún más: el intervencionismo, como principio, supone la imposición de los fuertes sobre los débiles, y es indudable que tal consecuencia lleva consigo una afirmación de injusticia, contraria a la ética y, por consiguiente, inaceptable como contenido del Derecho. La tesis que tiende a superar el viejo di-

lema del intervencionismo o del no intervencionismo está inspirada en un alto espíritu de justicia humana, mas para que ella no contraríe ningún principio de justicia internacional, es necesario colocar las cosas en su propio quicio, sin dejarnos conducir por un planteamiento anterior, que lleva en su entraña las dificultades de un prejuicio o de una preñoción cristalizada en frases hechas.

La solución de los problemas internacionales de este momento histórico exige que nos emancipemos de viejas bases y puntos de partida para el razonar jurídico. Es indispensable abrir los nuevos cauces para que las normas adquieran el nuevo sentido que hoy les corresponde.

La tesis innovadora necesita prescindir de la disyuntiva que obliga a optar entre el intervencionismo y el no intervencionismo, a fin de superarla, y debe ubicarse en el terreno que le corresponde, para contribuir al logro de la solidaridad humana, hecha efectiva a través de las fronteras nacionales.

Ese terreno doctrinario es el que atañe a un nuevo concepto de soberanía en materia internacional, después de haber abolido el antiguo, que tiene origen en el interés de los gobiernos pero no en el interés de los pueblos, desde que nació, se difundió y obtuvo su consagración cuando los pueblos se hallaban excluidos en absoluto de manifestar su voluntad dentro de su país y, con mayor motivo, fuera de él.

La soberanía interna del príncipe, en la monarquía de derecho divino, se convirtió en soberanía externa del Estado, personificado en aquél. Siguió siendo la soberanía del príncipe y, por lo mismo, tan indiscutible en el exterior como en el interior de su propio país. La idea democrática y la forma republicana de gobierno sustituyeron el príncipe por el pueblo, y desde entonces la única soberanía legítima, hacia dentro o hacia fuera, es la soberanía popular.

Substituido así el sujeto de las soberanías nacionales, las relaciones internacionales pasan de los príncipes a los pueblos, y del mismo modo que su objeto fue antes el interés exclusivo de los gobiernos, es ahora el interés de los pueblos.

El molde de la antigua soberanía no ha tolerado el complejo contenido de la nueva. La solidaridad de los pueblos colma, rebasa y hasta rompe aquel molde anacrónico, demasiado estrecho ya. Los intereses de los pueblos suelen no coincidir con los intereses de sus gobiernos. A veces se hallan en

abierta contradicción y franca pugna, y eso sucede en todos los casos de despotismo, sea cual fuere el grado de disimulo con que se manifiesta. Cuando eso ocurre, "soberanía del Estado" resulta ser una locución baldía con que se soslaya el problema de la comunidad universal, formada por comunidades de hombres libres.

Se podría afirmar que, *hasta ahora, el derecho internacional público ha tenido en mira únicamente el interés de los gobiernos, incluso en perjuicio de los pueblos*. La Santa Alianza presenta un caso típico, en la historia universal, de un entendimiento solidario de los gobiernos para imponerse a los pueblos y anular su legítima voluntad: Santa Alianza de los gobiernos despóticos contra los hombres libres.

Recién ahora, al promediar este siglo, se puede decir que la democracia trasciende las fronteras nacionales, proyecta el derecho interno de cada país sobre el derecho internacional, infundiéndole su espíritu y tendiendo a institucionalizarlo con caracteres universales. Según el diagnóstico de Alberdi: "La gran faz de la democracia moderna es la *democracia internacional*, el advenimiento del mundo al gobierno del mundo, la *soberanía del pueblo-mundo* como garantía de la *soberanía nacional*".

Ya no se trata de una soberanía absoluta e incontrolada, bajo cuyo amparo simula refugiarse la dignidad de toda una nación, no obstante atribuirse esa soberanía al Estado y ejercerla prácticamente un gobierno, o, mejor dicho, unos gobernantes que no representan el interés ni la voluntad de sus pueblos.

En la celebración de cada tratado o convenio internacional, la antigua y rígida soberanía del Estado concede algo de sí misma, pero lo hace en homenaje a la soberanía de cada pueblo y en favor de los individuos que lo forman, por reconocer que el Estado no es un fin en sí mismo, sino un medio instrumental o técnico puesto al servicio de los fines humanos.

Este es el proceso descrito en breves trazos, operado en la evolución reciente del derecho internacional. Las conferencias de México y de San Francisco adquieren particular significación y marcan una etapa, porque se proponen institucionalizar los derechos del hombre con caracteres universales.

A medida que se humaniza el Derecho para las personas, se hace más necesaria la despersonalización del Estado. Aho-

ra se advierte con innegable claridad, que nada hay más individualista y contrario al interés común de la sociedad que la personificación sustantiva del Estado en los individuos que ejercen el gobierno.

La verdadera soberanía es un poder social encarnado en el ente colectivo "pueblo", y se manifiesta mediante las normas jurídicas que el Estado de derecho organiza y reglamenta. Éste consiste en una organización política de la sociedad, que reposa sobre normas fundamentales, cuyo imperio se impone y se sobrepone a toda voluntad arbitraria y personal. En la república democrática, que es esencialmente el Estado de derecho, el principio de autoridad reside en la ley y no en los individuos encargados de cumplirla y de hacerla cumplir.

La soberanía interna de una nación organizada bajo la forma republicana democrática, tiene su expresión en la voluntad constituyente de su pueblo y se halla escrita en las cláusulas de la Constitución. La soberanía exterior tampoco puede tener otro origen que éste, y en ningún acto o tratado de carácter internacional tiene validez y vigencia cuando es contrario, en su fondo o en su forma, a los preceptos constitucionales, porque en tales casos no es expresión de soberanía.

En resumen: la soberanía del Estado en el derecho internacional, ejercida prácticamente por el gobierno de cada país, ha conservado los caracteres que tenía originariamente en el momento histórico de su formación. Ha seguido siendo en las repúblicas democráticas —como lo fue antes en las monarquías de derecho divino—, soberanía de gobiernos o, mejor aún, soberanía de voluntades individuales presuntamente representativas, y no soberanía de voluntad social impersonalmente expresada en normas jurídicas fundamentales.

El nuevo planteamiento tiende a dar personería a la democracia en el derecho internacional, extendiendo más allá de las fronteras nacionales la técnica de la libertad, como una condición primaria para la técnica de la paz.

La progresiva uniformidad del derecho constitucional interno de cada país va produciendo una cierta universalización de los principios democráticos, y por ese camino se marcha hacia la institucionalización internacional de esos principios y a su protección común. En esa forma, se opera la evolución del derecho, no ya como un proceso interno de cada pueblo, sino extendido a toda la humanidad, o, por lo menos, a la parte

más importante de ella. Se trata ahora de una interacción recíproca de lo interior y lo exterior, para el logro de una misma finalidad, contemplada desde distintos ángulos, porque, como lo afirma rotundamente el profesor Mirkine Guetzevich, "la paz no es una categoría nueva de la lógica jurídica: es un resultado social del progreso democrático; sin democracia, no hay paz; sin democracia no hay organización internacional, y *solamente la democratización de la vida interna de los pueblos libres puede conducir a la humanidad a la organización internacional*".

Podemos reivindicar para América, y en particular para la República Argentina, la gloria de haber planteado este asunto en forma inequívoca, como un problema del derecho internacional. Para eso invocamos la opinión de Juan Bautista Alberdi, precursor de un derecho público común a los pueblos de América y de la universalización de los derechos del hombre como institución del derecho internacional.

Alberdi escribió en 1870 su libro *El crimen de la guerra*, que no alcanzó en su tiempo la difusión y fama a que aún hoy tiene derecho por los valores universales de su doctrina. El capítulo X de esa obra lleva por título "Pueblo mundo", y en esa feliz locución se expresa la concepción que el autor tenía del problema internacional con relación a los derechos humanos.

Antes de eso había escrito ya palabras como éstas: "La cuestión de *intervención* y *no intervención* está reducida, en el fondo, y no es otra cosa, que la de *autoridad* y *libertad*. La no intervención es el respeto de una nación a la libertad exterior de otra nación. La independencia o libertad exterior de una nación es el derecho de gobernarse según su propia voluntad y no según la voluntad de los demás.

"La *intervención* es la autoridad, el poder, la facultad que tiene una nación de contener y limitar la libertad de otra nación cuando ésta sale de sus límites e invade la libertad y el derecho de otra nación" (Juan B. Alberdi, "Del gobierno en Sudamérica").

Luego Alberdi desarrolla su idea en los siguientes términos: "A medida que las naciones estrechan sus relaciones recíprocas de comercio y de interés material; a medida que la multiplicación de sus medios de contacto (ferrocarriles, telégrafo, prensa, tratados, congresos, exposiciones, etc.) las aproxima a

ese ideal internacional de sociedad o confederación universal que se ha llamado los *Estados Unidos de la Europa*, y no sé por qué no los *Estados Unidos de ambos mundos*, la doctrina de la no intervención irá perdiendo en sentido práctico, porque es inconcebible que un confederado no pueda intervenir en la crisis de su confederado, que compromete intereses suyos establecidos fuera.

El derecho de intervención, que no es incompatible con el de independencia, marcha paralelo, en su desarrollo, con el principio de la solidaridad de las naciones en sus destinos e intereses públicos. La intervención es una consecuencia natural de esa solidaridad, que se acrecienta con la civilización del género humano" (Alberdi, *Obras Selectas*, Tomo XIII).

En *El crimen de la guerra*, Alberdi define más claramente aún su posición con relación a los gobiernos despóticos y a la defensa de los pueblos oprimidos. Dice: "El derecho de gentes no es más que el derecho público exterior". Y luego: "Las personas favoritas del derecho internacional son los Estados; pero como éstos se componen de hombres, la persona del hombre no es extraña al derecho internacional. Son miembros de la humanidad, como sociedad, no solamente los Estados, sino los individuos de que los Estados se componen.

"En último análisis, el hombre individual es la unidad elemental de toda asociación humana; y todo derecho, por colectivo y general que sea, se resuelve al fin, en último término, en un derecho del hombre.

"El derecho internacional, según esto, es un derecho del hombre, como lo es del Estado; y si él puede ser desconocido y violado en detrimento del hombre lo mismo que del Estado, tanto puede invocar su protección el hombre individual como puede invocarlo el Estado de que es miembro el hombre.

"Quien dice invocar el derecho internacional, dice pedir la intervención de la sociedad internacional o del mundo, que tiene por ley a ese derecho, en defensa del derecho atropellado.

"Así, cuando uno o muchos individuos de un Estado son atropellados en sus derechos internacionales, es decir, de miembros de la sociedad de la humanidad, aunque sea por el gobierno de ese país, ellos pueden, invocando el derecho internacional, pedir al mundo que los haga respetar en sus personas, aunque sea contra el gobierno de su país" (Alberdi, *El crimen de la guerra*).

Y para que no quede duda alguna sobre su posición doctrinaria en esta materia, se pronuncia en los siguientes términos: "Y como la esclavitud política no es más que una variedad de la confiscación de la libertad del hombre, llegará día en que también ella sea causa de intervención, según el derecho internacional en favor de la víctima de la tiranía de los gobiernos criminales" (Alberdi, *El crimen de la guerra*).

Es imposible desconocer que las conferencias de México y San Francisco han sentado las bases de un nuevo derecho internacional, que no es el de la no intervención, pero que tampoco es el del intervencionismo. En esas conferencias se inicia una nueva concepción de las relaciones exteriores al proclamar derechos humanos individuales con carácter universal y al intentar darles juricidad mediante su consagración en un nuevo derecho positivo supranacional.

Sólo hay una manera de evitar la inocuidad de tal propósito, y consiste en la protección efectiva de los individuos en cualquier parte que estén, y con mucho mayor motivo si las naciones a que pertenecen se han comprometido en actos jurídicos plurilaterales como son las mencionadas conferencias.

Proclamar un derecho sin crear su protección jurídica—que llevada al máximo de su eficacia es una garantía verdadera—, sólo valdría como una aspiración destinada a satisfacer con vanas promesas las mejores esperanzas de la humanidad.

Claro está que la protección de los derechos humanos sin fronteras nacionales no puede ser acto de fuerza. Tiene que ser acto de justicia y, por serlo, sometido a normas jurídicas y a la aplicación de esas normas por altos tribunales de carácter internacional donde la fuerza no tenga cabida ni representación.

Poco antes de escribir Alberdi su libro *El crimen de la guerra*, y aunque en forma incidental, había dicho José Manuel Estrada: "Es grande la Edad Contemporánea, porque la revolución moderna viene alterando en su esencia el organismo de las naciones, y cada conquista del espíritu, cada franquicia arrancada por los pueblos es un principio coincidente con la tendencia común, criterio de la Historia y vínculo fraternal entre los hombres...; si la Francia ebulle hoy día en medio de la brillante embriaguez de la gloria napoleónica que la abrumba, es porque la revolución avanza sin reposo, porque el hombre mejora sin cesar, y aquella causa es la misma que encendió una antorcha en el alma de Moreno, es la causa de Hidalgo, de

O'Higgins y Bolívar, como es la causa eterna de Mirolowsky y de la Polonia. La libertad es el hombre, y el hombre, a través de los siglos y de los climas, es idéntico. . . Yo comprendo la conjuración de todos los monarcas europeos para hacerse sordos al llamamiento de la Polonia, pero no comprendería la indiferencia de los pueblos libres por su desastre. Está en el interés común de los reyes no proteger la emancipación de ninguna nacionalidad esclava" (José Manuel Estrada. Discurso pronunciado en una fiesta a beneficio de los desterrados polacos, en el teatro Coliseum, de Buenos Aires, el 25 de mayo de 1866).

Todavía más: Si *América es para la humanidad*, según lo proclamara Roque Sáenz Peña, los argentinos estamos moralmente obligados a propugnar que sea la humanidad—la sustancia humana— el objeto del derecho internacional en este nuevo ciclo de su evolución, y que ese derecho sirva para garantizar a los pueblos, por sobre las fronteras nacionales, la realización de sus propios destinos, que la dignidad y la libertad hacen posibles.

Tal actitud coincide con la "doctrina Drago", contraria al cobro compulsivo de las deudas, porque ambas concurren al logro de la misma finalidad, que consiste en la protección de los pueblos contra los distintos peligros para su independencia y libertad. A fin de que realmente sea América para la humanidad, es necesario darle a esta afirmación toda la profundidad que tiene en el problema humano, a más de la extensión geográfica que su aplicación alcanza.

La doctrina argentina sigue siendo, pues, no intervencionista, porque excluye toda ingerencia unilateral, pero no tolera la actitud indiferente de ningún pueblo de la Tierra ante cualquier forma de despotismo, en cualquier parte del mundo. A la solidaridad de las naciones, convertida en solidaridad de sus gobernantes circunstanciales, se debe sobreponer la solidaridad de los pueblos para el logro de una permanente, sólida y definitiva comunidad universal.

El constitucionalismo ha dado nacimiento a un problema que consiste en establecer si corresponde la primicia al derecho constitucional interno o al derecho público internacional.

Del mismo modo que los internacionalistas se inclinan a reconocer mayor jerarquía al derecho internacional, los constitucionalistas lo hacen en sentido contrario. Por nuestra parte, consideramos que los principios democráticos han modificado

sustancialmente este planteo, al proyectar el derecho interno hacia el exterior, con caracteres de universalidad.

Además, no se trata únicamente de una jerarquía que tenga por fundamento la extensión geográfica del problema que, por afectar la comunidad internacional, comprende a las comunidades que la integran, las cuales, por consiguiente, le están subordinadas. No es posible prescindir de la naturaleza íntima del derecho público, como expresión de voluntad social, que la democracia sólo reconoce al pueblo o a su legítima representación.

Consecuentes con nuestra posición doctrinaria respecto de la soberanía en la democracia y su ejercicio por medio del poder constituyente, juzgamos peligrosa toda desviación y, en modo especial, si ella conduce a contemplar al Derecho como una abstracción desconectada de su fuente originaria.

Eso no impide que el derecho internacional pueda y deba ejercer su influjo sobre el derecho constitucional interno, y hasta condicionarlo en cierta medida, pero tal cosa no puede ocurrir válidamente si no obtiene su consagración por el ejercicio del poder constituyente, que pertenece al pueblo, y que sólo puede manifestarse dentro de cada comunidad nacional.

El mayor peligro que presenta la primacía del derecho internacional sobre el derecho interno consiste en la desnaturalización de los principios democráticos que atañen a la soberanía popular, desde que las relaciones exteriores requieren actos contractuales celebrados como función ejecutiva, sin que pierdan ese carácter por la intervención obligada del poder legislativo. De cualquier manera, son poderes constituidos, pertenecientes al gobierno ordinario y siempre subordinados al poder constituyente y a las normas constitucionales, los que tienen a su cargo las relaciones de carácter internacional. Esto basta para establecer la subordinación necesaria del derecho público internacional al derecho constitucional interno, pero también su recíproca interdependencia.

La Constitución de la República Argentina da solución terminante a este asunto mediante su artículo 67, incisos 9, 10, 12, 14, 19 y 20, y su correlativo artículo 86, incisos 8, 14 y 18, según los cuales las relaciones exteriores están a cargo de los poderes políticos del gobierno, que son los que intervienen en la sanción y promulgación de las leyes. Los actos internacionales están equiparados a las leyes de la Nación, y subordinados.

como éstas, a las cláusulas constitucionales, por virtud de lo dispuesto en el artículo 31, que dice: "Esta Constitución, las leyes de la Nación que en su consecuencia se dicten por el Congreso, y los tratados con las potencias extranjeras son la ley suprema de la Nación..." (Los decretos de los Concilios, las Bulas, Breves y Rescriptos del Sumo Pontífice constituyen la excepción, desde que, según el artículo 86, inciso 90., se requiere acuerdo de la Suprema Corte. Sólo se exige ley cuando contienen disposiciones generales y permanentes).

Los términos en que se halla redactado el transcripto artículo 31 de la Constitución argentina deciden toda cuestión relativa al tema que nos ocupa. Los tratados internacionales se hallan subordinados a la Constitución, de la misma manera que lo están las leyes que dicte el Congreso, y hasta ocupan un lugar inferior a éstas en el orden de prelación establecida por la cláusula mencionada.

Por último, el artículo 27 resuelve en definitiva este asunto al prescribir que los tratados deben estar "de conformidad con los principios de derecho público establecidos por esta Constitución". Por nuestra parte, no vacilamos en expresar nuestra adhesión a la doctrina consagrada por la Constitución argentina, sin perjuicio de reconocer la necesidad de que las reformas constitucionales que se realicen en el futuro den cabida a los principios del derecho internacional, como lo requiere el comienzo de estructuración federativa que tiende a adoptar la comunidad de naciones, en la medida en que ello es compatible con la soberanía del pueblo argentino y de su poder constituyente.

El profesor B. Mirkine-Guetzevich toma posición—que acompañamos—en el debate suscitado en torno al problema, aplicando el método políticohistórico y pronunciándose en favor de la unidad del derecho público. Concreta su opinión en los siguientes términos: "Ni la teoría dualista ni la monista tienen siempre en cuenta la evolución del derecho constitucional, la diferencia profunda desde el punto de vista *jurídico* entre el Estado del *ancien regime* y el Estado moderno. Hasta fines del siglo XVIII, el problema de la validez internacional y de la validez interna de los tratados no se planteaba. Sólo los príncipes tenían el derecho de concluir tratados internacionales. Tenían un poder absoluto y, por consiguiente, bajo la monarquía absoluta era imposible el conflicto entre la ley y el tra-

tado. Sólo la evolución constitucional del siglo XIX planteó esta cuestión delicada de la teoría del Derecho, la cuestión de la validez del tratado y del posible conflicto entre el tratado y la ley. Ahí está el punto crucial del problema, y ahí radica también el error *histórico* de las dos teorías, dualista y monista, que parten de la noción del Estado abstracto, fuera de la realidad constitucional moderna".

"Sólo el derecho constitucional puede decir cuáles serán los efectos internos de un tratado. Para nuestra concepción de la unidad del derecho público, el problema de las relaciones entre el derecho internacional y el derecho constitucional, en materia de conclusión de tratados, se presenta del modo siguiente: el derecho constitucional decide acerca de las formas de la conclusión; el tratado ratificado entra en vigor; su fuerza obligatoria para los Estados firmantes se basa en la regla fundamental del derecho internacional *pacta sunt servanda*; pero la ejecución de este tratado, su *realización*, necesita los actos del Estado, los actos del derecho interno. El Estado recibe derechos en la comunidad internacional. Pero la ejecución de un tratado se obtiene por obra de los órganos del Estado, los cuales deben obedecer las reglas del derecho constitucional".

Consecuencia lógica de esos principios es que los actos internacionales ejecutados a espaldas de la voluntad popular, representada en el congreso o parlamento, son nulos, o, por lo menos, carecen de validez jurídica mientras no tengan la aprobación de ese cuerpo.

Ningún estado democrático debería aceptar la celebración de tratados con los países en donde el poder legislativo haya sido suprimido por la violencia. Interesa fijar la atención sobre este punto, porque tal actitud internacional no constituye ninguna clase de intervencionismo y, sin embargo, puede llegar a ser, sin salirse de las formas protocolares del viejo derecho, un procedimiento eficaz para la defensa de los derechos del hombre y del ciudadano, a cuya universalización se aspira. He ahí una forma de no intervención que hasta ahora no ha sido puesta en práctica y que, juzgada con el viejo criterio, también sería inobjetable.

Cuando una insurrección civil o una asonada militar o pronunciamiento produce el derrocamiento o deposición de los funcionarios ejecutivos, y los reemplaza por jefes civiles o militares que se apoderan del gobierno por autodeterminación, sin

representación popular ni título alguno, y mediante la fuerza, se puede afirmar que existe la concurrencia de varios delitos reprimidos por el Código Penal (sedición, usurpación de autoridad, abuso de autoridad, etc.). En tales casos, no se puede hablar de "funcionarios de facto". Su verdadera calificación jurídica es la de *usurpadores*, y en eso coinciden todos los tratadistas de la materia, tanto los europeos como los americanos. Ahora bien: ¿qué soberanía interior o exterior representan y ejercen los usurpadores? ¿Se puede afirmar que la soberanía exterior está en sus manos, por el simple hecho de ejercer funciones gubernativas, aunque eso ocurra en infracción abierta de la Constitución y de la ley, contra la voluntad popular y en pleno ejercicio de la violencia, bajo el pretexto del estado de sitio o cualquier otro remedo de legalidad?

¿Qué soberanía es esa que se pretende atribuir al *Estado*, en abstracto, pero que se niega al pueblo y que se ejerce en franca oposición al Derecho? ¿Puede oponerse esa soberanía ficticia a la necesaria y urgente protección de los derechos del hombre y del ciudadano consagrados por la Constitución y proclamados universalmente por las confederaciones internacionales?

¿Es, acaso, una simple cuestión de política interna la supresión de la libertad política y civil por los usurpadores de funciones gubernativas?

Lo interno y propio de una nación no es un concepto puramente geográfico. Corresponde al ámbito de su organización jurídica soberana. No lo es si consiste en un ataque violento a esa soberanía, desde fuera de ese ámbito, y en la destrucción de su derecho por la fuerza.

El ataque exterior puede nacer dentro de las fronteras nacionales, como ocurre cuando una minoría extranjera se impone a la población nativa en su propio territorio. Y toda usurpación tiene ese carácter, ya provenga de extranjeros o de nativos, si a espaldas de la voluntad popular se mantiene por la fuerza, la violencia o la intimidación.

¿Qué es lo que defiende el derecho internacional cuando ampara a la usurpación con violación del derecho interno y en perjuicio del pueblo, en cuya pretendida representación se justifica el ejercicio de la soberanía exterior? ¿Se puede seguir hablando de comunidad internacional y de principios éticos y

jurídicos, si quienes tal cosa hacen sólo pueden invocar la autoridad que nace de la usurpación y de la violencia?

Adviértase que toda agresión ilegítima proveniente del exterior es un delito en derecho internacional, y que ella autoriza el auxilio de las potencias aliadas en favor de la víctima. En el nuevo derecho internacional estaría perfectamente justificada la ingerencia o el auxilio de todos los pueblos de la tierra en favor de aquél que fuese víctima del despotismo, porque ante el Derecho, y sobre todo ante la ética, son situaciones equivalentes, y aún resulta favorecido el segundo término de la comparación, porque un pueblo oprimido se halla en condiciones más desventajosas para su defensa que un pueblo agredido.

Podemos invocar en nuestro favor, y como punto de vista doctrinario netamente argentino, la opinión siempre luminosa de Joaquín V. González, quien se pronunciaba al respecto en estos rotundos términos: "Puede ocurrir el caso de que un déspota se apodere de la fuerza y el terror para hollar y escarnecer las leyes que rigen a la humanidad colectivamente, deshonrándola visiblemente con actos de barbarie. Como estas leyes son las que rigen las relaciones de las naciones entre sí, ellas son las llamadas a castigar a déspota que viola de esta manera esos principios, que deben sostener con la fuerza todas las naciones que forman parte del concierto internacional, cuando el pueblo es impotente para derrocar a su tirano. Hay autores que creen existente un consentimiento tácito por parte del pueblo, pero otros (Bluntschli), con los cuales opinamos, dicen que es deber de los otros Estados intervenir para restituir su vigor a las leyes quebrantadas por el tirano" (*Obras Completas*, tomo I).

Todo esto sin perjuicio de insistir en nuestro claro y firme punto de vista anteriormente expuesto: ni la intervención unilateral, ni el predominio injusto de las grandes potencias, ni los imperialismos regionales pueden sacar ventaja de estos principios o de su aplicación. Los problemas que plantea esta nueva etapa de la historia humana son los problemas de la comunidad universal, a punto de organizarse federativamente, y sólo pueden ser resueltos por una normación jurídica y por una organización judicial correspondiente.

Mientras tanto, lo ocurrido recientemente en algunos países de nuestra América prueba que ninguna dictadura resiste la actitud resuelta de los demás gobiernos en el sentido de no

mantener relaciones diplomáticas con los dictadores. Por lo que respecta a la República Argentina, podemos decir que, desde su nacimiento, tiene tomada posición en este asunto.

Ella no dialoga con tiranos ni dictadores; sólo puede hacerlo con pueblos libres, desde que, como proclama el himno, son "los libres de mundo" los que "respondieron" con su saludo en la hora inicial: ¡Al gran pueblo argentino, salud!

PESIMISMO LITERARIO Y OPTIMISMO POLÍTICO: SU COEXISTENCIA EN EL PUERTO RICO ACTUAL*

(Un intento de interpretación)

Por René MARQUES

Introducción

UNA ojeada a la historia de Occidente nos revela el hecho paradójico de que en períodos cumbres de distintas culturas nacionales se ha producido una perceptible escisión entre el pensamiento, o para ser más exactos, entre la actitud intelectual y afectiva del Poeta y el hombre de acción respecto a las bondades del mundo que ambos habitan, determinadas éstas, presumiblemente, por las circunstancias políticas, económicas y sociales existentes. La sombría tragedia helena florece precisamente cuando Grecia alcanza la cima de su brillantez política y su poderío militar. En la Península Ibérica, *La Celestina*, la *Novela Picaresca*, *El Quijote* y la amarga ironía quevedesca son productos de un período que abarca desde el comienzo ascensional hasta la plenitud e inicios de quiebra del imperio político y económico español. Lo más imperecedero de la literatura isabelina—carentes en su esencia de todo optimismo— alcanza un auge extraordinario en el primer período de esplendor de la historia británica. Acercándonos ya al mundo de hoy, observamos exacta coincidencia en la nación de más indiscutible poderío político y económico de Occidente: los Estados Unidos de Norteamérica. Nos interesa intentar la interpretación de igual fenómeno en el Puerto Rico actual. El intento conlleva obstáculos y riesgos tan graves que nos parece imprescindible sentar, por anticipado, las bases para un mutuo entendido entre el que expone y aquel que ha de recibir su exposición.

* Premio del Ensayo 1958, del Ateneo Puertorriqueño.

Exploración de conceptos

EN primer lugar, exploremos los conceptos. Al hablar de pesimismo no estamos refiriéndonos a ese pesimismo *radical* filosófico¹ de un Schopenhauer, un Hartman o un Leopardi, producto notorio del pasado siglo, sino al pesimismo *parcial* respecto a una realidad determinada²; expresión de una actitud escéptica y crítica ante la vida que no excluye, necesariamente, un grado razonable de meliorismo. Es decir, no nos referimos a aquella filosofía romántica, sino a una actitud general intelectual y afectiva que es tan vieja como la civilización misma y cuya expresión literaria se remonta al *Eclesiastés*, obra concebida mucho antes de que un pesimista helenizado (o helenizante) escribiese el bíblico *Libro de Job*.

Al utilizar el término optimismo tampoco pretendemos atenernos a la filosofía de Leibniz como tal. Lo empleamos en su acepción simplificada de una actitud de complacencia ante el mundo en que vivimos que es, presumiblemente, el mejor de los mundos posibles. Trasladando el concepto a términos políticos, diríamos que el optimismo es la complacida aceptación del *status quo*. Señalamos, sin embargo, que cuando este conformismo político no es extremo —provocando tenaz resistencia al cambio— acepta también, como el pesimismo parcial, la posibilidad del meliorismo.

En última instancia podrían, pues, coincidir, en la fórmula meliorista, el Poeta y el hombre de acción. La dificultad estriba en que esa coincidencia se sitúa generalmente en un futuro más o menos lejano, para llegar al cual tanto el Poeta como el hombre de acción proponen soluciones distintas —a menudo antagónicas— lo que hace difícil, si no imposible, todo intento de conciliación en el presente histórico.

Términos y limitaciones del planteamiento

IGNORAMOS si existe estudio riguroso alguno del problema tal como éste está planteado en el título del presente ensayo.

¹ Para un interesante y poco conocido estudio del pesimismo filosófico del pasado siglo véase *El Pesimismo en el Siglo XIX*, de E. CARÓ, miembro de la Academia Francesa (La España Moderna, Madrid).

² JOSÉ FERRATER MORA, *Diccionario de Filosofía* (Editorial Sudamericana).

Abundan, especialmente en la literatura norteamericana, estudios parciales del pesimismo literario, pero sin referir éste como *antítesis* a la circunstancia política *inmediata*.

Por nuestra parte limitaremos el intento de análisis a la producción literaria misma y a su relación, directa o indirecta, con el acontecer político contemporáneo, ciñéndolo, además, como lo anticipa el título, a la literatura y la política puertorriqueñas de los últimos veinte años. Esta premeditada limitación conlleva de por sí una obvia ventaja y una desventaja no menos obvia.

La primera es la asequibilidad del material literario que hemos examinado. Con raras excepciones, todo título que se menciona es de fácil acceso en Puerto Rico, bien en librerías o bibliotecas, y su examen, para cotejo o verificación, no implica problema práctico alguno. El arduo obstáculo lo constituye el acontecer político contemporáneo no incluido aún dentro del campo visual objetivo de la Historia.

Los pocos intentos de interpretación histórica provienen, en su mayoría, de fuentes oficiales o de personas sospechosas de ser voceros de esas mismas fuentes, quedando sus trabajos como curiosos exponentes de un nuevo género literario: el de "relaciones públicas", género que en épocas pretéritas se definía —con descortesía no exenta de brutalidad— como "propaganda del Estado".

Ante la ausencia de textos históricos autorizados, el autor ha de confiar en la memoria del lector, en el conocimiento vivo que éste posee de los acontecimientos políticos recientes, en su experiencia inmediata respecto al acaecer histórico o, en su defecto, en la infinita paciencia y buena voluntad del lector para consultar aquellas colecciones de nuestras escasas hemerotecas que abarcan ese período de casi veinte años.

Tomaremos, para los efectos del análisis, el pesimismo literario como un fenómeno social, como reacción de un grupo a determinados estímulos del mundo circundante. Este enfoque parecería contradecir aceptadas teorías sicologistas sobre la actitud afectiva o emocional del escritor en cuanto a las fallas o virtudes del mundo que le rodea.

Aclaremos que lo que nos interesa, no es discrepar de, o ignorar interpretaciones psicológicas respecto al fenómeno de la expresión pesimista *en el individuo*, sino auscultar *la concurrencia* de muchos pesimismos individuales dentro de una

literatura nacional, en determinada época. Es decir, cuando la expresión literaria pesimista se da consecuentemente en una literatura por un período razonablemente extenso, deja ya de ser expresión de sicologías individuales para convertirse en fenómeno sociológico. Como tal, nos interesa examinarla.

Antecedentes

NO consta en nuestra historia literaria³ el hecho de que la obra novelística de Manuel Zeno Gandía (1855-1930) fuera objeto en su época de reproches sistemáticos por el pesimismo en sí que de ella se desprende, aun cuando la estética naturalista que generalmente se le atribuye a dicho autor, causase entonces particular revuelo en los círculos literarios. Es decir, todo reproche al pesimismo pudo hacerse en lo que éste tuvo de expresión naturalista, no como antítesis de determinado optimismo político. Tampoco parece que los exegetas ulteriores de Zeno Gandía se tomaran la molestia de reprochar la tendencia pesimista del escritor, aunque la hayan señalado como característica de su obra.

Avanzado ya el siglo, descubrimos en la valiosa e interesante producción literaria de la década del treinta, una superación del naturalismo. Ello no es óbice para que el fluir de la subterránea corriente pesimista continúe ininterrumpido. El fenómeno no es sólo perceptible en los géneros en prosa —a los que en particular nos referiremos— sino también en la producción poética, aun en aquella que utiliza en su expresión el efecto humorístico o irónico. Vaya como ejemplo de esto último, Luis Palés Matos.

Las postrimerías de dicha década ven el nacimiento del teatro puertorriqueño. Este teatro, moderno en técnica y autóctono en tema y problemática, nace bajo un no disfrazado signo pesimista: *El Clamor de los Surcos* y *Tiempo Muerto* de Manuel Méndez Ballester, *Mi Señoría* de Luis Rechani Agrait, *La Escuela del Buen Amor* de Fernando Sierra Berdecía, *El Des-*

³ FRANCISCO MANRIQUE CABRERA, *Historia de la Literatura Puertorriqueña* (Las Américas Publishing Co., New York, 1956). En relación a la polémica sobre el naturalismo el Dr. Cabrera refiere al lector a una serie de artículos aparecidos en el *Boletín Mercantil*, diciembre a febrero, 1889-1890.

monte de Gonzalo del Toro, e incluso la muy femenina comedia *He Vuelto a Buscarla* de Martha Lomar.

El epíteto de pesimista no se lanza aún contra los creadores. Aparentemente hay en nuestro ambiente una aceptación tácita de que el pesimismo reflejado en la producción literaria de la época *es adecuada expresión de entrañables realidades nacionales*.

La década del cuarenta: esperanza, logro, frustración

AL abrirse el portalón de la próxima década, entran en la vida puertorriqueña arrolladoras corrientes de esperanza. El año 1940, con su dramática revolución política, social y económica, sacude al pueblo y da una nueva perspectiva de realidades presentes y futuras. La inmediata implantación de revolucionarias medidas socio-económicas realiza el sueño, no quizá del pueblo, que pocas veces sueña, sino de aquellos intelectuales y escritores que, junto a los hombres de acción, forjaron ese sueño y abrieron brecha para que el mismo cuajase en realidad. Sólo un aspecto del sueño quedó incumplido en la primera etapa: el logro de la soberanía nacional. Sin embargo, habiéndose anunciado con reiterada insistencia en la década precedente que la independencia estaba prácticamente a la vuelta de la esquina, los creadores —para ese entonces casi en su totalidad propugnadores de la soberanía nacional— se dejaron convencer por los hombres de acción, en el sentido de postergar la lucha por la independencia mientras se llevaba hasta sus últimas consecuencias el programa económico y social.

La acción a seguir tenía todos los visos de la lógica política: el pueblo debería encarar su destino último sobre sólidas bases económicas. El intelectual cayó en la celada. El desarrollo social y económico se llevó a cabo, no a base de forjar cimientos sólidos para la solución final, sino todo lo contrario. Por imperativos de la intensa brega diaria en el campo político —que rara vez permite abarcar problemas con perspectiva histórica de largo alcance— se habría de comprometer, como jamás lo había estado en cuatro y medio siglos de historia, el porvenir político de la Isla a una irremediable, inescapable, dependencia económica de la metrópolis. No lo percibieron así, en aquellos primeros años de eufórico entusiasmo, la mayoría

de los escritores adscritos al movimiento. Cuando les fuera dado despertar a la realidad, sería ya demasiado tarde.

*Corrientes optimistas en el
pensamiento político de la década*

ESTA euforia inicial se había nutrido, en parte, de dos corrientes de pensamiento optimista, las cuales influyeron en las nuevas clases dirigentes del país. Por un lado, el optimismo marxista (era época en que la admiración a Rusia y al socialismo soviético no constituía delito contra el Estado) y por el otro, el optimismo capitalista estadounidense. Ambas ideologías, a las cuales hoy se pretende atribuir una irreconciliabilidad absoluta, coinciden en varios aspectos, no siendo el menos significativo ese optimismo materialista (o, si se quiere, materialismo optimista) que rechaza toda metafísica, toda insinuación de destino o fatalidad, para dejar al hombre triunfante, soberano en un mundo creado por él a su entera conveniencia.

Este triunfador de la sociedad optimista es siempre capaz de dominar al medio ambiente. Ni siquiera entran en juego las leyes de herencia. Todos los seres "nacen iguales", o se les hace creer que ello es así. Ya ni siquiera se trata del derecho político de igualdad *ante la ley*. Llevando la falacia optimista a sus extremos llegaría a creerse —y algunos realmente lo han creído— que el poseedor de una inteligencia subnormal puede alcanzar en la vida los mismos logros que aquel dotado de inteligencia superior. La instrucción pública se encargará del milagro. En la sociedad capitalista norteamericana Dewey, y su heredero el "progresismo" pedagógico, señalan las pautas.⁴

No hay ya, claro está, lugar para el pesimismo, ni siquiera para la actitud escéptica. Lo que no puede realizar el ser humano lo realiza la máquina, a la cual, no obstante, se tiene buen cuidado de señalar como "esclava" del Hombre. La vida se convierte en un alegre maratón para alcanzar la tierra prometida, el paraíso materialista donde todos, por igual, alcan-

⁴ El optimismo pedagógico en Norteamérica ha logrado, no tanto la elevación de las masas, como una total mediocrización de la sociedad, que se traduce mayormente en el conformismo individual y la abulia social. Véase un serio y responsable estudio de este fenómeno en *The Organization Man* de William H. Whyte (Simon and Schuster, N. Y., 1956).

zarán la felicidad suprema. Nada mejor que una frase, producto del optimismo norteamericano, para definir este estado de ánimo: *The sky is the limit*.

Aún admitiendo que en la descripción anterior hubiese —como reconocemos que los hay— rasgos caricaturescos, no podría negarse que, en su esencia, la descripción corresponde a la realidad. La idea que impulsa a ambos optimismos, el soviético y el norteamericano, es una misma y podría expresarse en los siguientes términos: Todo individuo puede alcanzar la felicidad radical si el Estado (o la Sociedad) determinan y dominan las circunstancias sociales y económicas en que ese individuo se desenvuelve.⁵

La expresión literaria en la década del cuarenta

¿QUÉ ocurre en la literatura puertorriqueña mientras la vida oficial recorre el camino del optimismo? Para sorpresa del observador, la producción literaria de la Isla, durante la década del cuarenta, sigue imperturbable su trayectoria pesimista. No sólo en la producción de los ya consagrados como Enrique Laguerre, Miguel Meléndez Muñoz, Emilio S. Belaval, Méndez Ballester (descontando sus ineficaces intentos de cultivar un teatro de humor grueso y popular), sino en la de aquellos jóvenes que se inician en la labor creadora: Arriví en el teatro, José Luis González y Abelardo Díaz Alfaro en el cuento, para nombrar sólo a los más representativos de la nueva promoción en esos años.

Por otro lado, a fines de la década, el poeta y periodista Salvador Tió, panegirista entusiasta del partido revolucionario en el poder, desemboca, casi diríamos que por sorpresa, en el excelente, pero sombrío humorismo de su colección de ensayos *A Fuego Lento*, publicados indistintamente en "El Mundo" y el "Diario de Puerto Rico". Poco después, el excepcional ensayista Tomás Blanco, uno de los intelectuales vinculados al movimiento político de 1940 y simpatizante por lo tanto del progra-

⁵ No entra en los cálculos optimistas del soviético o del norteamericano la posibilidad de que el concepto de la felicidad en el individuo *sea distinto* a aquel elaborado por el Estado (o la Sociedad). Ello lógicamente conduce a la aparición de los "herejes" o "desviados" políticos en Rusia, y a la de los "socialmente desajustados" o "inadaptados" en los Estados Unidos.

ma de gobierno en marcha, publica su nada optimista novela *Los Vates* (1949). Al cerrarse la década, el poeta Luis Palés Matos, de ideología hasta entonces aparentemente afín a las esferas oficiales, se retira a forjar una producción poética de mayor hondura y trascendencia universal que su anterior poesía negroide, más pesimista aún que aquella, y ya sin ni siquiera insistir en el humor o la ironía que con tanta soltura manejara en la década precedente.

¿Qué ha ocurrido? ¿A qué se debe esta falta de "sincronización" entre el optimismo que parece vivir el mundo oficial y el pesimismo en la producción literaria? ¿Es que los escritores han cerrado los ojos a la realidad circundante decidiendo encastillarse en la consabida torre de marfil? A nuestro juicio ocurre todo lo contrario. El escritor, con ese sexto sentido que desarrolla la actividad creadora, esa visión profética que si bien puede ofuscarse momentáneamente no muere nunca del todo en el Poeta, ha empezado a percibir realidades que están más allá de la circunstancia inmediata, señales de peligro que el hombre de acción, en su intensa faena diaria, no percibe, o no se permite a sí mismo percibir, porque estorbarían a la solución improvisada que ha de dar a cada problema, cada obstáculo, según éstos surgen en su trayectoria de acción continua, fatalmente ininterrumpida.

Posibles causas de pesimismo

¿QUÉ hechos, si algunos, han ocurrido en la vida política y social del país durante la victoriosa década del cuarenta que pudieran dar al escritor una nota discordante de escepticismo, si no de franco pesimismo, respecto al desarrollo en marcha? Descontemos, como ajenas al dominio del puertorriqueño, dos catástrofes de carácter universal: la Segunda Guerra Mundial y la destrucción atómica de Hiroshima. No podía escapar, sin embargo, a los espíritus sensibles, la paradoja de que el dolor y la muerte de otros traía a nuestro pueblo el bienestar económico. Efectivamente, sin la inflación y las necesidades comerciales y militares de Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial, el desarrollo económico de Puerto Rico jamás habría alcanzado sus espectaculares logros durante la referida década.

Pero hemos decidido concretar nuestros argumentos a factores meramente locales. Ya a mediados de la década se había

descubierto la sorprendente bancarrota de la costosa y ambiciosa Compañía Agrícola, auspiciada por el Estado. Duro golpe para el optimismo de un pueblo esencialmente agrícola. Poco después se paraliza el programa fundamental de reforma agraria. El rescate de la tierra de manos de grandes corporaciones ausentistas, uno de los puntos claves del programa revolucionario de 1940, sufre un colapso. El ausentismo, en cambio, se estimula oficialmente mediante la creación de la Compañía de Fomento Industrial. El énfasis en la industrialización absorbe tanta atención, energía y dineros del pueblo que, por comparación, el Departamento de Agricultura apenas si puede en esos años, precariamente, llenar su cometido.

Ocupando, quizá, el segundo puesto en la atención oficial como medida de escape al problema económico, surge el fomento, más o menos velado, de la emigración al continente. Finalmente, ocurre en las postrimerías de la década un hecho de graves consecuencias para la vida del país: la violenta huelga universitaria de 1948, que desemboca en la expulsión en masa del liderato estudiantil y de varios de los profesores más jóvenes y brillantes. Para el observador imparcial había de resultar tan insólita la violencia de un lado como poco hábiles las medidas disciplinarias del otro. Podía augurarse ya que la solución inmediata del conflicto universitario llevaba en sí gérmenes de problemas futuros para el cuerpo social.

Es innegable que los hechos mencionados no surgieron caprichosamente. Ellos podrán, sin duda, excusarse mediante razones de una lógica política o económica aceptable en el instante mismo en que cada uno surgió como disyuntiva para los hombres de acción, asesorados éstos por peritos técnicos o impulsados por circunstancias apremiantes. El intelectual, no presionado por la urgencia de la solución inmediata, tiene en cambio suficiente perspectiva para medir las consecuencias.

Realidades que sólo se hicieron palpables a los más optimistas en la década posterior, podían ya ser previstas entonces: 1) La secuela de males sociales que traería una precipitada industrialización, 2) el abandono de la faena agrícola por falta de adecuados incentivos a la producción y al mercadeo, 3) la despoblación de la zona rural, tanto por la razón anterior como por el estímulo dado a la corriente migratoria, 4) las ataduras económicas a la metrópolis, más fuertes ahora que nunca, empujando el problema del *status* político a un callejón sin salida,

5) la destrucción en la Universidad del liderato potencial de toda una generación, no sólo al troncharse los estudios de los expulsados, sino al ordenarse la disolución permanente del Consejo de Estudiantes y crearse en las aulas un ambiente de recelo y sospecha contra toda iniciativa democrática del cuerpo estudiantil, y aun del claustro.⁶

Vale la pena mencionar, además, algo ante lo cual el escritor—en Puerto Rico como en cualquier país de circunstancias políticas similares—tiende siempre a reaccionar con extrema susceptibilidad: el incremento en la sustitución de valores autóctonos por valores extranjeros, en este caso impulsados—y casi podríamos decir, impuestos—sin sentido de selección y adaptación, por el Departamento de Instrucción Pública y la Universidad de Puerto Rico.

Tuvo, pues, la década del cuarenta suficientes zonas sombrías como para impedir que el escritor compartiera incondicionalmente la euforia de aquellos que eran encarnación del Estado.

Década de la cosecha: grano y cizaña

Los próximos años parecen ya caracterizarse, en lo político, por ser los de la cosecha, cosecha de lo sembrado en la década anterior. Decimos esto en términos generales, desde luego. Algo se ha sembrado. Al cosecharse en muchos campos más cizaña que grano, ha sido preciso remover a toda prisa el terre-

⁶ El fenómeno no es exclusivo de la Universidad en esos años. Con la drástica solución al conflicto universitario, se inicia en Puerto Rico una patética "era" de silencio que, partiendo de 1948, se prolonga hasta 1952, año de la proclamación del Estado Libre Asociado. Aunque las leyes garantizan la libre expresión, el pueblo, impresionado quizás por el poder absoluto del Gobierno y por la agresiva tendencia del Ejecutivo al monopolio de toda iniciativa política aun dentro de su propio partido, guarda, en términos generales, un receloso silencio. Ni siquiera el fugaz estruendo de la metralla Nacionalista (octubre de 1950) logra alterar tan significativo silencio. Por el contrario, lo torna más hermético. En estos años de abulia democrática, tanto del pueblo como de la clase intelectual—que coinciden con el macartismo y la "cacería de brujas" en Estados Unidos—es que tiene su raíz la acusación de "dictador" o de "estado totalitario" que luego ha de lanzarse contra el Ejecutivo y su Gobierno. La acusación es falaz en sentido jurídico (precisamente para esos años sale a la palestra eleccionaria el Partido Independentista), pero tiene sutiles justificaciones psicológicas.

no y sembrar semilla nueva, variedades, por cierto, que en la década del cuarenta se habrían arrojado enérgicamente fuera de las eras, por inservibles o, quizá, por peligrosas. Si estas siembras precipitadas han de traer o no la cosecha deseada, tendrán que esperar sus sembradores a lustros futuros para juzgarlo.

Baste por ahora señalar que la década en que vivimos se abre con dos acontecimientos dramáticos. En el frente local, la revuelta del 30 de octubre de 1950, concurrente al atentado nacionalista contra el presidente Truman en Washington. En el internacional, el patético error de la guerra de Corea la cual, después de costar tanta sangre, lágrimas y dólares, había de dejar a los dos bandos en el mismo lugar en que estaban antes de iniciarse la contienda. Ambos acontecimientos han de afectar profundamente la vida puertorriqueña.

Procedamos a repasar, rápida y someramente, acontecimientos políticos de años sucesivos en el ámbito insular. Presionado por José Figueres, el Ejecutivo indulta a Pedro Albizu Campos, convicto por la revuelta del cincuenta. Se preparan ya ruidosos festejos para celebrar el advenimiento del Estado Libre Asociado.

Mientras en la Isla se vitorea la nueva fórmula, presuntamente salvadora, en Washington una emigrante puertorriqueña, domiciliada en Nueva York, realiza un acto temerario que ha de ocupar la primera plana de la prensa mundial: Lolita Lebrón dispara su pistola contra los miembros del Congreso reunidos en sesión. Ello precipita en San Juan el arresto del recién indultado Pedro Albizu Campos no sin que antes se desarrolle el consabido y siempre espectacular tiroteo.

En el frente económico y social la industrialización, con su lógica secuela la urbanización, alcanzan un gran auge. Proliferan las nuevas industrias, las nuevas urbanizaciones y los nuevos arrabales. Surge por vez primera, como problema social, la delincuencia juvenil. Y se perciben intentos de enraizar una modalidad recién importada de la urbe: la "ganga" o pandilla "científicamente" organizada. El tráfico de drogas, antes mínimo, hace circular ahora casi tantos dólares como la industrialización o el turismo. Y es, desde luego, en la industrializada ciudad donde se multiplican, geoméricamente, traficantes, adictos e intermediarios.

Por ley de compensación, sin duda, la emigración al con-

tinente crea algo nuevo en la vida norteamericana: el "problema puertorriqueño". Nueva York, para agonía de unos y exasperación de otros, se convierte en la ciudad de mayor población puertorriqueña, incluyendo a San Juan. Un número cada vez mayor de insulares, que sólo conocían el prejuicio racial norteamericano de oídas, lo experimenta ahora en su propia carne.

Siempre manteniendo justicieramente el equilibrio entre lo que se da y lo que se toma, la colonia norteamericana en la Isla aumenta en forma decisiva: industriales, profesionales, peritos y aun obreros diestros afluyen a Puerto Rico. Su influencia se hace notoria. Hay presión para que se efectúe una más rápida americanización de los puertorriqueños o, por lo menos, para que se estrechen, más aún, los vínculos indestructibles (políticos y económicos) entre la Isla y su metrópolis. Toma auge, por vez primera en los últimos veinte años, el sentimiento anexionista. De nuevo vuelven a tener los intereses económicos norteamericanos voz poderosa —casi equivalente a voto— en los destinos del pueblo puertorriqueño.

Prosigue en cadena la cosecha de lo sembrado en la década del cuarenta: el Subsecretario de Agricultura Federal, Nathan Koenig, realiza a petición del propio Ejecutivo insular, un estudio sobre la agricultura isleña. El estudio se traduce en la recomendación de un sensato y abarcador programa⁷ que resulta abierto reproche al abandono en que se ha tenido la Agricultura durante los eufóricos años de industrialización. El informe Koenig, publicado en 1953, se recibe con disgusto en las esferas oficiales. No se le da beligerancia inmediata. La prensa, y como consecuencia el pueblo, apenas si se enteran de su existencia. Pero ya para 1955 la situación de la zona rural es tan desesperante que el Ejecutivo decide al fin darle atención al problema poniendo en práctica algunos planes viejos (y esbozando otros nuevos) de estímulo a la producción y al mercado agrícolas. Se intenta, además, apresurar el hartito lento desarrollo del Valle de Lajas, descubriéndose tardíamente que ha habido fallas fundamentales tanto en la planificación como en la realización del proyecto.

El Gobierno de Puerto Rico paga una suma cuantiosa a una agencia de "research" en Estados Unidos para averiguar qué piensa el pueblo norteamericano de los puertorriqueños.

⁷ NATHAN KOENIG, *A Comprehensive Agricultural Program for Puerto Rico* (United States Department of Agriculture, 1953).

El resultado del costoso estudio⁸ es tan aterrador que el Ejecutivo ordena archivarlo bajo doble llave, negándose a darlo a la publicidad.

La Universidad de Puerto Rico contrata los servicios de un historiador de la Universidad de Chicago, desconocedor del idioma español, para determinar cuál ha sido la influencia norteamericana en la cultura nativa. La conclusión del joven profesor estadounidense,⁹ después de tres semanas de ojeada personal a la Isla, es escueta: No existe tal cosa como una cultura puertorriqueña. Hay, sí, cultura norteamericana con vagos vestigios de cultura española. Y hay algo más que descubre, en su meteórico recorrido, el impulsivo observador: Puerto Rico es un país sin historia.

Con un concepto tan abstruso como el de "libertad asociada" para dar sosiego a la angustia colonial, con los graves problemas sociales traídos por la industrialización, con la agricultura estancada (informe Koenig), la zona rural despoblándose rápidamente, los intereses económicos extranjeros (ausentes y presentes) haciendo sentir de nuevo el peso de su poder en los destinos del país, con la emigración al continente creando un Puerto Rico en exilio y la emigración a la zona urbana creando un hacinamiento arrabalero incapaz ya de ser resuelto por la Autoridad de Hogares en la medida en que éste aumenta su desarrollo; con el desprestigio, quizá franco desprecio de la opinión pública norteamericana (Informe Roper), sin cultura ni historia (conclusión Boorstin), ¿cómo expresa la literatura del puertorriqueño la realidad de la presente década?

Podrá argüirse que hemos acumulado adrede burdos errores, fallas sutiles y catástrofes latentes para "dramatizar" el punto en discusión. Es cierto. Es cierto también que tanto el hombre de acción como el llamado hombre "promedio" podrán darse por satisfechos con los logros inmediatos de la actual década. Pero los escritores no son hombres de acción ni hombres "promedio". Lo que tratamos de aclarar es que, en medio de la brillantez aparente de la vida actual puertorriqueña, hay también en esta década suficientes zonas sombrías como

⁸ *Estudio Roper*, inaccesible al público por conservarse hasta hoy, 27 de octubre de 1958, en los archivos del Gobierno como documento confidencial.

⁹ DANIEL J. BOORSTIN, *Self-Discovery in Puerto Rico*, The Yale Review, December, 1955, Vol. XLV, No. 2 (páginas 229-245).

para herir la sensibilidad del creador impidiéndole compartir el superficial optimismo de las esferas oficiales.

*Pesimismo agresivo en la
nueva literatura: 1950-1958*

SIGNIFICATIVAMENTE, la literatura de esta década se nos presenta, en casi todas sus expresiones, no ya meramente pesimista, sino con un pesimismo que podríamos calificar de agresivo. Quizás ello se deba, en parte, a los nuevos temas y problemas por ella abordados, y al nuevo lugar de la acción que el escritor ha elegido.

En efecto, el escritor, salvo raras excepciones, abandona la zona rural para trasladar sus creaciones poéticas al corazón de la ciudad recién industrializada. La literatura descubre, además, tres nuevos filones dramáticos en la realidad nacional: el fenómeno Nacionalista, la agonía del obrero puertorriqueño en Nueva York y la participación puertorriqueña en la guerra de Corea.¹⁰ Puede anticiparse, por la problemática mencionada, que la expresión literaria de estos años no ha de ser azul celeste, ni oler a pomarrosas, ni tener sabor a mango.

La anticipación es correcta. Las obras que logran mejor acogida de parte de la crítica responsable y del público, y aquellas galardonadas año tras año en certámenes y concurso del Ateneo Puertorriqueño —presumiblemente, en uno y otro caso, las de más valores intrínsecos o, al menos, las más representativas de la época— son, en su abrumadora mayoría, pesimistas.

Sin pretender agotar la lista y concretándonos a los géneros narrativos y dramáticos, echemos una ojeada a esa producción.

¹⁰ Nosotros, por nuestra parte, también descubrimos algo: Por vez primera aparecen en la literatura puertorriqueña actitudes y personajes francamente cínicos. Y esto, casi siempre, cuando el escritor aborda temas políticos locales. Interpretamos el fenómeno como reacción al cinismo latente en varios de los postulados políticos de nuevo cuño (basta recordar el de "libertad asociada" para entender lo que apuntamos). Y como denuncia de nuevas actitudes colectivas —la frenética y desesperada consecución de bienes materiales a *cualquier precio*, calificada cínicamente de "política realista"; entre otras— que revelan hasta qué punto se ha permeado a las masas el cinismo implícito en los más notorios enunciados oficiales de los últimos años.

En el género novelístico la década se abre con la novela corta *Paísa* de José Luis González. Le siguen *Los Dedos de la Mano* (1951) y *La Ceiba en el Tiesto* (1956) de Enrique Laguerre. En ese mismo año, 1956, aparece la primera novela de César Andreu Iglesias con un título revelador: *Los Derrotados*.

El cuento adquiere en estos años un auge extraordinario. Entre los volúmenes publicados señalamos *Otro Día Nuestro* de René Marqués y *Lucas en Sombra* de José Luis Vivas Maldonado, ambos de 1955. Desde México José Luis González contribuye con un volumen, *En este lado* (1955). Pedro Juan Soto publica en 1957 su colección *Spiks*. A fines de 1958 sale de prensa *El Asedio* de Emilio Díaz Valcárcel.

Periódicos y revistas recogen la producción cuentística dispersa de un grupo de escritores jóvenes —entre los que se destaca prominentemente Edwin Figueroa— así como la de los recién iniciados en el género: Arturo Parrilla, Salvador de Jesús, Violeta López Suria, Ramón Cancel Negrón, entre otros.

Casi diez años después de haber publicado *Terrazo* (1948), Abelardo Díaz Alfaro publica en la revista *Asomante* su único cuento de esta década, *Los Perros*, tan pesimista como los mejores de aquella primera colección. En el mismo número de dicha revista aparece *La Hiel de los Caines* de un autor parco en la publicación de su obra cuentística: Tomás Blanco.

El teatro abre la década con un drama sombrío: *El Sol y los MacDonald* (1950) que parece dar la tónica al grueso de la producción posterior: *El Caso del Muerto en Vida* (1952), *Club de Solteros* (1954), *Bolero y Plena* (1957) y *Vegigantes* (1958) de Francisco Arriví; *La Carreta* (1953), *Palm Sunday* (1956) y *Los Soles Truncos* (1958) de René Marqués; *El Huésped* (1956) de Pedro Juan Soto, *La Muerte* (1957) y *La Hacienda de los Cuatro Vientos* (1958) de Emilio S. Belaval; *Retablo de Juan Canelo* (1958) de Gerard Marín. También el cuentista Emilio Díaz Valcárcel se acerca al género dramático, vía la televisión, en su pieza sobre la guerra de Corea, *Una Sola Puerta Hacia la Muerte*.^{10a}

El ensayo, si bien no logra la penetración pesimista y profética de un Pedreira (*Insularismo*, 1934) nos da en cambio, de una parte, el sombrío humorismo de Salvador Tió en su ya completa colección de ensayos a *Fuego Lento*, recogida en abul-

^{10a} WIPR-TV, *Hora Teatral*, 29 de marzo de 1958, 7:00 P. M.

tado volumen en 1954, y de la otra, la conceptuosidad nada optimista de Emilio S. Belaval en su serie para el periódico *El Mundo*, *La Intringulis Puertorriqueña* (1952).

Aunque el tema sea ajeno a la literatura, nos parece oportuno abrir un corto paréntesis para señalar que esta década ve el desarrollo de un vigoroso movimiento pictórico. No obstante surgir diversidad de escuelas y tendencias, el llamado arte figurativo, bien francamente realista o en concepciones más estilizadas, parece imponerse. Resulta curioso que los artistas que más se destacan en la tendencia imperante, coincidan en la expresión pesimista o sombría, bien sea en temática o en colorido. En el sentido apuntado puede echarse una ojeada a la producción de pintores y grabadores como Tufiño, Rosado del Valle, Torres Martinó, Carlos Rivera, Lorenzo Homar, José Oliver, Félix Bonilla, entre otros. De las artes gráficas sólo la serigrafía, cuando ejecuta cartelones para el anuncio, se ha mantenido al margen de las sombras prevalecientes. Descubrimos, pues, un paralelo pesimista en por lo menos dos expresiones artísticas contemporáneas: literatura y artes plásticas.

Cerrado el paréntesis, creemos interesante aclarar que dos de los escritores de producción ya madura en la década del cuarenta, han intentado el "happy ending" en estos últimos años sin que el resultado haya sido halagüeño. En efecto, Enrique Laguerre lo intenta en su novela *La Ceiba en el Tiesto* (1956) y es precisamente ese pretendido y hartamente forzado final feliz lo que resta verosimilitud y realidad psicológica a una obra por demás valiosa. Manuel Méndez Ballester también lo intenta en su último drama *Encrucijada* (1958), quizá con menos fortuna que Laguerre en su novela. Resulta revelador el hecho de que este drama, en su concepción original, no contuviese un desenlace optimista el cual le fuera posteriormente impuesto en el proceso de montaje.

Entre los escritores de prestigio, sólo uno, que sepamos, ha intentado en el género novelístico un optimismo a ultranza. Nos referimos al reconocido poeta y ensayista José A. Balseiro, residente en Estados Unidos desde hace años, quien publica, bajo la forma de una novela asaz mediocre, *En Vela Mientras el Mundo Duerme*, la única apología al *status quo* que registra la literatura actual puertorriqueña.

Lo mencionado, naturalmente, constituye sólo una fracción —aunque sustancial— de la producción literaria en prosa

durante la década. Sin embargo, puede asegurarse que el grueso de esa producción se ha caracterizado por su pesimismo.

¿Fenómeno generacional o moda literaria?

SIN rodeos ni preámbulos aclaramos que no se trata en modo alguno de un fenómeno generacional. En estos años han estado activas tres generaciones y sus exponentes, en mayor o menor grado, y desde distintos puntos de vista, interpretan la realidad puertorriqueña con perspectiva pesimista. Aun en aquellos casos en que el escritor trata de huir de la realidad local inmediata, situando su obra en lugares más o menos exóticos—*La Muerte* de Emilio S. Belaval, por ejemplo—no puede el autor sustraerse a la expresión pesimista, que es hija en gran medida de una experiencia vital respecto a esa misma realidad de la cual ha intentado la fuga.

No se trata tampoco de una moda literaria impuesta quizá por el pesimismo de postguerra e importada de aquellos cenáculos que rinden culto a un Jean Paul Sartre o un William Faulkner. La literatura francesa y la norteamericana pueden haber tenido resonancia en cuanto a técnica y estilo, especialmente en la promoción más joven. Pero la perspectiva pesimista no se importa a una literatura como tampoco puede importarse el optimismo literario. Independientemente de técnica y estilo, la temática de nuestra literatura actual destaca zonas sombrías de la realidad. Es un hecho indiscutible. Escritores tan dispares en estilo y técnica, en ideología y trasfondo cultural, y pertenecientes a promociones tan distintas como Laguerre, Soto, Belaval, Arriví, Salvador Tió, Andreu Iglesias, Díaz Valcárcel, José Luis González, Tomás Blanco, Abelardo Díaz Alfaro, Edwin Figueroa, coinciden, en último análisis, en la expresión pesimista. Nótese que aun en aquellos casos en que se intenta el humor, éste casi siempre sale agrio, o sombrío o patéticamente inocuo.

Reiterando la búsqueda de raíces

¿A qué se debe el fenómeno? No podrá olvidarse que la corriente pesimista fluye como tradición ininterrumpida en nuestra literatura narrativa desde las postrimerías del siglo pasado.

Esta corriente a su vez tuvo raíces hondas. De una parte, la fusión de tres fatalismos ancestrales: el indio (que reclama prioridad cronológica, pero que no actúa tan decisivamente como los otros), el español y el negro. De la otra, cuatro siglos de coloniaje y adversidades históricas en una incómoda insularidad geográfica.

No es cosa de añadir aquí las frustraciones políticas, sociales y económicas sufridas durante los primeros cuarenta años de este siglo. Baste señalar que, cuando la revolución socio-económica se desarrolla en la década del cuarenta, alguno de los más caros sueños de los intelectuales revolucionarios —confiésenlo ellos o no— desembocan en frustración. Esto explicaría, quizá, el agudizamiento del pesimismo en aquellos escritores ya maduros entonces. Es decir, podría aventurarse la teoría de que su pesimismo es en parte reflejo de una frustración personal respecto a las fallas del programa revolucionario en marcha.

Pero, ¿y la promoción más joven? ¿Cómo explicar el pesimismo de los nuevos escritores, quienes para el año 1940 no habían despertado aún a las realidades políticas y sociales de su pueblo? No puede haber frustración donde no ha habido deseo o esperanza. Será preciso intentar descubrir distinta explicación lógica para explicar el pesimismo de los escritores nuevos.

A poco que auscultemos, se nos revela la explicación: Los jóvenes, con más reducida perspectiva que sus mayores, han respondido sencillamente a la percepción de la realidad *tal como la encontraron*. No habiendo estado comprometidos con el movimiento revolucionario de 1940, pueden enjuiciar con frialdad aquella realidad política de la cual no fueron responsables y a la cual, por lo tanto, no se sienten unidos afectiva o sentimentalmente. Los únicos elementos de juicio que ellos con rigor utilizan se basan en lo que han vivido; esto es, los *resultados netos* de un sueño que forjaron otros. El enjuiciamiento ha agudizado su sentido crítico y su escepticismo. Más escépticos que sus predecesores, han sabido esquivar con gesto arisco todo intento de celada. No parecen dispuestos a dejarse atrapar dentro de las redes de una ideología concreta. Contraria a las promociones del treinta y del cuarenta, la nueva promoción de escritores no se lanza a la lucha política. Para bien o para mal pocos, si algunos, aparecen inscritos en las filas de determinado

partido. Sustentan sus ideales con agresiva independencia, al margen de toda disciplina partidista o —y es lo más corriente— hablan muy poco de política, hasta el extremo de parecer indiferentes. Es en sus obras, no en sus actos o palabras, donde se refleja cómo sienten y piensan respecto a la realidad circundante. Y es precisamente en sus manos donde está el futuro de la literatura puertorriqueña. Tenemos que aceptar el hecho como lógica y fatal consecuencia del irrevocable proceso generacional.

Ahora bien, antes de conjeturar sobre cuál será la trayectoria futura de la literatura puertorriqueña, echemos una ojeada a ciertos acontecimientos de la década actual, no examinados hasta aquí, en la esperanza de que ellos puedan darnos la clave para una aventura profética.

Siembras nuevas en surcos recién abiertos

DIJIMOS ya que, aparte de la labor de cosecha —grano y cizaña— también en los años del cincuenta se había sembrado algo. Son precisamente esas siembras las que ahora nos interesa examinar.

Al instaurarse el Estado Libre Asociado (1952) se reconocen oficialmente la bandera y el himno que hasta entonces habían sido expresión simbólica, del Nacionalismo puertorriqueño en particular, y de los ideales de independencia en general. (Símbolos peligrosos de subversión, por lo tanto). Como complemento de este hábil golpe psicológico, el Ejecutivo proclama el fomento de un nacionalismo cultural. *Lo puertorriqueño*, considerado hasta entonces por su administración como embarazoso elemento en el desarrollo económico y en la americanización cultural de la Isla, adquiere carta de ciudadanía.

El súbito viraje coloca al Ejecutivo en la anómala situación de defender exactamente lo que estuvo atacando en años anteriores. La situación de por sí coloca, además, automáticamente y frente al Ejecutivo, a una figura que aparece ahora como inquietante y acusadora conciencia de todo aquello de lo que el Gobernador reniega. Nos referimos al Rector de su propia Universidad. En efecto, el Rector, perteneciente al ala anexionista del partido en el poder, había recibido por muchos años el endoso y estímulo de Fortaleza en la labor de "occidentalización", reacción político-cultural creada, presumiblemente, para

desalentar los sentimientos nacionalistas o independentistas en las nuevas generaciones.

Fuese de modo intencional o como no premeditada consecuencia de la doctrina "occidentalista", la Universidad tendió, bien en su orientación o en sus programas de estudios, a negar o despreciar los valores autóctonos, incluyendo, claro está, una de sus expresiones más embarazosas: la literatura puertorriqueña. Esta trayectoria aplaudida, o al menos consentida durante largos años por el Ejecutivo, chocaba ahora, súbitamente, con la nueva posición del Gobernante.

Ocho años atrás el conflicto hubiese sido de fácil solución para el hombre en el poder: la fulminante destitución del Rector a través del Consejo Superior de Enseñanza. Hemos de ser justos para ambas partes indicando que el Ejecutivo, en efecto, intentó esa solución. Sólo que ya no era fácil.

El Rector de la década del cincuenta no es aquel de la huelga universitaria de 1948, quien hubo de necesitar de todo el peso de la maquinaria de gobierno, movilizada por el propio jefe del partido mayoritario, para aplastar el movimiento. El incumbente de Rectoría había crecido enormemente en prestigio y en poder político. Tenía tras de sí los ahora poderosos sectores anexionistas de la Isla, incluyendo al influyente periódico *El Mundo*. Contaba, en Estados Unidos, con el apoyo de multimillonarias Fundaciones y de prestigiosas instituciones pedagógicas. Sus costosas empresas editoriales y su habilidad para manejar las llamadas "relaciones públicas" habían extendido, además, el prestigio rectoral a España y América Latina.

Por su parte el Gobernante, originalmente demócrata igualitario, había tendido para estos años hacia prácticas de democracia liberal. El ya revelado poder del contendiente y su reciente actitud de liberalismo (la del Ejecutivo) impedían —fracasado el primer intento de forzar una renuncia— tomar el camino escabroso de la acción drástica.

Se inició así una pugna entre Rectoría y Fortaleza que se ha prolongado por años y cuyos aspectos fársicos no podían escapar al observador más ingenuo. Esta sonada, cuanto artificial,¹¹ polémica de "puertorriqueñismo vs. occidentalismo", ha

¹¹ Para dar la clave de cuánta artificialidad hay en la "contienda" bastarán muy pocas palabras. Superficiales desviaciones de táctica política, o posibles desavenencias y rivalidades personales entre ambos funcionarios, no pueden ocultar una realidad escueta: el Rector y el Ejecu-

sido recogida, con carácter satírico, en tres obras literarias: *Juan Bobo y la Dama de Occidente*, Pantomima Puertorriqueña para un Ballet Occidental (1956), *La Ceiba en el Tiesto* (1956) y *Retablo de Juan Canelo* (1958), cuyos respectivos autores pertenecen a distintas promociones resultando quizás por ello en enfoques no del todo coincidentes.

La farsa oficial tuvo, sin embargo, dos efectos indirectos saludables. Forzó a la Universidad, como táctica de lucha, a dar mayor beligerancia a los valores puertorriqueños, y despertó la siempre dormilona opinión pública respecto al problema de la instrucción.

Aparece al fin a plena luz lo que el intelectual honrado había percibido claramente. Es en efecto la Instrucción Pública —sobre todo en sus niveles primarios y secundarios— uno de los campos donde la cosecha nos llega más pobre en relación al esfuerzo, al tiempo y al dinero invertidos. Si bien las cifras que dan las estadísticas son a *prima facie* espectaculares, un examen menos superficial revela que los logros netos del sistema educativo de los últimos veinte años, en cuanto a calidad y utilidad social, resultan poco menos que un fiasco.

Por intrincados factores políticos que sería prolijo mencionar, pero que se desprenden de la situación arriba descrita, el Ejecutivo se vio forzado a anunciar recientemente una revisión del sistema escolar. Ignoramos aún la nueva o vieja semilla que habrá de sembrarse en este surco abierto casi por accidente.

Simultáneo a lo apuntado, surge una inesperada política oficial de estímulo y fomento de las artes. La plástica, sobre todo, recibe la más generosa ayuda del Gobierno. El Ateneo Puertorriqueño, por vez primera en su historia, se ve favorecido por un subsidio oficial. A iniciativas del Ejecutivo se crea, por ley, el Instituto de Cultura Puertorriqueña. La revista literaria *Asomante* recibe también su correspondiente subsidio. Se organiza y se celebra el Primer Festival de Teatro, como ya antes el Festival Casals. Finalmente, se funda una orquesta sinfónica bajo auspicios oficiales.

En la brecha estrictamente política, la nueva tendencia libe-

tivo son ramas gemelas de un mismo tronco ideológico. No sería preciso ahondar demasiado para descubrir que el Rector, ideológicamente, se parece más al Ejecutivo que el propio Ejecutivo a sí mismo. Ello se explica por la condición de intelectual del primero, que le permite ser fiel a determinada ideología. El segundo, en cambio, no ha podido sus- traerse al fatal don camaleónico que caracteriza a todo hombre de acción.

ral del Ejecutivo se expresa en dos acciones dramáticas: nombra una comisión presidida por el jurista Mr. Baldwin para investigar los derechos civiles en Puerto Rico y decreta una campaña de aseo democrático para combatir el caciquismo imperante dentro de su propio partido.¹²

Se proclama, además, como nueva doctrina, la Operación Serenidad. Si la década del cuarenta se caracterizó por la acción (Operación Manos a la Obra) se dedicarán los años que restan de la presente década a algo que se define como "serenidad" (¿meditación? ¿contemplación?). Poco después se afirma solemnemente que el mundo vive ya una era de post-nacionalismo (no empece que Asia, África y Europa Central ardan precisamente en furia nacionalista) y se declara a Puerto Rico "batey" internacional con lo cual —y mediante entusiasta ayuda del Departamento de Estado en Washington— se hace periódicamente a San Juan lugar de cita para los invitados oficiales, quienes asisten, no sólo a descargar determinada encomienda en cónclaves, foros y conferencias, sino a admirar y, naturalmente, a aplaudir, ese espectáculo montado en el Caribe y que el propio Ejecutivo ha bautizado con el revelador nombre de *vitrina* de la democracia.

El interés oficial en las artes da como resultado un intento —velado aun de dirigismo. Empieza a reprocharse, en efecto, el "injustificado" pesimismo de la literatura puertorriqueña actual. La actitud pesimista de los escritores, se alega, no refleja la realidad del dinámico Estado Libre Asociado ni el complacido conformismo de un pueblo "agradecido y feliz".¹³

¹² El "aseo", hasta la fecha, no parece ir más arriba del nivel político municipal.

¹³ El origen de este intento dirigista se remonta a 1938, año en que Jaime Benítez —para entonces vocero autorizado del partido hoy en el poder— dicta una conferencia en la Universidad con el título de *Luis Palés Matos y el Pesimismo en Puerto Rico*. Doce años después esta misma conferencia servirá de prólogo al libro de Palés *Tuntún de Pasa y Grifería* (Biblioteca de Autores Puertorriqueños, San Juan de Puerto Rico, 1950). Se trasluce ya, en la conferencia de 1938, la tesis "optimista" que el partido de gobierno ha de adoptar como propia y que luego el Ejecutivo intentará proyectar sobre todas las esferas y actividades de la vida puertorriqueña. Desgraciadamente —tanto para el optimista autor de la conferencia como para el no menos optimista Ejecutivo— el augurio de que en 1938 concluía el pesimismo en la literatura puertorriqueña no llegó nunca a cuajar en realidad.

Interpretación y Profecía

No podrá escapar al observador perspicaz todo lo de patético que se desprende del conjunto de los hechos apuntados. Sin negar, no ya el derecho, sino el ineludible deber a la rectificación que tiene todo Gobierno, nos parece que las medidas tomadas en ese sentido son, en el caso que nos ocupa, por un lado, muy tardías y por el otro, harto prematuras.

Son tardías en el sentido de que los errores que se pretende rectificar han echado hondas raíces en el largo período de veinte años. Para combatirlos se necesitaría, por lo menos, igual período proyectado al futuro.^{13a} Va sin decirse que no entra aquí la posibilidad de una sucesión o grupo de herederos políticos del Ejecutivo. El partido en el poder *es* el Ejecutivo. A la muerte de éste desaparecerá la cohesión precaria de sus huestes que sólo el Gobernador ha podido librar de la disensión y la disolución total. Las figuras subalternas explotarán su nombre al repartirse pedazos de la obra, pero la obra total en sí, con sus logros y sus fallas, morirá con el hombre. Lo patético de la situación estriba en que el Ejecutivo no podrá rectificar las fallas de su obra en lo que de poder le queda, aun cuando tuviese conciencia de las mismas y deseos honrados de enmendarlas.

Bajo distinta perspectiva la rectificación, de ser tal, no puede menos que interpretarse como harto prematura. Obsérvese qué orientaciones, proclamas, declaraciones y actitudes recientes corresponden al gobierno de un pueblo que ha llegado a una meta definitiva, de un pueblo que ha encontrado, al fin, su destino político. ¿Han sido —dichas actitudes y declaraciones— concebidas desde el punto de vista político para impresionar en ese sentido precisamente? ¿O son la expresión de un gobierno exhausto que después de veinte años de logros y fallas anhela desesperadamente el descanso, la paz?

Cualquiera que sea la respuesta a las interrogantes anteriores, el hecho escueto salta a la vista: Puerto Rico no ha llegado a meta final alguna. Su destino político sin resolver sigue siendo hoy cáncer tan corrosivo en el cuerpo social como lo fuera en décadas anteriores.

Y he aquí que el acontecer político de los últimos años nos

^{13a} El Gobernador ha cumplido los sesenta, lo que hace, no imposible, pero sí improbable su permanencia en el poder durante el período total de los próximos veinte años.

da ya suficientes elementos de juicio para aventurar una profecía: El Gobernante podrá esperar cualquier cosa menos serenidad en los años de poder que por delante le quedan. Aparte del fracaso en convencer a los sectores pensantes de su pueblo de que el Estado Libre Asociado sea fórmula política definitiva, hay antiguos problemas económicos sin resolver y nuevos problemas sociales en pavoroso desarrollo. La puerta que él creyó abrir con la vieja fórmula reformista de "libertad" asociada le ha hecho toparse con una pared infranqueable.

Su prédica de quince años en contra de la soberanía nacional¹⁴ ha traído como lógica consecuencia, no la aceptación del *status quo* —como era su intención obvia— sino el arrollador incremento de la ideología anexionista. Con la ya inevitable desaparición del Partido Independentista, cauce ineficaz, pero al menos democrático del ideal de independencia, dos peligros se alzan ante el Ejecutivo: el resurgimiento del fanatismo nacionalista, por un lado, y el crecimiento amenazante del Partido Estadista, propugnador del anexionismo, por otro.

El fomento de un nacionalismo cultural no sublimará las ansias de soberanía nacional del sector independentista y mucho menos las del fanatismo nacionalista. Por otra parte, habiéndole torcido el cuello al término "libre" dentro de su fórmula reformista, el Ejecutivo sólo puede bregar ya con el calificativo "asociado". Y la brega se perfila tan intensa que no habrá lugar para el goce callado de una Operación Serenidad.

El anexionismo actual —peligro político más inminente

¹⁴ Los que aun no han perdido en Puerto Rico la memoria, podrán recordar cuántas veces en los últimos veinte años los voceros oficiales tomaron a los "atrasados" países de América Latina como ejemplo "vivo" de lo que la "república" traería al pueblo en términos de hambre, barbarie, desórdenes, violencias, crímenes y atrasos políticos. Los que mantienen saludables sus facultades retentivas, tampoco habrán olvidado la insistencia del Ejecutivo tratando, durante lustros, de desacreditar conceptos como "independencia", "patria", "libertad" los cuales burlonamente (¿en serio, quizás?) calificaba de "obsoletos". Hoy, cuando los hombres de las esferas oficiales dicen regocijarse con el triunfo de los guajiros de Fidel Castro, deberían pensar que aquellos barbudos cubanos son encarnación de todos los epítetos que ellos en Puerto Rico consideran denigrantes: "patriotas", "ilusos", "libertadores", "chivús", "idealistas", "románticos". ¡Cuánto pudor tendrán que ahogar en sus conciencias esos puertorriqueños para elogiar como virtud en Cuba aquello mismo que están dispuestos a denigrar en su propio pueblo!

para el Gobernador— es creación suya propia. Quinta columna latente dentro de su partido, el anexionismo cuenta con el apoyo incondicional del diario de mayor prestigio en el país y con todo el poder de las grandes empresas económicas, tanto nativas como norteamericanas. No es extraño que el aumento de fuerza electoral del Partido Estadista (anexionista) en las últimas elecciones, haya sido poco menos que espectacular.

Irónicamente no será la tan temida y combatida independencia lo que a la postre destruya a Muñoz y su obra, sino el polo político opuesto: la anexión.¹⁵ No es ya vaticinio descabellado asegurar que, tarde o temprano, los anexionistas sucederán a Luis Muñoz Marín en el poder. Al hacerlo, desde luego, no se darán prisa en "instrumentar" la anexión, que por otra parte jamás les será concedida por el Congreso. Volverá a surgir entonces el ideal de independencia como fuerza amenazante en el campo electoral. Y el eterno ciclo colonial volverá a repetirse como se ha venido repitiendo desde que Puerto Rico tiene conciencia de su propio ser. Hasta aquí, el aspecto político de la profecía.

Ahora bien, la notoria falta de "sincronización" entre el

¹⁵ Añádase al crecimiento del minoritario Partido Estadista (pro-anexión), un hecho significativo: La mayoría de los miembros del actual Gabinete, así como otros altos funcionarios de Gobierno cuyos nombramientos emanan directamente del Ejecutivo, pertenecen al ala anexionista del partido en el poder. El Ejecutivo ha maniobrado para relegar la débil ala seudoindependentista de su partido a la función legislativa, función que él domina —pese a todo el *camouflage* de aparatosisdad democrática— desde su escritorio en Fortaleza. Cerrando brecha a la libre función legislativa, los despitados Representantes y Senadores tienen que depender —si sienten el pudor de examinar los proyectos sometidos por la Administración— del asesoramiento de los peritos técnicos que redactan esos proyectos, especialistas que son, o bien los Secretarios de Departamentos y Jefes de Agencias, simpatizantes del anexionismo, o sus más cercanos y fieles subalternos. Si pensamos, además, que la Universidad de Puerto Rico, institución clave en la preparación ideológica de las nuevas generaciones, también está en manos de un hábil asimilista, nos es dado ver con claridad, no sólo la realidad presente, sino la perspectiva futura. Aquel fogoso líder revolucionario que "salvara" al país de la vieja Coalición anexionista al expirar la década del treinta, hoy, después de veinte años de labor "revolucionaria", se nos revela entregando el país en manos de los propugnadores de la misma ideología de la cual, presuntamente, lo "salvara". Pocas veces en una historia colonial habrá sido tan estéril la faena política de casi un cuarto de siglo, como en este patético caso de Puerto Rico.

creador y el hombre de acción, ¿continuará en la próxima década? ¿Seguirán los pintores puertorriqueños destacando en sus cuadros y grabados las miserias de los arrabales sanjuaneros mientras los turistas se tuestan, en balnearios de lujo, bajo el sol tropical? ¿Seguirán los escritores puertorriqueños dando sombrías voces de alerta ante los complejos problemas sociales y psicológicos inherentes a la industrialización, mientras las estadísticas oficiales pregonan los beneficios económicos del desarrollo industrial? ¿Seguirán dramaturgos y narradores explorando el fenómeno Nacionalista mientras el Ejecutivo proclama que el mundo vive los albores de una feliz era post-nacionalista? ¿Seguirá doliéndole a la literatura puertorriqueña la incertidumbre del destino político de su país mientras el gobierno imperante afirma haber resuelto definitivamente tan corrosiva condición? ¿Seguirá, en fin, siendo distinta la percepción de la realidad para el Poeta y el hombre de acción? ¿Se mantendrá la irreconciliabilidad entre el optimismo político y la expresión pesimista de la literatura puertorriqueña? Creemos que sí. Independientemente del hecho innegable de que el tiempo del Poeta está proféticamente varios compases más adelantado que el del político, concurren circunstancias especiales en la realidad puertorriqueña presente¹⁶ como para no justificar el optimismo de los escritores en producción.

¹⁶ El experto ojo sociológico podría descubrir en nuestra realidad síntomas graves que cierran, más sombríamente que nunca, el horizonte. La quiebra estrepitosa de valores morales y éticos ante el apogeo de las bienandanzas económicas, la perceptible actitud cínica, no ya en las generaciones maduras, sino, desgraciada y acentuadamente, en los grupos más jóvenes, y la espantosa confusión intelectual y espiritual del puertorriqueño frente al asedio total de que es objeto para lograr su conformista aceptación del *status quo*, son algunos de los signos reveladores de cómo se han roto las defensas tradicionales que este pueblo mantuvo por siglos para conservar su personalidad e integridad colectivas. Quizás nunca como hoy estuvo en mayor peligro la esencia del ser puertorriqueño. Nunca como hoy la colonia había logrado hacer del puertorriqueño un ser tan auténticamente colonialista. (Su misma inconsciencia respecto a este hecho, es prueba fehaciente de que el hecho existe). Si antes siempre fue posible percibir en el pueblo recursos potenciales para combatir la colonia económica y política, hoy el más capacitado equipo de sociólogos, antropólogos y sicólogos, tendría que bucear muy hondo para dar con potencialidades capaces de ser útiles en la lucha contra la colonia moral y espiritual que tan impudicamente se desarrolla dentro de la operante realidad puertorriqueña.

*Reacción del "hombre promedio"
al pesimismo literario*

HASTA ahora hemos intentado examinar la paradoja relacionándola directamente a aquellos que les dan vigencia: el hombre de acción y el intelectual creador. Valdría la pena echar un vistazo a la reacción de aquel otro que es, en última instancia, la materia prima con la cual labora el político siempre y, algunas veces, el escritor. Nos referimos a ese hombre a quien hoy las estadísticas, monstruosamente, llaman "promedio", y que en épocas ya superadas llamábamos, sencillamente, Juan de los Palotes, demostrando con ello mayor humanidad. En efecto, ¿qué piensa él, si piensa algo, sobre el pesimismo en nuestra literatura? O, por lo menos, ¿cuál es su reacción, ya no intelectual, sino afectiva al problema planteado?

Corrientemente sería difícil determinarlo. La expresión literaria —tanto en los géneros narrativos como en el dramático— no es en nuestra sociedad experiencia vital del ciudadano "promedio". La literatura y el teatro son en Puerto Rico artículos de consumo de una exigua minoría. Destacamos el hecho sin entrar en consideraciones sobre sus causas puesto que éstas, cualesquiera que fuesen, en nada afectarían los términos de nuestro planteamiento.

De primera intención podría decirse —como hemos señalado antes— que son las expresiones literarias pesimistas las que parecen lograr mejor acogida de parte de la minoría intelectual capaz de juicio estético. Pero interviene aquí, precisamente, esa misma capacidad de juicio estético como factor que oscurece el análisis. En efecto, tanto el lector como el espectador culto, preferirían la obra de más altos valores estéticos independientemente de su contenido pesimista u optimista. Es decir, aun cuando el lector o espectador capacitado se inclinase, intelectual o afectivamente, por el optimismo, su integridad le impediría preferir una obra optimista de valores estéticos *inferiores* a los de una pesimista. A menos pues, que se realizase un análisis científico al efecto, la respuesta final al problema quedaría siempre como mera especulación.

Afortunadamente, contamos con tal análisis. Fortuna mayor ha sido que ese análisis se refiera, no a la llamada minoría culta, sino, precisamente, al hombre "promedio". Se trata de los resultados de un científico "research" llevado a cabo en la zona rural por la Unidad de Análisis de la División de Educa-

ción de la Comunidad respecto al libro —folleto más bien— *Los Casos de Ignacio y Santiago*.¹⁷ El estudio fue preparado por la especialista Angelina Roca y se basó en principios propugnados por la Universidad de Ann Arbor, Michigan, adaptando los mismos a las condiciones locales.

El folleto *Los Casos de Ignacio y Santiago* contiene dos cuentos, escritos *ad hoc*, con mensajes educativos idénticos. El enfoque del primer cuento, *La Voluntad que Ignacio no Tuvo* es negativo (pesimista); el del segundo, *Santiago Vence al Rátón*, positivo (optimista).

Los problemas que los educadores deseaban destacar en el mensaje eran los siguientes: aguas contaminadas, timidez del campesino para participar en la solución de problemas comunales y —ya un tanto con sordina, por tratarse de tema escabroso— liderato. En los dos cuentos hay un estrecho paralelo tanto en la psicología de los protagonistas como en la situación dramática a que ambos se enfrentan. Pero la historia de Ignacio tiene un desenlace "trágico" (la muerte del hijo, por efecto de las aguas contaminadas, problema comunal que Ignacio, por su timidez, no se decide a resolver), mientras que la historia de Santiago tiene un desenlace feliz: su pequeño hijo se salva porque él, venciendo su timidez, colaboró en la solución del problema de las aguas comunales contaminadas.

Las conclusiones de este estudio resultan reveladoras.¹⁸ Aparte de extremos que no interesan aquí, los resultados del análisis, si se examinan en relación a comprensión del mensaje y a impacto afectivo y dramático, tienden a favorecer al cuento pesimista. Con ello los educadores descubrieron que la idea preconcebida de que un mensaje educativo sólo puede ser eficaz si se presenta positivamente (enfoque optimista) era una falacia. A nosotros, claro está, lo que nos interesa es el descubrimiento de que el hombre "promedio" (al menos el de nuestra zona rural) parece identificarse, intelectual y afectivamente, más con la expresión literaria pesimista que con la optimista.

¹⁷ *Los Casos de Ignacio y Santiago*, Libros para el Pueblo Número Cinco (División de Educación de la Comunidad, San Juan, 1953).

¹⁸ El estudio, concluido en 1955, no se ha dado aun a la publicación. Sin embargo, las inferencias del análisis en relación a lo que aquí se expone fueron examinadas en el artículo *Writing for a Community Education Programme* que publicara UNESCO en *Reports and Papers on Mass Communication* (No. 24, November 1957, Paris).

Podemos, pues, razonablemente concluir que la expresión pesimista de nuestra literatura actual no está tan alejada del pueblo como algunos pretenden hacer creer. Más aún, podría ya expresarse la certidumbre de que el pesimismo literario, si bien no "sincroniza" con el optimismo oficial, es expresión "sincronizada" de hondas realidades psicológicas del pueblo puertorriqueño.

*¿Es la expresión literaria pesimista
fuerza destructora en una sociedad?*

SE habrá observado que a lo largo del planteamiento anterior a menudo aparecen pesimismo y optimismo como fuerzas antagónicas, casi irreconciliables. Aunque nunca así expresado, podría interpretarse tal exposición como aceptación tácita de que el pesimismo literario es una fuerza tan negativa y destructora como es positivo y saludable el optimismo político para el cuerpo social. No es así, desde luego. Ya hemos visto que, para obtener un resultado positivo y saludable (la cabal comprensión de determinado mensaje educativo), la Educación puede utilizar eficazmente el enfoque pesimista en la expresión literaria.

¿Por qué, entonces el Estado, cualquier estado, si llega a adquirir conciencia de que la literatura es factor social de alguna importancia, exige o, cuando menos, pide, que la expresión literaria sea optimista? ¿Acaso porque el pesimismo en la literatura pueda ser capaz de destruir a un pueblo, de dañar a una sociedad? Desde el *Eclesiastés* y el *Libro de Job* pasando por la tragedia helena, por *La Celestina* y *El Quijote*, por lo más impercedero del teatro isabelino y por el notorio pesimismo de la novela y el teatro norteamericanos actuales,¹⁹ nunca se ha registrado el caso de que la expresión literaria de tipo pesimista amenace, por sí misma, la estabilidad nacional, o afecte adversamente el bienestar de un pueblo. Nunca la literatura ha tenido semejante poder. Ésta es receptora, no hacedora de circunstancias históricas, políticas o sociales.

¹⁹ Medítese sobre el paralelo entre el apogeo económico norteamericano y puertorriqueño (engendrador, presumiblemente, de la actitud optimista) y el agudo pesimismo en la literatura de ambos países.

Optimismo literario: una necesidad del Estado

PERO he aquí que descubrimos en esa misma cualidad receptora de la literatura el motivo de preocupación para el Estado o, hablando con mayor precisión, para el partido en el poder que lo encarna. Siendo la literatura transmutación poética de realidades existentes, la expresión literaria pesimista ha de resultar incómoda, si no francamente irritante, para el Estado. No es políticamente deseable para los responsables del poder el que se expongan a la luz pública los aspectos negativos o sombríos de *status quo*, ni aun bajo el alado manto de la Poesía.

Desde este punto de vista podemos entender, aunque no excusar, la actitud del Gobernante, o de sus voceros autorizados, rechazando todo pesimismo literario y aún —si el Estado confiriese tal poder— declarándolo subversivo, esto es, castigándolo. Sin entrar en los aspectos morales o éticos de tal acción, hemos de reconocer que, desde un punto de vista estrictamente político —en el cual la moral y la ética no suelen ser factores determinantes— el Gobernante actúa en defensa propia. Porque si bien la literatura no daña *sociedades* ni destruye *pueblos*, puede, a la larga y en determinadas circunstancias, socavar los cimientos de un *gobierno*. Puede hacerlo dándole al pueblo o, por lo menos, a un sector apreciable de la clase dirigente, una más clara percepción de realidades adversas hasta entonces desapercibidas o ignoradas.²⁰

Por otro lado, esa misma literatura pesimista podría ser capaz de robustecer al mismo gobierno del cual es, directa o indirectamente, vivo reproche. Podría servir a estos propósitos si el Estado, en vez de asumir una actitud defensiva, estuviese dispuesto a dar beligerancia al reproche analizando sus causas, estudiando las fallas sociales o políticas implicadas en el mismo y, finalmente, buscándole a éstas adecuada solución.

La misión moral y ética del escritor

SEMEJANTE posibilidad nos lleva al análisis de otro aspecto del problema. Escuchamos con harta frecuencia aseveraciones tan rotundas como la de que el escritor pesimista lo es por frustraciones exclusivamente personales, o de que escoge románti-

²⁰ El reciente caso del escritor Pasternak en Rusia, ilustra a cabalidad lo que apuntamos.

camente el pesimismo por el pesimismo en sí o, incluso, de que se "recrea" en su pesimismo con entusiasmo digno de mejor causa. Sin descontar los factores temperamentales y psicológicos que puedan predisponer al individuo a favor de determinada reacción intelectual o afectiva respecto al mundo circundante, hemos de convenir en que las aseveraciones anteriores expresan la ignorancia de dos hechos fundamentales: por un lado, la misión auténtica del creador en la sociedad que le da razón de ser y, por el otro, las complejidades del proceso creador.

La difícil misión del creador no es traer a la luz lo que a todas luces a la luz está. Esto es especialmente cierto en sociedades, como la puertorriqueña actual, en la que existe gran confusión para delimitar con nitidez zonas de luz, de sombra y de penumbra. Es decir, en sociedades complejas como la nuestra, resulta perfectamente inútil la ingenua y simplista distinción entre lo moralmente negro y lo moralmente blanco (de tan fácil uso en regímenes burdamente dictatoriales, por ejemplo). Por ello en Puerto Rico el escritor ha de aguzar en extremo su poder de percepción para captar las diferencias sutiles que escapan, no digamos ya a la masa, sino, incluso, a sectores considerables de las clases dirigentes.

Ahora bien, cuando el escritor destaca aquellas zonas sombrías que él descubre en la realidad circundante o en sí mismo como reacción a esa realidad, no lo hace para recrearse en ellas, sino para traer a la luz lo oculto, para exponerlo, denunciándolo.²¹ Cumple así una alta misión moral y ética.

¿Pero qué hay detrás de esta misión? O, formulando la pregunta de otro modo: ¿qué impulsa al creador a la exposición de un mal, a su denuncia? Sólo hay una respuesta: la esperanza de que el mal denunciado será resuelto; la recóndita esperanza de que al exponerse el mal, se provocará la búsqueda de una solución. Las preguntas sombrías y angustiosas que formula el escritor pesimista no llevan el propósito malvado de hundir al Hombre en la desesperación, en la nada. Las formula, por el contrario, como un reto a la capacidad creadora del Hombre; son dardos disparados a la conciencia dormida de los otros. Esto es cierto tanto en las interrogantes que atañen a lo social, lo económico y lo político, como en aquellas que abor-

²¹ Añádase a ello el fin catártico que, desde los helenos, Occidente atribuye a la literatura trágica.

dan lo metafísico, entendiéndose que en este último caso el sujeto interpelado es Dios.

"Esto que traigo a Tu atención —parece el escritor decir, bien sea a Dios o al Hombre— es una parte defectuosa de lo por Ti creado. ¿Qué piensas hacer al respecto? ¿No crees, como yo, que el problema merece solución? ¿No es hora ya de que empieces a perfeccionar Tu obra? ¿Qué estás ahí, contemplando embobado Tu divino ombligo, tan complacido y feliz contigo mismo, cuando hay cosas como éstas amenazando la salud de Tu reino?"

En efecto, ¿qué es, en última instancia, la literatura trágica desde sus comienzos helenos hasta el presente, sino una serie de denuncias de males desencadenados por hombres y dioses? Fatalidad, Destino, Hombre, Sociedad, Estado, Dios, no importa el nombre que pueda dársele al ente interpelado, el escritor pesimista presenta siempre su denuncia, implícita o explícita, ante ese alguien a quien él cree responsable y de quien espera obtener —fe recóndita, secreta esperanza— una respuesta, quizás una feliz solución.

El escritor pesimista: un optimista

ESTAMOS ya en condiciones de enunciar sin ambages una sorprendente teoría: El escritor pesimista puede ser —y creemos que lo es en la generalidad de los casos— un optimista. Precisamente su optimismo, más aún, su meliorismo —fe, confesada o no, en la posibilidad del cambio, de la solución— es lo que le mueve a la expresión literaria pesimista. Aun en casos extremos del escritor misántropo o del ateo, parece conservarse, paradójicamente, una inconfesada fe en mover a la acción a los entes de los cuales se reniega: Hombre o Dios. Piénsese si no en Salomón, Cervantes, Quevedo, Shakespeare, Freud (en lo que tiene de Poeta este vienés), Nietzsche, Dostoyevski, Faulkner, Sartre, Camus. Ciertamente el hijo de David, hastiado de la vida y de los hombres, no se hubiera tomado la molestia de escribir el *Eclesiastés* si no hubiese habido en él el secreto deseo de señalar al Hombre —utilizando para ello su personal y amarga sabiduría— una más áspera, pero más segura senda de perfección.

Aventura del Pensamiento

EL HOMBRE Y EL TELÉFONO

Por *Marcos VICTORIA*

UNO de los acontecimientos memorables que pueden ocurrir en la existencia del ser humano es "el encuentro" con otro ser humano. Quizás el nacimiento, quizás la muerte, lo superen en trascendencia, en conmovida majestad. Quizás el paladear un vino famoso, asistir a una puesta de sol sobre el océano, o contemplar un mediodía azul frente al Acrópolis sean acontecimientos intelectuales menos olvidables, más ricos en íntimas resonancias. Pero cuando un ser de nuestra especie se enfrenta a otro, lo mira en los ojos, le estrecha la mano, lo saluda, algo cambia en la historia del universo: dos intimidades entran en colisión, se confunden o rechazan, dos destinos consiguen ser lo que aún no eran, entran en posesión de su existencia verdadera. Cuando el encuentro se da entre los seres cotidianos que nosotros somos, sus proporciones nos pasan inadvertidas. Cientos de encuentros realizamos diariamente y encontrarnos es uno de los aconteceres básicos de las interrelaciones sociales. Es menester que el encuentro se dé entre dos arquetipos humanos para que sus dimensiones golpeen nuestros ojos, y su contenido histórico resulte flagrante evidencia. Analicemos uno de esos encuentros inolvidables. Analicemos, para comenzar, el encuentro de Napoleón y Goethe. La entrevista tuvo lugar el 2 de septiembre de 1808, en Erfurt. Se ha señalado que, para ambos, ella coincide con un período de plenitud espiritual, física y social. Napoleón se ha coronado emperador hace tres años; aún no han empezado los desastres de la guerra de España; todavía su abdomen no ha aburguesado su figura magra de guerrero. Goethe ha sobrepasado sus últimas crisis, personales y políticas. Su madre acaba de morir; pero esa muerte no lo ha afectado mayormente. Ha regularizado su vida matrimonial con Christiana; Cotta acaba de lanzar la primera edición de sus obras completas. Entre guerra y pequeñas intrigas de corte, hay un intervalo de paz en su vida.

Los dos arquetipos se han contemplado a la distancia, en su intrínseco valor humano, procurando abstenerse de cualquier estimación política: el humilde corso, teniente de artillería que leyó "Werther" siete veces y que olvida la nacionalidad de quien fue hasta hace poco su enemigo; el escritor sesentón, el ministro de Carlos Augusto, que olvida las humillaciones impuestas a su soberano y se resiste a enrolarse en la campaña nacionalista de los jóvenes alemanes contra el invasor, en quien reconoce algunas de las virtudes excelsas que distinguen a los genios. Cada cual es consciente de su propio valor. Ambos son capaces de juzgarse sin ira, sin envidia, sin odio. Pero su encuentro es algo más que una afirmación de paradójicas afinidades espirituales.

El "Ud. es un hombre" ("*Vous êtes un homme*") de Napoleón frente al poeta —así lo cuenta Goethe en el relato del Canciller Müller— expresión que quizás haya sido otra: "He aquí un hombre" ("*Voici un homme*"), como relata Riemer, expresión menos personal y directa, especie de confidencia en voz alta del corso, afirman ambas la profundidad objetiva y subjetiva del encuentro. No sólo está en juego el juicio sobre el escritor. Son su apostura corporal, armoniosa y convincente, sin cortesanía ni insolencia, el gesto, la intensidad de la mirada, la soberanía de la presencia total, el conjunto de datos actuales que coincide con el juicio anterior, con él se funden y se expresan en una frase que ya tenía (a decir verdad) diez y nueve siglos de resonancia. (Entre paréntesis, creo que la expresión de Napoleón impresionó a Goethe precisamente por esa resonancia histórica. ¿No dijo éste a Riemer, después de la entrevista, comentando la rápida difusión que había alcanzado el juicio del Emperador: "Se ve que soy un pagano, puesto que han podido aplicarme el "Ecce Homo", pero al revés"?)

En el encuentro de Napoleón y Goethe se dan, amplificadas y profundizadas, las circunstancias vitales que ocurren en cualquier encuentro humano, un replanteo de sus condiciones de existencia, una sumersión en sus responsabilidades de hombre, de profesional, de amigo (o de enemigo), de amante, de padre o de hijo.

Y aquí, antes de abordar el análisis, es menester detenerse y agradecer a quien ha inaugurado este capítulo contemporáneo de Psicología antropológica. Hablo del profesor holandés F. J. J. Buytendijk, psicólogo y filósofo, cuyos trabajos sobre "El encuentro" han tenido el mérito de suscitar múltiples análisis

realizados por discípulos y continuadores, análisis que han conducido a una clarificación del tema y a la demostración de su importancia.¹

La obra de Buytendijk no ha perdido contacto con la Psicología Experimental y Animal de donde procede el sabio holandés, pero ha madurado en la Fenomenología Existencial. En la intuición ontológica de Heidegger encontró Buytendijk afirmaciones como ésta: "... el ser-en (de "el-ser-en-el-mundo") es el "ser-con-el otro". El ser-en-sí intramundano *es* existencia-con, términos con los cuales se afirma la íntima naturaleza compartida del hombre, naturaleza que asume su existencia esencial, precisamente, en el encuentro. No afirma Guardini que "la persona no tiene contenido significativo si no hay otras personas con las cuales puedan producirse encuentros". Y concluye: "El hombre se da —en virtud de su esencia— en el diálogo... No hay persona en la unicidad".

Este planteo hace perder actualidad, evidentemente, a cualquier discusión sobre "cómo y por qué existe el otro",² "el alter"; sobre si interviene o no, entonces, la intuición scheleriana, la proyección afectiva, o cualquier otra explicación de ese género. Ahora, con el planteo de Heidegger, no hay salida: el "ser-con", ínsito en el "ser-en-el-mundo" es el fundamento de las vinculaciones afectivas e intelectuales con el "alter". Pero lo más interesante en la concepción de Buytendijk es que esos modos de relación se dan con la misma legitimidad que los que la Psicología científica estudia en la percepción, la memoria o la imaginación. La tarea previa ha de ser, pues, analizar las diferentes formas del encuentro, las distintas situaciones en que él puede ocurrir.

Para comenzar, dos condiciones capitales: primero, el encuentro está condicionado por la historia, es un suceso histórico y, segundo, el ser con quien nos encontramos ofrece un sentido objetivo.³

¹ Es indispensable conocer, además de esa monografía, el volumen colectivo de homenaje a Buytendijk "Recontre, Encounter, Begegnung", Spectrum, Amberes, 1957, y la ya clásica "Allgemeine Theorie der menschlichen, Haltung und Bewegung", Springer, 1956, del mismo Buytendijk.

² Es imposible pasar por alto la mención de una valiosísima y reciente contribución en español al tema: el libro de Nicols: "Metafísica de la expresión", Fondo de Cultura.

³ "Phénoménologie de la Rencontre", pág. 14 y sig.

Todo encuentro es histórico en cuanto todo hombre es histórico, tiene su vida y su muerte propias y, también, en cuanto participa de la fisonomía histórica de su época, de la cual es totalmente imposible desinsertarlo. Además, no es lo mismo el encuentro infantil que el encuentro en la adolescencia, o el encuentro en el otoño o el crepúsculo de una vida. Los ejemplos sobrarían en cada caso, pero prefiero pasar de largo.

En cuanto al sentido objetivo del encuentro, hay que suponer en quien se encuentra algo más que un cuerpo acogedor. Él se nos ofrece previamente "como una invitación al encuentro". "El espera una respuesta, aunque no se produzca", según anota Buytendijk. Él "es como una caja de resonancia donde vibrará nuestro propio acorde", porque "sólo nuestra voz escoge la altura de su tono y puede llenar esa caja de resonancia como una significación perceptible". En el encuentro anhelamos resonancia y no sólo para nuestra voz.

Ante todo, el problema del encuentro comienza —o parece comenzar— por un capítulo de la percepción. Alguien —no meramente *algo*, una cosa— se me aproxima, y tiene con respecto a mí la misma actitud que yo con respecto a él. Ese alguien comienza por ser percibido. Debe ser así; pues desde que el hombre se compromete en una conducta, incluye, indefectiblemente, en ella una percepción. Ahora bien, no es posible pensar en la percepción como un fenómeno aislado, susceptible de separado análisis. El hombre no es una máquina registradora. El hombre percibe en cuanto es un ser comprometido. Según los ejemplos de Binswanger, percibe el descenso de una barrera en un paso a nivel, la desafinación de un piano, la aparición de una luz en la oscuridad, la caída de la noche en el campo, la subida de los precios, el desajuste de una llave con su cerradura, es decir, percibe datos cargados de sentido. Percibir las cosas implica vivirlas. Y vivirlas supone no un sujeto receptor, indiferente y desinteresado, sino un ser comprometido, un ser en situación, como hemos aprendido a decir ahora.

Nadie ha insistido más sobre esta no gratuidad de la percepción que un neurólogo con cabeza de filósofo, Víctor von Weizsaecker, recientemente desaparecido, sobre todo en su concepción del "Gestaltkreis", es decir, el "círculo de la Forma".

Para él —y su opinión se ha generalizado— percepción y movimiento constituyen una unidad, o, mejor, se comportan como los dos jugadores de una partida de ajedrez, íntimamente dependientes y unidos por las reglas de su juego. "Cuando se

toca un objeto con la mano —decía von Weizsaecker— ésta siente y al mismo tiempo empuña”. Y eso vale para todas las veces que enfrentamos el mundo, que *empuñamos* el mundo, al tiempo que lo sentimos y, particularmente, en el caso del encuentro. ¿Cómo será el comienzo de este enfrentarse del hombre y su mundo, la iniciación de esa danza que durará lo que la vida dura? Esta danza, este sentir y obrar solidarios de dos seres, se inicia con los encuentros del niño en su mundo, y, sobre todo, con el primer episodio significativo, la primera sonrisa del niño, que marca el encuentro con su madre.

Poco importa fijar la edad exacta del niño cuando sonríe por primera vez a su madre. El hecho efectivo es que esa sonrisa marca en forma indudable su primer encuentro, no un encuentro casual, como el de dos personas que se rozan en Avenida de Mayo, en horas de gran tránsito de peatones o el de dos vacunos que se chocan en la tropilla, camino del matadero, sino un mutuo buscarse y encontrarse, presidido por el amor. Un encuentro simpático, una relación afectiva que es distinta de la emoción placentera que se obtiene haciéndole cosquillas o la que sucede a la satisfacción alimenticia; una solidaridad de la inteligencia y del amor, una apertura hacia los demás, introducida por el aliciente de la novedad, apertura independiente e inestable. Desde entonces, la percepción de los demás hombres es encuentro y comprensión, participación activa, graduable respuesta. Pero, ante todo, atención a la cara, a la cabeza, percepción individualizada a ella, parte significativa del cuerpo. En eso, el niño no hace sino repetir rasgos de conducta de los animales. Buytendijk relata (según sus observaciones personales) lo que ocurre con la rata que encuentra por primera vez una rana. La rata observa a la extraña, imita sus saltos, y finalmente la muerde en la cabeza. Fijarse bien: en la cabeza. También la rata olfatea al conejo que ve por primera vez. Y lo olfatea en la cabeza. Pareciera como si la cabeza fuera particularmente estimulante. Katz ha señalado también que las gallinas y los cisnes se reconocen en la cabeza. Y los ruiseñores atacan la cabeza del cuclillo, aunque se trate del animal embalsamado. La conducta del perro y del gato, que miran la cara del amo, es demasiado característica para ser descrita ahora. En la cara del hombre, son los ojos los lugares críticos, y desde ellos, las miradas —sobre las cuales, hace treinta años, escribí

un libro,⁴ convencido ya entonces de la enorme importancia que asume la palpación a distancia cuando se inicia un encuentro. En la mirada se da, antes de cualquier comprensión intelectual, la presencia del "alter", su actitud, impresión totalizada de imposible análisis y que puede reducirse solamente a denunciar la presencia de "un-ser-capaz-de-participar-con-nosotros". En otras palabras: desde el comienzo, percibimos por la mirada en los demás, primero, su expresión, y recién más tarde, los detalles que la percepción analítica nos dará de su cara, de su cuerpo, de sus gestos, de sus palabras. Ahora bien: la mirada permanecería inactiva en el encuentro si sus posibilidades funcionales no estuvieran abiertas hacia el ser encontrado. Y esas posibilidades están dadas por la imitación, tan distinta en el hombre y en los animales. Puede decirse que todos los detalles rituales de todos los encuentros humanos están regidos por la imitación (actitudes, apretones de manos, besos, palabras, matices de voz, etc., etc.). Y hay posibilidades de imitación porque existe "la reciprocidad del esquema corporal", de esa imagen viviente de nuestro cuerpo que acompaña nuestra existencia aunque no nos demos cuenta de ello, ya que son apenas conscientes los resultados de su actividad. "Mi esquema motor es reproducido por el rostro del "alter" y finalmente por su cuerpo entero".⁵ Además, se imita, al mismo tiempo que se aprende que cada ser tiene su propia sugestividad, su propio mundo. A la postre, el adulto llega a ser completamente ignorante de la presencia del "alter". En modo tal que (como subraya Buytendijk), en el encuentro, "se experimenta el secreto de la ausencia del otro en su presencia y de su presencia en su ausencia".

Estas consideraciones previas, indispensables para el tratamiento de nuestro tema, no nos podrán distraer de la noción fundamental e inolvidable: el encuentro es posible porque el hombre está presente en su cuerpo, está presente según la bella y ya clásica imagen del sabio holandés, "en la forma en que el dios está presente en el templo". Y ese cuerpo es diferente según la situación del encuentro, un cuerpo hostil o amistoso, amoroso u odiable. El cuerpo no *es* un instrumento espiritual, como quisiera un dualismo, antiguo como el hombre; el cuerpo es desde su origen, "un material humano, dinámico, en el cual el hombre está presente en su unicidad". El hombre vive por su

⁴ "Miradas", Edit. El Inca, Bs. As., 1929.

⁵ PLESSNER, citado por Buytendijk, *op. cit.*, 34.

cuerpo y es definido, caracterizado, por él, en el encuentro. Accedemos a ese cuerpo, pero en tanto que accedemos al hombre del cual es totalmente solidario. Podemos modificarlo con una palabra agresiva o con un gesto cordial. Mas nunca nos pertenecerá, será enteramente nuestro, a menos que esté muerto. Y entonces no será más que un cuerpo muerto.

El encuentro no es posible sino entre cuerpos con humanidad. (El encuentro con fantasmas, en este siglo descreído, queda limitado, por cierto, a ciertas noches de los castillos ingleses. . .) El encuentro es mutuo, recíproco, compartido. Si tal cosa no ocurriera, carecería de efectividad. Y cuando se piensa en la perfección y en la fecundidad de los encuentros, se piensa en el amor de los amantes. A pesar de que los participantes no aporten igual humanidad en otros encuentros—por ejemplo, el del padre y el del hijo, el del maestro y el discípulo, el del médico y sus pacientes—ese rasgo, la humanidad, no faltará nunca. Sin ella, no habría encuentro.

Ahora bien, si nos ponemos a reflexionar por qué es indispensable la presencia corporal en el encuentro, llegamos a esta conclusión: antes de que el encuentro llegue a ser diálogo—lo cual es inevitable en el hombre—antes de que se resuelva en palabras, es "movimiento significativo de los miembros, es contenido expresivo del rostro y el cuerpo entero, es intencionalidad del comportamiento". Tanto es así que un encuentro de profunda humanidad puede darse sin palabras. Pues a veces ellas sobran; por ejemplo, cuando vamos a presentar nuestras condolencias a seres vivamente doloridos por la desaparición de un familiar y la escena se desenvuelve en su total duración, como en el cine mudo. Entonces, el silencio impone su solemnidad; marca, con su elocuencia, la dignidad superior del encuentro.

Tampoco el cuerpo puede estar ausente en el encuentro por que sin cuerpo no hay emoción. Y sin emoción no hay encuentro. Es la sacudida efectiva, el modo de existencia que la emoción impone, el hecho capital del encuentro. Ella (la emoción) da la clave de los gestos que nos enfrentan. O, como dice Merleau-Ponty, "mediante mi cuerpo comprendo a los otros, como por mi cuerpo percibo las cosas". El sentido de los gestos del actor es dado por los gestos esbozados o iniciados por el espectador. También el lenguaje de las palabras es una amplificación grandiosa del sentido de los gestos, mediante los cuales el cuerpo está presente en el encuentro. El diálogo ("forma diferenciada" del encuentro) es la manifestación suprema de esa "in-

mediatidad mediatizada" de dos realidades corporales. Nace así el mundo de las representaciones simbólicas, mundo particular que hay que relacionar siempre con su origen humano para poder darle su importancia relativa, su valor intrínseco.

Sobre todo, retengamos este dato: si el encuentro puede perfeccionarse en el diálogo, *éste, solo, real o imaginario, no es el encuentro*. Aunque Malebranche sintiera que el corazón se le salía del pecho leyendo el texto de Descartes, en realidad no se puede hablar de ningún encuentro suyo con Descartes, como no es encuentro la cita imaginaria del erotómano, en la cual confiesa su amor a la actriz de cine cada vez que aparece en la pantalla.

Fundamentalmente, el encuentro es *presencia* de dos cuerpos humanos, aunque medie el silencio, *presencia* por el cuerpo y para el cuerpo, *presencia variable según la situación* —variable aun para el mismo cuerpo. El encuentro es reciprocidad de gestos, actitudes, miradas, sonrisas, solidaridad del diálogo. Ésta es la única forma de *estar presente* en el encuentro.

CON la carta, el encuentro pierde radicalmente su corporeidad. Se desencarna, se trueca en monólogo doble. Ya no es más encuentro sino ficción de encuentro, inespacial trasposición, gesticular frente a una página vacía, algo así como hacer muecas frente al espejo o como las confidencias del erotómano de antes, frente a la pantalla cinematográfica. Cuando escribimos una carta, intentamos en vano luchar contra la condición de ausencia. Sabemos que gesticulamos a pura pérdida. Esta convicción otorga el trasfondo trágico que eternamente advertiremos en las cartas de los que aman, de aquellos que desean más intensamente que nadie la corporeidad del encuentro, desde la Religiosa Portuguesa hasta Mme. de Sevigné. Tragedia de la presencia imposible y deseada: "Si tú piensas en mí, ten por seguro que yo pienso constantemente en tí (escribe Mme. de Sevigné a su hija). Esto es lo que los devotos llaman un pensamiento habitual, es lo que sería preciso tener con Dios, si cumpliéramos con nuestro deber. Nada me distrae; veo esta carroza que avanza siempre (su hija viajaba hacia el sur de Francia) y que no se aproxima jamás a mí. Estoy siempre en los caminos reales, me parece que tengo miedo algunas veces de que vuelque la carroza; el Ródano me da un temor extraño. Tengo un mapa delante de mis ojos; sé todos los sitios en que paras;

esta noche en Nevers, mañana en Lyon... Si me quieres dar un verdadero placer, cuida tu salud, duerme en tu bonita cama, come sopa y ten el valor que a mí me falta. Continúa escribiéndome... etc., etc."

En el amor se revela esencialmente la comunidad amante de nuestra existencia. Binswanger —al revés de otros filósofos existenciales (para Sartre, por ejemplo, el amor es un engaño, "une duperie")— lo ha afirmado enérgicamente. Dice Binswanger que el que no se da cuenta de la realidad existencial del "nosotros", de su fundamento en el amor, no podrá comprender la revelación del "tú" para el "mí", o del "yo" para el "tí" en el "nosotros". "Sólo por eso puedo encontrarte y escogerte, y recíprocamente". En las cartas de los amantes transparece la decepción por la ausencia de reciprocidad, por la carencia de las caricias mutuas, que comienzan con la aterciopelada palpación de la mirada. Todo el cuerpo de la amada es un transparente "tú", un "tú" capaz de devolver las ternuras del encuentro, de afirmar la auténtica realidad de estar juntos. Estar juntos —en síntesis— *es recibir recíproca y renovadamente*. Para la carta sólo queda la ausencia opaca, la intencionalidad vacía, la imaginación impotente. Por eso la carta —y hay en ella una gama imponderable de matices, una distancia enorme entre las cartas de Napoleón a Josefina, de Rilke a Benvenuta, o la carta dejada inconclusa por Martí antes de Dos Ríos— y las cartas con que acusamos recibo del libro de un autor desconocido o con que pagamos nuestras cuentas—, la carta, digo, marca la transición histórica entre el encuentro verdadero y esta otra categoría de desvaída presencia, de la cual depende el hombre desde hace más de cincuenta años: el teléfono.

COMPAREMOS, para comenzar, la iniciación del encuentro verdadero con el comienzo de una conversación telefónica.

Ya hemos mencionado el papel premonitor de la mirada en el encuentro. En el ser mirado, en el mirar a alguien, en la comunidad que establecen los ojos antes que las palabras, está el fundamento del encuentro. Vimos hace poco que esa preeminencia de los ojos viene desde el mundo animal, donde se sobrevolara la cabeza, y se la ataca, si es menester. Y desde los albores de la existencia, antes que el niño sepa fijar sus ojos, ya advierte que es mirado, y es mirado de manera hostil o amistosa. Por supuesto que no media ningún razonamiento en ese

acto perceptivo. Se trata, más bien, de "un ser-capaz-de-participar-en-el-ser"; pues la mirada es lo primero que se capta de la existencia del "alter". ¡Y qué inmenso tesoro de experiencia ofrece al psicólogo el mundo de la mirada! No hay movimiento expresivo —la vacuidad del demente es el punto cero de referencia— que no tenga su representación en la mirada, fenómeno difícil de asir porque, a pesar de las enseñanzas de la Caracterología, el mirar no se agota con la descripción de la abertura de los párpados, o la prociencia del globo ocular, o los caracteres del párpado superior, o la descripción de los ojos en los médicos, los sacerdotes, los filósofos o los hombres de acción, o en las distintas razas. La mirada participa de la expresión total del rostro y de la actitud del cuerpo. Está implicada en el cuerpo, pero es más que el cuerpo. Una mirada desafiante y altanera no podría darse sin el torso erguido y tenso como el arco que va a disparar su flecha, los gestos circulares y amplios, y la voz de trueno del burgués millonario que apunta a la puerta con su índice, cuando el despreciable, el ínfimo empleado suyo ha osado venir a solicitarle la mano de su hija. La mirada ardiente y maliciosa del andaluz, dirigida a la bella que lo enfrenta, entre un agitarse de abanicos y de pestañas, en la siesta de Sevilla, es una parte de su cuerpo indolente y sensual, pero es algo más que su cuerpo. Por eso ya se apronta a trascender y a disparar la pavesa de su piropo, que al fin y al cabo, etimológicamente, es esto: "mirada de fuego".

Quizás la mejor definición de este rol introductorio de la mirada en el encuentro es la distinción fenomenológica establecida por uno de los más destacados psiquiatras holandeses —el profesor Rümke, de Utrecht— en la problemática del "abrirse y del cerrarse". Es cierto que el "abrirse y el cerrarse" de Rümke abarca más totalidades anímicas, desde la apertura hacia lo sublime en el normal hasta la apertura angustiosa de la joven esquizofrénica, que se siente transparente, penetrada e indefensa.

Mas también hay un cerrarse en el contacto interhumano, mejor dicho, un ritmo muy fino de "cerrarse y abrirse", prescindiendo del cual fracasa la amistad y el amor es una prolongada torpeza.

En la mirada del encuentro, la criatura humana se abre como un capullo al sol. La mirada del niño es la apertura sin cálculo, el deslumbramiento de ofrecerse, en espera de otro espontáneo florecer. Hay múltiples matices en este abrirse de la

mirada. Y también hay miradas ambiguas que equivalen a un obstinado cerrarse, mientras que se ocultan, se niegan a sí mismas.

FRENTE a esta riqueza existencial de la mirada ¿qué puede ofrecernos el teléfono? El sonar de la campanilla o de la chicharra inicia el encuentro mecánico: una sola y uniforme apertura para cien situaciones distintas. No hay más matices, sobre todo en las grandes ciudades, con las estaciones automáticas, que suprimen hasta la malicia de los intermediarios. El teléfono no tiene más que una sola cara hasta que consigue expresarse con palabras.

El rostro impasible del teléfono ignora el rubor de la mujer enamorada, la sonrisa que impregna las palabras del encuentro, esa gracia perfumada que no puede percibirse a la distancia, la luz de las lágrimas en los ojos conmovidos. El encuentro telefónico ignora todo eso, y además, el apretón de manos, que sella el encuentro.

Recién ahora nos damos cuenta —ya hace rato que la conocían los poetas— de la plenitud existencial que manifiesta este acto, aparentemente tan simple, de dejar nuestra diestra entre los dedos de otra. Analizar tal riqueza será denunciar lo que falta en el encuentro telefónico, manquedad que lo empobrece para siempre.

Van den Berg (también de Utrecht) ha explorado hace poco los ricos substratos psicológicos del apretón de manos. El niño, por ejemplo, abandona en nuestra mano no sólo los dedos sino el pulgar y la mano íntegra. No aprieta; ni siquiera comienza a apretar; tampoco termina el contacto. Su mano no es más que eso: abandono y entrega, confianza y sumisión, cera blanda para nuestro dominio. Más tarde, su apretón de manos dejará de ser neutral y dará la tónica del encuentro. Antes que el diálogo se inicie, las manos lo habrán iniciado. Nuestra diestra (por si no lo hubiera advertido la mirada) habrá comenzado por decirnos que ésta es la mano de un esquizofrénico o de un histérico. El catatónico, por ejemplo, no avanza la suya si no es la nuestra la que la empuña. La suya es una mano sin presión ni calor, y de la cual sólo poseemos la punta de los dedos, el pulgar retraído y circunspecto. Y allí queda entre nuestros dedos, sin decidirse a huir de la presión extraña, inerte por algunos segundos, mano para la cual el tiempo es una ficción o

una trampa. Pues es dato revelador el hecho de que los normales tengamos el sentido exacto del tiempo en el apretón de manos, en forma tal que, de hábito, lo terminamos simultáneamente. El alienado, enrigidecido e inseguro, es incapaz de medirlo. O lo acorta demasiado o lo alarga sin sentido; y es tan premiosa su inhabilidad que a veces contagia al psiquiatra que, en un impulso simpático de comprensión, sigue minuciosamente sus alternativas anímicas. Empero, no es necesario acudir a los alienados para sentir la riqueza del apretón de manos. Cada ser humano tiene una manera de dar la mano, que, a veces, en el "apretón reflejo" de Van den Berg, repite miméticamente el de la mano que enfrenta. Todos hemos tenido en la nuestra la mano brutal y dominante cuyo apretón nos ha hecho reprimir un gemido, mano que es compendio de la agresividad y el impulso de dominio —o la mal encubierta angustia— de su poseedor; o aquella otra que el holandés llama gráficamente "la mano de pescado muerto": dedos largos, fríos y húmedos, mano que no aprieta si no se deja apretar, blanda como el pescado, esquiva, tímida, o desdeñosa como su dueño. Es tal la riqueza emocional del encuentro de las manos que D'Annunzio lo hizo tema del más bello de sus poemas de juventud, aunque sólo se ocupó, como es notorio, de las manos femeninas.

Frente al apretón de manos denunciador, cargado de sentido, el "¡Hola!" unívoco, el "¡Allo!" o el "¡Pronto!", indiscriminantes y grises, intentan perforar el muro. ¡Y cómo se esfuerzan en ese proyecto estéril!

Hay el "¡Hóla!!!", imperativo y destemplado, del mandón habitual, del guarango o del que es despertado en la madrugada por un llamado equivocado. Hay el "Hola", meloso y congraciante, del que no desea hacerse de enemigos; pero también del hombre sereno, cortés, imperturbable amigo de las gentes. Hay el "Hola", seco aunque digno, del hombre de pocas palabras, el flemático que da su justo valor a las sílabas. Hay el "Holáaa" prolongado y envolvente de la coqueta, que alarga las áes como si fueran promesas; que se abandona a la música del vocablo, como si ofreciera por teléfono lo que no puede ofrecer corporalmente, etc., etc. Mas no es mucho lo que encierran estos etcéteras. Sobre todo, si se los compara con la riqueza convergente que ofrece la iniciación del encuentro verdadero, con la mirada, la sonrisa, el apretón de manos y la elocuencia inagotable de los gestos, con los cuales, excluida totalmente la palabra, pudo

vivir cómodamente y triunfar durante treinta años el primer cine.

Un enfoque exclusivamente racional pudo hacer pensar otrora que la palabra y el lenguaje eran el eje alrededor del cual giraba el encuentro. El pensamiento discursivo hacía todo el gasto. Intercambiábamos juicios y razonamientos cuando nos acercábamos a nuestros semejantes, o, como los modestos chimpancés de Yerkes, trocábamos fichas de colores cargados de valores simbólicos. Ahora nos damos cuenta de que una parte principalísima del lenguaje sobrepasa el ámbito de las palabras. El encuentro no es una extracción de muestras del diccionario ni una aplicación de reglas gramaticales. Y aun siendo palabra de diccionario, queda el problema de escoger una de sus significaciones, la que resulte apropiada para el encuentro. "Hombre" será elogio (como en el encuentro de Goethe con Napoleón), o insulto, o vocablo despectivo, o voz de aliento, según el contexto verbal, el tono con que la palabra es pronunciada, la actitud del cuerpo, los gestos contemporáneos, las costumbres verbales en el lugar en que se pronuncia. Evidentemente, la palabra decide en última instancia; pero también engaña, cuando el lenguaje de los ojos y de las manos sabe bien de qué se trata. Es que olvidamos con frecuencia el origen gestual de la palabra; olvidamos que es un gesto vocal el lenguaje hablado, como es un gesto gráfico el lenguaje escrito. Y que la palabra, separada de la constelación expresiva que la vio nacer, se reduce a eso, nada más, a desecho de diccionario, a muerte gramaticalería.

Así es, desnudo de humanidad, huérfano de calor expresivo, nuestro interlocutor telefónico. No tiene edad. A veces, dudamos de su sexo. No sabremos adoptar ante él la reverencia que imponen los cabellos grises, la despreocupación que nos suscitan las caras jóvenes. ¿Corresponde acaso esa musical voz femenina a un bello rostro? Este sortilegio que de sus palabras viene ¿obedece también a las ocultas razones que en el encuentro verdadero nos deciden a otorgar el título de graciosa a una gentil persona? Por supuesto que hay matrimonios que comienzan por una línea ligada; pero no me cabe duda que la decepción decide en la mayoría de los casos el final de esos combates contra lo desconocido...

Lo esencial del encuentro —ya lo hemos dicho— es la reciprocidad de presencias corporales, única forma que tienen dos seres de acercar sus intimidades. ¿Qué vemos, en cambio, cuan-

do un hombre habla por teléfono? Un objeto muerto, una cosa, que pretende asumir la espontaneidad, la dignidad de la persona. El contraste es tan evidente, acarrea tal desvalorización del sujeto y su pretendido interlocutor, que lo cómico impone la degradación axiológica. Pocas situaciones son, en efecto, más cómicas que el gesticular, el sonreír, el saludar, el amenazar, la ira, la lisonja, el embeleso del hombre que habla por teléfono desde una cabina transparente, sin que podamos captar, además, el sentido de sus palabras. Es lo risible —como dice Souriau—, lo risible en estado natural; el mundo del hombre aplicado al mundo de las cosas; el "objeto" aspirante de "persona".

Desgraciadamente, el hombre ha terminado por adorar al teléfono, de convertirlo en su hermano siamés. Nuestro esencial animismo, del cual no podremos despojarnos nunca, nos ha llevado a adorar la piedra y el fetiche, el astro y la máquina. ¿Ha olvidado el lector a Azuma-Zi, el protagonista del cuento de Wells, que adoraba tanto a la dínamo confiada a su cuidado en la usina eléctrica londinense, que concluyó honrándola con sacrificios humanos en las personas de sus compañeros de trabajo, como si se tratara de una diosa?

El hombre ha aceptado el teléfono en su casa; la mujer, junto a su cama. El niño que apenas ha aprendido a hablar, reclama el teléfono junto a su cuna. Aparentemente el teléfono ha triunfado; pero ¿qué es lo que da, en cambio, al hombre? Hablemos un poco de la intimidad telefónica.

Por lo pronto, hay usos sociales que no permiten llamarnos a engaño. No es un secreto para nadie que el encuentro telefónico implica algo de falso, de impropio o endeble. No iniciamos, deliberada y seriamente, una amistad con una llamada telefónica. Cuando nos presentamos por teléfono a un desconocido, damos nuestro nombre, y pedimos excusas por introducirnos en su intimidad sin las formalidades del encuentro personal. Por supuesto que hablamos decenas de veces por día usando el teléfono, y con desconocidos. Pero también nos encontramos decenas de veces por día, en las grandes ciudades, con el boletero del tren, el vendedor de diarios o de baratijas, el empleado que cambia monedas en el subterráneo, el que nos facilita el número del expediente en Mesa de Entradas, el inspector de ómnibus que perfora nuestro boleto, etc., y no hay con ellos encuentro personal, propiamente dicho. (A propósito: a este tipo de encuentro lo ha denominado Duijker —de Ams-

terdam—*encuentro funcional*, dependiente de la función que se desempeña en la sociedad, encuentro anónimo; muy diferente del *encuentro personal*, que da lugar a mutuas interacciones y donde la intimidad, temprano o tarde, está en juego. Por donde el teléfono resulta el vehículo más apropiado para encuentros funcionales).

Quien se compromete por teléfono, no compromete más que su voz. No se formaliza por teléfono la escritura de una casa. La fe jurada se afirma con la presencia. Y con el apretón de manos. (En las sociedades primitivas, era el contacto de las sangres). Las órdenes de iniciar las hostilidades en una guerra—*encuentro funcional*— se dan por teléfono; pero los planes de la guerra, los fines, se elaboran en mesas redondas, frente a frente, después de largos encuentros. Igual cosa ocurre con los negocios importantes, y con los compromisos de matrimonio, en las sociedades tradicionales.

El teléfono atañe a los estratos superficiales de la personalidad, en cuanto ella accede a las significaciones y los símbolos; mas permanece alejada de sus estructuras profundas, de sus raíces vitales, aquellas que conciernen al "ser en situación" o al "ser comprometido", a la fuente de los valores y del "ethos". Quien entabla una conversación telefónica se siente aliviado de obligaciones y responsabilidades. Así como hablamos por teléfono en pijama o desde el baño y no nos atreveríamos, desprovistos de ropas, a encontrarnos con nadie, así también, con el tubo del teléfono en la mano, nos sentimos desligados de compromisos, capaces de jugar con todo, incluso con las normas éticas fundamentales, sin las cuales nuestra existencia de civilizados se trueca en ronda de locos. ¿Cómo extrañarnos, entonces, de que el teléfono sea el vehículo más frecuentado de la peor de las cobardías ciudadanas: el anónimo telefónico?

No es a solas como encontramos lo mejor de nosotros mismos: es en el diálogo verdadero, donde cada palabra adquiere el trasgusto de la presencia personal, el aval de la existencia compartida y comprendida. El que habla por teléfono está desgraciadamente solo; su conciencia moral—quizá su conciencia, a secas— dependen de la presencia corporal del interlocutor. Suprimido éste, el ser normativo se desequilibra y naufraga. Ya no se es responsable de lo que se dice o hace. Y no hay baja que no esté a su alcance. Ese ser descarnado que insulta puede ser nuestro correcto compañero de oficina o un buen padre de

familia. Pero el teléfono lo ha degradado de su dignidad de persona, lo ha esclavizado a sus pasiones, sin la miel de la piedad, sin el calor humano que nace cuando dos miradas o dos manos se juntan.

¿Es de extrañarse entonces de la congelada crueldad del teléfono? Lo trágico que surge del uso teatral del teléfono es la esencia de lo trágico moderno, porque es la "necesidad" del mundo de las cosas que triunfa sin alternativa sobre la "libertad" del mundo de las personas. No me refiero tanto a las dos óperas de Menotti ("El Cónsul" y "El Teléfono") cuanto a "La voz humana", de Cocteau:

"Felizmente eres torpe y me amas (dice la protagonista, mientras el cordón del teléfono la ahorca con su angustia). Si no me amaras, si fueras hábil, el teléfono sería un arma terrible. Un arma que no deja huellas, y no hace ruido". Arma terrible, dice Cocteau. Arma terrible, repetimos, como que ha asesinado la verdadera intimidad, ha degradado la humanidad del encuentro sobre la tierra. No, no se me acuse de fáciles paradojas. No se me diga que nunca se ha conversado más que ahora, desde que hay teléfono, y con mayores comodidades, sin que la distancia imponga sus condiciones. De acuerdo. Pero ¿de cuál sociabilidad se me habla? ¿Es la sociabilidad del hombre-masa de nuestros días realmente digna de ese nombre, si se la compara con un Simposio de atenienses del siglo V A. C., o un salón del siglo XVII, o una reunión de libertinos del siglo XVIII, o un salón de Weimar, a comienzos del siglo XIX? La sociabilidad actual ha perdido su rumbo y su objetivo. Las gentes se reúnen para jugar a las cartas o para ver televisión; para presenciar un partido de fútbol o una revista militar; para hablar de carreras, de los próximos aumentos de sueldos o de las penurias del servicio doméstico. Se habla por hablar, por matar el tiempo. La debilidad del hombre actual viene, entre otras causas, de su terror de estar solo; de su temor pueril de confrontarse consigo mismo. Y se aturde con chácharas insustanciales, incapaz de aguantar la soledad. La radio y la televisión—dos nuevas creaciones mecánicas— lo consuelan de su orfandad, de su miedo de tener que rendir cuentas de su vida diaria. Por supuesto que el teléfono es el camino real por donde circula esta sociabilidad despreciable y fútil, negación de las más altas virtudes del hombre, esas virtudes que garantizan la autonomía moral del santo y del artista, del sabio y del héroe.

El teléfono ha conducido a esa monstruosa degeneración de la sociabilidad, a esa sociabilidad privada y secreta como un vicio, a esa intimidad químicamente pura y morbosa que puede darse, sin mucho buscarla, en los enamorados telefónicos, capaces de inconcebibles desviaciones del sentimiento e incapaces del encuentro personal y directo, que reduciría a proporciones normales su delirio. Acuso al teléfono de haber terminado con la carta, que, a pesar de sus limitaciones, exigía el despliegue de técnicas expresivas inseparables de la Cultura, y que hacen de las cartas de Flaubert o de Sarmiento monumentos memorables en la historia del corazón humano.

Con el engañoso pretexto de la comunicación facilitada, el teléfono ha acentuado la necesidad de dependencia del hombre actual. El teléfono no es causa, quizá, sino efecto; pero un efecto que, como en todos los procesos humanos, es capaz de volverse a buscar su causa. El hombre-masa se siente inexorablemente "dependiente". Y aquí permítaseme relatar una anécdota.

Mientras medito estas páginas, recibo la visita de un amigo. "Voy a festejar los quince años de mi hija (me cuenta). Pienso regalarle un reloj pulsera de oro. Pero, antes, debo enseñarle la hora en el cuadrante". Me asombro, por supuesto. Una niña de quince años que conozco personalmente, sana, alegre, perfectamente normal de inteligencia y de sentimientos ¿cómo puede haber llegado a esa edad sin saber leer la hora? "No hay de qué asombrarse (me responde mi amigo). Desde pequeña, cada vez que necesitó saberla, se acercó al teléfono y discó los números de la hora automática. No tenía más que escuchar".

En la pequeña existencia artificial que ha asignado al hombre la sociedad en que vivimos, está en situación constante de ser auxiliado, entusiasmado, empujado hacia adelante por alguien. No apela a sus propias fuerzas sino cuando está a punto de ceder. Ha perdido la iniciativa. Gasta millones de pesos, dólares o francos para pagar al psicoanalista cuyo imperio sobre su voluntad y sus pensamientos es mucho más tiránico —porque es más agudo— de lo que hubiera soñado el sacerdote de siglos anteriores. El hombre "dependiente" de nuestra época tiene al alcance de su mano, a través de calles, y países, y océanos, la morfina del teléfono que le permite soportar las angustias diarias.

Conoce el lector, quizá, esa benemérita asociación de lucha contra el alcoholismo que existe en Norteamérica (y que ya comienza a actuar entre nosotros): los "A.A." (Alcoholistas Anónimos). Llegan a cientos de miles de asociados en el país del Norte. Los toxicómanos que han conseguido liberarse de su vicio, toman bajo su protección a un alcoholista en plena *débâcle*. Lo hablan, lo alientan, lo acompañan, tratan de convencerlo desde la mañana hasta la noche. Y si en algún momento deben alejarse de su neófito, éste sabe que siempre, a cualquier hora, una moneda en el aparato telefónico salvador, precisamente cuando va a sucumbir a la tentación, le traerá el ángel de la guarda. Y estará libre una vez más. Este es el mejor símbolo que podría encontrar de la dependencia del hombre actual, de su lastimosa falta de autonomía. El hombre moderno —la mujer moderna, sobre todo— usan el teléfono como los "alcoholistas anónimos". Han perdido la posibilidad de vivir solos.

Mas el cargo decisivo que formulo contra el teléfono en esta civilización mecánica puede expresarse así: él ha promovido desde hace medio siglo, y lo mantiene, un régimen artificial de la imaginación que suscita actitudes ambiguas del hombre frente a sus semejantes. Así como el cine, el arte verdaderamente triunfante de nuestro siglo, ha promovido el lenguaje de las imágenes —con todos los peligros que el encumbramiento de ese modo de comunicación implica para la cultura—, el teléfono intenta desterrar, mediante los espejismos de la imaginación, las grandezas y las inevitables miserias del contacto real entre los hombres. La imaginación —que es postergación y abstracción— sustituye a la vida real. Por supuesto que da placer hablar por teléfono, reemplazar las incertidumbres del encuentro por esa realidad tamizada, con una sola dimensión, inofensiva, domesticada, de las palabras a través del micrófono. ¡Pero a costa de qué despojamientos, de cuáles supresiones!

Con la falsa máscara de la universalidad espacial, el hombre, que ha conquistado la tierra de uno al otro polo, desde el fondo del mar hasta las cumbres de los Andes, y está listo para lanzarse a la conquista de los espacios siderales, ofrece el espectáculo desolador de su limitación medrosa, del autismo de sus sueños sustitutivos. El hombre de esta edad industrial no teme a la máquina, mira sin pestañear el ciclotrón que ha creado, y ha incorporado a su cuerpo el teléfono. Pero tiembla ante la

presencia de un semejante. Quiere estar con él, pero desde lejos. Quiere aislarse, pero no del todo. Quiere una humanidad aséptica, inofensiva, sin emociones ni peligros. Quiere una vida desprovista de las notas fundamentales de la existencia, que son el riesgo, la lucha, el compromiso, el triunfo o la derrota. Se envuelve, mediante el teléfono, en una nube de palabras fútiles, sin apercibirse de que el espíritu se desperdicia y, como apunta Huizinga, "a la gran extensión del verbalismo hablado o impreso, corresponde una indiferencia siempre más grande por la verdad". Con el teléfono se acentúa la disgregación del hombre, en cuanto es ser comprometido, ser en el mundo.

No me ilusionan mucho las generalizaciones un poco fáciles de los psicopatólogos y psicosociólogos, aunque sean sobresalientes filósofos, como Karl Jaspers. No olvido aquella riesgosa afirmación o diagnóstico —de alguna manera hay que llamarlo— formulado hace un cuarto de siglo por el filósofo alemán en su monografía sobre Strinberg, Van Gogh, Swedenborg y Hölderlin. "Estaríamos tentados (escribe Jaspers) de hablar de una afinidad particular entre la histeria y el espíritu reinante antes del siglo XVIII, afinidad que existiría entre la esquizofrenia y el espíritu de nuestro tiempo". Muchos signos —Van Gogh es el más elocuente— lo condujeron a esta afirmación. Y, después de la última guerra, se han agregado otros. Pero no hay que tomarlos a la tremenda. Es totalmente improbable —por lo menos en buena y sana, y objetiva clínica psiquiátrica— que una época se diagnostique a sí misma. Por lo general, el alienado no puede diagnosticarse a sí mismo; y el médico (lo sabe todo el mundo) es el menos clarividente de los enfermos.

No es posible, empero, olvidar que el teléfono está indisolublemente vinculado a una forma ambigua del contacto interhumano, a una desnaturalización del encuentro, no lejana de los síntomas que se dan —entre otros— en los esquizofrénicos. Para evitar contaminaciones semánticas, habrá que buscar nuevas palabras para denominar estos hechos. Pero ellos están aquí y forman parte de la vida de nuestros días, de nuestra propia vida.

Ignoro qué será del alma del hombre de aquí a unos siglos. Y confieso que hay razones para ser pesimista. El hombre (que es forzoso llamar atómico, pues pertenece a una era atómica) el hombre de ahora y del futuro habrá delegado en las máquinas, en los objetos no espirituales, la mayor parte de sus atributos: la

espontaneidad y el riesgo, el sufrimiento y la elección, la libertad interior y la meditación del pasado. Sin historia y sin porvenir, vivirá esclavo del presente —como los animales y los niños— gozando de una existencia cada vez más gratuita, irresponsable frente a los compromisos esencialmente humanos, mientras la radio, el teléfono, el cine y la televisión —y qué sé yo cuántas máquinas nuevas— lo emborracharán con palabras, y lo adormecerán en la inocencia del primer día de la creación.

Así será, si no encuentra, por obra de algún milagro, su salvación. Y ella no puede venir de otra parte que de la mano tendida fraternalmente —sin mecánicas intrusiones— de otro hombre: sin la presencia auténtica, sin la sonrisa, sin la mirada, sin la palabra de ternura de una mujer amante.

EL PAPEL DEL SOCIÓLOGO EN LAS TAREAS DEL DESARROLLO ECONÓMICO

Por *José MEDINA ECHAVARRIA*

1. PARA poder perfilar, en sucesivas aproximaciones, el campo de la colaboración del sociólogo en las tareas del desarrollo económico, conviene por lo pronto tratar de conseguir la perspectiva más amplia posible. Semejante propósito impone por necesidad un tipo de proceder esquemático, que sería por otra parte el único aconsejable aún en circunstancias de mayor holgura. Pues ir más allá de una indicación de las grandes cuestiones supondría, por lo menos, el ensayo de redactar un amplio capítulo de Sociología Económica, disciplina que todavía espera hoy el esfuerzo de una adecuada elaboración sistemática. Conocer por qué ocurre tal cosa a pesar de los materiales ya acumulados —Escuela Histórica, Institucionalismo, Teoría de los Estilos Económicos, etc.— no dejaría de tener sumo interés para nuestro tema. Queda, sin embargo, meramente planteado.

La perspectiva buscada —el cuadro más dilatado en donde surgen y se sitúan las cuestiones fundamentales— no es desde luego la única posible. Cabe señalar planteamientos más concretos, a no dudarlo de un mayor rendimiento aparente para las exigencias de la investigación. Mas ese rendimiento es sólo aparente en la medida en que el verdadero sentido de aquellos planteamientos depende en último extremo de cuál sea su encaje y valor relativo en la visión de conjunto.

Visión no menos necesaria para examinar con algún fundamento la tan llevada y traída propuesta de la sedicente investigación interdisciplinaria, que no deja de estar, digámoslo, algo confusa en los actuales momentos.

2. Ahora bien, la orientación que se trata de bosquejar se apoya sobre ciertos supuestos y persigue asimismo procedimientos de análisis precisos, que conviene fijar de antemano en

forma muy breve, eludiendo enérgicamente las incitaciones que cada uno de ellos plantea.

Se da por supuesto, en primer lugar, que entre la diversidad de tendencias sociológicas del momento actual, reducidas a la postre a la oposición tipo entre la sociología concreta y la meramente analítica—entre lo sincrónico y lo diacrónico, como ya se dice según los términos acuñados primeramente por la lingüística— representa la primera la postura más adecuada para encarar un tema que es, a todas luces, necesariamente histórico.

Se da por supuesto, en segundo lugar, que la imagen del sociólogo que aquí se postula pertenece, dentro de la extensa familia de la inteligencia, a los capaces de mantener una actitud crítica y no meramente técnica.

Lo que se persigue, por último, es destacar en forma analítica los tres elementos esenciales del desarrollo económico contemplado como fenómeno histórico de conjunto: los elementos de necesidad, de regularidad y de libertad, examinando lo que cada uno de ellos demanda a la consideración sociológica.

Se pretende, en suma, alcanzar un punto de vista cuya primera formulación no puede ser del todo evidente. Es ésta: conseguir una ordenación—histórica—de los datos de tal naturaleza, que por sí misma implique la aceptación de los distintos métodos—científicos—y fuerce sin remedio a adoptar una posición crítica, es decir, a explicitar sin embozo la última posición de valor.

- I -

3. El primer gran tema de meditación o averiguación para el sociólogo habría de consistir por lo pronto y sobre todo en esto: en la justificación del tema mismo. O dicho en otra forma, en ofrecer la razón o razones de por qué hoy en todas partes y a toda hora se habla y se escribe sobre desarrollo económico, lo mismo en reuniones académicas e internacionales, como en el artículo del periodista, en el discurso del candidato o en la charla de café. ¿Se trataría entonces de un tópico tan de suyo evidente que no merece ser justificado y aclarado? Ciertamente existen razones externas y de todos conocidas, enlazadas con las preocupaciones de la postguerra, que se manifiestan en determinados objetivos políticos del más vario orden de mo-

tivos, lo mismo altruistas que realistas como de mera táctica. Pero en tal caso estaríamos no ante un tópico más o menos opaco en sus orígenes, sino ante una ideología. ¿Es posible sostenerlo en serio? ¿Qué razones hay para que no lo sea?

Se sospecha lo siguiente: que la "conciencia generalizada" que hoy existe ante el problema del desarrollo económico no es sino el reverso, más o menos confuso naturalmente, de su carácter *necesario*.

Ahora bien, ¿qué debe entenderse por carácter *necesario*? A buen entendedor basta con recordar lo que una tendencia significa: algo que gravita en una dirección determinada, sin que por ello haya de realizarse de un modo forzoso ni menos automático. Por tanto, sin que la forma de su cristalización esté en manera alguna predeterminada.

Apuntando lo anterior, cabe afirmar que el carácter necesario del desarrollo económico equivale a su significado de tendencia universal de nuestro tiempo. Mas lo que ahora interesa como paso inmediato, es precisar el origen y formación de la misma. ¿De dónde toma su fuerza y su forma? A no dudar lo esa tendencia se muestra como fragmento o parte de otra mucho más amplia, sea cual fuere el nombre con que se aluda a ella, proceso general de racionalización si se quiere. Pero de un modo más riguroso se trataría de una tendencia derivada de los efectos confluyentes del *poder técnico* y del *saber científico*. Por tanto, con iguales caracteres a los asignados al denominado proceso civilizador dentro de la historia.

Sucede, sin embargo, que la existencia de esa conciencia generalizada ante el desarrollo económico, no siempre constituye una bendición, como ocurre por lo común con toda idea difusa. Las consecuencias negativas de la misma se ofrecen muy en particular en dos puntos: en la vaguedad dominante a veces en los planteamientos y en la imprecisión terminológica. Por ejemplo, ¿en qué sentido puede hablarse propiamente de países subdesarrollados? Si las dificultades para una clara y unívoca respuesta se muestran ya en el campo estrictamente económico, hay que sospechar las que habrán de presentarse en la consideración sociológica del tema. No puede así sorprender que cuando un sociólogo como König,¹ se dispone, entre otros, a bos-

¹ "Einleitung zu einer Soziologie der sogenannten Rückständigen Gebiete". Kölner Zeitschrift für Soziologie und Sozialpsychologie 7. Jahrg. 1955.

quejar una sociología de los países subdesarrollados, tenga que empezar por una definición —más o menos ortodoxa— de lo que entiende por tales.

Dibujado este primer campo abierto a la cooperación del sociólogo, pasemos sin dilaciones a lo que representan en sí los efectos del poder técnico y del saber científico.

4. En nada se manifiesta mejor la presencia difusa del carácter necesario del desarrollo económico que en la simple fe, pura creencia, en los efectos beneficiosos de la mera transmisión de los secretos del poder tecnológico. Podría proponerse por eso formalmente una sociología del Punto Cuarto o de la Asistencia Técnica, que habría de ser sin duda en extremo fecunda.

¿Cuáles han sido, en general, los efectos del progreso técnico? Contentémonos con cosas bien conocidas, con respuestas intactas en su carácter de lugar común ya que no es posible examinarlas en su trasfondo y problematicidad. Pues bien, esos efectos, se dice, han sido: a) la contracción de la tierra; b) la asimilación tecnológica generalizada; y c) la unificación de las aspiraciones.

Todos ellos —enlazados a los problemas del desarrollo económico, los dos últimos muy en particular— demandan para su cumplido examen la participación del sociólogo. El problema de los efectos del denominado progreso técnico ha sido declarado objeto de la preocupación de un organismo internacional (UNESCO), lo que pronto permitirá acumular nuevos materiales a los ya conocidos.

Pero todavía está por explorar todo lo que significa la unificación de aspiraciones estimuladas por la técnica, a pesar de que el problema se ha planteado en el corazón mismo de la teoría económica con el conocido *demonstration effect* de J. Duesenberry, y de que su examen puede llevar a sorpresivas perspectivas.² Aún sin contar entre ellas las ironías de un H. Haberler respecto de esos efectos en el propio campo de los economistas, y de las que se toma nota nada más.³

² Los ensayos, por ejemplo, de H. Shoek acerca del papel de la envidia en la democracia de masas. "Das Problem des Neides in der Massen-demokratie" en *Masse und Demokratie* (Edit. por A. Hunold), 1957.

³ "There is still another field where the demonstration effect works, namely the teaching of economics. The latest theoretical in-

La enumeración anterior no es ni mucho menos agotadora, pues quedan todavía en este punto algunas otras cuestiones abiertas a la colaboración del sociólogo, entre las que destaca la planteada por los economistas en los países poco desarrollados acerca de los tipos de técnica que habrían de requerirse a tener de la peculiar relación en ellos de sus factores productivos.

5. Respecto de los efectos del saber científico, vale la pena ceñirse por hoy a unos pocos de entre ellos, a los de la ciencia económica misma. Y no sólo para evitar en estos instantes planteamientos desmesurados si se tratara de abarcar la ciencia toda, sino porque algunos de los aspectos que ofrece la cuestión dentro de la ciencia económica son de inmediato interés para el sociólogo preocupado por el tema del desarrollo. Pues en efecto, sus consecuencias son ante todo contradictorias y no fáciles de aclarar en la plenitud de sus repercusiones.

La contradicción está ya en la difusión del saber económico mismo; porque si por una parte ha contribuido eficazmente a generalizar la conciencia del problema del desarrollo económico en este caso —y sobre bases rigurosas de conocimiento objetivo para lo que basta con recordar todo lo que ha significado para nuestros países la obra llevada a cabo por la Comisión Económica para la América Latina— por otra parte esa misma difusión ha contribuido igualmente a esparcir determinados conceptos científicos en forma ideológica —planeación, programación, etc.— con resultado perturbador en la formación de la llamada opinión pública.

Lo más singular sin embargo, dentro de estos planteamientos para una modesta sociología del saber económico, es el hecho de que paralelamente al aumento creciente en la difusión de sus conceptos y problemas, se ha ido produciendo dentro de la ciencia misma un desarrollo que si bien pudiera ser muy rico en valores instrumentales, la hace día a día menos abordable a la curiosidad e intelección del profano. Avizorar lo que pudieran ser las consecuencias de ese hermetismo continuado de la ciencia económica contemporánea, es una cuestión de indu-

novations —not to say gadgets— such as Keynesian, post-Keynesian and post-post-Keynesian economics exert a strange fascination and are avidly imbibed, while the more serviceable types of economics such as Marshallian and other new-classical analyses are often sadly neglected.” “Critical observations on some current notions in the Theory of Economic Development” en *L'Industria* N° 2, 1957.

dable interés sociológico y de su tratamiento eficaz pudieran derivar algunos efectos saludables. Es el tema que planteara en un día melancólico Barbara Wootton y que va unido al de las fluctuaciones del prestigio del economista en nuestro azaroso mundo.

6. Importa sin embargo muy mucho que ese prestigio no sea aminorado. Pues en el terreno que ahora pisamos —el demarcado por el elemento de necesidad del desarrollo económico— la palabra la tiene el economista y es necesario abandonarse en principio a sus peculiares conocimientos. Se había dado por descontado, en este sentido, que un tercer ingrediente en el referido elemento de necesidad consiste en el proceso económico mismo, es decir, el objeto propio de la investigación económica. En consecuencia la afirmación anterior viene a traducirse con mayor precisión en la siguiente: que el método del economista —siempre causal en definitiva— es el exigido por el elemento de necesidad hasta ahora destacado y que a él hay que atenerse en todo análisis o pronóstico del proceso económico, sea o no de desarrollo. Queda desde luego fuera de lugar cualquiera otra consideración más detallada sobre la metodología económica; pero parece ineludible tener en cuenta aunque sólo sea en forma alusiva, algunos de los procedimientos metódicos con que trabaja el moderno economista en los problemas del desarrollo. Se trata, desde luego, del llamado "modelo". He aquí entre otras varias la definición de A. Marshall, que se elige por mostrar bien a las claras los supuestos causales del procedimiento.

Los "modelos permiten descubrir cómo se efectúan, dentro de un sistema y por el solo juego de los factores internos las reacciones de la totalidad de los individuos a los hechos económicos. Descubren sistemáticamente las iniciativas desencadenadas por esos hechos en el momento en que se manifiestan, las consecuencias que resultan de ellas, que modifican de un período a otro la situación económica general, engendrando nuevas reacciones que a su vez engendran nuevos procesos, sin que haya necesidad de referirse, para comprender el mecanismo, a un estado hipotético de equilibrio". Es bien sabido, por otra parte, que el procedimiento del modelo, o mejor de la construcción de modelos, está sometido entre los mismos economistas a críticas, reservas y advertencias, que no invalidan, sin

embargo, su valor instrumental en la teoría del Desarrollo económico.⁴

La cuestión, claro es, no nos interesa ahora por sí misma sino para plantearnos esta otra dentro por entero de nuestra incumbencia. ¿Está negada toda participación al sociólogo en la tarea estricta del economista que acaba de bosquejarse? Probablemente no. De suerte que a lado de los temas que nos fueron apareciendo por el camino, tendríamos otros más en dos planos distintos, que se refieren: 1) a la construcción del modelo mismo y 2) al examen de las consecuencias sociales de los distintos ritmos de desarrollo.

La aportación del sociólogo a la elaboración de modelos puede ser positiva o reducirse a lo que cabría denominar una colaboración crítica y complementaria. En el primer caso se trataría de averiguar si es posible la inserción de algunos factores sociales en calidad de variables del modelo en cuestión. Las dificultades se juzgan por lo común casi insuperables, dada la imposibilidad por el momento de cuantificar semejantes factores en la medida requerida (Löwe, Abramowitz, etc.). En ensayo más acabado de los emprendidos hasta hoy en ese sentido, el del historiador económico W.M. Rostow⁵ no parece satisfactorio. No obstante el problema queda en pie incitando a nuevos intentos, sólo realizables desde luego en un plano muy elevado de abstracción.

Mientras tanto, el sociólogo pudiera llevar a cabo frente a los modelos construidos una considerable tarea de depuración crítica desde su peculiar punto de vista. Las admoniciones que podría formular no son desde luego novedad para los economistas más advertidos, pero no por eso deja de ser del todo inútil su reiteración. Se trata en todo caso de mostrar la distancia que separa la abstracción del modelo de la realidad concreta a que se aplica, poniendo en guardia frente a la falacia

⁴ Entre la no pequeña bibliografía: GERHARD COLM, "Some idle reflections on economic projections", en G. EISERMAN, *Wirtschaft und Kultursystem*, 1955, que por cierto termina, no sin cierta sorpresa para quien pudiera esperarlas en ese lugar, con las siguientes palabras: "If economic expansion is to be a blessing it requires dealing not only with its economics but also with its cultural and social consequences. In this respect much work needs to be done, which requires the imaginative thinking of research workers who have learned to disregard the conventional walls between the various disciplines in the social sciences".

⁵ *The Process of Economic Growth*, 1952.

de la concreción fuera de lugar; así como en recordar en cualquier instante la necesaria perspectiva de totalidad frente a la excesiva fragmentación especialista.

En el nivel de las labores prácticas de programación semejante trabajo puede cristalizar concretamente en el propósito de poner al descubierto los supuestos de carácter social contenidos en ella; los cuales, pudiendo ser en sí mismos problemáticos tuvieron que aceptarse por el economista como simples datos en qué fundamentar su análisis. Dentro de la marcha de esa averiguación adquiere considerable importancia la posibilidad de prever las eventuales "estrangulaciones económicas" que pudieran producirse por insuficiencia o desajuste de los factores de carácter social.

Por último, la cooperación del sociólogo puede ser asimismo de algún peso cuando se trata de examinar las consecuencias de las distintas velocidades del desarrollo. Quizá cabría sostener en principio que en el origen de cada uno de los tipos propuestos está una actitud fundamental ante las mutaciones de la historia. Y que la nuestra es, en general, una hora de impaciencia ante ella. Los "silenciosos procesos espontáneos" consumen en su lentitud demasiado tiempo como para abandonarse a ellos por entero en la prosecución de determinadas metas; la prisa impone intervenir, moldeándolos y acelerándolos en la dirección de lo querido. En este sentido paciencia e impaciencia ante la historia dictan hoy posturas diferentes frente al desarrollo económico, sin que una y otra dejen de ofrecer por su parte positivas razones. La impaciencia que domina en los países calificados de insuficiente desarrollo se justifica sobradamente no sólo por razones humanas y políticas—la dolorosa pobreza y los peligros que ésta lleva consigo en un mundo de la más estrecha comunicación— sino por razones técnicas y económicas que obligan a acortar hoy distancias que el tiempo hará mañana por completo insalvables. Mas la paciencia tiene también sus razones cuando se niega a pagar por el éxito precios exorbitantes o cuando apunta a la necesidad de un crecimiento parejo de la riqueza y de la talla moral del hombre. Basten esas gotas de meditación histórico-filosófica.

Para lo que llevamos entre manos, los tipos de desarrollo propuesto podrían ordenarse según su *tempo* en un *continuo*, cerrado por los dos opuestos que representan la teoría del *big push* y la doctrina del desarrollo de la comunidad. Su examen

pormenorizado, sin embargo, no nos incumbe aquí. La doctrina del denominado desarrollo de la comunidad representa, es cierto, un generoso movimiento, cuyas raíces fuera interesante analizar en otras circunstancias; mas quizá por eso mismo pretende ámbitos de aplicación probablemente excesivos. Su invocación a la espontaneidad y a la necesidad de que el individuo gane en estatura moral e intelectual al tiempo que dilata el horizonte de su trabajo y de sus ganancias materiales, etc., merecen indudable respeto y atención. Pero desde el punto de vista económico no cabe duda de que es sobremanera lento el ritmo de desarrollo que propone.

Frente a esta tardígrada y efusiva doctrina, la teoría del "empujón vigoroso" significa el máximo *tempo* en la aceleración del desarrollo. Su justificación en el terreno económico —en torno a la articulación de las llamadas "economías internas y externas"— así como las objeciones que en él se ofrecen, no es cosa de este lugar. El sociólogo tiene que reconocer que al *big push* nos inclina por una parte la urgencia vital en los países menos desarrollados, pero que por otra constituye el procedimiento más cargado potencialmente de las "estrangulaciones" de origen social a que antes se aludió.

Sea de ello lo que fuere, lo que por el momento interesa es insistir en la idea de que la tarea privativa del sociólogo en este punto consiste en analizar las implicaciones sociales de las distintas velocidades de desarrollo, sea en general o en cada caso concreto en particular.

- II -

7. ¿Cómo ha tenido lugar el desarrollo económico en los países que representan el punto más avanzado del mismo? En otras palabras ¿cómo se ha formado el tipo concreto de sociedad que hoy llamamos industrial? Pues resulta que sólo en la abstracción analítica es posible hablar de desarrollo económico como fenómeno independiente; en la realidad ese proceso se despliega entrelazado con otro de carácter social.

La averiguación de ese paralelismo es materia histórica y en verdad que la labor de los historiadores de uno y otro cuño pone a nuestra disposición resultados abundantes. Su más somero examen deja por lo menos este hecho al descubierto, que

la historia de la formación de las sociedades industriales no ha sido tan sencilla como parece en los manuales al uso. Fue, al contrario, un proceso lento y trabajoso, en donde generaciones sucesivas tuvieron que formarse dolorosamente, a la fuerza a veces, en las duras disciplinas que aportaron el triunfo del progreso material.

Lo que importa, sin embargo, para nuestros fines inmediatos es la posibilidad de que ese proceso de desarrollo social aparezca en forma de regularidades reiteradas de manera semejante en todos y cada uno de los países de estructura económica equivalente. El tema de la sociología consiste entonces en investigar la existencia y la figura de esas regularidades, es decir, si se dieron en la realidad y cómo apresarlas conceptualmente. Y esto para determinar, una vez conocidas, lo que pueden significarnos frente al futuro; o si se quiere, el carácter de mayor o menor necesidad de sus diversas fases. ¿Cabe esperar, por tanto, que se repitan en forma parecida en los países que hoy inician o aceleran su desarrollo económico?

El problema acotado por la supuesta presencia de esas regularidades en el proceso social se reconoce por todos como peculiarmente sociológico, y en su estudio se invierte, en consecuencia, el lugar de la función orientadora cuando se trata de la colaboración con otros especialistas.

8. Esto admitido, ¿qué es lo que encuentra el sociólogo en la bibliografía contemporánea sobre teoría económica del desarrollo? En los libros más manejados,⁶ no falta nunca un capítulo en que se haga referencia con precisión mayor o menor a lo que se denomina vagamente "aspectos socio-culturales del desarrollo económico". No es cosa de examinar esos libros con detalle. Sólo interesa por el momento bosquejar un paradigma de su contenido que equivale casi siempre a esto: a la construcción de un "modelo social" del desarrollo económico que corresponde únicamente a una etapa histórica muy precisa del mismo. La consecuencia es que en típica inversión de perspectivas, las regularidades sociales contenidas en él se postulan como fases necesarias para países que comienzan o prosiguen

⁶ Entre los más abordables al no especialista y como obras de referencia: LEWIS, W. A., *The Theory of Economic Growth*, 1955; WILLIAMSON, H. F. y BUTTRICK, *Economic Development: principles and patterns*, 1959; MEIER, G. M. y BALDWIN, R. E., *Economic Developments (Theory, History, Policy)*, 1957; BUCHANAN, N. S. y ELLIS, H. S., *Approaches to Economic Development*, 1955.

su desarrollo en niveles históricos muy distintos. Una obra como la de Lewis, la más cuidadosa y completa en sus análisis sociológicos, podría examinarse con fruto a la luz de la anterior afirmación. Y lo mismo cabría sostener de otros trabajos de mayor pretensión teórica, como los de Parsons y Moore, que reiteran en forma más complicada o más sencilla, el modelo que para otros fines de conocimiento construyera Max Weber para responder con todo rigor a esta pregunta inexpresa: ¿cuáles son las condiciones sociales de la economía liberal?

La labor del sociólogo en estas fechas y desde la realidad concreta que encara en nuestros países, consiste por tanto en preguntarse por la validez de aquel "modelo social", así como por la de las recomendaciones implícitamente contenidas en el mismo. El planteamiento de esta tarea no es, desde luego, ninguna novedad y ha sido ya formulada por distintos conocedores. Un historiador sociólogo como A. Gerschenkron⁷ en su análisis del concepto de "prerrequisitos" de la industrialización moderna —dentro del problema rigurosamente económico de la capitalización preindustrial— la expresa con toda claridad cuando duda del supuesto "de un proceso uniforme de industrialización que se desenvuelva de tal suerte que venga a realizarse en cualquier lugar del globo repitiendo las características esenciales de la industrialización previamente ocurrida en otra región o país".

Mas ocurre otra cosa asimismo no menos grave y es que los tipos concretos —humanos e institucionales— en que cristalizan los resultados del referido y clásico modelo, no se encuentran ya de hecho en la vida de los países cuya historia sirvió para construirlos. Todo lo ocurrido en los países industriales en la media centuria transcurrida desde el momento de la plena validez del modelo hasta hoy, fuerza a sospechar a priori la sustitución de aquellos tipos por otros más o menos diferentes y que son con los que hay que contar de modo necesario en nuestra presente experiencia vital. Pues no en balde parecen haber ocurrido los siguientes cambios, entre otros, en decisivos aspectos de la estructura social: la denominada separación entre la propiedad y el control de las empresas; los cambios operados en las calificaciones requeridas de los trabajadores, así como en su propia estratificación interna; la aparición de la nueva clase

⁷ Reflections on the concept of "Prerequisites of Modern Industrialization", *L'Industria*, 1957.

media; la mayor movilidad social; las nivelaciones aportadas por la educación y por los derechos políticos y sociales; y la "institucionalización" de las contraposiciones clasistas.⁸

9. Corresponde ahora concretar un poco más el tema de las regularidades en el proceso social que acompañan al desarrollo económico señalando al menos algunas de las más importantes. Bien entendido, sin poderse ir más allá de la escueta alusión y aceptando como apoyo la distinción comúnmente admitida entre lo estrictamente económico (actividad o institución) y lo económicamente relevante. Se trata en todo caso de los tipos concretos de *papeles, caracteres y funciones* realmente existentes en los países económicamente más avanzados, y que plantean idénticas cuestiones, a todos los que están en vías de desarrollo, pero siempre, claro está, desde la perspectiva distinta de su propio y determinable nivel histórico. Pues, sea dicho de pasada, una de las peores confusiones de la ya casi indomitable bibliografía sobre los llamados países subdesarrollados es la frecuencia con que éstos aparecen revueltos en un mismo plano, siendo distintos no sólo por su estructura social sino por su intranferible nivel histórico.

Sólo, pues, desde esa peculiar perspectiva y una vez conocidos los tipos o imágenes propuestos como metas, cabe tratar de averiguar cuál es la distancia que nos separa de ellos en la propia realidad y si es posible acelerar o modificar de alguna manera las que fueron etapas de su aparición. Se requeriría, pues, precisar⁹: a) la imagen del obrero en la época de la mecanización preautomática.

Sobre él, aparte de algún valioso retrato impresionista como el de Karl Bednarik,¹⁰ nos informan en los países industriales de mayor importancia una investigación científica rigurosa (Friedman, Caplow, Shelsky, etc.), que no es cosa de reseñar en este instante.

¿Qué es lo que sabemos con rigor equiparable acerca del trabajador en nuestros países? ¿Cuál es la distancia que en cada uno de ellos, a tenor de su propio nivel, separa o aproxima su

⁸ Según el excelente resumen de R. Dahrendorf: *Soziale Klassen und Klassenkonflikt*, 1957, cap. II.

⁹ Una presentación sistemática de estos temas en: "Las condiciones Sociales del desarrollo económico", Informe preliminar, CEPAL E/CN.12/374.

¹⁰ KARL BADNERIK, *Der Junge Arbeiter von Heuter*, 1953.

tipo de la imagen modelo? ¿Cómo se está produciendo su formación, vista desde la pauta de regularidades conocidas?

b) la imagen del empresario en la época del *organization man*.

No son escasas las tipologías tanto históricas como caracterológicas del empresario, las monografías sobre sus rendimientos y obras (del grupo de Harvard, por ejemplo), ni tampoco los análisis teóricos de su función e ideologías.¹¹ Y si el celuloide convirtió en leyenda visual el ocaso del viejo capitán de industria, no faltan a la inversa los conatos proféticos de una supuesta revolución de directores.

Pero las preguntas formuladas acerca del obrero habría que reiterarlas con respecto del empresario. Evitemos la monotonía. El hecho es que nuestro conocimiento de la realidad latinoamericana en este punto es muy deficiente, mayor sin duda que en el caso de la mano de obra, como dice el economista.

c) la imagen del funcionario en la época de una sociedad de empleados (A. Weber, K. Renner, Mills, Croner, etc.).

Tela hay para cortar bajo este rubro y de las más diversas calidades. Porque lo mismo entra en él la maledicencia ocasional o literaria a costa del burocratismo, la meditación filosófica severa acerca de la burocratización general de mundo contemporáneo, que el estudio sociológico preciso sobre la estructura de la burocracia y su imprescindible papel en la organización racional del estado y de la industria modernos. Por el momento nos corresponde, según se sabe, un tema más modesto: cómo formar las promociones de funcionarios que necesitan nuestras administraciones públicas para llevar a cabo con eficacia las nuevas actividades impuestas por las urgencias del desarrollo económico. Pues nos guste o no, y en medida mayor o menor, los estados latinoamericanos no pueden eludir, ni eluden de hecho, una participación activa en el impulso, orientación, programación y tutela de sus respectivas economías nacionales.

d) la imagen del hombre en la época de los sistemas secundarios (Freyer).

Aparentemente podría sospecharse una invitación hecha

¹¹ Destaca hoy como planteamiento de conjunto el libro de R. BENDIX, *Work and Authority in Industry. Ideologies of Management in the Course of Industrialization*, 1956.

bajo este epígrafe al pensamiento especulativo. Sin embargo esto no es así y cabe ceñir el tema con algún rigor. El cual importa porque no sólo interesa conocer el precio que ha de pagarse, en definitiva, por el éxito del desarrollo económico, sino asimismo la posibilidad de prever y evitar algunos de sus efectos negativos—erosivos lo mismo de la moral como de la persona—que quizá no deban considerarse en modo alguno como inevitables.

Para los temerosos del desliz filosófico y crítico-cultural, el estudio concreto del llamado proceso de urbanización constituye el camino más adecuado para analizar empíricamente el problema en la mayoría de sus aspectos. Por fortuna el conocimiento de semejante proceso en América Latina comienza ya a ser abordado en la debida forma.

10. En la articulación de los temas ofrecidos por las regularidades del proceso social paralelo al desarrollo económico, ha sido posible avanzar de prisa utilizando abreviaturas alusivas por tratarse de un ámbito en que impera un consenso general. Pero es más, su materia de naturaleza típicamente sociológica determina asimismo el carácter de los métodos aplicables a su estudio. Era esto cabalmente a lo que se quería desembocar.

Pues aparte de la peculiaridad de las distintas técnicas que puedan emplearse en las investigaciones empíricas requeridas en cada uno de los sectores señalados y del reconocimiento del hecho de que éstos constituyen por sí mismos campos ideales para la formulación de las denominadas teorías de alcance medio, parece evidente que el método tipológico peculiar de la sociología es el más adecuado para captar los fenómenos ofrecidos por el elemento regularidad en el proceso del desarrollo económico.

Pero no basta que una y otra vez se haya tenido que hablar de tipos, imágenes o modelos, sino se avanza ahora un trecho más en el mismo camino. De lo que se trata, en efecto, es de postular una investigación que tenga por objeto construir una tipología de las formas del desarrollo según sea su distinto contenido social. Prescindiendo de escudriñar por el momento las afinidades que pudieran encontrarse en la teoría de los estilos económicos, recordemos tan sólo que la construcción que se propone ha sido de nuevo entrevista en los últimos años. En-

tre otros por B.F. Hoselitz¹² si bien con un contenido predominantemente político-económico. Su planteamiento general vale, sin embargo, para el que ahora se persigue; pues comenzaba por hacer observar que las más de las construcciones teóricas al uso relativas al desarrollo económico se aplican con dificultad o con graves reservas por razón de su acentuada generalidad o de su excesivo carácter de recetario político.

"Un modelo general es más fácil de construir si el número de las variables es pequeño y son simples las relaciones entre ellas. Ahora bien, en la mayoría de esos modelos generales, se pierde por completo la diversidad de las experiencias históricas de los distintos países en vías de desarrollo". Sin negar por eso la validez de semejantes modelos, proponía construir una tipología mucho más rica, capaz de apresar la carne, esto es, las modalidades reales de las diferentes unidades históricas. "El resultado sería en vez de una teoría uniforme y única sobre el desarrollo, un repertorio de situaciones típicas" del mismo.

En forma semejante, la tipología que aquí se postula desde la perspectiva del sociólogo, consistiría en tratar de proyectar las distintas posibilidades del desarrollo sobre la base de determinadas estructuras sociales típicas y a partir de sus distintos niveles históricos bien definidos.

La formación de una tipología concreta de las formas de desarrollo en nuestros distintos países, constituye sin duda una tarea intelectual tan ambiciosa como fecunda, que demanda las mayores energías de las nuevas generaciones de sociólogos latinoamericanos.

- III -

11. A apresurada parcelación, obtenida hasta ahora, de los intereses de conocimiento del sociólogo en los problemas del desarrollo económico pudiera tener aquí su punto final. Si así fuera habríamos acotado quizá estrechamente el campo de su trabajo. Dicho en otra forma, ¿quedan agotadas las tareas del sociólogo con las anteriormente indicadas? La respuesta depende de como se conciba el papel intelectual que le corresponde: técnico-organizador tan sólo o también, por añadidura,

¹² "Patterns of Economic Growth" en *The Canadian Journal of Economics and Political Science*, Vol. XXI N° 4, 1955.

crítico y valorativo.¹³ Su inserción en uno u otro tipo de "inteligencia" es en este punto decisivo, como quedó señalado en la iniciación de estas páginas. Parecería inoportuno en este instante tocar ni de lejos la cuestión o la con ella emparentada de la neutralidad valorativa de la ciencia.

Se impone, sin embargo, mostrar en la forma más apretada posible por qué razones se encuentra implícitamente resuelta en el planteamiento que venimos bosquejando. Es decir, examinemos el reverso del tapiz. ¿Qué es lo que se encuentra por detrás del esquema ofrecido? Digámoslo: una concepción de la mudanza histórica en general, que cuenta en su último fondo con la irrenunciable capacidad creadora del hombre. ¿En qué circunstancias?

Para evitar en este momento lentas y desplazadas digresiones, ciñamos en conocida teoría lo que se intenta decir. En todo momento de los cuerpos históricos en que transcurre la existencia del hombre, nos dice Alfredo Weber, confluyen dos procesos cargados de mayor o menor imperiosidad frente a la vida de cada cual. Derivan por una parte del crecimiento paulatino de la conciencia, del saber científico y de la técnica y, por otra, de las formaciones y vigencias colectivas que se fueron formando en el pasado; esos dos procesos, el civilizador y el social, forman en cada instante el *agregado vital* que nos rodea y enfrenta, es decir, lo dado como tal y con que hay que contar. Pero con lo que hay que contar para moldearlo en lo posible a la medida de otras aspiraciones humanas. La respuesta mejor o peor, a veces total fracaso, a ese desafío del agregado vital es lo que se conoce con el nombre de proceso cultural. Ahora bien, importa subrayar que semejante respuesta supone siempre de modo necesario una posibilidad de preferencia y de selección, de creación y de libertad.

El desarrollo económico—decisivo hoy a todas luces— es sólo un fragmento del proceso histórico total y es analizable en consecuencia a tenor de sus mismos componentes. Se han destacado hasta aquí los elementos de necesidad y regularidad que constituyen la fuerza compulsiva de su *tendencia*. ¿Podríamos olvidarnos del elemento de libertad que la misma tendencia

¹³ Para el esquema de esa distinción: ALFRED VON MARTIN, *Ordnung und Freiheit*, 1956, cap. X y XI. Asimismo, Ortega, Geiger, Mannheim, Adorno, Znaniecki, Lynd, etc.

invoca? ¿En qué consiste ese elemento y a qué creaciones incita?

La tendencia lleva al predominio generalizado de la llamada sociedad industrial. Pero frente a ella cabe en primer lugar negarnos en redondo y resistirla enérgicamente. Esto supondría ciertamente en las actuales condiciones una voluntad de suicidio, pero no menos libre sin duda que la decisión de perecer en una conflagración atómica. Por fortuna no se trata de ese caso límite sino de este otro menos dramático: ¿Cuál es el tipo de sociedad industrial que realmente queremos? ¿Cómo quisiéramos vivir dentro de ella?

En la medida, pues, en que ese elemento de libertad es inescapable, el sociólogo no puede eludir tampoco su participación en la hora de perfilar las preferencias y decisiones. Está obligado, al contrario, a colaborar críticamente para hacerlas con el máximo posible de claridad y responsabilidad.

12. Se ha dicho en este sentido con razón, que el desarrollo económico trae aparejado algo más que los cambios en el comportamiento social que le acompañan, por que supone a la postre una transformación total de las formas de vida. Analizar lo que con esta frase pretende indicarse nos llevaría muy lejos, pues complica, aún en su logro incompleto, nada menos que toda la sociología.

Baste indicar que una manera rigurosa y empírica de enfrentarse con el tema podría consistir en un estudio pormenorizado de los cambios en la estructura de las ocupaciones que trae consigo por necesidad todo desarrollo económico.¹⁴ Pero ese estudio por acabado que fuera sería insuficiente y daría la impresión, como algunas de las mismas fórmulas empleadas en estas páginas, de que siempre se trata en la transformación de las formas de vida de simples resultados o productos de un determinado proceso económico social. Cuando cabalmente para ponerlo en marcha lo que se requiere es que estén ya ahí algunas de esas transformaciones. Quede tan sólo indicado el tema y limitémosnos a señalar algunos de sus planteamientos en la literatura sociológica más reciente. Parsons habla a este respecto de los *economics commitments* existentes en una sociedad, los

¹⁴ Un ensayo en esta dirección es el trabajo: "Tres aspectos sociológicos del Desarrollo Económico", publicado por la *Revista de la Comisión Económica para América Latina*, número especial, agosto 1955, N. U., Bogotá, Colombia.

cuales reflejan directamente las implicaciones del sistema de valores de la misma para el cumplimiento de la función económica o adaptativa. Por un lado determinan la importancia de la producción económica en su peso relativo frente a otros fines de esa sociedad, pero por otro demarcan asimismo los recursos que van a emplearse en ella para la producción económica.¹⁵

¿Cómo pueden interpretarse esos *economics commitments*? Se trataría de los compromisos tácitos, previos por tanto a la actividad económica misma, que derivan del repertorio de preferencias en que en último extremo consiste la sociedad. Toda preferencia, en efecto, compromete de cierta manera a quien la hace a aceptar de antemano las consecuencias directas o indirectas implicadas en ella.

A la persona que estime superior el ocio —más o menos noble— a la acumulación monetaria, no le producirán ningún efecto los estímulos del salario a destajo porque no se había comprometido con ellos, y no añadirá en consecuencia una hora más de trabajo a las estrictamente necesarias para alcanzar el nivel en que lograba ya su aspiración. Corresponde al sociólogo trazar el inventario de esos elusivos compromisos tácitos que están en la base de una sociedad, y no sólo como cuestión teórica sino como instrumento de acción cuando se le llame a cooperar en la transformación de las actitudes económicas de determinados seres humanos, las de los grupos indígenas más rezagados de Hispano-América, por ejemplo (el problema de los estímulos o incentivos y otras cuestiones de motivación).

En el plan teórico una de las posibles investigaciones —vaya a título ilustrativo por su interés para los países en vías de desarrollo— consistiría en invertir la dirección de un famoso ensayo de Mannheim,¹⁶ completándolo así con su segunda parte. En vez de estudiar los efectos sobre la persona humana de la ambición alimentada por el sistema económico, se trataría ahora de averiguar cómo se pone en marcha y funciona un sistema económico según sea el tipo de ambición que sea dable propiciar.

13. Descendamos ahora rápidamente —quizá fuera exce-

¹⁵ PARSON, T. y SMELSER, N. J., *Economy and Society*, 1956, P. 41.

¹⁶ "On the nature of Economic Ambition", en *Essays on the Sociology of Knowledge*, 1952.

siva la demora en la abstracción teórica— a otros terrenos en donde campea la exigencia de la investigación empírica. Se trata, decíamos, de ponernos en claro sobre la clase de sociedad industrial que realmente preferimos. Y, por tanto, sobre el tipo de desarrollo económico que estamos dispuestos a fomentar. La tarea del sociólogo consistiría, en consecuencia, en poner en juego los medios científicos a su alcance para contribuir a aclarar en cada caso estas dos cuestiones previas o fundamentales: *quién quiere* propiamente el desarrollo económico y *cómo se quiere* en realidad, cosas ambas muchas veces confusas.

Una vez asentado y al descubierto lo que quizá se daba meramente por supuesto, la aclaración sociológica dentro del más riguroso procedimiento científico y antes de toda crítica desde posiciones de valor, exigiría, como es bien sabido, el examen de la coherencia interna de las distintas pretensiones o propuestas, así como el análisis del cuadro total de sus consecuencias tanto inmediatas como secundarias. Que nadie se llame a engaño, en una palabra, sobre lo que quiere y como lo quiere. Lograrlo es la tarea privativa, mientras sea posible, de la ciencia frente al equívoco de la ideología y la mendacidad de la demagogia y la propaganda. Las investigaciones empíricas que requeriría este punto son, entre otras, las siguientes:

- 1) Estudios sobre el estado de la opinión pública;
- 2) Estudios sobre la composición y posición de las denominadas élites o grupos dirigentes;
- 3) Estudios sobre la posición de los partidos y acerca del contenido de las ideologías políticas;
- 4) Estudios, por último, sobre la situación de los intelectuales tanto social como espiritualmente. La importancia de este tema se ha ido afirmando día a día en la experiencia mundial de estos últimos años y poco es lo que sabemos que valga la pena acerca de cómo se ofrece en nuestros países. La liebre levantada por Shumpeter sigue corriendo como apetitosa pieza de caza intelectual.

14. Cualquiera que sea frente al desarrollo económico la naturaleza del *querer* antes examinado, su realización depende en definitiva de una decisión política. Se plantean así nuevas cuestiones muy distintas de las aludidas en otros lugares y que exigen por tanto métodos en buena parte diferentes. Pues, lo que importa es la decisión en sí y las condiciones respectivas

de su formación y realización. Yendo ya al paso de carrera que la premura del tiempo impone, sólo cabe recordar que la viabilidad de esa decisión depende: 1) de la corrección objetiva en el análisis de una situación concreta, claramente determinable; y 2) de que las medidas políticas en juego estén en armonía con los objetivos económicos perseguidos.¹⁷

De esta suerte, dejando intacta la cuestión nada sencilla de las relaciones entre la intelectualidad científica y los centros de poder o mejor dicho —lo que quizá parezca excesivo— fingiéndola como resuelta podría sostenerse que un nuevo campo de tareas prácticas se abre aquí a la cooperación del sociólogo en los problemas del desarrollo. Tareas que aún en el caso de que no se le acepte como consejero, siguen perteneciendo al ámbito propio de su curiosidad intelectual y de sus preocupaciones humanas.

15. Llegados al término de estas consideraciones sobre el papel del sociólogo en las actividades del desarrollo económico, una última cuestión es la siguiente: ¿cuál es el método que corresponde a la presencia en él del elemento de libertad junto y entrelazado con los de necesidad y regularidad? Ya ha sido sugerido antes, sin presentarlo como tal, en la frase análisis de situación. Porque la libertad de que se trata, como toda libertad, no es en manera alguna absoluta e incondicional. Y en este caso no sólo tiene frente a sí una tendencia real que le oprime y desafía, sino una que se ofrece para cada país dentro de una configuración muy precisa de circunstancias históricas tanto externas como internas. Lo que se pueda realizar —el tipo de sociedad industrial a que aspiramos— está condicionado estrechamente por esas circunstancias y a ellas hay que atenerse. Examinarlas en todo su rigor es la tarea del sociólogo y el método apropiado al denominado análisis de constelaciones históricas (A. Weber). Las cuales comprenden hoy para las sociedades contemporáneas —cualquiera que sea su tamaño e importancia— el horizonte todo de nuestro globo. No es otro el análisis que postula Lasswell como una de las exigencias de las *Policy Sciences* en una democracia, y que frente a la opacidad del futuro se esfuerza por captar las posibilidades ocultas

¹⁷ Este grave problema práctico se plantea teóricamente como el de las relaciones entre racionalidad económica y racionalidad política (Levy).

en él gracias a la construcción rigurosa de "modelos de desarrollo" (development Constructs).¹⁸

Mas no se olvide que este análisis, sea uno y otra forma teórica, complica siempre de modo inexorable una última posición de valor. O si se quiere, una preocupación por lo que va a ser del hombre en la futura estructura social, y no el inasible de la humanidad abstracta, sino el que convive con nosotros aquí y ahora compartiendo el embate de idéntico destino.

¹⁸ D. LERNER y H. D. LASSWELL (edit.), *The Policy Sciences*, 1951.

LA FILOSOFÍA Y EL MÉTODO

Por Miguel BUENO

- I -

EL examen analógico de la filosofía permite entenderla a partir de sus conceptos fundamentales. Como estructura posee materia y forma, contenido y método; la materia está determinada por el problema, y la forma, por el modo de resolverla; una y otra varían en cada sistema, pero tanto la forma como la materia son elementos permanentes del filosofar. Ahora bien, la esencia de los sistemas filosóficos depende de su método y sus problemas, con el carácter distintivo que otorga la singularidad en el origen y desenvolvimiento de sus tesis, en el influjo que tiene sobre la corriente que le corresponde.

Nos referiremos de un modo genérico al método del filosofar, indicando la modalidad que figura en sus principales direcciones. Con ello se dará un importante conjunto de conceptos que se requieren para comprender la esencia de la filosofía.

Partiremos de la referida distinción entre materia y forma; aquélla —decíamos— está dada por el problema y ésta por el método. El problema, como materia de elaboración, debe ser resuelto. Ahora bien, ¿cómo se ha de resolver un problema? Por medio de un desarrollo mental o, en otros términos, por medio del espíritu. Meditando en este significado se concluirá que todo pensamiento debe tener una realidad espiritual.

Esa cuestión nos lleva a un tema singular: ¿Qué es el espíritu? Nadie ha podido responderlo con exactitud, pero en principio puede afirmarse que el espíritu es la conciencia, la unidad orgánica de las funciones que actúan en la vida.

Ya en la antigüedad preocupó a Platón este motivo; consideraba al alma con tres facultades: *pensamiento*, *sentimiento* y *voluntad* y todavía hoy se les reconoce como la triada clásica de la psicología. Ahora bien, si el espíritu tiene dichas funciones

y el método del filosofar se constituye en la conciencia, la cuestión de cuáles sean las formas del método se puede resolver partiendo de cuáles sean las formas del espíritu. Ello equivale a decir que hay una forma metódica por cada función espiritual. Así, el método dependerá, respectivamente, del pensamiento, del sentimiento y de la voluntad. Examinemos brevemente la implicación de estas funciones.

Sabemos que existe el pensar, el sentir, y el querer, puesto que pensamos, sentimos y queremos; tal es el principio del método introspectivo. Ello no obstante, en un momento dado es probable que no pudiéramos definir en qué consiste su objetividad. Conviene, pues, preguntar: ¿Qué es el pensamiento? ¿Qué es el sentimiento? ¿Qué es la voluntad?

Pensar es formar conceptos que permitan explicar un objeto, o lo que equivale, abordar un problema por medio de su explicación racional. La finalidad del pensamiento es llegar a la solución de la incógnita aplicando una ley general en cada caso donde se manifiesten fenómenos iguales o análogos. En la ley se fija de antemano el comportamiento del hecho que se ha logrado conocer; la ley estatuye el pensamiento con un valor universal y necesario, lo cual significa que vale siempre y para cualquier objeto del mismo género.

Sentir es la facultad de recibir impresiones del mundo exterior, o también percibir las que en el *ego* se producen. La sensibilidad corre pareja con el tiempo, es decir, deviene y fluye temporalmente en el espíritu; es también una vivencia que reporta el hecho de sentir algo porque se vive (en el caso del pensamiento, al establecer una ley objetiva ésta sigue valiendo aunque se le haya dejado de pensar). Del sentimiento derivan la sensación, la emoción, la intuición, etc.

Querer es, en cierto modo, la combinación de pensamiento y sentimiento, pues desear algo es pensar en ello y sentir el deseo de poseerlo. El deseo promueve una tercera facultad del espíritu, la voluntad, por medio de la cual anhelamos un objeto, un propósito o un ideal, y llegamos a poseerlo. Con ella se planean y realizan los proyectos de la conciencia: para lograrlo es indispensable actuar y traducir en actos el deseo.

Caracterizada la facultad del pensar, sentir y querer, llegamos a una mejor comprensión del método que, según está dicho, es la forma para desarrollar un problema. De manera más amplia, el método es producto del espíritu, o si se quiere,

es el espíritu mismo que se avoca el tratamiento del problema. El método puede producir tres direcciones, según la función espiritual que lo determine. Si es la razón, origina el método discursivo o racionalista; si es el sentimiento, el método intuitivo o intuicionista; si es la voluntad, será el método volitivo o voluntarista. Se emplean otras denominaciones; por ejemplo, el discursivo puede llamarse "intelectualista" o "logicista"; el método del sentimiento se conoce también como "emocional" o "romántico"; el de la voluntad, como "activista", "práctico" o "utilitario". El rubro preferente en cada método es: *discursivo*, *intuitivo* y *volitivo*, respectivamente.

Se tienen otros métodos como fusión o relación de los anteriores. Se les considerarán "métodos mixtos" y algunos son sumamente importantes. El punto de partida para su comprensión está dado por los tres fundamentales que derivan de la función espiritual pura; cualesquiera otros que se produzcan deben comprenderse a partir de los primeros. Detengámonos un poco en ellos, principiando por el método filosófico de la razón.

En el lenguaje cotidiano se dice que alguien pronuncia un *discurso* cuando habla largamente sobre un tema. Por regla general el discurso constituye también una pieza oratoria cuya finalidad es conmover al público que la escucha. Este aspecto representa la parte intuitiva de la peroración; el calor y la vehemencia del orador son la base del poder que tiene la retórica. Pero además de ser elocuente y emotivo, un discurso debe tener fuerza lógica y absoluta congruencia interior; los griegos, en cuyo idioma se encuentra la significación y origen del discurso —*logos*— lo consideraban como un necesario pronunciamiento de opiniones para investigar la verdad. El filósofo discurría pensando y no solamente hablando, pues la charla era un pretexto para incitar al pensamiento. Aún en la actualidad se dice que alguien está "discurriendo" cuando piensa, ya que pensar es buscar la verdad por medio de la razón. Así, pues, el discurso implica una cadena de pensamientos que se formulan racionalmente, y la explicación detallada de su enlace tiene cabida en la apofántica o teoría analítica de la lógica.

Pensar un objeto es definirlo; cada definición realiza la idea lógica del juicio. La formulación de un juicio implica necesariamente otros juicios que se conectan con el primero y cuyo enlace es el razonamiento. De allí que el método discursivo

se defina como el procedimiento racional que organiza al pensamiento. El enlace lógico tiene por finalidad enunciar y demostrar la verdad; la demostración consiste en exponer el por qué de una afirmación determinada, esto es, en dar razón de ella diciendo en qué se apoya. Ahora bien, la filosofía no se limita a predicar y concebir determinados principios, sino que procura demostrarlos y obtener sus deducciones; vincula el principio a la conclusión, dando origen a una larga cadena de pensamientos que otorgan el carácter demostratorio a la ciencia.

El método discursivo involucra la necesidad de plantear objetivamente sus problemas y explicarlos con todo el rigor de la razón. Consiste en buscar el fundamento de una proposición determinada para exponer su base racional, observando en cada caso por qué es correcta y verdadera. Es natural que una exigencia como ésta no pueda ser satisfecha de golpe; requiere una serie prácticamente interminable de predicaciones, un gran conjunto de axiomas, conceptos y juicios, en los que estriba el método discursivo. De aquí se comprende por qué "discurso" significa concatenación sistemática y ordenada de conocimientos. El estudio de la lógica brinda la explicación del discurso y el sentido que tiene como expresión racional de la verdad.

En esta dirección metódica figura como una de sus modalidades el "método dialéctico", que ha sido de enorme aplicabilidad en la filosofía moderna. La dialéctica es la teoría integral de un proceso al que sigue racionalmente en la evolución de sus diferentes etapas. El advenimiento del método dialéctico abrió el horizonte de la filosofía en forma insospechada, otorgándole fuero para investigar los temas complejos y dinámicos que, por su variedad de formulaciones, no se habían podido explicar en el método formal. La dialéctica muestra el verdadero poder de la razón, su utilidad y fecundidad como instrumento primario del filosofar.

El método discursivo apunta a una tarea que nunca llega a concluirse; va de un pensamiento a otro en una marcha sin fin. Empero, otra facultad humana permite relacionar al objeto de manera distinta a como lo hace el pensar; en tanto que éste propende a demostrar la verdad del conocimiento, la intuición (tal es la facultad a que nos referimos) muestra la imagen o representación sensible que determina en nosotros el objeto. De modo general podemos decir que la intuición es la facultad de representar a los objetos. La lógica revela que la evolución

del discurso requiere de todo un mecanismo racional donde intervienen elementos predicativos, como son el concepto, el juicio y el razonamiento, para llegar a la generalización mediante la ley y el axioma racionales. Todo ello ha parecido artificioso a quienes optan por rechazar al método discursivo para sustituirlo por el vehículo directo, de naturaleza sensible, que constituye la *intuición*.

En la vida diaria se llega al "concepto" de un objeto si se le puede explicar y definir. Hay una "intuición" de él cuando el dato objetivo que proviene de las impresiones llega directamente al espíritu, sin necesidad de una aparente razón que lo justifique. La intuición también se define como el contacto directo con el objeto.

Hay varias formas de intuir, o lo que equivale, de sentir y representar. Se han distinguido cinco clases de intuición.

La primera es la *intuición sensible*, dada en la percepción por medio de los sentidos: vista, oído, tacto, etc. Este es el tipo de intuición que se produce a cada momento en la vida cotidiana.

La segunda es la *intuición intelectual*, que ofrece la percepción inmediata de una idea, acompañada por la convicción de que es auténtica, sin necesidad de comprobarla racionalmente. Tal es más o menos la intuición que se origina cuando alguien "intuye" un principio que nadie había descubierto antes.

La tercera es la *intuición emocional*, que se brinda en la reacción inmediata provocada por el objeto, ya sea que esté presente o bien evocado en el recuerdo. Reporta un sentimiento de agrado o desagrado, de simpatía o de repulsión, sentimiento positivo o negativo en el cual se cifra el valor propio de lo intuitivo.

La cuarta es la *intuición volitiva* que, a diferencia de la emocional (meramente pasiva o contemplativa), confiere el deseo de conquistar al objeto; constituye un poderoso resorte de la actividad, un móvil para el anhelo de poseer y la voluntad de vivir, cuyo más directo y natural resultado es el instinto de conservación.

Por último, la *intuición mística* parece quedar reservada a los seres que tienen ferviente devoción a Dios y cuyo deseo de llegar a Él produce, en algunos casos, un sentimiento peculiar que el místico anhela con apasionamiento, y por el cual afirma, inclusive, tener un contacto con el Ser Supremo. Dicha intuición,

tan fuera de la facultad común del hombre, ha originado un gran número de obras que se incluyen en la historia filosófica.

La intuición es de importancia capital; en sus cinco matices se halla ampliamente difundida en la historia. Tiene un papel muy significativo, pues un gran número de doctrinas se apoyan en el valor concedido a la intuición; y como ésta puede reñirse con el factor racional, la encontramos aceptando o rechazando el método discursivo, pero siempre ocupándose de él para destacar su esencia. La intuición figura como método de la filosofía y a partir de ella se han construido muchos sistemas.

El caso en que la voluntad es determinante metódico del filosofar corresponde a doctrinas de carácter práctico y activista, donde la realización de una obra, la ejecución de un acto o simplemente el deseo de entender a la vida como actuación fáctica, constituyen el móvil en la concepción filosófica de la existencia. Doctrinas de tal género se conocen como "voluntarismo", "activismo", "eticismo", "filosofía práctica", etc., y tienen el rasgo general de preferir a la voluntad sobre cualquiera otra función del espíritu. Vale para ellas principalmente la idea de ejecutar un propósito determinado; el voluntarismo concibe a la vida como fruto de la acción, aplicando este concepto tanto a la conciencia moral como al reino de la naturaleza. La corriente metafísica del voluntarismo predica la existencia de una voluntad determinante que impulsa a todos los fenómenos, tanto en la acción causal mecánica como en la manifestación teleológica de lo consciente. El voluntarismo entiende y valora a la existencia por el grado de acción que hay en ella, cifrando en la libertad su más caro anhelo.

- II -

AHORA bien, que exista una variedad metódica en las direcciones de la filosofía puede explicarse por la tendencia del hombre a poner en juego sus facultades, aprovechando por igual a la razón, al sentimiento y a la voluntad; se encuentra en cada una la potencia que ha de ser dirigida sobre un problema específico. Tal parece como si faros de distinta luz iluminaran por modo diverso el panorama del espíritu; como si cada uno fuera a revelar un aspecto del mundo que los otros han ignorado. Y cuando la variedad doctrinaria surge de la rica multiplicidad

de normas metódicas, construye el sentido universal de la existencia, donde está cifrado el motivo clásico y permanente del filosofar, enriquecido cada vez que la problemática se refracta en el prisma del método.

La existencia de varios métodos plantea la cuestión de si cada uno de ellos tiene validez y si la validez será igual para todos; pero el examen de dicha cuestión, a pesar de lo mucho que significa, va más allá del propósito que albergan estas líneas. Por el momento nos limitamos a enunciar el principio de la función metódica, queriendo dar la interpretación del sentido que tiene de acuerdo con su propia función evolutiva. No tratamos de fundar la valoración de cada método, aunque el tema deba ser planteado por todo aquél que intente fijar posición en la filosofía. Para el caso hay que tener en cuenta el factor antropológico que hemos señalado como un determinante del filosofar, reconociendo el influjo de la naturaleza psicológica del sujeto filosofante; de ahí que, por consecuencia, un individuo de carácter racionalista empleará el método racionalista, un sentimental verá en el método intuitivo el mejor camino para filosofar y, de análoga manera, un temperamento activo se decidirá por el método de la voluntad.

Todo esto se halla fuera de las coordenadas en que intentamos desenvolver la tarea. Objetivamente hablando el método representa algo así como un espejo donde se refleja el mundo del filósofo y en el cual su amplia problemática encuentra el motivo inconfundible que da cariz peculiar a cada doctrina. La temática fundamental es prácticamente la misma en todos los sistemas, pero la forma de establecerla varía según el criterio elegido para su tratamiento. Y este criterio representa el momento libérrimo del filosofar, aquel donde el pensador elige la perspectiva que le servirá para dominar el horizonte del espíritu de acuerdo con su inalienable personalidad.

Hay otra variante del método que determina los temas y disciplinas de la filosofía; consiste en la dualidad de "forma" y "función", que corresponde a los principales motivos filosóficos. Un sistema puede, en su caso, originar una disciplina "formal" o "funcional", según el método que emplee.

¿Qué es una función? En lenguaje cotidiano se dice que alguien desempeña una función cuando ejecuta un propósito. El cumplimiento de un empleo es una función que requiere ciertas bases para acometerlo. De un modo general puede sostenerse

que todo en la vida tiene una función, es decir, que toda actividad está sujeta a determinado fin y aprovecha su virtud para destinarla al cumplimiento de un propósito. En el mundo de la naturaleza un efecto es funcional a la causa, se liga íntimamente a ella y no puede variar la causa sin que varíe el efecto. La función puede considerarse como una relación determinante de varios elementos.

Por la dualidad metódica, una teoría es funcional cuando investiga la relación de los factores en el problema, de acuerdo con el planteamiento inicial del mismo. El método funcional tiende a vincular entre sí los datos y la incógnita, verificando el descubrimiento de un principio sintético. Por ejemplo, en un grupo de fenómenos que acontecen simultáneamente hay una influencia mutua en su desarrollo; al variar uno varían los demás. La investigación llevará a determinar una ley que los explique funcionalmente por la relación que existe entre ellos. Cuando se logra el conocimiento de esta relación, se despeja el problema y llegase a la función nómica que vincula a sus términos.

Lo propio sucede con la ciencia natural, la matemática, la historia y todo saber humano. La adquisición de un conocimiento estriba en fundar la relación que unifica a los datos originales del problema, que, sin reunir, constituyen por ello mismo un problema. En la filosofía hay estudios funcionales, como puede ser la determinación de la estructura interna de la materia, la influencia mutua que ejercen entre sí los factores culturales, la evolución de las doctrinas en el curso de la historia, la constitución de los nuevos sistemas, etc. Una teoría funcional involucra el método sintético, que lo es precisamente porque da un nuevo aporte a la investigación.

Si en lugar de preocuparse por obtener nuevos conocimientos se opta por recolectar los ya adquiridos, para archivarlos en clasificaciones y cuadros sinópticos, ordenamientos y esquemas de toda especie, realizará un tipo de trabajo que atiende a la forma del conocimiento y se clasifica por ello mismo, de *formal*; el método formal es analítico y constituye la inversa y complemento del método sintético o funcional. El lado formal de la filosofía no contiene investigaciones propiamente dichas, sino el conjunto de operaciones auxiliares que disponen el material de la investigación; por él se producen los esquemas, clasificaciones, ordenamientos, etc., con los derivados formales y

deductivos que prestan servicio al modo de un armario donde hay cajones y divisiones para acomodar adecuadamente los trabajos ya hechos, de manera que puedan localizarse en un momento dado y reproducir cualquier investigación dada, sin tener que repetirla.

El método formal es una recapitulación de trabajos. Ordena su contenido mediante esquemas y resúmenes que constituyen el recurso formal del pensar; ni unos ni otros aportan datos nuevos, pero sirven para disponer formalmente al conocimiento. En ello radica la utilidad de la filosofía formal; no brinda elementos originales pero ordena, clasifica y archiva los que previamente había dado la reflexión funcional. Las teorías filosóficas contienen los elementos vivos del problema; se les podrá ver con mayor claridad separándolos unos de otros, como sucede precisamente en las operaciones formales.

Ambos métodos se reclaman y se complementan. El funcional tiende a buscar la relación de objetos diversos; el formal pretende agruparlos en lo que tienen de común. Éste quiere llegar deductivamente a una última conclusión que derive de las demás y pueda admitirse partiendo de ellas, así como a un primer principio respecto del cual todo el conocimiento no sea más que una conclusión. El papel que tienen es, en pocas palabras, el siguiente: el método funcional dice cómo es el objeto y el formal dispone las clases de objetos. Así, la lógica funcional explica qué es el juicio y la lógica formal lo clasifica; la ética investiga funcionalmente el sentido dinámico de la virtud y presenta formalmente los diversos tipos de virtudes, etc.

Concluimos que el método filosófico tiene dos sentidos en lo que se refiere a la integración del sistema; el formal o analítico y el funcional o sintético. Cada uno brinda un conocimiento de distinta naturaleza. En el orden lógico está primero y es más importante el método funcional, pues en él se obtiene lo nuevo y progresivo del saber, el *qué* y el *cómo* de la investigación; tan sólo después de él es factible ordenar y clasificar el conocimiento logrado.

El aspecto funcional del método es el establecimiento de nexos correlativos entre los elementos de la reflexión. Una primera ojeada al panorama histórico filosófico revela una muchedumbre de doctrinas que aparentemente se oponen entre sí, o cuando menos difieren al grado que dan la impresión de no poseer dirección unitaria. Frente a la variabilidad y muta-

bilidad de las teorías filosóficas, se clama por una precisión como la distintiva de lo científico. Es opinión generalizada que la filosofía no "demuestra" sus pensamientos y, por ende, que no puede figurar con dignidad junto a la ciencia; el argumento que se esgrime consiste en indicar la variabilidad y contradicción de las teorías filosóficas, con las diferencias que muestran a cada paso. Sin embargo, los filósofos se ponen de acuerdo, aunque afortunadamente no de acuerdo absoluto, lo que significaría el fin y la destrucción del filosofar. Que entre ellos haya polémicas y aun contradicciones, no es precisamente un defecto radical ni exclusivo, sino un resorte impulsor del progreso, lo que puede también comprobarse en la ciencia, cuya exactitud se toma generalmente por absoluta.

El saber tiene varios grados de verdad, desde aquél que ostenta una máxima validez—como son los principios axiomáticos—hasta el meramente probable, como algunas hipótesis elementales de la investigación. De acuerdo con la idea evolutiva del método, se distingue una triple modalidad del conocimiento; puede ser: a) *Apodíctico* o racional puro, cuyo modelo está en la matemática. b) *Asertórico* o contingente, como son las leyes de la ciencia empírica. c) *Problemático* o descriptivo, correspondiendo a la observación preliminar del objeto.

Por otra parte, sus teorías no son indefectiblemente exactas y, además, la ciencia contiene un tipo de verdad en cada rama del conocimiento, de tal suerte que la veracidad filosófica y la científica no coinciden, así como tampoco las de la propia ciencia, cuando son de diversa especie.

El tipo de verdad que corresponde a la filosofía exhibe uno de los aspectos más interesantes del pensar. Se manifiesta en una estructura, es decir, en un conjunto de principios que deben comprenderse integralmente, ya que por separado modifican la auténtica naturaleza que los determina como elementos de un sistema. Este es el carácter funcional de la verdad filosófica.

Sostener que la verdad es funcional y, por consiguiente, que el método también lo es, equivale a predicar que las doctrinas tienen una función determinada y poseen un origen que es necesario interpretar. En el estudio de la filosofía no basta saber lo que alguien dijo: hay que vincular su pensamiento a los factores que le influyeron. Sólo de este modo se comprenderá la trascendencia de una doctrina y el significado perma-

nente que yace bajo el enunciado textual de sus tesis. Entender e interpretar a la filosofía puede llevarse a cabo desde una pluralidad de criterios; cada uno representa la función y relación del pensamiento consigo mismo en el sentido histórico que lo determina. Por ejemplo, Tales de Mileto dijo que el ser es el agua y que la naturaleza consiste en formas de lo húmedo. Con ello expresó una idea que hoy se antoja evidentemente falsa, pues no todo es agua ni se reduce a humedad. En su época no era fácil rebatir esta opinión, aunque tampoco lo era comprobarla. Durante cierto tiempo la filosofía consistió en una serie de "teorías" análogas, que postulaban al aire, la tierra, el fuego, etc., como elementos radicales del ser, y si no se les juzga en relación a la historia se concluirá que todas ellas fueron un continuo perder el tiempo.

Sin embargo, el trasfondo cultural orilló a plantear la cuestión filosófica desde el ángulo que lo hicieron los griegos; por esto sabemos que la opinión de Tales, igual que muchas otras, tienen un determinado mérito, histórico y humano, aunque sean científicamente falsas. Su valor consistió en servir de antecedente para la investigación ulterior. De análoga manera se deben comprender, por ejemplo, los casos de Pitágoras y Demócrito, para quienes la realidad consistía en el número y el átomo, respectivamente. Hablando en rigor, frente a la ciencia actual dichas teorías, tal como fueron formuladas, contienen parecido error al de Tales, pero nadie negará que tanto Pitágoras como Demócrito inspiraron ideas de gran solidez que tienen por base los conceptos de número y átomo, que ellos idearon en el filosofar.

En la actualidad sigue discutiéndose intensamente y formulándose ideas cuya comprobación puede ser dudosa. En cada una encontraremos, sin embargo, algo que da al pensamiento un contenido de inspiración y guía para otras disciplinas. En el mundo del filosofar hay un amplio margen de aventura e incertidumbre, pero esto lo encontramos también en el campo científico, ya que a nadie se oculta la multitud de experimentos frustrados e hipótesis falsas que registra la historia de la ciencia, a pesar de lo cual, o tal vez precisamente por ello, ha logrado concluir en su verdad, inclusive en aquella verdad "exacta" que nos convence del "rigor" científico. También hay una forma de "experimentación" filosófica en el libre concurso de las doctrinas, que apuntan a su ulterior comprobación. Este

concurso propende a explicarlas desde su origen; su génesis obedece a un problema real, y su evolución, a un método funcional. No es, pues, un proceso arbitrario.

Aun en la libertad del pensamiento que consiste en formular hipótesis de manera irrestricta, la filosofía exige su verificación en el problema a que se refieren. Dicha verificación tiene dos sentidos, el histórico y el teórico; en ellos fúndase como ciencia. Veamos cuál es su significado.

El tema o el problema, así como el método y el sistema filosóficos, se dan en la historia, donde una serie de factores determinan circunstancialmente su producción con independencia del motivo teórico original. Esto vale para cualquier doctrina, puesto que toda la cultura es histórica. Hablar de lo histórico significa, en el caso de las ideas, lo precedido en ellas. Por ejemplo, durante la Edad Media se tomaron como verdades una serie de creencias que obedecían al espíritu del tiempo y lo propio ha sucedido en cada época con la política, la ética, las costumbres, la religión, la ciencia, el arte, la filosofía y cualquiera de los aspectos que configuran la historia cultural; cedieron ulteriormente el paso a las nuevas expresiones del tiempo, si bien que mantienen la continuidad de sus diferentes períodos, puesto que todos ellos se influyen mutuamente. Este influjo es lo que determina la historicidad de la cultura, el aspecto transitorio y fugaz correspondiente sólo a la época que representa. Por lo contrario, el aspecto teórico del pensamiento científico y filosófico va más allá del marco temporal que le corresponde, revelando la tendencia a adquirir un valor que se prolonga vivo en la posteridad.

La filosofía tiene como fin definir sus propios conceptos y exhibe en ello una pretensión teórica. Propugna por resolver sus problemas fuera de la contingencia y obtener una verdad universal y necesaria. De ahí que la teoría pretenda erigir objetivamente al pensamiento, trascendiendo el plano circunstancial que lo delimita en la historicidad fáctica.

Lo teórico y lo histórico son términos complementarios y, en cierta forma, opuestos. Un pensamiento se hace histórico cuando su validez queda reducida al momento en que se produjo, rodeada por las circunstancias que lo justifican concretamente en el tiempo. Un pensamiento se hace teórico cuando supera el marco temporal en que se origina para verificarse en cada ocasión donde se repitan las mismas circunstancias del

problema. Un sistema es formulado por determinado pensador en una época. Diversos componentes personales (creencias; temperamento, agudeza intelectual, costumbres, tradiciones, prejuicios, etc.) pueden ser determinativos en los puntos del sistema, que se integra con elementos perecederos. Otro tipo de pensamientos, en cambio, se verificarán siempre y llegarán a admitirse como una verdad lógicamente fundada. Se dice entonces que el conocimiento ha logrado el rango teórico.

La filosofía se da bajo la influencia del factor histórico, entendiendo en él a los conceptos transitorios de la época, pero no se conforma con ser una expresión del tiempo, anhelando convertirse en teoría capaz de sostener una verdad en cualquier instante y frente a cualquier crítica; en ello estriba su ambición teórica. Ahora bien, para comprender el significado de la filosofía hay que tener en cuenta su historicidad, considerando que una doctrina es formulada al amparo del factor temporal, junto a la teoreticidad que propende a la obtención de verdades definitivas. A la luz de este criterio se estimará su auténtico valor.

Concluyendo. Para apreciar el valor de un sistema filosófico hay que establecer, por un lado, lo histórico en su realidad transitoria, y por el otro, su pretensión de validez teórica. Como en la totalidad de la producción filosófica se ve el doble concepto de teoría e historia, su vinculación funcional es de primera importancia, no sólo por el concepto mismo, sino por otros que derivan de él. La teoría se edifica como principio que sirve de base para conclusiones sistemáticas, y como doctrina objetiva tiene mayor valor en la amplitud del desarrollo a partir de este principio. La construcción del pensamiento en torno a una idea general da lugar al sistema; de ahí que la filosofía adquiera valor en la profundidad que logra sobre la dirección sistemática del trabajo.

Tal es el motivo de que en la estructura filosófica haya dos aspectos que deben considerarse y a los que nos hemos referido: el *histórico*, donde actúan las circunstancias de la época, y el *teórico*, que expone las tesis permanentes del filosofar, con la interna adecuación y conformidad lógica respecto al pensamiento mismo.

Presencia del Pasado

SUMAS PARA LA HISTORIA DEL CUSCO¹

Por José Uriel GARCÍA

- I -

EL JARDIN DE LOS INCAS

GARCILASO de la Vega en sus *Comentarios Reales*, denomina de "Jardín de los Incas" a la región geográfica que en la época del dominio español se la conocía por "El Valle de Yucay" y que hoy corresponde, en su mayor parte, a la actual provincia de Urubamba, en la entraña del Cusco. El autor de los *Comentarios* dice al respecto: "Aquel Valle se aventaja en excelencias a todas las que hay en el Perú, por lo cual todos los reyes Incas, desde el primero hasta el último, o tuvieron por jardín y lugar de deleites y recreación. Está a cuatro leguas de la ciudad (el Cusco). El sitio es amenísimo, de aires frescos y suaves, de lindas aguas, de perpetua templanza, de tiempo sin frío ni calor" (*Comentarios Reales*, Libro V, Cap. XVII).

Otro cronista, anterior a Garcilaso, y uno de los primeros y más autorizados del siglo XVI, Cieza de León, decía ya: "A cuatro leguas del Cusco está un valle llamado Yucay, muy hermoso, metido entre el alto de las sierras, de tal manera que con el abrigo que le hace es de temple suave y alegre" (*Crónica General del Perú*).

Sin ir tan lejos, agreguemos todavía lo que dice sobre el Valle de Yucay, entre otros muchos estudiosos extranjeros que visitaron el Cusco en el siglo XIX, el investigador incanista Clemente R. Markham, que con cierta unción mística le denomina "El Valle Sagrado de los Incas" y no obstante la consabida "flema inglesa", que hay que suponerle como a marino británico de cepa, exclama con efusión al contemplar este panorama

¹ En las dos próximas entregas continuaremos publicando este interesante estudio.

ma: "En vano se buscaría en todo el orbe un paraje de tan encantadora belleza, de hermosura sin par como a esta parte regada por el Vilcanota" (*Los Incas del Perú*). Y, por último, el arqueólogo yanqui Squier añade aún: "Paisaje de insuperable belleza y grandiosidad" (*Perú*, London, 1877).

Realmente, aquellas tierras bajas, regadas por el caudaloso Vilcanota o *Huillcamayo*, en el lenguaje quechua,² uno de los afluentes lejanos del Amazonas, tiene una naturaleza de "jardín", donde se armonizan espléndidamente el agua, la hierba, el árbol, los tres elementos indispensables para todo paisaje bello y "alegre", bajo la luz radiante de sus cielos invernales, despejados y llenos de sol, o recibiendo el beneficio de las lluvias copiosas de la época del estío, con las que sus tierras férciles se reaniman y renacen con más vigor. Las "lindas aguas", que dice aquel gran cusqueño, dócil como tal a la emoción de su paisaje, bajan de los nevados circundantes, que están a la vista, contrastando con el ambiente cálido del valle, y con sus torrentes y caídas riegan los sembrados. Las lindas aguas son también los numerosos manantiales que surgen de las entrañas de los montes, recorren alborozadas por las praderas, penetran a los huertos o se vierten desde los surtidores de plazas y de patios. La abundancia de aguas proporciona una irrigación espléndida a todo el valle, por medio de canales enlosados todavía por los remotos campesinos. La hierba abundante, sin la exuberancia avasalladora del trópico, anima el habitat vegetal de la campiña, desde el césped, de verdores inmarcesibles y de variadas tonalidades, los yuyos alimenticios y otras plantas medicinales de la farmacopea aborigen, las flores silvestres y montunas, ornamentos de tapias hasta los arbustos y opuncias que deslindan las chacras. Los árboles, como el quishuar, el chachacoma y otras especies, pero entre todos, el más gallardo y vigoroso, el *Pisonay*, de copa ancha y erguida, de flores vivas y fragantes, que bordean los caminos, encuadran las alamedas o presta sombra a los poyales levantados a su alrededor, donde antiguamente los *Apus*, los *Amautas* y demás primados de la comunidad platicaban con el pueblo. En ninguna otra

² Algunos historiadores, como Markham, traducen ese nombre quechua del famoso río por "río sagrado", dándole al prefijo *huilca* un sentido teológico, de que carece la mentalidad del hombre quechua. La traducción más acertada sería "río majestuoso".

región del Cusco ni del Perú, este pisonay yucavino, regado por tan "lindas aguas", es más bello.

Todo lo que conforma su temple suave y dulce, en contraste y complemento, al mismo tiempo, con la atmósfera cusqueña, calificada por los españoles recién establecidos en el Cusco, en el siglo XVI, de clima "desabrido", a pesar de que la distancia que separa a ambas poblaciones, tan íntimamente vinculadas, no es mayor de unos treinta kilómetros (algo más de aquellas "cuatro leguas" calculadas por Cieza y Garcilaso). Por lo cual, el valle de Yucay, más que "jardín de los incas", fue siempre el jardín del Cusco, su más grato complemento, geográfica como históricamente.

Pero la denominación de "jardín" no venía a ser sólo el término preciso para el ecólogo ni la imagen expresiva para el poeta. Yucay no es simplemente un *paisaje* digno del ocio y del descanso de incas. En estos *jardines* hay que encontrar una de las raíces del tránsito de la sociedad antigua, comunal, a la sociedad moderna, de clases, incaica. Porque bajo su cielo "hay aquellos preciosos dones que la naturaleza viva hace al hombre" (George Plékhanov, *Essai Sur Le Développement De La Conception Moniste de L'Histoire*). Preciosos dones que no son otra cosa que las fuerzas productivas, pujantes, variadas, que posee esta privilegiada zona del territorio Quechua o cusqueño, tanto como objetos y medios de trabajo nutridos, como la tierra fértil, la abundancia de aguas de regadío, la caza en sus bosques contiguos, la pesca fluvial y lacustre de primer orden. Una variada y rica producción de plantas alimenticias e industriales, como en pocas regiones de América. En primer término, en las tierras de este valle se consiguió el fruto por excelencia de la agricultura precolombina, tan estrechamente vinculada con la historia de estos pueblos, el maíz de tipo llamado "inca", especialmente el blanco y el amarillo, de mazorcas y granos gigantes, de sabor dulce, tanto en lo tierno como en lo maduro, el maíz que no se produce igual en ninguna otra región del Perú. Luego, otros productos alimenticios que se cultivan en estas campiñas eran la yuca, el camote, la calabaza, la lucma, el ají, tanto el común como el famoso *rocoto*, de colores encendidos, de piel tersa, que hasta hoy es un potaje fuerte y estimulante en la alimentación popular. En las salinas de Maras, parte integrante del Valle, se beneficia hasta ahora la sal más fina, elemento nutritivo que junto con

el ají y el algodón, servían a veces de medios equivalentes para el trueque. En las tierras de Urubamba, había campos de algodinales, cuyas fibras se utilizaban para el hilado y el tejido, desde luego en menor proporción que con la lana de los auquénidos. Bajo la acción estimulante de las lluvias copiosas del estío, surgían por ciertas zonas de estos campos tupidos carrizales (gramíneas), de tallos altos y fuertes, que se utilizaban para el alzado de las viviendas campesinas, en lugar del adobe o de la piedra. En las tierras algo más bajas de este rico Valle de Yuçay, se cultivaba asimismo la coca, planta medicinal y estimulante, que en la época de los Incas no se consumía como tóxico ni en abundancia, sino como medio terapéutico para ciertas enfermedades estomacales o como singular regalo de sobremesa, de parte de incas y demás poderosos, o para ciertas prácticas de hechiceros y "adivinos". Para cubrir las techumbres de las construcciones, aun de los grandes monumentos de piedra labrada, se cuidaba de un vegetal lacustre conocido por *totorá*, que crece en las orillas de numerosas lagunas que abundan entre las cumbres y planicies andinas que rodean al Valle; esas aneas o espadañas, también como la mayor parte de aquellos medios de producción, pertenecían a la propiedad incaica. Entre los animales destinados para la alimentación, se podrían señalar a las perdices, abundantes entre los matorrales de las chacras incaicas, gallináceas que asimismo eran destinadas solamente para la caza del inca, la que se realizaba por medio de trampas o boleadoras. Anades o patos lacustres y fluviales, que eran bienes de consumo de propiedad del inca. En las zonas donde la vegetación era más tupida, entre los montes andinos, había caza que podría llamarse mayor, de gacelas, venados, corzos, prohibida para el común del pueblo. Garcilaso añade: "Lo medio de la sierra es de bravísimas montañas; la falda de ella es de ricos y abundantes pastos, llenos de venados, corzos, gansos, huanacos, vicuñas, perdices y otras muchas aves" (*Comentarios Reales*).

Todavía podríamos añadir, como elementos integrantes de primer orden de aquellos "preciosos dones" o fuerzas productivas, que acrecientan hoy mismo los valores agrícolas de aquel valle, su especial contextura geográfica, tanto como las obras hechas por la mano del hombre para mejorar a la naturaleza. En toda la extensión del Valle, en una superficie de más o menos 50 kilómetros, a lo largo del Huillcamayo, des-

de Písac, en el extremo sur, hasta Machu-Pic-chu, en el norte —marcados ambos extremos agrícolas por los espigones o solsticios de los *intibuatanas* o relojes de sol desde donde se orientaban los trabajos de la siembra y de la cosecha del maíz— se suceden en cadena numerosas campiñas, a las que los escribientes hispanos del siglo xvi llamaban también "anconadas", campiñas oprimidas entre los repliegues andinos, fragosos y elevados macizos que a cada una les ciñen en cortina, dejando libre sólo el flanco que da al río para su fácil acceso. Es cierto que esa fragosidad andina, tan estrechada aquí, no era obstáculo para el *púric* o peatón incaico ni para la bestia de carga, la fiel llama. Estas campiñas que son la gloria agrícola del Cusco y que hoy forman parte de haciendas y demás propiedades de terratenientes, se llaman Coya, Lamay, Calca, Urquillos (que en el incanato se llamaba *Urcospampa*), Huaillapampa, Yucaypampa, Urupampa, Ollantaitambo. En la administración republicana, cada campiña de las nombradas, en lo que no pertenece a la propiedad privada, ha pasado a formar parte de un distrito. Añadiremos aún que al fondo de cada campiña de aquéllas, había, entre los dominios de los incas, ciertos lugares en que los "preciosos dones" se acrecentaban por ciertos elementos acentuados por la misma naturaleza, constituyendo su posesión un privilegio codiciable.

Estas campiñas que también podrían ser comparadas con jardines o con huertas —aunque de mayor extensión superficial para ser llamadas estrictamente de tales—, por lo ceñidas y encercadas por los macizos andinos, como queda dicho, son en realidad las raíces geográficas del advenimiento de las comunidades, "ayllus" o clanes, que fueron a su vez las células sociales del incanato. En los orígenes remotos, cuando las fuerzas productivas eran todavía débiles, porque lo eran a su vez los medios y los instrumentos de trabajo, los pueblos que los habitaron como sus primeros ocupantes, se vieron en la necesidad de juntarse solidariamente, de aunar el trabajo mediante la cooperación y el sistema de ayuda mutua (que subsiste hasta ahora entre los campesinos aborígenes). La tierra, por ello, era comunal, de posesión y usufructo colectivos. En la entraña de estas campiñas se implantó la agricultura de la huerta, diríase de almáciga, por sus excelentes condiciones ecológicas, que servía de modelo a las otras regiones de las serranías quechuas o cusqueñas, donde también se cultivaba el maíz como

cereal básico. Bien pudiera decirse que en Yucay la agricultura fue antes horticultura, que después se trocó en agricultura propiamente dicha, cuando de las "huertas" de Yucay salían las mejores especies del maíz para trocarse en seguida en el cultivo del campo abierto y más extenso. Aquí viene a cuento lo que dice Luis E. Morgan, respecto a los indígenas de Norteamérica: "La horticultura precedió a la labranza de los campos, así como la huerta (hortos) precedió al campo (ager); y si éste implica lindes, aquélla significa directamente espacio cercado; siendo el orden natural, primero, labranza de pedazos abiertos de la tierra de aluvión; segundo, de espacios cercados, huertas; y, tercero, del campo, por medio de un arado" (*La Sociedad Primitiva*, ed. en castellano, La Plata, 1935).

Pero a medida que las fuerzas productivas se acrecentaban por la misma ayuda en común, dicho trabajo colectivo era impelido a la postre a diversificarse e individualizarse, hasta cierto punto, y en consecuencia a implantar ese mismo proceso para la tierra, fraccionándola, hasta llevarla a la propiedad particular, individual. La naturaleza de Yucay ejemplarmente desgarrada, eslabonada en su estructura orográfica o territorial, se prestaba para ello. Pues al fondo de cada campiña aún había ciertos lugares en que los "preciosos dones" se acumulaban en forma excepcional, constituyendo su posesión un privilegio de hecho, brindándose para la apropiación familiar e individual. Agua más abundante y propia del lugar; bosque de árboles más tupido y selecto; chacras alledañas de mayor rendimiento. Eran las características de esos lugares edénicos de los que se apropiaron los incas, andando el tiempo. Se llamaban "Moyas del Inca"³; sotos donde la naturaleza, con su esmero, le brinda al hombre el descanso y el goce, tanto como le inducen al trabajo individual y a la codicia de los que tienen poder.⁴

Más adelante, cuando las fuerzas productivas se desenvolvían con mayor celeridad y vigor, entre otras causas, merced al mejoramiento de los instrumentos de producción —como el *champi*, el gran bronce andino, que reemplazó a las anticuadas herramientas de madera o de piedra—, la horticultura se transformó, como queda dicho, en agricultura cada vez más gene-

³ En el *Lexicón* del P. Fr. Domingo de Santo Tomás, la palabra quechua *Moya* equivale a "coto vedado".

⁴ Véase "Quelques Remarques sur L'Evolution des Sociétés", par Pavel Dan, en *La Pensée*, París, N° 70, año 1956.

realizada y mejor tectificada. Y mucho más cuando la gran agricultura requirió nuevamente del cultivo especializado, en este caso, de una nueva técnica de jardinería o de horticultura, trasladándose entonces hacia la terraza andina, llamada en castellano, andén, y *lucre*, en quechua (Huamán Poma). Los andenes construidos sobre las faldas de los Andes, como aquellos famosos que se ven en Yucay, Písac, Ollantaitambo y tantos otros campos entre el Vilcanota y el Apurímac, significaron un avance mayor de las fuerzas productivas, el perfeccionamiento de la "jardinería" con respecto a la superación de las distintas especies del maíz, especies que sobre las terrazas o andenes se podían cultivar a escala del microclima de la altura respectiva. Todas las andenerías antes mencionadas, que son las más notables, ofrecen esa escala, en muchos lugares desde la base de la montaña hasta su cúspide, o lo que puede ser lo mismo, desde el valle cálido hasta el frío de la meseta. En Yucay y Ollantaitambo, más que todo, los andenes son además de una belleza urbanística más que agrícola simplemente, cuidadosamente trabajados con piedras labradas son los peraltes de cada andén. Es la arquitectura campesina que mejora la belleza rústica ofrecida por los Andes. Esas terrazas representan a su vez mejores fuerzas productivas, que aceleraban el cambio de las relaciones de producción, hasta el advenimiento de los Incas, que fueron los que a la postre aprovecharon de aquellas "moyas" y de estos andenes, haciéndolos de su propiedad. Pues el andén, digamos todavía algo más, no era precisa ni exclusivamente para ampliar la tierra agrícola escasa en el llano, como generalmente se dice, sino venía a ser el huerto superviviente para el trabajo intensivo, capaz de trocar el producto de las plantas en fruto más agradable al paladar.

Añadamos a todas estas riquezas ofrecidas por la naturaleza de este Valle, como a otras tantas fuerzas productivas, más poderosas, si cabe, a los pueblos que habitaron en toda esta zona agrícola por excelencia. Comunidades localistas de *Yucayes*, *Laris*, *Tampus*, *Maras*, *Coscos* (cusqueños) y, luego, de *Chinchaysuyus* y *Collasuyus* (pueblos trasplantados); comunidades tribales de gran capacidad para el cultivo del maíz y de las demás plantas alimenticias antes nombradas, que encontraron en este Valle su clima optimal.⁵ Su mejor obra fue, des-

⁵ Los datos geográficos, agrícolas, demográficos y demás, consignados en este estudio del "Jardín de los Incas" están tomados del

de luego, aquel maíz "inca", a que nos hemos referido, y como consecuencia de las relaciones de producción derivadas, en parte, de esa agricultura, el carácter que tomó el Estado incaico, tan vinculado con la propiedad territorial de estos campos.

Se infiere que las fuerzas productivas del Valle de Yucay, dotadas de vitalidad, constituían una base poderosa para el establecimiento de relaciones de producción cada vez más evolucionadas. No obstante, sin la concurrencia de otros factores geográficos, económicos, sociales, complementarios y hasta contradictorios al mismo tiempo, no habrían dado lugar a los grandes cambios en la historia de los quechuas cusqueños, como los que representaron los Incas. Esos factores indispensables se encontraban a la vera del Vilcanota, en la quebrada del Cusco y en la Altiplanicie de Sacsá-Huaman, con sus campos y pueblos correspondientes.

El Cusco, geográfica como económica y socialmente, era un centro catalizador de la producción de aquel privilegiado cañón del Vilcanota, su apoyo y su estímulo, su contradicción y su complemento. Por cierto que las campiñas y tierras del Cusco, que por el flanco Sur, el único abierto y llano, a 37 kilómetros del Vilcanota, no podían igualar a las del Valle de Yucay, en calidades del suelo, en bondad del clima, en su espléndida irrigación y en áreas de cultivo. Mientras la capacidad productiva de las chacras cusqueñas era casi cuatro y media veces menor que la de las del Valle aquél, o sean 1,520 hectáreas de chacras cultivables para el maíz, que tienen los labrantíos cusqueños, contra cerca de 7,000 hectáreas de los maizales donde se da el maíz "inca". Los sembríos del Cusco están a más de tres mil metros sobre el nivel del mar y bajo un clima "desabrido", por lo cual no podía competir con la producción de las márgenes del Vilcanota. Apenas los maizales cusqueños daban un cereal común, de granos pequeños, buenos más que todo para la elaboración de la chicha, la bebida popular del pueblo aborígen, como el vino para los pueblos occidentales; la bebida de los trabajadores.

documento manuscrito, original e inédito, titulado *Informaciones sobre las tierras, casas y haciendas de los incas*, documento organizado en 1550 por el Ayuntamiento del Cusco y por real orden, bajo el testimonio irrecusable de Benito de la Peña. En estudios sucesivos, seguiremos refiriéndonos a esta importantísima fuente para la historia de los Incas.

El advenimiento de los incas

LA coordinación proporcional de las riquezas naturales, en medios de subsistencia y en medios de trabajo, entre el Valle de Yucay, la Quebrada del Cusco (concentrada paulatinamente en la ciudad) y la Altiplanicie Sacsá-Huaman-Chincheros, dio como resultado, primero, un avance correlativo en las fuerzas productivas, máxime con el descubrimiento del "champi" (resultado de la aleación de varios metales andinos), que sustituyó con más ventaja al azadón de madera o al de piedra paleolítica, que permitió que el regato, antes natural y terroso, fuera canalizado mediante losetas labradas y a veces conducido sobre puentes que salvaban barrancos, para una mejor irrigación de los campos, todo ello en lo que respecta al trabajo agrícola, y, asimismo, permitió reemplazar al cerco de piedras brutas con la piedra tallada a cincel, lo mismo que al barro, al carrizo o a la espadaña lacustre, en la construcción de las viviendas y en el mejoramiento de las terrazas, fuera de otros cambios de igual trascendencia; en segundo lugar, precipitó la transformación de la estructura social o sea de las relaciones de producción consiguientes de todos los pueblos diseminados entre las márgenes del Apurímac y del Vilcanota o constreñidos entre las faldas y las inmediaciones de los grandes ápices como el Salcantay, Ausangati, Quimsa-Chata, Ancocahua, etc., todos ellos "Apus" del génesis andino, pero que en realidad no eran sino medios de producción, aprovechables por el hombre. Hasta ese momento imperaba el sistema de la comunidad anterior a la sociedad de clases, etapa que prefiere llamarla así, en vez de "primitiva", el etnógrafo francés Rodinson (*LA PENSÉE. Colloque sur le livre de Friedrich Engels: L'Origine de la famille. de la propriété privée et de l'Etat*, nº 66, París, 1956).

Las nuevas fuerzas productivas, en contradicción cada vez mayor con las antiguas formas de producción de los "Ayllus", llámense por otro nombre clanes o tribus, de estructura familiar gentilicia, en nexo íntimo con las pequeñas áreas de tierras, sean de altura o sean de "campiña", que más podrían llamarse huertos, tierras que las cultivaban en común, las poseían en absoluto, como propiedad colectiva, de dominio todavía abstracto, por tanto, de una producción limitada, sin excedentes, fuera de la necesaria para el sustento doméstico e interno y de distribución sobre la base de la igualdad, sin reconocer jerar-

quías, en fin. Esas contradicciones dieron lugar, al cabo de luchas y de movimientos de pueblos, al aglutinamiento por medio de confederaciones entre grupos afines, del mismo idioma, de las mismas creencias cosmogónicas, derivadas de la naturaleza del trabajo, y del mismo grado de evolución, que la etnología científica llama "homotaxia".

De todas maneras, ese impulso de las fuerzas productivas tuvo la virtud de promover inusitados movimientos de pueblos, especialmente de aquéllos cuyo centro de gravedad era el Cusco. A esa etapa agitada, en busca de cambios más avanzados, entrevista confusamente por algunos historiadores antiguos y modernos, se la llamó de las "Behetrías".

Las tribus confederadas ahora en unidades más amplias conseguían beneficios, al principio meramente evolutivos, de cantidad, como, por ejemplo, una división del trabajo ya no por sexos ni por edades, sino por tribus, ayllus, familias y acaso, en ciertos casos, por personas, a base de la destreza y de la especialidad, al menos dentro del régimen interno del trabajo. Podían cultivar tierras más extensas, criar rebaños más numerosos, sobre todo desde cuando la llama fue domesticada y empleada como animal de carga, rebaños que podían ser encercados en corrales más seguros. Por el sistema de mayor cooperación, podían hacerse las irrigaciones de las sementeras con más eficiencia, lo mismo que la construcción de caminos.

Ese movimiento de pueblos, por otra parte, impelidos por las fuerzas productivas, fue la causa para el advenimiento del Estado y de la "clase" incaicos, cuando esas fuerzas productivas dieron lugar a cambios revoluticos, de cualidad, en las relaciones de producción. Cuando la dramática agitación popular adquirió violencia, bajo la dirección de jefes guerreros o "pirhuas", en disputa de mejores y más amplias tierras, de fuentes de agua más abundantes, incluso por el dominio de ríos enteros, lucha por las cumbres para trazar por allí los caminos más "cortos". O también por la acción de los hombres de sentido práctico, de los descubridores de mejores medios de producción y de trabajo, adalides llamados "amautas", no precisamente en el sentido de "sabios", sino de técnicos, cuyo conocimiento provenía de la experiencia antes que de la especulación, del dominio de la naturaleza mejor que de su mera contemplación. Aquellos guerreros y estos técnicos permitieron el advenimiento de los Incas, quienes tenían también de guerreros y de amautas.

Todos ellos, pirhuas, amautas, incas, son los "individuos", los "héroes", los "talentos" que constituyen las "causas singulares" del desarrollo histórico, pero factores, no obstante, de último grado, siendo el primero y fundamental en el acontecer histórico, el de las fuerzas productivas (*La Pensée*, nº 79, 1958, "Actualité de Plékhanov", par Jean Gacon). Aquellos capitanes victoriosos y esos "amautas", adoradores del Sol y, por tanto, "más próximos a la verdad de la Vida" (Gorki: "El Sol próxima al hombre a la verdad de la vida", *WN Norteamérica*, Buenos Aires), con algo de hechiceros y no poco de sacerdotes, y esos Incas, "hijos del sol" fusionan su participación en el desarrollo histórico mediante el Estado y la clase dominante a que pertenecen. Engels dice que esta realidad llamada Estado "es un organismo de dominio de una clase sobre la otra, caracterizada por una fuerza pública distinta del conjunto del pueblo" (*La Pensée*, nº 66, *cit.*). El Estado y la clase incaicos son la expresión más desenvuelta del cambio revolucionario en las relaciones de producción de todos estos pueblos, bajo el impulso motriz de la manufactura cusqueña. El Inca es la cristalización de ese acontecimiento; por eso es el "dueño" de medios de producción; el "padre" y "señor" del colonato que aparecía en el campo; el "marido" de ciertas "esposas" en quienes sobrevivía el matriarcado anterior, el cual arrastraba fuerzas y medios productivos; "hijo del Sol", modelo del matrimonio monogámico.

La ley de la concordancia necesaria entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción, en el caso del advenimiento del Estado y de la clase incaicos, tiene como base de estructura la expropiación de las tierras de aquella "comunidad primitiva", en favor de los jefes —que más adelante se llamaron Incas— y en favor del Sol (que en el fondo también eran los jefes); expropiación que al iniciarse, en aquella época de los "guerreros" y de los "técnicos", se hizo en tres fracciones: tierras para el Sol, tierras para el Inca, y tierras para la comunidad. Según Polo de Ondegardo (1571), las tierras del Inca, a la postre, resultaron formando la mayor parte.

En el período de mayor auge del Estado incaico, más o menos, al final del siglo XIII, concretamente, desde Incaroca, aquella concordancia en el desarrollo histórico se acentuaba cada vez más. Ciertos hechos especiales concurren a acrecentarla. Incaroca es el que llevó a cabo la canalización del río

Huatanay, en el Cusco (Cieza de León, p. 138, *ob. cit.*) y por consiguiente, en su época la técnica de la irrigación, en aquél como en otros casos, llegó a su mayor progreso ("La canalización ha sido el secreto del crecimiento de la industria en España y en Sicilia bajo la dominación árabe". Incaroca, junto con su hermano Apo Mayta, todavía en vida de su padre Cápac Yupanqui, según relata Cabello de Balboa, aplastó una sublevación de algunas regiones aledañas del Cusco, rebeldes a someterse al Inca. Y cuando dicho Incaroca sucedió a su padre, continuó con esa política de sojuzgamiento contra aquellos pueblos que se negaban (aunque no lo dice expresamente Balboa) al desmedro de sus tierras y a marchar en el ritmo de las nuevas relaciones sociales, que eso significaba la apropiación cada vez mayor de los medios de producción de parte de los Incas y de toda la clase dominante. Aquel inca logró sojuzgar a los Mascas, tomando prisionero a su jefe Guarihuaca (*Historia del Perú bajo la dominación de Los Incas*, Cabello de Balboa, Lima, 1920, p. 23).

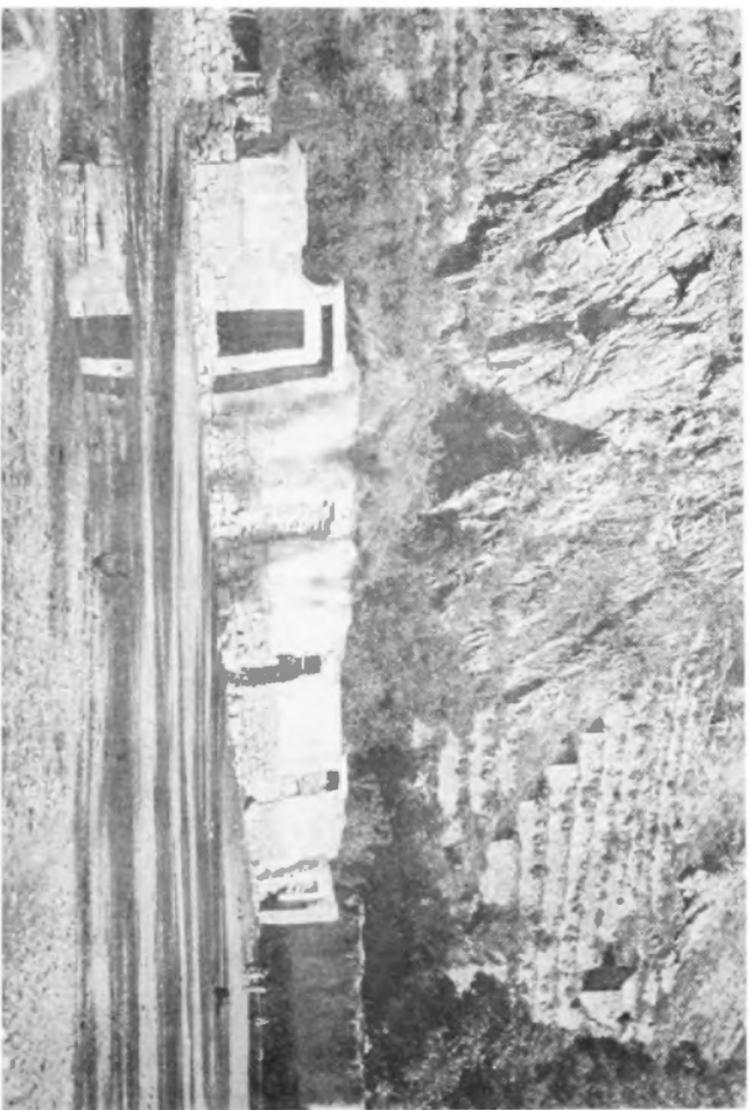
Pero es en la época del sucesor de aquél, Pachacútec, también llamado Inca Yupanqui por Cieza, Betanzos, etc., que va concretándose más la expropiación de tierras en favor de la propiedad particular, tanto de Incas como de grandes jefes, llámense *Sinchis*, *Curacas*, *Apus*. Juan de Betanzos (*Suma y narración de Los Incas*, p. 72, Madrid, 1880), se refiere al reparto de tierras que se hizo en la plaza del Cusco, cuando Inca Yupanqui convocó a todos los poderosos de las comarcas dependientes del Cusco para concederles tierras. "Para que perpetuamente, ellos y sus descendientes las sembrasen y se sustentasen, que le parecía que sería bien que cada uno tuviese sus tierras señaladas y conocidas, para que las sembrasen y aderezasen cada uno dellos con la gente de sus casas y amigos". La "gente de sus casas" eran los "yanaconas", especie de "colonos" en los albores del tránsito de la esclavitud a la feudalidad. Cieza de León, de su parte, afirma que "todos los 'Orejones' tenían sus chacras, que son heredades, en las comarcas del Cusco" (*Señorio de Los Incas*). Damián de la Bandera, en su informe al virrey Toledo, 1571, le participa que unas tierras que visitó, entre Llusco y Quiñota, de la actual provincia de Chumbivilcas, pertenecían a Pachacútec. Según Markham, el mismo Inca tuvo en Chincheros tierras y palacios. Quedan las magníficas murallas de la plaza de aquel pueblo como restos de la residencia



Terrazas y escaleras de emergencia incaicas. Cusco.



Terrazas y escalinatas incaicas. Machupic-chu. Cusco.



Andenerías incas de Ollanti tambo. Valle del Vilcanota. En primer término la gran portada de ingreso. Cusco.

del gran Inca, una copia del palacio de Colcampata. Asimismo, en la zona trasera de ese palacio hay algo así como otro "parque" de recreaciones, semejantes a Suchuna, del Cusco y a Quenco, para recreo del monarca, cada vez que iba a aquella vigorosa población a pasar una temporada y a pescar peces de Piuray o Huaipo, cuyas riquezas naturales también le pertenecían. Las "comunidades" o ayllus de Chincheros, además, tenían la obligación de ir a cultivar sus tierras, cosecharlas, llevar los frutos encostalados a los depósitos del Cusco y a los del mismo Chincheros.

Se ve, pues, que los Incas, especialmente los últimos, iban apoderándose de los medios de producción, poseían muchas tierras a título personal, por más de que en este aspecto "la apropiación privada de ciertos objetos resulte una ventaja para la producción" (Plekhanov, *Essai sur le développement de la conception moniste de l'histoire*, Moscou, 1956, p. 205).

Esas tierras incaicas las denomina de "haciendas" el etnógrafo alemán H. Cunow (H. Cunow, *La Organización social del Imperio de los Incas*, V. 3, Lima, 1933). Y la "hacienda" de los "hijos del Sol" se acrecentaba con la propiedad de los grandes monumentos o viviendas que poseían en el Cusco, con la exclusividad de la pesca, de la caza, de ciertos bienes especiales de consumo, con buena parte de los ganados, etc.

A todo ello hay que añadir, con más precisión, que las mejores tierras del Valle de Yucay pertenecían a los Incas, según una "Información" contenida en un manuscrito original, rarísimo, poco o nada conocido, a la que hemos aludido en páginas anteriores, documento escrito y "diligenciado", como se dice en jerga procesal, en 1551, a sólo 18 años de transcurso de la entrada de los conquistadores al Cusco, bajo la autoridad del notario público Benito de la Peña. Ese documento contiene las actas de la inspección ocular que efectuaron, por orden del Virrey, en las tierras del Valle de Yucay el corregidor del Cusco Mariscal Alonso de Alvarado y el alcalde del Cabildo Juan Julio de Ojeda; todos ellos acompañados, como informantes, de los "Orejones", tanto del Cusco como de las distintas comarcas de aquel Valle. Entre esos orejones del Cusco estuvieron presentes aquellos ya famosos Tito Quispe Hualpa y Upasca Ticsi, los mismos que poquísimos años antes, apenas un año atrás, sirvieron de informantes personales a Pedro de Cieza de León, para su no menos famosa obra *La Crónica del Perú*.

Tales Orejones señalaron minuciosamente las tierras que pertenecían al Sol, a los Incas, a ciertos familiares o personajes de la corte; establecieron qué cultivos se hacían en tales sembraderas, qué yanaconas tenían la obligación de determinados trabajos; qué "Moyas del Inca" eran lugares de holgorios y fiestas para los gobernantes cusqueños, cuando en ciertas épocas del año y del turno del trabajo, venían a estas espléndidas vegas, seguidos de numeroso séquito, de sus familiares y funcionarios, de comparsas de comediantes, bailarines, cantores, músicos, mujeres, en fin.

Por el momento y sin entrar en mayores consideraciones, nos concretaremos a citar muy brevemente cuáles fueron aquellas tierras sustraídas de la comunidad y trocadas en propiedad particular por los Incas, como se desprende del documento aludido. La visita comenzó por la campiña de Urquillos o Urcospampa, como se llamaba así en aquella época, campiña encerrada entre altas montañas, de clima excelente y de tierras fértiles, donde el maíz se produce tan superior como en Yucay. Señalaron las "haciendas" (que hoy mismo subsisten, con los mismos nombres) de *Uychu*, *Urpihuata*, con su pequeña foresta o "moya del Inca", llamada *Choquelabuatico*, *Challabusi*, *Huayocari*, etc., propiedades pertenecientes a Topa Inga Yupangue (conservamos la ortografía patronímica empleada en el documento) y de su mujer, *Mama Anahuarque*. El Inca Huaina Cápac era el poseedor de las mejores y más extensas tierras, entre Urquillos, Huailabamba y Yucay. Principalmente eran suyas las famosas y bellas andenerías que hasta hoy son el "monumento" agrícola que demuestra la superioridad técnica de los campesinos de este Valle. Esos andenes, escalonados, recibían el riego mediante un arroyo desprendido de los nevados altos y próximos, canalizado con piedras labradas y con aquel primor que empleaban en los grandes monumentos; el agua se inyectaba en los sembríos de cada terraza por medio de otros canales especiales. Estos andenes, dicen los informantes, eran cultivados por grupos de yanaconas de los "Yucayes", "Laris", "Coscos", "Huailas", etc., quienes a su vez poseían tierras concedidas por los Incas en ciertos lugares de este Valle en compensación a su trabajo. Cada andén, además, debía de ser atendido en el trabajo por "colonos" venidos de otras provincias y "cada un andén dellos tenía un nombre y que de ciertas provincias venían cada uno a sembrar su andén y conforme a la pro-

vincia que lo sembraba se llamaba el andén". Todos ellos estaban obligados a sembrar las tierras y los andenes, a cosechar las simientes, llevar los frutos a los depósitos del Cuzco o de Chincheros. Al mismo Inca pertenecía la laguna de *Mandorcocha*. Añade el documento: "Más allá, una moya del inga que es un prado donde se juntaba con sus ayllus unos kitimaes quechuas". "En esta moya y prado hay una laguna que dicen Mandorcocha, que se lababa en ella Huaina-Cápac" (se bañaba, quiere decir). Los tambos de *Quispehuanca* (casas construidas en Yucay), eran asimismo del mismo soberano.

Las tierras de "Guayocollo", a más de otras, eran de *Zaba Oollo*, mujer de Huaina-Cápac y madre del inca Huáscar. Este último, antes de ser muerto por orden de su hermano Atanualpa, poseía tierras en Písac, junto con las andenerías que están próximas. "Los hijos de Hualparoca tienen parte en *Acosca*, en la cual hay una casa de Huaina-Cápac, la cual dicha tierra está señalada desde la dicha casa hasta el camino". Las tierras de *Incaibamba* eran de las mamacunas del Inca". Los tambos (caseríos) de *Quispehuanca* eran igualmente del inca conquistador de Quito, lo mismo que la otra "moya" de Chicón. Cerca al pueblecillo de Coto hay unas tierras de Rabao Chilo, otra de las mujeres de aquel gobernante y cerca, las de los yanacunas de dicha Coya.

El Sol, como los Incas, tenía numerosas tierras, administradas y explotadas por sus numerosas "Mamacunas". Asimismo, los yanacunas del Valle, antes señalados, poseían las tierras que el Inca les asignaba para estar a la mano y prestos al trabajo agrícola.

En todas estas chacras, además del maíz se cultivaban para los Incas el algodón, el ají, la yuca, la coca, así como se beneficiaban las "chacras de sal" (en las salinas de Maras), chacras pertenecientes a Huaina-Cápac.

La ley de la concordancia necesaria entre las relaciones de producción y el carácter de las fuerzas productivas, que regía, como no podía ser de otro modo, el desenvolvimiento histórico del pueblo quechua, iba disolviendo la estructura de la sociedad antigua, de la comunidad primitiva, a medida que se acentuaba la expropiación de las tierras, el comercio de trueque, la producción manufacturera, artesanal, la oposición entre la ciudad y el campo, la división de la sociedad en clases y, finalmente, la aparición del Estado, como el órgano propio de la clase in-

caica, la de vanguardia en relación con la comunidad que le dio origen y en cuyo provecho, más que todo, se resolvían aquellas contradicciones. Lo que implicaba a su vez el aflojamiento de los llamados ayllus gentilicios, su disgregación, unas veces, acelerada, otras, paulatina, retardada. La conquista española del siglo XVI detuvo ese desenvolvimiento consecuente de la historia del pueblo aborígen.

Si las formas de propiedad de los medios de producción son el elemento determinante de las relaciones de producción, en virtud de aquella concordancia, la clase incaica aceleraba la concreción más clara y precisa de la clase sojuzgada bajo el sistema de la explotación o sea la de los llamados "yanaconas" y "mitayos". Yanaconas que representaban diversos matices de sojuzgamiento y de producción, ya como domésticos o fámulos, de tipo individual, en la casa del Inca y en las de los poderosos; ya de tipo colectivo, como aquellos pueblos de los Lucanas, obligados al servicio de cargadores de las andas del Inca, de la Coya, de los demás poderosos, pues según uno de los Cronistas, esos hombres tenían "el paso suave y la pisada firme" o como los Chumbivilcas que debían de enviar a conjuntos de sus músicos para esas ceremonias procesionales que representaban los viajes de la Corte. Los mitayos constituían otro aspecto de la clase sojuzgada, como veremos luego.

Al respecto, refiere Cabello de Balboa (*Historia del Perú bajo la dominación de los Incas*, p. 70 y ss., ed. Lima, MCMXX) que fueron llamados *yanaconas* a los pobladores de *Yanamarca* o *Yanayacu*, los que fueron tomados en "esclavitud" por "Topa-Cápac", hermano de "Topa-Inga", y despojados de sus tierras, ambos hechos autorizados por el rey. Pero como Topa-Cápac, más ambicioso, quiso sublevarse con los mismos hombres "esclavizados" (en forma algo semejante a Spartacus) por tener nuevos esclavos, quiso sublevarse contra su propio hermano reinante. Pero descubierta a tiempo la conspiración, Topa-Cápac fue ejecutado y sus secuaces, debiendo merecer la misma suerte que su jefe, como quería Topa-Inga, fueron perdonados, merced a la intervención, más que de orden sentimental, por razones políticas, de la Coya, mujer del Inca. Sin embargo, a los amnistiados se les dio destinos serviles. A unos se les señaló el servicio de "palacio" y de la casa de los "caciques", los poderosos vasallos del Inca, Sinchis, Curacas, Apus, antiguos jefes de las comunidades y de poderosas tribus; en este caso, iban a

engrosar el famulato doméstico, la producción familiar, como larvas de esclavos, algo así como fueron los "fámulos" en la historia antigua de la Europa Oriental. Otros yanacunas estaban condenados a servir en las "huacas" (lugares sagrados, donde había trabajo); a cuidar de los rebaños, como pastores, a cultivar los campos del Inca, asimismo como si fueran "colonos" o larvas de siervos, en aquella etapa del tránsito de la sociedad esclavista a la feudal, de la Europa Occidental. En cierto modo, representaban la etapa todavía indecisa de los modos de producción esclavista y de los modos de producción servil. Pero es lo cierto que el yanacuna, sea como "fámulo", sea como "colono" recibía tierras compensadoras de su fuerza trabajo, especialmente cuando le correspondía el carácter de "colono", obligado a cultivar las tierras de los Incas y de los demás poderosos. Aun en el trabajo doméstico, sus familiares recibían tierras de qué sustentarse. La comunidad retrasada le sustentaba en esa etapa de transición, mientras que el régimen incaico le urgía a someterse a los nuevos modos de producción. La conquista española no permitió la solución más precisa de esta etapa transitoria, porque tampoco las fuerzas productivas podían conseguir mayores avances.

Los mitayos eran otros excedentes de las tierras despojadas que tenían la obligación de realizar trabajos forzados, especialmente en la extracción de metales, como el cobre, el estaño, el oro, la plata y hasta el hierro, que lo conocían pues se le nombraba *quilla* (la Luna), aunque no llegaron todavía a alcanzar su beneficio técnico. Más que todo, extraían el oro y la plata para satisfacer la cada vez mayor producción de objetos de "lujo" y de acrecentar la "riqueza" del Sol y del Inca, con esos metales trocados en objetos de arte. Vajillas, estatuas de los Incas y de las Coyas difuntos, repujadas planchas, con incrustaciones de piedras preciosas, para el ornamento de las estancias de dioses y jefes; exvotos para los símbolos de las fuerzas productivas, como *Mama-Pacha*, *Mama-Cocha* (Tierra, Agua), fuerzas productivas que más beneficiaban a la clase dominante que a la sociedad comunal, cada día más retrasada o petrificada. Había mitayos, a su vez, que debían pagar el tributo con su trabajo personal, especialmente las "mitayas" o mujeres del servicio doméstico.

Resultaría entonces erróneo el llamar "comunismo incaico" al régimen de los Incas, surgido precisamente de la descom-

posición del avance de las fuerzas productivas que dieron lugar a la apropiación de los medios de producción, entre esos medios, el de la propiedad particular de una parte de las tierras; de la aparición de la "clase" y del sistema de la explotación, en una palabra del régimen surgido de las nuevas relaciones de producción, que ya no eran semejantes a las de la comunidad anterior a la sociedad de clases. En ese error han incurrido varios historiadores y sociólogos, como Mariátegui, en sus *7 Ensayos*, el francés Baudin, al considerarlo como "imperio socialista", incluso el historiador inglés Toynbee, que engloba al incanato en la *Civilización de los Andes*, como algo único e indivisible, frente a las otras veintiséis que reconoce, aunque todas ellas como que se han desenvuelto siguiendo "un plan divino", que "han sido sembradas por el mismo sembrador", es decir, considerándola a aquella civilización andina bajo ese concepto místico y teológico. Parecida concepción místico-teológica tiene Haya de la Torre al considerar la historia del Perú como el resultado del "espacio-tiempo" históricos, "muy peruanos" y solamente "peruanos".

La historia del Estado incaico no puede sustraerse del proceso universal en el desenvolvimiento de la producción, la espina dorsal del desarrollo de la historia, de los medios, fuerzas y relaciones de producción, a su vez base fundamental del desarrollo de las sociedades en toda la faz de la tierra. Y por tanto, no puede dejar de estudiarse la historia incaica mediante el método comparativo, el único procedimiento científico para conocer a la humanidad en su desenvolvimiento, aun aceptando el supuesto o la sutileza de la relatividad del acontecer y del ser, por más de que los medios y formas de la producción varían en su *celeridad* o en su *retardo*, de acuerdo con ciertos matices de forma más que de contenido. Pues "las fuerzas productivas y las relaciones de producción forman en todo caso una "unidad de contrarios", "una contradicción cuyo aspecto principal, determinante, está constituido por las fuerzas productivas" (*La Pensée*, n° 70, París, 1956, Paven Dan: "A Propos du Colloque Engels", p. 99). Pero la unidad de contrarios, como dice el último autor citado, significa su interpenetración, su identidad, que en ciertas condiciones y en ciertos momentos, es el influjo determinante de la contradicción, que deviene al final su aspecto secundario, o a la inversa.

El Estado incaico es la transición de la propiedad comunal

de la tierra hacia la privada; de la sociedad "primitiva", igualitaria, hacia la sociedad de clases, que aún no se sabe si ha de ser esclavista o feudal —su solución fue interrumpida por la conquista española. El régimen en que el Estado incaico contradice a la "comunidad" y se vale del sistema de la explotación, mientras que ésta, en cuanto aislada, se mantiene en el de la cooperación. Además, dicho Estado es también la transición, si no ya de la familia "gentilicia" que ya había fenecido, el de la familia "sindiásmica" y patriarcal a la monogámica, pues ya lo hemos dicho repetidas veces, la pareja Inca-Coya era su ejemplar.

Acaso las conquistas incaicas, emprendidas por todo el Perú y aún por la América del Sur, en cuanto las fuerzas productivas avanzaban cada vez más, habría permitido el "salto" de la sociedad comunal, sin clases hacia el régimen feudal, sin pasar por la esclavitud propiamente dicha, no obstante de la aparición de ciertas formas, aunque débiles, de producción al parecer esclavista.

A PROPÓSITO DE LA LITERATURA PERSEGUIDA EN MÉXICO

Por Raúl LEIVA

PUBLICADA por el Colegio de México, apareció, a fines de 1958, la obra del doctor Pablo González Casanova, intitulada: *La literatura perseguida en la crisis de la Colonia*. En este libro —dividido en siete capítulos y un apéndice— se nos narran importantes acontecimientos literarios que tuvieron por escenario obligado el México colonial del siglo XVIII, dominado por la sombra terrible de la Inquisición. La Inquisición, como todos saben, se encargó de mantener una estricta censura sobre el desarrollo de las ideas, empeñándose en ahogar todo pensamiento revolucionario —ya fuese éste artístico o político— y en perseguir a los hombres que deseaban el progreso y la libertad de estas anchas tierras del Nuevo Mundo.

El doctor González Casanova se documentó concienzudamente sobre estos temas y fruto de sus investigaciones en el Archivo General de la Nación y en otras fuentes es esta obra que está llamada a interesar vivamente a nuestros estudiosos. En un estilo ameno, directo, se nos van presentando distintos hechos que, uno a uno, contribuyen a organizar este tomo que nos da a conocer a espíritus valerosos que, ya con sus poemas, ya con sus cuentos de ficción o sus escritos políticos, ayudaron finalmente a derrumbar a esa siniestra institución que fue la Inquisición.

En el primer capítulo, titulado *Poesía mística*, el autor nos narra a grandes rasgos la historia del sacerdote y poeta don Diego Calderón Velarde, cura de la Villa de Córdoba, quien compuso ciertas décimas a Dios, junto con el acto de contrición de sus pecados, y a los dos días murió en Puebla de los Ángeles. "Las décimas cayeron en manos de un individuo mezquino que las juzgó osadas en sus pasiones y heréticas en sus 'imposibles' y las delató a la Inquisición".

Por lo anterior nos damos cuenta de cómo en esa oscura época ni las obras de creación —como lo son las poéticas— escapaban al férreo examen y celosa investigación de los miembros del llamado "Santo Oficio". El pensamiento y la acción de los hombres del siglo dieciocho tenían que ceñirse fielmente a la ortodoxia, so pena de sufrir persecuciones, destierros, confiscación de sus bienes y, en muchos casos, la condena a muerte.

En el Apéndice de esta obra el doctor González Casanova nos ofrece el total de las décimas compuestas por el padre Diego Calderón Velarde. Estas décimas están escritas en metro octosilábico y suman un total de cuarentidós. Al margen de los conceptos religiosos que ellas expresan estamos comprobando su indudable perfección formal, lo que nos demuestra que el mencionado padre era un poeta, un verdadero hombre de letras. Ofrecemos aquí la primera de estas décimas que, allá por el siglo dieciocho, se complacían en cantar, en variedad de matices, el pecado de amar a Dios:

Mi Dios, no llegue a perderte
de vista a un destierro eterno,
porque no quiero el infierno
si he de ir allá a aborrecerte.
No me horroriza la fuerte
furia que allá ha de vengarte,
ni el fuego me hace rogarte,
que con mucho gusto ardiera
si en el infierno pudiera
tener la gloria de amarte.

En la segunda parte de este primer capítulo de su obra, el doctor González Casanova se refiere a una histórica polémica que agitó el ambiente colonial mexicano allá por el año 1784. El protagonista de este suceso fue un cura de Atzalán, de nombre José Rivera Salazar, quien intentó impugnar la doctrina del amor desinteresado y trató de probar con mil razones que el famoso soneto castellano "No me mueve mi Dios para quererte" era herético. Este soneto, como se sabe, sigue siendo anónimo, pues hay quienes lo atribuyen a Santa Teresa y otros a San Francisco Javier, sin que hasta hoy se haya llegado a probar verazmente quién lo escribió.

Lo que nos interesa poner de relieve es esto: ni aun las obras famosas de la poesía castellana escaparon en esta época al ataque fiero, torpe y malintencionado, de los servidores incondicionales de la Inquisición. Relata Pablo González Casanova cómo unos tomaron partido por la doctrina del cura, otros por el célebre soneto y así se hizo un escándalo memorable: "Era de esperarse —agrega—, pues el soneto gozaba de gran fama en el orbe hispánico y particularmente en México".

En una parte de su violento comentario en contra del soneto, José Rivera Salazar (que no era un ignorante, pues además de sacerdote había sido catedrático de Concilios, Historia y Disciplina Eclesiástica en el Real y Pontificio Seminario Palafoxiano) expresa lo siguiente: "Las expresiones de este soneto, al parecer tan bien sentidas, son el imán de innumerables almas: piensan que contienen lo más heroico de la contrición y caridad, y como tal vez al pronunciarlas sienten un género de ternura que les saca las lágrimas a los ojos, no han menester más para juzgarse muy contritas. Pero como esto ni es contrición ni caridad, las pobres quedan engañadas, y cuando se creen en la cumbre de estas virtudes, todavía no han dado el primer paso para que saliendo de su engaño se ejerciten, no en actos ilusorios, sino en actos verdaderos de contrición y caridad. . ."

Al demostrar que el soneto no fue escrito por San Francisco Javier, el cura Rivera traía a colación las famosas pruebas de Eusebio Amort —nos dice González Casanova— y concluía diciendo que el tal soneto era apócrifo, aduciendo que el silencio de los autores sobre su posible origen era constante y universal durante más de cien años, razón para pensar que nadie sabía su verdadera paternidad".

En el segundo capítulo, el autor de esta obra trata el tema de la oratoria sagrada, pues en este campo también intervenía a menudo la Inquisición, en contra de los sacerdotes a los que se les iba la lengua en sus sermones y pláticas de orden religioso. "Su oficio era hablar, comentar las escrituras, recriminar los pecados y abusos de un pequeño mundo, en que el menor error o exceso cometidos era motivo de sospecha, delaciones y persecución". Algunos sacerdotes se denunciaban a sí mismos, temerosos de que otros lo hicieran en su contra, como aquel franciscano que, en 1721, confesó haber pronunciado en el convento de San Francisco de San Miguel el Grande una proposición errónea y herética, al afirmar que el cuerpo de Cristo se

convertía en pan, en vez de decir que el pan se convertía en cuerpo de Cristo, como lo cuenta el autor de este libro.

Otro caso significativo: "En un sermón pronunciado en el propio Tribunal del Santo Oficio dijo cierto dominico que cuando las almas están en el Purgatorio son incapaces de pedir a Dios beneficio alguno para sus bienhechores, proposición que desagradó profundamente al fiscal, y lo hizo temer por los dineros de la Iglesia, pues, según observó con razón, podía 'retirar a los fieles de hacer sufragios y limosnas por las ánimas del Purgatorio'. El predicador fue sañudamente sancionado por los tesoreros y guardianes del bien espiritual con lo que terminó el proceso..."

Por lo anterior nos damos cuenta de cómo la santa Inquisición también era celosa defensora de los bienes materiales de la Iglesia, preocupada en que sus pingües ganancias no se amminoraran por causa de las ligerezas oratorias de algún clérigo predicador. Algunos pocos de éstos—como lo sostiene González Casanova—, a sabiendas del peligro que corrían, osaban disparar sus dardos en el púlpito, mostrando rebeldías incipientes y cierta voluntad de crítica, lo que nos lleva a juzgarlos como unos adelantados o pioneros del sentimiento liberal y revolucionario que comenzaba a aparecer en estas tierras de la Nueva España. Uno de estos frailes fue José de Trigo, quien en el año de 1715 pronunció un sermón en Cuernavaca en donde atacaba a uno de los comisarios del Santo Oficio. Llegó hasta a aconsejar a su rebaño que "no temiera a los poderosos, perseguidores de la tierra, ni a más tribunal que el de la propia fe" (Archivo General de la Nación. *Inquisición*. Tomo 754. Año de 1715).

En el tercer capítulo, *El teatro religioso*, se nos describen las varias formas en que se desarrollaba la acción teatral en la Nueva España allá por el siglo XVIII. Una de ellas era representada en el Misterio de la Redención por gentes del pueblo a las que se les llamaba pasioneros. El drama de la Pasión era el que más gustaba en los pueblos de indios, pues, quíerose o no, representaba su propia tragedia de pueblos humillados y vencidos. El Cristo golpeado y escarnecido que pronunciaba palabras de justicia, de igualdad y libertad entre los hombres, despertaba en ellos sueños de liberación. Cristo decía, en medio de los parlamentos de este Drama, al dirigirse, al hablarle al propio Jerusalén: "El alma me atraviesa al considerar que por

tu obstinación negarás en tus plazas que soy tu rey, aclamando por tu príncipe al Emperador de los romanos, tus enemigos, pues de libre te hicieron tributaria; y estos mismos te pondrán tan apretado cerco, que dentro de pocos años te convertirás en horrendo sepulcro de tus hijos".

¿No vivían, acaso, estos pueblos una situación política parecida? ¿No eran ellos mismos esclavos y tributarios de un poder ultramarino? Por eso no hay por qué extrañarse de que, finalmente, la Inquisición haya prohibido las representaciones del Drama de la Pasión. Cristo hablaba en ella de "la redención de los hombres" y esto era tabú, cosa peligrosa para los energúmenos del Santo Oficio (en nuestros tiempos modernos se le hubiera acusado del delito de *disolución social*). "Tal era, en breves palabras —sostiene Pablo González Casanova—, la evocación que se hacía del Drama de la Redención, en los pueblos de indios y mestizos de la Nueva España. Año con año conmovía profundamente sus espíritus y absorbía todo un momento de su vida. Era la imagen viva de sus creencias, y sus penas, y la única aparición de las musas, pues su pobreza impedía que las compañías de cómicos fueran a visitarlos".

Este era un teatro mestizo, de lengua indígena y símbolos católicos. "A fines del siglo XVI —como lo sostiene Joaquín García Icazbalceta— introdujo el historiador Fray Juan de Torquemada unos autos, a los que dieron el nombre de *nexcuitilli*, que en lengua mexicana significa *dechado* o ejemplo. Hacíanse los domingos por la tarde después del sermón. Entre las obras que se representaban en el siglo XVI figuraban: La Adoración de los Reyes, la Comedia de los Reyes, la Destrucción de Jerusalén, el Sacrificio de Isaac, La Invención de la Santa Cruz por Santa Elena, todas ellas en náhuatl. También se representaban obras en lenguas mixteca, chocha, tarasca, y otras en español, como el Desposorio espiritual entre el Pastor Pedro y la Iglesia Mexicana, los Coloquios Espirituales y Sacramentales de Fernán González de Eslava, El Divino Narciso y El Mártir del Sacramento de Sor Juana Inés de la Cruz, como lo ha sostenido Alfonso Reyes en su obra *Capítulos de Literatura Española* ("Autos Sacramentales"), El Colegio de México, México, 1955.

Desde entonces se representaron, al lado de autos sacramentales, coloquios y alegorías religiosas, autos de Navidad —después pastorelas— y los "Pasos de la Pasión".

Según el autor de la presente obra, en el siglo XVIII el Teatro religioso era una de las actividades artísticas más difundidas y gustadas. "Existía en todos sus géneros (misterios, moralidades, autos, pastorelas, coloquios, loas) y era cultivado en los pueblos indígenas, en los centros provincianos y en la capital". Finalmente, el teatro religioso fue prohibido por Real Cédula del 11 de junio de 1765.

En los siglos XVI y XVII el teatro fue una de las actividades predilectas del mundo hispánico, y en ese mismo tiempo maduró el género denominado auto sacramental. "En México, el teatro salió de las iglesias y los camposantos para propagar la religión entre los naturales, en forma plástica, a manera de un 'sermón en representable idea' ". Fue en esta misma época cuando los censores, delatores y calificadores juzgaban a las comedias como una actividad maligna. Los bailes populares tampoco escaparon a la celosa vigilancia de los miembros del Santo Oficio. En 1766 (según nos explica el autor) hacía furor en Veracruz una danza llamada *Chuchumbé*, la cual fue prohibida por la Inquisición, por considerarla pecaminosa, ya que se bailaba con ademanes, meneos, zarandeos, manoseos y abrazos, hasta dar barriga con barriga. Esta palabra, *Chuchumbé*, tenía un significado fálico. Las coplas con que se acompañaban estas danzas también eran consideradas como una muestra de profanidad religiosa. A menudo se mezclaban los temas sagrados con los sexuales. Esa es la razón de que se les prohibiera por medio de un Edicto. Una de esas coplas decía:

En la esquina hay puñaladas.
 ¡Ay Dios, qué será de mí!
 ¡Que aquellos tontos se matan
 por esto que tengo aquí!

Por considerarlas obscenas y escandalosas fue que estas coplas fueron prohibidas por Edicto, y castigados con Excomunión Mayor todos aquellos que reincidieran. Uno de los bailes más deshonestos de esta época, el llamado *Saraguandingo*, se cantaba con el responso del señor San Antonio —*humilde y divino Antonio, rogad por los pecadores*. Otro de ellos, el *Pan de Jarabe*, comenzaba así:

Esta noche he de pasear
con la amada prenda mía,
y nos tenemos de holgar
hasta que Jesús se ría.

En el baile de los *Panaderos* habían varias coplas de intención lujuriosa; una de ellas decía:

Esta sí que es panadera
que no se sabe chiquear;
quítese usted los calzones
que me quiero festejar.

Cuando cesaba el baile *Pan de Jarabe* tradicional, aparecía el *Pan de Jarabe Ilustrado*. Una de sus coplas cantaba:

Ya el infierno se acabó,
ya los diablos se murieron;
ahora sí chinita mía,
ya no nos condenaremos.

Y así como éstas, muchas otras, igualmente atrevidas, en las canciones y danzas de *Las Bendiciones*, los *Mandamientos*, las *Confesiones*, *Pan Pirulo*, la *Bolera*, etc.

En el capítulo quinto, *La Sátira Popular*, se estudia esta forma literaria que era en sí misma un escape contra la opresión en que se vivía entonces en la Nueva España, razón por la cual fue perseguida por la Inquisición y aun por el mismo Rey, que emitió un decreto en su contra. Según el autor de la obra que estamos reseñando, la sátira y los papeles satíricos eran entonces una especie de rumor literario. En un principio solamente se atacaba a las personas; después, a las instituciones, a la Iglesia, al dominio español. Esto ocurría en la segunda mitad del siglo XVIII, cuando se libraba una polémica entre misoneísmo y modernidad, tradicionalismo e ilustración, conservación y revolución. Se asistía, así, al rompimiento de dos mundos antagónicos: el antiguo y el moderno. "La sátira hace de la polémica un juego, le quita seriedad, y disfraza la tragedia implícita mediante la ironía y el escepticismo burlesco. Constantemente realiza la inversión de lo absoluto en lo relativo, de lo eterno en lo perecedero, de lo puro en lo impuro" (*op. cit.*, p. 86).

Un dato importante que nos ofrece en este capítulo es éste: los blancos de Indias —es decir, los criollos—, si eran pobres, no podían aspirar sino a hacerse religiosos. "Y estando a la nueva providencia del despojo de doctrinas, ni religiosos ni clérigos podrán ser. Ya lo pruebo. No religiosos, porque las provincias sin facultades, ni pueden ni deben dar hábito a ninguno; no clérigos, porque no lo pueden ser sin capellanía pues son pobres y los pobres no la tienen, y caso de que la hereden se quedarán sin ella, por no tener con qué promover su justicia; no beneficios, porque éstos son para los familiares de los reverendos obispos, como enseña la experiencia y éstos, que sin doctrinas de regulares traían muchos, han de traer más con ellas. Conque los pobres criollos se quedarán con la esperanza y sin curatos, al menos, sin los buenos y habitables (*Reverente Satisfacción*, Archivo General de la Nación. *Inquisición*. Tomo 945. ff. 134-193. 1753).

Una de las famosas sátiras de entonces decía:

Si con curas no trataras
tu gobierno mejor fuera.

La sátira rebasa los límites de lo simplemente individual y se hace pública, "se vuelve verdadera poesía política que modela el perfil de una poesía revolucionaria, aunque conserve las categorías religiosas del pasado". Sobresale entonces un "poeta mexicano" que, por su obra revolucionaria, ya puede ser considerado como un agorero de la Independencia:

En los anales del tiempo,
que la fama dejó escritos,
cumplióse la profecía:
que la dictó Carlos Quinto,
Teresa, de que este reino
a sus dueños primitivos
sin duda habría de volver.
Así los viejos lo han dicho,
esto dirán y yo quiero
mirarlo todo cumplido:
¡A la arma, a la alarma! ¡Guerra, guerra!

La religión se transformó en arma contra la dominación española, al ser motivo de coplas irreverentes que se burlaban

burlaban del mismo Dios. También se exaltaba a la Virgen María en detrimento de los peninsulares. Por estas épocas circuló el *Padre Nuestro contra los gachupines*, "escrito en décimas y difundido en la Nueva España en versiones varias, es el más claro ejemplo de la forma satírica, política y revolucionaria en que se utilizan los viejos símbolos para satisfacer el afán de liberación. Ninguna crítica hay—tan completa y tan fina—contra los españoles, ninguna revela una conciencia tan clara de la manera en que se puede utilizar la religión, tanto en serio como en broma, con propósitos mundanos y revolucionarios. Al final de cada cuatro y seis versos—todos encaminados a censurar al español—se encuentran las palabras del Padre Nuestro, haciendo un mosaico jocoso. Al acabar, el autor le dice a Dios en conclusión:

Libranos de mal en fin
y de todo gachupín,
por siempre jamás... *Amén.*

Más tarde, junto a la sátira, aparecerán los manifiestos políticos y los discursos que irán permitiendo que madure, lento pero seguro, el nuevo espíritu de la emancipación.

El sexto capítulo, *Fantasia y realidad*, nos presenta, primero, un cuento fantástico escrito por el franciscano Manuel Antonio de Rivas, quien allá por el año de 1773 vivía en la provincia de Yucatán. La Inquisición persiguió a este hombre, por considerarlo de poca fe y adicto a experimentar sobre cuestiones de física. También porque escribía sobre la pluralidad de los mundos habitados, la ilusión de los viajes interestelares, etc. Rivas parece haber sido el primer escritor americano que imaginó un viaje a la luna. De él señala González Casanova: "Tal es en resumen el contenido del cuento fantástico que va a parar a manos de los inquisidores. El espíritu moderno de su autor, la fantasía ilustrada del argumento, y en general lo inusitado de la imaginación, todo se confabula para inquietarlos. Se hallan frente a un hombre totalmente distinto a ellos y lo van a juzgar. Sus reacciones son muy curiosas. Si el cuento hubiera sido un discurso filosófico que afirmara tales o cuales verdades, no se habrían detenido en emitir condena. Pero la imaginación les tiende una trampa y no saben cómo escapar. No reconocen fácilmente el delito, ni pueden reducirlo a los cánones

nes de las herejías. Sin embargo, se esfuerzan por cumplir su cometido y ante ellos se presentan varias posibilidades. O consideran el cuento como un simple ejercicio literario y declaran inocente a su autor, o reparan en los supuestos de la filosofía experimental que contiene y señalan que el autor es un filósofo ilustrado, digno de castigo".

En la segunda parte de este capítulo se nos presenta el caso de José Antonio Rojas, "espíritu atormentado, que escribió la más formidable censura concebida por un criollo americano, contra la vida colonial y la servidumbre religiosa de su tiempo. Su obra apenas es de imaginación y está muy lejos de la fantasía. En ella pinta su propia vida, su tragedia, habla de su proceso y de sus experiencias religiosas y políticas, y deja un testimonio en que el elemento literario sólo sirve de condimento a la historia (*op. cit.*, p. 118).

A Rojas la Inquisición lo acusó de materialista y ateo formal. El vacío de las formas de vida coloniales es atacado resueltamente por este profundo espíritu liberal que expresa en voz alta todo lo que piensa, ante el terror de los espíritus pacaos que corren a delatarlo ante las autoridades del Santo Oficio. Uno de los testigos declaró que Rojas había dicho en cierta ocasión que estaba perfectamente instruido en el materialismo y que ya había salido de las mentiras cristianas; que no había infierno, purgatorio ni gloria, y que el mundo había tenido tres embusteros, Moisés, Jesucristo y Mahoma. Para él, sólo eran cristianos los ignorantes, los pobres y las mujeres. Otra vez, el mismo Rojas hizo este comentario sobre la pena del daño: "Yo no sé qué pena es ésta, porque si los condenados no han visto a Dios como es en sí, ¿cómo han de sentir el haber perdido el sumo bien que no conocen?" Este singular mexicano del siglo XVIII llegó a expresar lo siguiente: "que solamente la ciencia de las matemáticas descubre la verdad". ¿Cómo no iban a considerarlo un enemigo peligroso las gentes de la Inquisición, si ellas basaban su poder en la ignorancia y en el sometimiento de las almas?

Por estas fechas, José Antonio de Rojas, natural de la ciudad de Puebla, tenía 30 años de edad, soltero y catedrático de matemáticas en el Colegio de Guanajuato. Las gentes lo miraban como a un ser desafiante, deseoso de enfrentarse al mundo en que vivía. Y eso era en verdad: un rebelde que se ahogaba en el irrespirable ambiente espiritual de la Nueva España. Fue per-

seguido y encarcelado por la Inquisición, habiendo logrado finalmente fugarse y escapar hacia Norteamérica. Desde allí (como lo relata González Casanova) comenzó a ametrallar con sus escritos a estas regiones coloniales. En sus escritos y en sus cartas, principalmente en su autobiografía "va mucho más allá de lo que irán los revolucionarios, en la guerra de Independencia".

Rojas exalta la época de libertad que vivían los Estados Unidos de Norteamérica en esos primeros años de vida independiente, anteponiendo esa libertad al estado de opresión que reinaba en la Nueva España. En sus cartas se pronuncia violentamente contra la filosofía escolástica, y contra los maestros coloniales. En una de sus cartas afirma lo siguiente: "¿Pero cómo me harán creer que las obras de Horacio y de Lucrecio son dictadas por el Diablo, y el Evangelio de Mateo por el Espíritu Santo? Mire Umd., señor mío, que si hubiéramos dos dedos de frente, sería preciso avergonzarnos de ver a Dios adornando su gloria de pícaros, de tontos y de puercos, ¿pues qué son un Domingo, un Francisco, un Pedro Regalado y un Simón Stilita? Esta consideración sola me hace renunciar la gloria y marchar contento al infierno, a divertirme con la discreta Safo, con el valiente César, con el pulido Augusto y con el docto Mecenas".

Considera Pablo González Casanova que Rojas es todavía un hombre de la colonia, pero el que se ha rebelado quizá más profundamente. Por su espíritu revolucionario es considerado como un apestado en la Nueva España. "Todo lo que huele a Rojas es perseguido; quienes lo conocieron son vistos como sospechosos, y delatados los que preguntan por él, o los que dicen haber admirado su genio matemático. Se esparcen sus cenizas y se riega la sal".

En el capítulo final, *Persecución y literatura en el siglo XVIII*, se analiza lo que fue la Inquisición, censor omnipresente en todas las actividades del espíritu, cuya huella se advierte en las concepciones metafísicas, científicas y artísticas. Y hasta en los múltiples subterfugios y estilos de pensar y escribir. "Representa una forma general de dominio del espíritu, que ayuda a canalizar el pensamiento por el sendero ortodoxo y tiene tanto influjo en la creación intelectual y estética, como los propios dogmas de la fe. La Inquisición es un supuesto de la cultura española y no se le puede entender si no se advierte que es una

burocracia más una filosofía. La represión administrativa y física que ejerce es quizás de menor significado que la represión ideológica, ética y metafísica. Una y otra se conpenetran sin embargo en tal forma que hacen de ella la institución judicial de la fe y la filosofía católica durante el despotismo". (*Op. cit.*, p. 131).

Muy interesante nos parece este deslinde sobre la Inquisición: la alabanza era la fiesta oficial de los inquisidores, como la persecución su trabajo.

Según un Edicto General de la Fe, emitido a principios del siglo XVIII, era posible calificar las herejías. "Según ese edicto se era hereje: por negación de lo sagrado; por afirmación de lo diabólico; por negación del dogma cristiano o afirmación de dogmas heterodoxos; por el mal uso de las prácticas y cosas divinas; por mal uso de las prácticas y cosas del mundo para fines religiosos; por violación de la ley de Dios, y por atentado a las autoridades que emanaban de la Suprema Autoridad".

La Inquisición se encargó de prohibir en México la circulación de las obras más importantes del pensamiento europeo de entonces. No obstante, estas obras entraban clandestinamente. Entre los proscritos estaban: el *Eusebio* de Montesquieu, el *Emilio* de Rousseau, los cuentos y novelas de Voltaire, las comedias de Marivaux, el *Nuevo Abelardo* o *Cartas de dos amantes*. Se enjuició también a las obras de Milton, Pope, Butler, Grecourt, La Bruyère, Fénelon, etc.

"Los teólogos se irritan también con los idiomas, miran con desconfianza el culto de las lenguas clásicas y paganas y de las modernas como el francés. El calificador del *Modo de enseñar y estudiar las Bellas Letras*, censura a su autor el Cardenal Rollin por su inclinación a la enseñanza de las lenguas clásicas, destinadas al conocimiento de la antigüedad pagana, y se encela religiosamente de la enseñanza de la lengua y letras francesas, 'porque cosa es ya probada en todos los siglos que con la lengua se comunica la religión, como la de los griegos en Roma, la de Roma en España, la de España en las Indias. Y en Francia hay escrito y se escribe mucho de heretical. . . ' Temerario del griego y del francés manifiesta expresamente su inquina contra Homero y Voltaire".

Las obras clásicas contribuían al despertar ideológico de los mejores espíritus de la colonia. Por esa causa eran perseguidas por la Inquisición. Por eso el autor de esta obra también

le da la razón a Alfonso Reyes cuando este gran escritor afirmó que la cultura clásica "vino a ser, si no la determinante, al menos la noble madrina de la futura independencia". Cree González Casanova que las lenguas y los estilos eran perseguidos, porque en ellos también se halla la semilla de la crisis y la revolución. "En la literatura perseguida se hallan así los más variados matices de la sociedad colonial que se extingue. El juicio de la literatura adquiere las características del dominio social de la colonia, y la disolución del mundo antiguo es objeto del reflejo literario, en la misma forma que lo es la gestación del mundo nuevo" (*Op. cit.*, p. 149).

La Inquisición creó un ambiente general de delación que abarcó la generalidad de los actos, hasta los literarios. "En la literatura perseguida se advierte la formidable evolución en que el acusado provoca una metamorfosis social y se convierte en acusador, quitándole al juez la razón, para sustituirla por otra suya".

Al estudiar esta literatura perseguida, el doctor Pablo González Casanova presta un valioso servicio a la cultura mexicana moderna, pues nos descubre un ancho velo que había ocultado el desarrollo del movimiento revolucionario de las ideas —estéticas y políticas— en el siglo XVIII. Esta literatura perseguida llevaba ya en sí el germen fecundo de la futura independencia.

LAS FUERZAS POLÍTICAS EN LA SOCIEDAD FLUCTUANTE

Por Mario DE LA CUEVA

A medida que se penetra en el mar profundo de la historia de México, se descubre en ella una de las mejores ejemplificaciones contemporáneas para el estudio del proceso de formación, aún no concluido, de una nación y de la lucha de un pueblo para integrar una comunidad independiente y democrática. En el tomo primero del libro *El liberalismo mexicano, los orígenes*, el profesor de Teoría del Estado de la Universidad Nacional Autónoma de México, Jesús Reyes Heróles, puso de relieve la afirmación que antecede, al analizar el pensamiento social, económico, político y jurídico que precede y acompaña a la Guerra de Independencia y al describir los esfuerzos de la generación de aquellos años para dotar a la comunidad humana que nacía a la vida independiente de una forma política adecuada a las realidades y al pensamiento constitucional de la época. La consecuencia inmediata de aquel primer período de nuestra historia fue la Constitución de 4 de octubre de 1824. Ahí concluyó el tomo primero del *Liberalismo mexicano*. El tomo segundo lleva como subtítulo, *La sociedad fluctuante*, designación sugestiva y atinada para caracterizar la vida de la nación mexicana en los años que transcurren de 1824 a 1867, que es el período comprendido entre la promulgación de la Constitución de 1824 y la caída del llamado *Imperio de Maximiliano*. Este último acontecimiento señala la consolidación, con la Constitución de 5 de febrero de 1857, de una organización democrática, individualista y liberal.

En las primeras páginas del libro, hizo el maestro Reyes Heróles la justificación del *subtítulo* del tomo segundo del *Liberalismo mexicano* e indicó que la historia no puede entenderse si no es a través de la relación entre las realidades sociales, económicas y políticas y el pensamiento liberal y conservador en que pretendieron manifestarse. Y es indudable que tiene razón

nuestro joven historiador: cuando se contempla superficialmente aquella etapa de nuestra historia, aparece como un período caótico, un ir y salir de personajes y de tendencias, caprichosos los unos e incomprensibles las otras, al extremo de que ha sido frecuente ligar la historia de México con ese segundo cuarto del siglo pasado, con la vida del celeberrimo jugador de gallos, Antonio López de Santa Anna. Respecto de esta errónea interpretación de la historia, escribimos en el artículo, *El constitucionalismo mexicano a mediados del siglo XIX*: "Los años que corren de 1829 a 1854 gestaron la pugna ideológica, social, económica y política más intensa de la historia de América en el siglo XIX. En ninguna otra de las repúblicas de nuestro continente se organizaron las fuerzas con tanto vigor, ni libraron las batallas ideológicas y militares que tuvieron verificativo entre nosotros. Ciertamente, en aquel cuarto de siglo desempeñó un papel aparentemente fundamental, a veces cómico, pero más frecuentemente trágico, la figura del dictador personalista, Antonio López de Santa Anna, pero su presencia en la historia de México se explica únicamente en función de las luchas entre las diversas fuerzas sociales. Santa Anna no hizo la historia de aquellos veinticinco años, pero sí supo aprovechar, para capturar, recapturar o mantenerse en el poder, las debilidades de la historia. Personaje carente de ética política, se inclinó a una u otra de las fuerzas en pugna, según su cálculo de las probabilidades del triunfo: caudillo del federalismo a la caída del imperio de Iturbide —a quien sirvió y en contra de quien se sublevó—, contribuyó a su entierro en el año 1835, para hacer que se le restableciera en el año 1846 y enterrarle nuevamente en 1853, a la vez que creaba la última dictadura personalista. Pero la historia de México en ese período no es la historia de la actuación de Santa Anna, como equivocadamente lo ha narrado una historia formalista y superficial, *es la historia interna y profunda de las fuerzas sociales, económicas y políticas*, pues, al igual que durante la Guerra de Independencia, la historia de México, de la Constitución de 1824 a la de 1857, es una historia de la lucha de clases". Con su habitual claridad y precisión, Reyes Heróles confirma la tesis, cada vez más generalizada entre los estudiosos de México, de que la historia de los primeros años de nuestra vida independiente, fue la historia de las fuerzas sociales: "En este segundo tomo se examina un aspecto íntimamente conectado con el planteamiento teórico inicial. Se trata de las luchas,

los triunfos y las derrotas que mantiene al país fluctuante por un largo período entre dos órdenes: el colonial, que no se liquida con la independencia y el que podríamos llamar secularizante, moderno, laico, democrático liberal, que no nace con ella. Por supuesto que las ideas que por convicción u obedeciendo a intereses de grupos, sectores o clases se manejan, son las que dan la clave de este período. Sólo una consideración superficial puede caracterizar esta época como simple anarquía. Más superficiales son las explicaciones de ella, que se conforman con encontrar las causas de los trastornos en caudillos, aspirantismo, dominio de los trepadores, para usar vocablos de frecuente empleo en ese entonces. Pobre de un pueblo que tuviera que explicar cincuenta años de su historia con la existencia de meras pasiones y ambiciones personales. *La sociedad fluctuante* fue consecuencia del choque de intereses colectivos, de ideas, de principios políticos. Se explica más por las cosas que por las personas”.

Las páginas de *La sociedad fluctuante* están destinadas a desentrañar las fuerzas sociales que generaron la historia de nuestro siglo XIX: son páginas de importancia excepcional, por el señalamiento del método a seguir en la investigación histórica, por el descubrimiento de personajes, hechos e ideas que habían permanecido en la penumbra y por las repercusiones de los datos aportados sobre los acontecimientos de los años posteriores a la Reforma y aún sobre la revolución social mexicana del siglo XIX. Ellas muestran las *fluctuaciones* de las fuerzas sociales y constituyen un coadyuvante eficaz para la fijación de la auténtica fisonomía de nuestra vida política. De las distintas partes de que se compone este segundo tomo, cada una de las cuales habrá de ser objeto de largas meditaciones futuras, seleccionamos el análisis de las clases sociales existentes en los años finales de la Colonia y en los primeros del México independiente y su enlace con la Constitución de 4 de octubre de 1824; ahí se encuentran una interpretación económica de la historia y una doctrina de la naturaleza y función de las constituciones, mercedoras de la más serena meditación.

En un bello capítulo, construido en torno a la idea de la profundidad de la historia, se afirma justificadamente que México contó, en el *Ensayo sobre el verdadero estado de la cuestión social y política que se agita en la República Mexicana*, escrito por Mariano Otero, “con un examen magistral de la sociedad

colonial al consumarse la independencia"; y se agrega que el autor de la fórmula final de nuestro juicio de amparo "fue tan buen jurista y contribuyó en tal medida al perfeccionamiento de nuestras instituciones, que poco se ha reparado en su carácter de sociólogo y economista". La importancia grande de Otero en estas materias radica, al decir de Jesús Reyes Heróles, no solamente en la finísima demarcación de las clases sociales, sino en la postulación del método para el estudio de la vida social y de su historia, método estrictamente mexicano —pero, agregaremos, con proyecciones universales—; sus rasgos distintivos son los siguientes:

1.—El abandono de subjetivismos en la explicación de la evolución mexicana y la empeñosa búsqueda de factores objetivos para su cabal comprensión.

2.—La determinación del concepto de clase y el papel por éstas desempeñado en el juego político, económico y social.

3.—La identificación del factor decisivo en la configuración de las clases, en la producción de las relaciones de éstas entre sí y de sus contradicciones internas, las consecuencias políticas y sociales de estas contradicciones y su influencia en la sociedad y en sus movimientos.

4.—El señalamiento de las vías para la transformación nacional, los instrumentos de que los liberales disponían para acelerar esa transformación, los campos en que debían aplicarse y las acciones a emprender. Es el trayecto que México debe seguir para obtener fisonomía liberal".

La elevación de Mariano Otero a la categoría de sociólogo, economista y escritor político es uno de los muchos aciertos de *La sociedad fluctuante*: el *Ensayo* se nos presenta como uno de los primeros grandes intentos de interpretación global de la historia. De Otero podría decirse que es, en América, uno de los *videntes* más geniales de *la interpretación económica de la historia*, sin que ello signifique que se le pueda identificar con *el materialismo histórico* de Marx, situación que es la que corresponde al pensamiento pre-socialista de la primera mitad del siglo XIX: en efecto, entre las múltiples diferencias que se dan entre el socialismo utópico y pequeño burgués y el marxismo, se debe apuntar la circunstancia de que si bien aquellos conocieron las causas de la desigualdad social y postularon algunas posibles soluciones, no supieron deducir de sus explicaciones las leyes de

la evolución histórica, ni encontraron, como la salida natural del capitalismo y de la desigualdad social, la necesaria socialización de la tierra y de los elementos de la producción, ni proclamaron la acción del hombre, acción revolucionaria en casos de urgencia, para producir la transformación de la vida social.

Al decir de Reyes Heróles, "Otero encuentra que el *principio generador* o *principio dominante* de la sociedad, del que derivan los distintos hechos parciales o particulares, es la propiedad. *La constitución real de la sociedad radica en la propiedad*". Esta interpretación de las realidades sociales, cuyo parentesco con la interpretación materialista de la historia nos parece indudable, se desprende del siguiente párrafo del *Ensayo*, transcrito en *La sociedad fluctuante*:

Los que buscan las instituciones y las leyes de un país como ingeniosas combinaciones de números, ignoran que esa constitución existe toda entera en la organización de la propiedad, tomando esta frase en su latitud debida.

La postura adoptada por Otero al hacer el análisis de nuestras realidades sociales, obligó a Reyes Heróles a indagar por las fuentes ideológicas del pensamiento del autor del *Ensayo*: "Es segura", leemos en un párrafo del libro que comentamos, "la influencia de Tocqueville en cuanto a ideas democráticas y liberales"; y no podía ser de otra manera, pues el ilustre viajero y escritor francés es uno de los fanales del pensamiento político de las repúblicas hermanas de América. Reyes Heróles agrega que "es también segura la influencia de Sismondi y de Considérant en lo que se refiere a ideas sociales". El señalamiento de las fuentes de inspiración del pensamiento de Otero en otro de los merecimientos que encontramos en *El liberalismo mexicano* y es de suma trascendencia para la determinación del fondo ideológico del movimiento liberal mexicano, el cual, de Morelos a la revolución social de 1910, se encuentra matizado por el principio de la justicia social; para acreditar ese matiz, sería suficiente recordar, independientemente de las ideas de Otero, las exposiciones de Ramírez o de Arriaga en el Congreso Constituyente de 1856. La influencia de Sismondi y el contenido del *Ensayo*, permiten incluir al jurista mexicano dentro de lo que Marx llamó en el 18 *Brumario*, refiriéndose a Sismondi, un *socialismo pequeño burgués*. La influencia a que nos referimos se desprende nítidamente del *discurso pronunciado en la solemnidad*.

dad del 16 de septiembre de 1842 en la ciudad de Guadalajara, algunos de cuyos párrafos son transcriptos por Reyes Heróles en el capítulo tercero de *La sociedad fluctuante*: en ellos se hace expresa mención del autor de los *Estudios sobre las constituciones de los pueblos libres*. Victor Considerant continuó y superó las enseñanzas de Charles Fourier, uno de los representantes más significativos del *socialismo utópico*; según indicación de Reyes Heróles, Otero cita el libro, *Destinée Sociale*, para combatir la falta de ética del espíritu mercantilista. Resulta, pues, fuera de duda, que Otero conocía el pensamiento socialista de la época y que su liberalismo estuvo matizado por él.

En las mismas páginas del capítulo tercero de la obra que comentamos, el maestro Reyes Heróles acuñó una clara síntesis del examen que hizo Otero de las fuerzas en pugna al consumarse la independencia. El esfuerzo y los resultados a que llegó Reyes Heróles son dignos de encomio, pues, según indica el mismo escritor, el *Ensayo* es, efectivamente, un libro difícil, un poco desordenado y lleno, en ocasiones, de minuciosidades. Pensamos que esta síntesis, compendio descriptivo de las distintas clases sociales del México independiente, merece ser retenida y ofrecida como una sólida base para la comprensión correcta de aquel turbulento período de nuestra historia, tanto más cuanto que va acompañada de muchas sugerentes observaciones críticas y de numerosos datos complementarios.

"Las clases para Otero", escribe Reyes Heróles, "y toda su obra lo prueba, son agrupamientos, cuerpos definidos, no por un status jurídico, sino por consideraciones económicas y sociales, y fundamentalmente por la propiedad". El concepto ofrecido por Otero es plenamente atinado y nada hay que agregarle.

La primera clase social que se describe en *La sociedad fluctuante es la clase de los propietarios*, que se subdivide en diversos grupos, en atención a la naturaleza y la importancia de la propiedad de cada uno: el primero de ellos está constituido por *la aristocracia territorial*. No era, se nos explica, una aristocracia feudal, pues en la Nueva España no existió la relación jurídica, característica del feudalismo, de vasallo a hombre libre, de siervo a señor; y fue así, agregamos por nuestra cuenta, porque las *Leyes de Indias* se inspiraron en una concepción humanista de la vida social, incompatible con la noción jurídica de siervo. Por otra parte, la aristocracia territorial no vivía en el campo, sino en las ciudades y dejó en manos de administradores, gene-

ralmente españoles, la dirección y el cuidado de sus propiedades. Los datos apuntados, dice Reyes Heróles, explican que la aristocracia territorial "tuviera un poder social, jurídico y político, menor que su poder económico".

El segundo grupo dentro de la clase social propietaria de la sociedad colonial, que se continuó en el México independiente, era el clero, *en cuyas manos se encontraba estancada una porción considerable de la propiedad*. Otero, precisa el catedrático de Teoría del Estado, "se ocupó de los cálculos imperfectos que sobre la propiedad del clero existían, anticipando que se tenían al respecto *ideas exageradas en los dos extremos*". El clero disfrutaba de una influencia extraordinaria, ante todo, por ser el más rico propietario del país. Sobre este particular, queremos recordar la exposición de José María Luis Mora, en el libro, *México y sus revoluciones*:

Nuestra riqueza territorial se puede dividir en tres ramos: fincas urbanas, fincas rústicas y minas. Entre las fincas urbanas, noventa de cada ciento pertenecen al clero por su valor y por su título, pues no sólo es dueño del capital, sino que disfruta del dominio directo de ellas: de las pocas fincas urbanas restantes, los particulares tienen el título de dueños, pero su valor real pertenece también al clero en todo o en parte, por los capitales que en ellas y sobre ellas se le reconocen. Las fincas rústicas, si bien casi todas llevan el nombre y título de dominio particular, realmente no son sino del clero, puesto que en muchas le pertenecen, todos los capitales que constituyen su valor, y en casi todas una parte, la más considerable de ellos, con la ventaja notabilísima a favor del clero, de no estar expuesto a los riesgos y contingencias de pérdidas muy comunes y probables en tiempos de turbaciones públicas, pues todas pesan sobre él que lleva el título de las tierras, que por lo común acaban por arruinarlo.

Por otra parte, el clero, a diferencia de la aristocracia territorial, convivía con el pueblo, en forma tan estrecha, que "no había un solo hombre en el más pequeño rincón de la tierra que estuviese exento de tener relaciones personales y precisas. . ."

Existía una tercera causa, continúa explicando el profesor Reyes Heróles, de la influencia del clero en la vida social, política y jurídica de México y era *el monopolio de la educación*: "Las escuelas de instrucción primaria, *único marcial donde las clases numerosas de la sociedad toman sus ideas*, estaban to-

das en manos o bajo la dirección de los eclesiásticos, constituyéndose éstos en *directores de la multitud*". Otero agregó que:

La educación elevada, es decir, la instrucción en las ciencias, era toda enteramente suya, pues que dirigía cuantos establecimientos se conocían con el nombre de colegios y universidades, con lo que disponía también de las ideas de las altas clases de la sociedad.

Los párrafos de Otero y las explicaciones de Reyes Heróles nos parecen del más alto interés; vale, pues, la pena, detenerse unos instantes a meditar en el problema de la educación: creemos, con el autor del *Ensayo*, que el poder económico es la base última del poder político, pero creemos asimismo que la relación entre los dos poderes no es una relación simple y que entre ellos y como auxiliares del segundo, se interponen lo que Marx y Engels denominaron *las superestructuras sociales*, la más importante de las cuales es la educación, puesto que la religión misma es un resultado de ella. De ahí la tendencia de las fuerzas económicas y políticas a apoderarse de la niñez y de la juventud, pues saben que las enseñanzas recibidas en los primeros años de la vida, difícilmente se modifican. México necesita recoger la experiencia del pasado, revisar la tragedia educativa del siglo XIX y los errores surgidos con posterioridad a la Constitución de 1917 y darse cuenta de que los dos grandes problemas nacionales son, de un lado, la formación de un magisterio bien preparado y al que se asegure una existencia económica y moral digna, mediante un honorario elevado, y de otro lado, la superación de la miseria en que vive un número, infortunadamente grande, de niños mexicanos. *Una educación nacional a niños que sean considerados y atendidos como personas*. El supuesto progreso económico del país, en beneficio de una clase privilegiada, no es el progreso que reclaman nuestra historia y los principios de la justicia social.

Finalmente, releva Reyes Heróles *el monopolio de la beneficencia*, íntegramente en poder del clero, a través de la dirección y cuidado de los hospicios, colegios y hospitales, lo que significaba que "el poder santo y noble que da el beneficio, lo ligara a toda la población".

La condición del clero era, como consecuencia de todo lo expuesto, diversa a la que ocupaba la aristocracia territorial, "su poder era inmenso y se daba en todos los ángulos de la socie-

dad, era un poder económico, político y social" y, subraya el autor de *La sociedad fluctuante*, "el poder del clero era mucho mayor que el que correspondía a sus propiedades".

En su excelente análisis de la exposición de Otero, el profesor Reyes Heróles señala, como grupo final, el de *otros propietarios*: primeramente, "los propietarios de fincas rústicas no vinculadas, quienes", se dice en el *Ensayo*, "carecían de influencia, pues siendo la agricultura incipiente, —estando en ruinas—, no disponían de riquezas". Los propietarios de minas, que formaban un segundo sector, "se presentaban", escribió Otero, "como una de las partes más notables de los capitalistas del país"; su fuerza, explica Reyes Heróles, no puede subestimarse, "pero lo aleatorio de su actividad la sujetaba a vaivenes que necesariamente reducían su influencia". Un tercer sector se integraba con la industria manufacturera, "cuyos capitales, sin embargo, se perdían ante la expresión de todos los que constituían la suma de la riqueza nacional", por cuya razón, tampoco ejercían una influencia importante. El último y el principal de los sectores que ahora consideramos, era *el comercio*: explica nuestro historiador, que al realizarse la independencia, se rompió el monopolio del comercio de que disfrutaba España y se abrió paso el comercio extranjero. La visión de Otero respecto de este problema coincidía plenamente con la realidad: "La nueva clase comercial operó en México, al igual que en Europa, como un poder que, colocado entre el productor y el consumidor, en vez de servirles a ambos, los sacrifica y tiraniza, constituyéndose en árbitro y dispensador de la realización de los valores". El comercio disponía de capitales, aumentó la tasa del interés y promovió el sistema de la usura, prohibido, según es bien sabido, por el pensamiento católico medieval y, consecuentemente, en la Nueva España. En el examen de la conducta de los comerciantes, completó Reyes Heróles los datos de Otero con el estudio que en las postrimerías del siglo XVIII efectuó Hipólito Villarroel, estudio que se publicó con el título de *Enfermedades políticas que padece la capital de la Nueva España*: en elegantes y atractivos párrafos desmenuza nuestro catedrático de Teoría del Estado las actividades de los comerciantes extranjeros y la manera como se introdujeron en la vida social de la Colonia. Los comerciantes extranjeros, según Villarroel, supieron despertar el lujo entre las mujeres de la época; los joyeros, plateros y peluqueros lograron transformar el estilo de vida de aquella

sociedad. Con una gran anticipación, en *Enfermedades políticas que padece la capital de la Nueva España* se ofrece un ejemplo valioso de la influencia del lujo en la vida social, económica y política, que pudo ser utilizado en ese precioso librito de Werner Sombart, que se llama *Lujo y capitalismo*.

La segunda clase social que se describe en el *Ensayo* es el ejército. Ciertamente, existió un ejército durante los tres siglos de la Colonia, pero su función consistió en apuntalar la dominación española, sin que, en razón de la paz permanente y del sistema de gobierno, hubiera tenido ni necesidad ni oportunidad de intervenir en la vida política del virreinato. Al consumarse la independencia, "apareció como una sección creada de nuevo", que alegaba en su provecho su participación en la Guerra de Independencia. Los nuevos gobernantes y los partidos políticos, para mantenerse o conquistar el poder, tuvieron que recurrir al ejército. La política hubo de penetrar en el cuerpo castrense e hizo de él un factor real de poder. Dice Reyes Heróles que "observando el curso de las revoluciones, se adquiere una visión más certera que con muchas reflexiones; según Mora, todas las revoluciones reconocen un origen civil, pero los militares se han levantado con el derecho de ejecutarlas". El cambio operado después de la independencia en la posición política del ejército, obligó a los gobernantes y legisladores a adoptar ciertas medidas, que no solamente contribuyeron a reafirmar su situación, sino que, además, hicieron de él un cuerpo privilegiado: aceptación de los fueros militares, con el consecuente desplazamiento de la justicia nacional; institución de los comandantes militares, "institución por sí sola capaz de aniquilar el sistema federal"; concesión a los militares de la facultad de enjuiciar a los salteadores en cuadrilla y a los facciosos sorprendidos con las armas en las manos. Juzgando la conducta de los militares, Reyes Heróles incluyó el siguiente párrafo en *La sociedad fluctuante*:

Apenas constituido el país, las clases aforadas del ejército empezaron a amenazar el poder civil y a exigir lo que, de dárseles, iba en perjuicio de las libertades públicas, alegando como título suficiente para obtener lo que pedían, el triunfo de la independencia, triunfo que dice Mora, sin la resistencia de los militares por diez años, se habría logrado antes y al que éstos no contribuyeron sino dejando de ser un obstáculo.

Frente a las clases propietarias o privilegiadas se hallaban, en la fórmula escrita por Otero, "los que no tenían más recurso que un trabajo mercenario". Indica Reyes Heróles que "en tanto en los orígenes de los Estados Unidos hubo una verdadera colonización, la cual engendró una población profundamente democrática, en la América Española, los conquistadores jugaron a los grandes señores y a las grandes riquezas, se repartieron el territorio en enormes porciones y les fue preciso buscar quienes las trabajase para ellos". La encomienda y su sucedáneo y complemento, la esclavitud, produjeron una población miserable, cuatro quintos de la total de la república. Proletariado del campo y de la ciudad, sin educación, sin escuelas, sin derechos, sin participación en la vida política, social y económica del país. Una población que, si bien no en la misma proporción, todavía hoy encontramos en la campiña mexicana.

Las clases privilegiadas, explica todavía Reyes Heróles, estaban ligadas por una cierta conciencia de clase, pero se daban en cada una de ellas y entre unas y otras, diversas contradicciones, *fisuras de las clases*, es la denominación empleada en *La sociedad fluctuante*: el clero se hallaba dividido en tres grupos, siendo el primero *el clero alto*, constituido por los obispos y los miembros de los cabildos eclesiásticos, que "gozaban las más pingües rentas... y disfrutaban de las comodidades y el lujo de las mejores ciudades", grupo integrado casi siempre por españoles. El segundo grupo, asimismo compuesto en su mayoría por españoles, se formaba con *los religiosos de órdenes regulares*, amontonados en los centros de población, disfrutaba de los productos de los bienes de sus *órdenes* y era celoso defensor de los privilegios de los obispos. El tercer grupo era *el clero bajo*, diseminado por todo el país, carente de bienes y de rentas, pero con una influencia real sobre la población por el contacto que guardaba con ella. También en el ejército se daban diversas fisuras, derivadas, principalmente, del diverso tratamiento que recibían las oficialidades superior e inferior. Explica finalmente Reyes Heróles que los comerciantes en pequeño y los artesanos veían con disgusto, desde los años de la Colonia, el monopolio del comercio en favor de los españoles peninsulares. Las fisuras de las clases privilegiadas y los comerciantes en pequeño y los artesanos formaron el núcleo de la *clase media*, que hubo de ser necesariamente combativa e inclinada a los principios liberales; el clero bajo, se recuerda acertadamente en el libro que comen-

tamos, fue venero de luchadores en pro de la independencia y de las ideas liberales y de justicia social. Formaron parte de la clase media y fueron, a la vez, sus voceros y directores, los intelectuales y profesionistas, juristas en una gran proporción. Un bello párrafo precisa las contradicciones de las clases privilegiadas y la postura de la clase media frente a aquéllas y ante la clase amorfa de los desheredados:

La lucha, pues, se entabló entre los privilegios y la libertad, su sentido era ser un encuentro 'de los pocos contra la multitud'. La lucha insurgente fue posible por la estructura misma de la sociedad colonial. La clase más numerosa, 'la excluida de todos los beneficios sociales, la que sentía sobre sí el peso de la injusticia y la opresión', era una masa amorfa, sin conciencia y aislada, que 'no podía moverse por sí sola'. Era campo susceptible de adhesión a unos u otros. Y es aquí donde interviene la clase media. El clero bajo, los mexicanos del ejército y del foro, los comerciantes, víctimas del monopolio, pelean por sus intereses y por sus íntimas convicciones, atrayendo y consiguiendo frecuentemente el apoyo de las masas amorfas.

La excelente descripción de las clases sociales que encontramos en *La sociedad fluctuante* se liga con las brillantes páginas que dedicó el profesor Reyes Heróles en el tomo primero del *Liberalismo mexicano* al estudio del origen y de la esencia del pensamiento liberal de *la generación de la independencia* y las dos aportaciones son el marco que permite al catedrático universitario explicar la naturaleza y la función de la Constitución de 4 de octubre de 1824. El libro de Reyes Heróles, lo hemos explicado en ocasión del tomo primero, es la obra de un jurista y de un historiador del pensamiento político nacional y extranjero, lo que le permite elevarse a un plano superior en el que se reúnen la historia, el pensamiento político y el derecho: "la Constitución de 1824 fue un documento de transacción, pero no una transacción para mantener el *statu quo*, sino dirigida cautelosamente a que el orden colonial fuese modificado". En la frase que antecede se condensan algunos de los grandes temas de lo que nos permitimos bautizar con el título de *Teoría realista de las constituciones*, disciplina que nos parece derivar de las doctrinas de los ilustres maestros Fernando Lassalle, Karl Schmitt, Hermann Heller y Rudolf Smend. A ella nos referimos en el trabajo presentado al *VIII Congreso Nacional de Socio-*

logía, bajo el rubro, *La teoría de la constitución y la Carta Magna mexicana de 1857*. La finalidad de esta disciplina, que debe contemplarse como un capítulo general de *la doctrina del derecho y del estado*, consiste, según expresamos en la referida ponencia del Congreso de Sociología, en *el conocimiento de la naturaleza, origen y función de las constituciones*. La teoría realista de las constituciones se propone la comprensión de las constituciones como expresión de las realidades sociales, económicas, políticas y morales de los pueblos y como punto de partida para nuevos procesos de integración humana y social.

La teoría realista de las constituciones pretende ser una superación del *positivismo jurídico*, considerada esta postura filosófico-social en sus dos grandes manifestaciones jurídicas: *el positivismo jurídico sociológico* de los maestros franceses, cuyo más insigne representante fue tal vez Léon Duguit y que en la época presente subsiste y se manifiesta en la corriente que ha introducido en la enseñanza de las escuelas de derecho de Francia, la disciplina que se denomina, *Estudio de las instituciones y de los hechos sociales* (véanse, como ejemplos, los libros siguientes: Jacques Ellul: *Histoire des Institutions*; Maurice Duverger: *Droit Constitutionnel et institutions politiques*; Jean Imbert, Gérard Sautel y Marguerite Boulet-Sautel: *Histoire des institutions et des faits sociaux*); esta posición explica a las constituciones en función y como un reflejo fiel de las realidades sociales, con lo que priva al derecho de su momento ideal y de su función integradora de la vida social. La segunda manifestación del positivismo jurídico es *la teoría pura del derecho o formalismo jurídico*, actualmente representada por Hans Kelsen, el jefe de la antigua Escuela Vienesa y por el distinguido internacionalista austriaco y doctor honoris causa de la U.N.A.M. Josef L. Kunz, doctrina que se reduce a ser una teoría formal del conocimiento jurídico y que es, en consecuencia, impotente para explicar la naturaleza y función de las constituciones. La teoría realista de las constituciones y su denominación misma lo expresa, no cae en el vicio opuesto al positivismo jurídico, esto es, no pretende explicar a las constituciones de los pueblos como normas derivadas de un derecho natural racional o como providencias emanadas de una voluntad divina.

Cada constitución es una expresión dialéctica, por una parte, de las realidades sociales, económicas, políticas y culturales de cada nación y, por otra parte, de las aspiraciones mo-

rales y jurídicas de los hombres en una cierta época de su historia. Una constitución es, ciertamente, expresión de las realidades sociales y en ellas encuentra su base y su ser y sus posibilidades de realización, pero no es una expresión simple de las respectivas realidades sociales, pues, si solamente fuera eso, se convertiría en una fuerza estática y, como tal, obstructora de la vida y, especialmente, de la evolución y del progreso sociales. Por razones diversas, tampoco es comprensible una constitución como un ideal moral y jurídico, independiente de la realidad a la que debe regir, según pudieron creerlo los teóricos del derecho natural del *Iluminismo*, porque, en este supuesto, se haría de ella una utopía y se la conduciría al fracaso. Una constitución, según la feliz expresión de Hermann Heller, "no puede concebirse sino como un ser al que dan forma las normas"; esto es, *una constitución es una normación de las realidades sociales, económicas, políticas y culturales de una comunidad humana*. Ahora bien, el ser social no es simple naturaleza sujeto a la ley de causalidad, no es una comunidad infrahumana, como el mundo de las abejas o el de las hormigas, *es vida en común orientada a la realización de propósitos, fines y valores*; el ser social es las realidades materiales y culturales que envuelven la vida de los hombres; en consecuencia, la constitución, como normación total del ser social, *es la normación de las realidades materiales, económicas y políticas de cada comunidad, normación basada en las realidades culturales de la propia comunidad*, las que, a su vez, *son la suma de los valores morales y jurídicos a que aspiran los hombres*. Se comprenderá ahora fácilmente que en la constitución y en el orden jurídico se conjuguen los dos mundos dentro de los cuales se mueve el hombre, la naturaleza y la cultura.

La Constitución de 1824 y con esto regresamos al tema que inicia estas reflexiones, es un ejemplo vivo para *la teoría realista de las constituciones*: fue, dice Reyes Heróles, un documento de transacción, lo que, en nuestro concepto y atentas las páginas de *La sociedad fluctuante*, equivale a sostener que fue la resultante de los intereses en juego al consumarse nuestra independencia, intereses que estuvieron representados por las clases sociales, que tan clara y minuciosamente describió Reyes Heróles. Inspirándonos en los escritos de Hermann Heller, queremos recordar la célebre conferencia de Fernando Lassalle, de la que debe decirse que está en la base de toda la teoría contemporánea

del estado y de su constitución: *una constitución, para merecer ese apelativo y constituir la ley fundamental del estado, ha de ser la armonía de los factores reales de poder de la colectividad y no es el papel escrito o documento constitucional que los contradice*, pues, explicaba el *duelista*, si una constitución pretendiera suprimir los privilegios del rey, de la nobleza o de los banqueros (Lassalle se refería al Estado prusiano), saldrían los cañones de los cuarteles a pasearse por las calles de las ciudades. La narración del desventurado socialista alemán parece escrita para iluminar la historia de México: en efecto, y para señalar un solo episodio, los cañones franceses se pasearon por las ciudades y los campos de México en defensa de los privilegios de las clases propietarias. Para precisar el sentido transaccional de la Constitución de 1824, Reyes Heróles transcribe la frase de Luis G. Cuevas: la Carta Magna de 1824 reveló "la lucha obstinada del mundo nuevo con el antiguo"; hablando de este problema nos permitimos escribir en alguna ocasión: "Podría caracterizarse la época como la oposición entre la estructura de la colonia y el mundo nuevo de América, o bien, como la oposición entre el hombre que venía y creía poder continuar viviendo en la colonia y el hombre americano, que pugnaba por ser libre y construir su mundo en el horizonte infinito de su paisaje de libertad. Era la oposición entre un pasado que pretendía una historia estática y el hombre nuevo, que sostenía que la historia es vida y, consecuentemente, un devenir perpetuo, a la manera de Heráclito, como un río cuyas aguas son eternamente distintas". Y Reyes Heróles agrega, con su inigualable precisión, que los términos de la oposición eran, de un lado, la aspiración a la igualdad y a la libertad y la idea federal como garantía de esos principios y, del otro lado, la defensa de los fueros y de los privilegios. Fue una lucha, desprendemos del tomo segundo del *Liberalismo Mexicano*, de la *clase media*, cuya composición y origen apuntamos en líneas anteriores, en contra de las clases propietarias y privilegiadas de la sociedad.

Juzgamos altamente ilustrativo y novedoso el anterior planteamiento del problema, pues muestra que la clase hacendadora de la historia de México no ha sido la burguesía, sino ese grupo abigarrado y pintoresco que va del clero bajo al comerciante y al que llamó Reyes Heróles, *la clase media*: es el grupo que en el pensamiento y en la acción de Morelos representó el auténtico deseo de independencia de los hombres y la idea de la

justicia social, fuente esta última de nuestras tres grandes revoluciones: 1810, 1854 y 1910. Y nos enseña también el libro de nuestro excelente escritor y amigo, que el problema de México, ahora, como entonces, es la desigual distribución de la renta nacional y el abandono en que viven las clases no propietarias.

La generación de la independencia tuvo conciencia de que su obra era incompleta y de que había sacrificado una parte considerable de las aspiraciones del mundo nuevo a cambio de una posible organización política y de la paz social. Nuevamente nos viene a la memoria la conferencia de Fernando Lassalle: las fuerzas privilegiadas que venían de la colonia aceptaron que en la Constitución figuraran los principios teóricos fundamentales del constitucionalismo de la época —la doctrina de la soberanía del pueblo, la idea de la representación, el reconocimiento de los derechos del hombre y del ciudadano y la teoría de la división de los poderes—; admitieron también los conservadores, después de un brillante torneo oratorio y merced a la presión de las fuerzas nuevas de las provincias, que se adoptara el principio federativo para la organización del estado, solución que representaba en aquellos momentos para el hombre nuevo de México, la garantía de la libertad frente a un poder que siempre fue centralista y absoluto. Pero, igual que hicieron la nobleza territorial y los banqueros prusianos, las clases privilegiadas se inscribieron en la constitución, imponiendo la intolerancia religiosa, el respeto a las propiedades de los particulares y de la iglesia y los fueros eclesiástico y militar.

En la mente de la generación de la independencia y no obstante la transacción con las fuerzas de la colonia, la Constitución de 1824 fue concebida como un cauce sobre el cual se desenvolverían suavemente las fuerzas progresistas de la nación mexicana. Reyes Heróles explica esta situación de manera insuperable:

La constitución era una forma que iba a contribuir a la modificación de la realidad. Por eso Otero habla de los males del país a pesar de la constitución. Además, la constitución iba a ser, con palabras de Ponciano Arriaga, la escuela política de los hombres públicos de México. Era una forma nueva que al no poder suprimir las fuerzas antiguas, las debilitaba, acercando el surgimiento de las sustitutas. Por ello, la constitución se mantenía entre el privilegio y la igualdad, al consignar los fueros del clero

y del ejército. Pero se creía que el pensamiento, expresado mediante la libertad de imprenta, y el federalismo, ayudarían a las fuerzas nuevas y que éstas enterrarían a las antiguas; por este concepto, la constitución venía a ser auxiliar para el nacimiento de la nueva sociedad.

Fue tal vez una generación romántica, que creyó en la bondad de los hombres y en la consecuente evolución progresista de la sociedad. Los acontecimientos que se sucedieron entre 1824 y 1867 demostrarían que las clases privilegiadas estaban decididas a mantener sus privilegios por medio de las armas y que cualquier transacción con ellas estaba destinada al fracaso.

El desentrañamiento del sentido y de la función que el grupo liberal asignó a la Constitución de 1824 y la misión que el propio grupo liberal se proponía cumplir, es otro de los grandes aciertos de *La sociedad fluctuante*; en él se encierra otro de los temas centrales de *la teoría realista de las constituciones*: la nueva doctrina, que deriva principalmente de las ideas de Fernando Lassalle, fue desarrollada magistralmente por el antiguo catedrático de la Universidad de Berlín, Rudolf Smend, en el famoso libro, *Verfassung und Verfassungsrecht: la esencia de una constitución está, no en las normas que determinan la estructura y actividad del estado, sino en las fuerzas reales de la sociedad integradoras de la vida estatal*: "El positivismo y formalismo jurídicos conciben a la constitución como el orden impuesto por la voluntad creadora de una comunidad y como la posición jurídica de los hombres respecto de los órganos comunales; y a la constitución del estado, como el ordenamiento jurídico relativo a los órganos estatales, a su estructura, a sus relaciones y a la posición de los particulares frente al poder público. La constitución, según estas doctrinas, dota al estado de órganos, le otorga capacidad de querer y de actuar y, consecuentemente, le reviste de personalidad jurídica". Pero esta corriente doctrinal acerca de la constitución se mantiene en la superficie, atiende únicamente al aspecto externo de la constitución y no penetra al fondo del problema. En el libro, *Die parlamentarische Regierung*, sostuvo el jurista alemán Redslob, continúa explicando y citando el profesor Smend, que "el problema último de una constitución, o sea, la fijación de su sentido profundo, se encuentra en *la ley interna* que da al organismo su impulso y regula el trabajo armónico de sus diversos elemen-

tos"; y Erich Kaufmann agregó en su obra, *Die Regierungsbildung*, que "el derecho constitucional vivo debe buscarse en las fuerzas sociológicas reales, en el juego permanente pero siempre renovado de los parlamentos y de los partidos políticos, juego que es el verdadero creador de la manera de ser y de las transformaciones del derecho constitucional". Lo que el positivismo y formalismo jurídicos llaman la constitución, es una simple forma jurídica, es el marco dentro del cual se desenvuelven las fuerzas sociológicas integradoras de la vida social y estatal, que son las que, en el proceso permanente de renovación de la vida social, integran en cada momento histórico la constitución real del estado. Según Smend, la constitución real de una comunidad es el proceso de integración del grupo humano, es una fuerza viva que dota al estado de su fisonomía y a los hombres y a la nación de un estilo particular de vivir. El proceso de integración de las fuerzas sociológicas, factores reales de poder, puede desembocar en el equilibrio de dichos factores o en el predominio de uno de ellos y en la eventual destrucción de los restantes, originándose así los regímenes democráticos, clasistas o totalitarios; cuando el proceso de integración alcanza un grado de equilibrio y cuando se realizan los valores culturales históricos, deviene temporalmente estático y permanente, hasta tanto aparecen nuevas fuerzas sociológicas que vigorizan, con mayor o menor intensidad, el proceso de integración.

La Constitución de 1824 corresponde íntegramente a las anteriores ideas y el libro de Reyes Heróles resalta sus características: fue un documento de transacción, por lo que y según las explicaciones que anteceden, pretendió ser, como dice Carlos Schmitt, la sinfonía de las fuerzas sociales activas, pero recogió las aspiraciones morales y jurídicas de la generación de la independencia, las que coincidían con los ideales de libertad y de igualdad, fundamentos del constitucionalismo que surgió de los principios e ideas que inspiraron a la Revolución Francesa. Esta representación de los ideales del hombre mexicano de principios del siglo XIX es lo que hizo que la Constitución deviniera una fuerza activa en el proceso de integración de nuestro pueblo: el valor de la Constitución no radica en el orden público que pretendió imponer, sino en constituir la expresión normativa del mundo nuevo, de una fuerza integradora que habría de luchar medio siglo para imponerse en la Constitución de 1857 y en las Leyes de Reforma. También la Carta Magna de 1857 fue un

documento de transacción y como su antepasada, fue prontamente desconocida, pero en 1857, el mundo nuevo pudo imponerse a la colonia.

La sociedad fluctuante, tomo segundo del *Liberalismo Mexicano*, es el relato apasionado y dramático de aquellos acontecimientos.

LA ETAPA MADERISTA DE LA REVOLUCIÓN¹

Por *Jesús SILVA HERZOG*

EL 24 de junio de 1908, en la población de Viesca, Coah., Benito Ibarra acompañado de unos cuantos individuos se levantó en armas en contra del gobierno de Don Porfirio. Dos días después hacía lo mismo Antonio de P. Araujo en las Vacas, lugar perteneciente también al Estado de Coahuila; mas el movimiento armado de mayor importancia fue el del 1º de julio en Palomas, Chih., capitaneado por Enrique Flores Magón, José Inés Salazar, Praxedis Guerrero y Francisco Manrique. Todos estos levantamientos obedecieron a planes del Partido Liberal y se apoyaban en los principios del manifiesto de San Luis Missouri. Pero probablemente fueron prematuros. El país no estaba aún preparado para la revolución y fueron fácilmente sofocados por las tropas del Gobierno.

Dos años más tarde, el 4 de junio de 1910, la población de Valladolid, Yuc., fue teatro de muy graves sucesos. Los habitantes ya no pudieron soportar los malos tratos y las arbitrariedades del Jefe Político, Luis Felipe Regil; y encabezados por Miguel R. Ponce y Claudio Alcocer se apoderaron de la población en actitud francamente rebelde y asesinaron a Regil. Fue menester enviar tropas en gran número para recobrar la plaza, lo cual sólo pudo conseguirse después de una verdadera batalla.

Gabriel Leyva, también a mediados de 1910, se levantó en armas en el Estado de Sinaloa. Su lucha por conquistar la libertad solamente duró unas pocas semanas. Fue vencido en un combate por las fuerzas federales y desde luego pasado por las armas.

Los hechos a que se hace referencia ponen de relieve el

¹ El autor de este artículo divide la historia de la Revolución Mexicana en 4 etapas: la maderista, la constitucionalista, la lucha de las facciones y los gobiernos revolucionarios.

creciente descontento que reinaba en la nación a fines de la primera década del siglo. Las causas de tal descontento las explicaba Blas Urrea,² ilustre escritor político, en un artículo publicado en *La Opinión de Veracruz* en el mes de abril de 1911, en la forma siguiente:

"El caciquismo: o sea la presión despótica ejercida por las autoridades locales que están en contacto con las clases proletarias, y la cual se hace sentir por medio del contingente, de prisiones arbitrarias, de la ley fuga, y de otras múltiples formas de hostilidad y de entorpecimiento a la libertad del trabajo.

"El peonismo: o sea la esclavitud de hecho o servidumbre feudal en que se encuentra el peón jornalero, sobre todo de enganchado o deportado al sureste del país, y que subsiste debido a los privilegios económicos, políticos y judiciales de que goza el hacendado.

"El fabriquismo: o sea la servidumbre personal y económica a que se halla sometido de hecho el obrero fabril, a causa de la situación privilegiada de que goza en lo económico y en lo político el patrón, como consecuencia de la protección sistemática que se ha creído necesario impartir a la industria.

"El hacendismo: o sea la presión económica y la competencia ventajosa que la gran propiedad rural ejerce sobre la pequeña, a la sombra de la desigualdad en el impuesto, y de una multitud de privilegios de que goza aquélla en lo económico y en lo político y que produce la constante absorción de la pequeña propiedad agraria por la grande.

"El científicismo: o sea el acaparamiento comercial y financiero y la competencia ventajosa que ejercen los grandes negocios sobre los pequeños, como consecuencia de la protección oficial y de la influencia política que sus directores pueden poner al servicio de aquéllos.

"El extranjerismo: o sea el predominio y la competencia ventajosa que ejercen en todo género de actividades los extranjeros sobre los nacionales, a causa de la situación privilegiada que les resulta de la desmedida protección que reciben de las autoridades y del apoyo y vigilancia de sus representantes diplomáticos".

Blas Urrea veía con bastante claridad los problemas que agitan a la República y la necesidad urgente de resolverlos. Y como el gobierno porfirista no se daba cuenta de lo que estaba

² Anagrama del Lic. Luis Cabrera.

sucediendo, no conocía la realidad imperante, la revolución fue inevitable.

EN cuanto se imprimió el Plan de San Luis³ fue enviado por correo de San Antonio, Tex., a diferentes lugares de México y a los más adictos partidarios de Don Francisco I. Madero y de la idea de organizar un movimiento armado para derrocar al régimen porfirista. Por supuesto que el gobierno se dio cuenta bien pronto de los planes sediciosos de Madero y de sus asociados, por lo cual comenzó a tomar precauciones y a vigilar de cerca a los más conocidos partidarios del antirreleccionismo. El 13 de noviembre fueron aprehendidos en la capital de la República algunos de los más destacados maderistas. Sin embargo, desde mediados de octubre iban a San Antonio, Tex., a recibir instrucciones de Madero numerosos correligionarios que regresaban a diferentes lugares del país a organizar la lucha armada. Por aquellos días de fines de octubre y principios de noviembre, Madero, sus familiares y amigos, según lo refirió más tarde el Licenciado Roque Estrada, estaban llenos de optimismo en cuanto al éxito de la revolución. El propio Madero, por ejemplo, creía que en dos semanas se alcanzaría la victoria en todo el territorio nacional.

El 18 de noviembre, dos días antes del señalado en el Plan de San Luis para el levantamiento general, sucedió algo muy grave en la ciudad de Puebla, al presentarse el jefe de la policía, Miguel Cabrera, acompañado de varios policías en la casa del señor Aquiles Serdán, conocido y muy destacado dirigente maderista. Cabrera, pistola en mano, quiso penetrar en la casa para practicar un cateo, pues tenía noticias de que allí se ocultaban buenas cantidades de rifles y parque; y como esto era cierto y Aquiles Serdán se hallaba por lo tanto seriamente comprometido, como estaba resuelto a levantarse en armas el día 20, de seguro pensó que había que iniciar la lucha desde luego y que además ya no le quedaba ningún otro camino. Rifle en

³ En este Plan, Francisco I. Madero desconoce al Gobierno del General Porfirio Díaz e invita al pueblo a levantarse en armas contra el régimen. Las metas a conquistar, según el mismo Plan, son el sufragio efectivo y la no reelección. Además en uno de los párrafos de dicho Plan se habla de devolver a los pueblos las tierras de que por diversos medios ilegales se habían apoderado los grandes terratenientes.

mano se encaró a Cabrera y lo mató de un certero balazo en la frente. Poco después comenzó una verdadera pequeña batalla que duró alrededor de cuatro horas. Un batallón completo atacó la casa de Serdán, defendida por un puñado de valientes. Se refirió entonces que hasta las mujeres participaron en la lucha, cargando los rifles y animando a los varones. Se les agotó al fin el parque y tuvieron que rendirse. Al entrar los soldados a la casa, con toda clase de precauciones, solamente encontraron a unas cuantas mujeres; los hombres habían muerto; pero no estaba entre los cadáveres el jefe de la casa. Al día siguiente en la madrugada al salir Aquiles Serdán de un escondite cavado en el piso de la sala, fue asesinado por el soldado que estaba de guardia en la habitación. Así, en la lucha heroica en el centro del país comenzó la Revolución Mexicana, la revolución que iba a transformar profundamente en breve plazo histórico, la fisonomía de una nación en múltiples aspectos de su vida social.

EN el libro de López Portillo y Rojas titulado *Elevación y Caída de Porfirio Díaz*, se lee que "llegó el 20 de noviembre y el pueblo mexicano parecía no responder al llamado de Madero. Esta primera desilusión abatió profundamente el ánimo de la familia (Madero), quien creyó que todo estaba perdido, y hasta llegó a resolver en consejo, que Francisco I. saliera para Cuba; y los oficiales que rodeaban a Madero fueran despedidos". Lo que ocurrió fue que las noticias de los levantamientos en Chihuahua llegaron a San Antonio, Tex., donde se había refugiado el Caudillo, hasta los primeros días de diciembre. Inmediatamente renació el optimismo y los recursos de la mayor parte de la acaudalada familia Madero se invirtieron en la aventura revolucionaria. Desde luego se organizaron nuevas expediciones y se hicieron compras de armas y parque, para lo cual se contó con el disimulo de las autoridades norteamericanas, que ya no veían con simpatía al gobierno de Don Porfirio. Esto, como siempre, a causa de que tal gobierno no se mostraba dócil a los deseos de la Casa Blanca.

Abraham González fue quien organizó los levantamientos armados en Chihuahua. El 20 de noviembre se levantó Pascual Orozco en San Isidro; José de la Luz Blanco en Santo Tomás; Francisco Villa en San Andrés, muy cerca de la capital del Es-

tado; y un día después Guillermo Baca se apoderó de la importante población de Parral, la que tuvo que abandonar al día siguiente por la superioridad de las fuerzas federales que marcharon a recuperar la plaza. Por aquellos mismos días hubo otros levantamientos de menor importancia en los Estados de Coahuila y Durango.

Al principio los cabecillas revolucionarios, gente desconocida y por consiguiente sin ningún prestigio en el país, se hallaban acompañados solamente de unos cuantos hombres, por lo que el gobierno creyó fácil tarea acabar con ellos en breve plazo como había ocurrido en casos anteriores; pero en esta ocasión todo iba a desenvolverse de modo distinto, porque se habían creado ya las condiciones favorables al movimiento revolucionario. Los pequeños grupos de Pascual Orozco, José de la Luz Blanco, Francisco Villa y otros, fueron creciendo cada día con excelentes tiradores y buenos jinetes hasta formar guerrillas que solían derrotar a las tropas de línea. En Pedernales, Ciudad Guerrero y Mal Paso, los revolucionarios obtuvieron las primeras victorias de significación. En Mal Paso, un soldado orozquista de caballería, en lo más reñido del combate, penetró en el campo enemigo a carrera tendida y lazó una metralladora, que fue la primera que utilizaron los alzados.

Entre los meses de enero y febrero de 1911, hubo otros levantamientos en diferentes lugares de la nación. Luis Moya se levantó en armas en las cercanías de Nieves, Zac., y después de una breve y brillante carrera militar murió al atacar la población de Sombrerete del mismo Estado.

La campaña en contra de los alzados de Chihuahua la dirigía desde la capital de la República, por enfermedad del Presidente, su hijo el Teniente Coronel Porfirio Díaz, asesorado por sus amigos, militares del mismo o de menor grado, sin experiencia y sin conocimiento del terreno en que se desarrollaban las operaciones militares. Por supuesto que se cometieron con frecuencia serios errores que aprovecharon las guerrillas revolucionarias.

El 14 de febrero por un punto no lejos de Ciudad Juárez, entró a territorio nacional el señor Francisco I. Madero, acompañado de algunos de sus partidarios. La noticia se extendió rápidamente y produjo animación y entusiasmo en las filas rebeldes. Semanas después, el 6 de marzo, Madero con sus mejores tropas atacó la importante plaza de Casas Grandes la cual

estuvo a punto de ser tomada si no hubiera sido por la llegada de refuerzos al mando del General Samuel García Cuéllar. Los revolucionarios sufrieron la primera seria derrota. Madero estuvo a punto de ser aprehendido, pero logró escapar y retirarse en orden con el resto de su diezmada tropa. El General García Cuéllar recibió un balazo en una mano, siendo necesario amputársela desde luego. No obstante, no quiso entregar el mando a su segundo, el Coronel Eguía Liz. Esto originó larga discusión y pérdida de tiempo. Si esto no hubiera sucedido, piensa el Licenciado Ramón Prida, Madero hubiera caído en poder de las tropas federales, se hubiera consumado la derrota de los alzados y ese día tal vez hubiera terminado la revolución. No estamos de acuerdo con la opinión del señor Prida. Todo eso que dice pudo haber sucedido: aprehensión de Madero y completa derrota de los maderistas. Hasta podemos suponer algo más: que Madero hubiera sido fusilado. Pues bien, ni en ese caso extremo hubiera terminado la revolución. Lo episódico hubiera sido distinto pero no se hubiera modificado en lo fundamental el cauce del río caudaloso de la historia; porque cuando hay un desajuste en la vida social de un pueblo, y eso pasaba precisamente en México, existen fuerzas que actúan para restablecer el equilibrio perdido. El caudillo es secundario, que si perece en la lucha, siempre aparecerá un nuevo caudillo para ocupar su puesto.

UN episodio que no debe pasar inadvertido en este breve relato, es la invasión de Baja California a fines de enero de 1911, por un grupo de mexicanos, norteamericanos y de otras nacionalidades, capitaneados por Ricardo y Enrique Flores Magón. Este movimiento no tenía ninguna conexión con los maderistas de Chihuahua y de otras entidades federativas; fue del todo independiente y obedeció a ideas un tanto curiosas, profundamente radicales, mezcla de socialismo y anarquismo. No pocos mexicanos, tanto partidarios del gobierno como de los revolucionarios de Madero, se alarmaron al recibir la noticia de la toma de Mexicali por los magonistas —llamémosles así— más que por otra causa por el temor a la acción de los Estados Unidos. Los magonistas tomaron también Tijuana; pero días después fueron completamente derrotados por las tropas del señor Celso Vega, Jefe Político de Ensenada, y así concluyó en pocos

días la tentativa de fundar un nuevo Estado independiente en América.

Por otra parte, veinte mil soldados americanos se movilizaron sobre la frontera con México. El gobierno de Díaz pidió el retiro de esas tropas. Washington no lo hizo y dio la pueril explicación de que se trataba simplemente de maniobras militares periódicas. El hecho influyó psicológicamente tanto en el ánimo de los porfiristas como en el de los revolucionarios, y explica en parte el desarrollo de los acontecimientos posteriores. El recuerdo de 1847... la sombra trágica de los Estados Unidos proyectándose una vez más sobre el territorio de México, sobre el corazón de un pueblo en lucha por conquistar un poco de pan y un poco de libertad.

EN el curso del mes de marzo se lanzan a la lucha en el Estado de Morelos, Torres Burgos y los hermanos Zapata. El primero muere apenas iniciada la campaña. En Guerrero también se aprestan a la lucha armada Ambrosio Figueroa, Juan Andrew Almazán y José I. Lugo. En otras partes hay otros brotes revolucionarios. El ejército federal comienza a no darse ya tiempo para combatir tantos focos de sedición y cada día empeora más la situación militar del Gobierno. El 16 de marzo se expide un decreto suspendiendo las garantías individuales a lo largo y a lo ancho del territorio nacional.

Mientras tanto en Nueva York, de regreso de Europa, el señor don José Ives Limantour, Ministro de Hacienda del régimen porfirista, conferencia con el doctor Vázquez Gómez, con Don Venustiano Carranza y con algunos de los miembros de la familia Madero. Limantour, como es bien sabido, era la persona más influyente en el Gobierno, desde hacía por lo menos cinco lustros. El objeto de esas conferencias no fue otro que el de cambiar impresiones acerca de los medios para restablecer la paz. Limantour tenía miedo a la intervención armada de los Estados Unidos y lo mismo los del bando opuesto. Había que hacer la paz a toda costa; había que poner a salvo la integridad del territorio y la soberanía de la República. De modo que poco a poco se fue creando una psicosis pacifista entre buen número de los principales miembros del gobierno y de la revolución.

Todo parece indicar que a mediados del mes de marzo, ni

Madero ni Vázquez Gómez juzgaban indispensable la renuncia del viejo dictador para hacer la paz. En cambio, según Manuel Calero, para él, como para muchos, Limantour llegó a México en marzo de 1911, con el bien definido propósito de sacrificar al general Díaz. Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que bien pronto se hizo sentir la presencia del Ministro de Hacienda en la capital de la República. El general Díaz, viejo y achacoso, había cumplido sus 80 años, ante la gravedad de la situación se dejó guiar por los consejos de aquél. "El Presidente —dice el mismo Calero— ya no tenía conciencia cabal de sus actos". Y agrega: "la conducta de Limantour no sólo fue torpe, sino falaz y traicionera". Todos convienen en que desde su regreso de Europa, Limantour abandonó a su suerte al grupo científico, del que había sido jefe durante largos años, y que muchos de sus actos por aquellos días dramáticos resultaban oscuros e inexplicables para sus amigos más cercanos. La explicación de que el Ministro de Hacienda abandonara a su suerte a los llamados científicos, quizá se encuentra en los compromisos contraídos con don Bernardo Reyes en París, franco enemigo de aquéllos.

EL 24 de marzo el General Díaz hace cambios importantes en su Gabinete, probablemente para facilitar las negociaciones de paz en proyecto y de acuerdo con el señor Limantour. El viejo león con el peso de los años había perdido su bravura y su decisión. El nuevo gabinete quedó formado de la manera siguiente: Relaciones, Francisco León de la Barra; Gobernación, Miguel Macedo, con el carácter de Subsecretario Encargado del Despacho; Justicia, Demetrio Sodi; Instrucción Pública, Jorge Vera Estañol; Fomento, Manuel Marroquín y Rivera; Comunicaciones, Norberto Domínguez; y en Hacienda y en Guerra quedaron los mismos: Limantour y González Cosío, respectivamente. No todos los hombres nuevos superaban a los antiguos. En algunos casos eran notoriamente inferiores como en el Ramo de Instrucción Pública. Entre el Maestro Justo Sierra y el Abogado Vera Estañol había una enorme distancia a favor de aquél. Esto se ve hoy con mayor claridad que entonces; porque mientras la personalidad de uno ha crecido, la del otro se ha achicado de tal modo que ya apenas se advierte en el mapa de la vida social. Sierra había tenido dificultades

y discusiones un tanto agrias con el Ministro de Hacienda a propósito de problemas educacionales, en relación con el presupuesto de egresos. El educador y el hacendista no se entendían del todo bien; tenían opiniones divergentes en cuestiones fundamentales. Limantour creía que la inversión de capitales extranjeros en México nos traería el bienestar y la felicidad; Sierra pensaba que tales inversiones eran peligrosas porque nos subordinaban a otros países y a la larga podría comprometer la independencia nacional. Y a Limantour se le presentó la oportunidad de deshacerse de un colega molesto, indeseable y peligroso.

El hecho de que quedara al frente de la Secretaría de Guerra y Marina el anciano general González Cosío, se explica porque Don Porfirio no aceptó a última hora al General Bernardo Reyes, que había sido propuesto por Limantour. Reyes y Limantour, antiguos adversarios políticos, se habían reconciliado al encontrarse en más de una ocasión en la capital de Francia. Lo que sí aceptó el Presidente Díaz fue que al general Reyes se le llamara de Europa con el propósito de encargarlo de la campaña en contra de los revolucionarios. Así se hizo cablegráficamente, pero como los acontecimientos se precipitaron se le ordenó que esperara en La Habana hasta nueva orden. Cuando Reyes pisó tierra mexicana la revolución en su etapa maderista había triunfado.

El 1º de abril, acompañado de su nuevo y flamante Gabinete, el General Díaz se presentó a leer su informe ante el Congreso de la Unión. Lo más importante, más todavía, lo más sensacional de tal documento político, fue el anuncio de que muy en breve se enviaría a las Cámaras un proyecto de ley para hacer efectivo el sufragio y para establecer el principio de la no reelección. Con esta medida el General Díaz trató de arrebatar la bandera de lucha a los revolucionarios. De seguro fue demasiado tarde. Don Porfirio había perdido ya la confianza de la nación y los efectos de la medida fueron enteramente contrarios a lo que él y sus más cercanos consejeros esperaban. La actividad revolucionaria continuó con mayor vigor y mayor decisión.

DESDE comienzos de abril iniciaron gestiones de paz los señores Oscar Braniff y Toribio Esquivel Obregón, celebrando

entrevistas con personas destacadas de la familia Madero. Esquivel Obregón y Braniff aseguraban por aquellos días que obraban por cuenta propia, sin ninguna representación oficial; mas la verdad no era ésa; la verdad era que habían sido enviados por el Ministro Limantour. El Doctor Vázquez Gómez sostuvo la opinión de que no debían llevarse a cabo pláticas sobre arreglos de paz sino tan sólo con representantes del gobierno formalmente acreditados, con lo cual sería posible obtener de los Estados Unidos el reconocimiento de la beligerancia, es decir, algo así como la legitimidad desde un punto de vista internacional del movimiento revolucionario.

Mientras tanto Madero reúne todos sus elementos de combate y se aproxima a la población fronteriza de Ciudad Juárez, con el propósito de atacarla. Avanza con la gente de Pascual Orozco, Francisco Villa, José de la Luz Blanco, Marcelo Caraveo, José Inés Salazar, Emilio Campa y un tal José Garibaldi, descendiente, según se decía entonces, del gran héroe italiano. Total: muy cerca de tres mil hombres. Esto alarma al gobierno porfirista de igual manera que al Doctor Vázquez Gómez y a otros revolucionarios. Lo de siempre: el temor a los Estados Unidos.

Ya frente a Ciudad Juárez las fuerzas revolucionarias, firman un armisticio el señor Madero y el General Juan Navarro, defensor de la plaza. Inmediatamente principian las negociaciones de paz. El Gobierno del General Díaz nombra su representante al Lic. Francisco Carvajal y el Jefe de la Revolución al Doctor Vázquez Gómez, al Lic. José María Pino Suárez y a Francisco Madero, padre. Después de varios días fracasan las negociaciones, el último día del armisticio termina el 6 de mayo.

El caudillo de la Revolución, según nuestro parecer y otras opiniones, tuvo siempre grandes simpatías por Limantour y creía que era indispensable su permanencia en la Secretaría de Hacienda. Además, cuando comenzaron las conversaciones de paz, no pensaba que fuera necesaria la renuncia del General Díaz. Vázquez Gómez sostuvo parecer contrario. A su juicio no debía firmarse la paz sin la renuncia del autócrata y sin que quedara definitivamente fuera del gobierno don José Ives Limantour. El parecer de Vázquez Gómez prevaleció y por eso se rompieron las negociaciones. El 7 de mayo, el Ge-

neral Porfirio Díaz expidió un manifiesto dirigido al pueblo de México. En los dos primeros párrafos se lee lo siguiente:

"La rebelión iniciada en Chihuahua, en noviembre del año próximo pasado, y que paulatinamente ha ido extendiéndose, hizo que el Gobierno que presido acudiese, como era su estricto deber, a combatir en el orden militar el movimiento armado.

"Entre tanto la opinión pública se uniformó demandando determinadas reformas políticas y administrativas. A fin de satisfacerlas tuve el honor de informar al Congreso de la Unión el 1º del mes próximo anterior, que era mi propósito iniciar o apoyar las medidas que reclamaba la nación. Sobreponiéndome al cargo que se me puede hacer de no obrar espontáneamente, sino bajo la presión de la rebelión armada, es público y notorio que he entrado de lleno en el camino de las reformas prometidas. La iniciativa de no reelección del Presidente y Vicepresidente de la República y de los Gobernadores de los Estados, apoyada moralmente por el Ejecutivo de la Unión, ha sido aprobada por la Cámara popular y está a punto de serlo por el Senado de la República; el estudio de una nueva ley electoral que haga efectivo el sufragio del pueblo, acomodándose a nuestro medio social y eliminando hasta donde sea posible la intervención de la autoridad pública, está ya concluido y en breve se someterá a la deliberación de las Cámaras, lo mismo que un proyecto de ley sobre las responsabilidades de los funcionarios judiciales, y otro sobre fraccionamiento de terrenos".

Tardíamente el Gobierno de Porfirio Díaz se había dado cuenta de algunas de las necesidades y aspiraciones del pueblo mexicano, que debieron haberse satisfecho años antes para evitar la guerra civil y sus consecuencias lamentables de pérdida de vidas y de riqueza.

En el párrafo final del Manifiesto se expresa: "El Presidente de la República que tiene el honor de dirigirse al pueblo mexicano en estos solemnes momentos, se retirará del Poder cuando su conciencia lo diga: que al retirarse no entregue el Poder a la anarquía, y lo hará en la forma decorosa que conviene a la Nación, y como corresponde a un mandatario que podrá, sin duda, haber cometido muchos errores, pero que también ha sabido defender a su patria y servirla con lealtad. El fracaso de las negociaciones de paz tal vez traerá consigo la renovación o la recrudescencia en la actividad revolucionaria. Si por desgracia fuese así, el Gobierno, por su parte, redoblará

sus esfuerzos contando con la lealtad de nuestro heroico ejército, para someter a la rebelión dentro del orden; mas para conjurar pronto y eficazmente los inminentes peligros que amenazan nuestro régimen social, y la autonomía de la Nación, el Gobierno necesita del patriotismo y del esfuerzo generoso del pueblo: cree contar con él, y con él está seguro de salvar a la Patria". De manera que el 7 de mayo de 1911, vale la pena subrayar el hecho, el General Díaz anunciaba al país que dejaría el poder cuando se lo dijera su conciencia, y anunciaba también que ante el fracaso de las negociaciones de paz en Ciudad Juárez, el Gobierno iba a redoblar sus esfuerzos para combatir a los rebeldes y someterlos al orden; pero para lograrlo y salvar a la Patria del "peligro que amenaza nuestro régimen social y la autonomía de la Nación", es decir, de la anarquía y de la intervención extranjera, el viejo caudillo reclamaba la ayuda decidida y generosa del pueblo mexicano; reclamaba a la hora del peligro la ayuda generosa y decidida de un pueblo al que él, Porfirio Díaz, había olvidado desde hacía un cuarto de siglo.

Al terminar el último día del armisticio concertado entre don Francisco I. Madero y el General Navarro, sin que hubiera sido posible llegar a ninguna resolución, las fuerzas revolucionarias rodeaban Ciudad Juárez y se hallaban en varios lugares a un tiro de fusil de los defensores de la plaza. Muy a menudo soldados del Gobierno y maderistas se gritaban palabras groseras e injuriosas. Esto, precisamente, sucedió el 8 de mayo. Las injurias subieron de tono y comenzó el tiroteo que rápidamente se fue generalizando hasta transformarse en un ataque vigoroso y por todos los rumbos a la población fronteriza. Ya nadie pudo detener el ímpetu de los soldados de uno y otro bando. Después de tres días de rudos combates, Ciudad Juárez cayó en poder de la Revolución.

Inmediatamente después de ocupada la plaza y de resolver los problemas más urgentes, el señor Madero, en su carácter de Presidente Provisional, nombró miembros de su Gabinete a las personas siguientes: Doctor Francisco Vázquez Gómez, en Relaciones; Licenciado Federico González Garza, en Gobernación; Licenciado José María Pino Suárez, en Justicia; Ingeniero

Manuel Bonilla, en Comunicaciones; y señor Venustiano Carranza, en Guerra y Marina.

El General Juan Navarro, que durante la campaña militar en contra de los revolucionarios había sido demasiado cruel fusilando en más de una ocasión a los prisioneros, era justificadamente odiado por las tropas de Orozco, de Villa y de los otros jefes maderistas. Al caer prisionero, Villa y Orozco trataron de pasarlo por las armas. Madero se opuso y a riesgo de su propia vida salvó la del General Navarro, llevándolo personalmente al lado americano, acto generoso que disgustó a los jefes de la Revolución. El disgusto fue tal que Orozco y otros jefes iniciaron un movimiento de rebeldía en contra de Madero. Éste, al saberlo, se dirigió al lugar en que se encontraban los presuntos sublevados; se dirigió a la tropa en elocuente discurso y el peligro fue conjurado. Estos actos de generosidad y de valor, de que se ocupaban los periódicos de toda la República, principalmente *El País*, diario católico dirigido por el polemista Trinidad Sánchez Santos, aumentaron de modo sorprendente la popularidad del caudillo de la Revolución. El valor y la bondad son virtudes que siempre impresionan y subyugan a los pueblos.

La victoria alcanzada por Madero y sus huéspedes en Ciudad Juárez, tuvo una importancia considerable en los acontecimientos posteriores. La opinión pública se inclinó decididamente a favor de Madero y todos los días aparecían en diferentes lugares de la nación numerosos grupos armados. El Doctor Francisco Vázquez Gómez, que se oponía al ataque a Ciudad Juárez por temor a los Estados Unidos, escribe en sus *Memorias Políticas*: "Convengo, claro está, en que la toma de Ciudad Juárez sin incidente internacional, contribuyó grandemente al triunfo de la Revolución; más por su influencia moral, que fue decisiva, que por su importancia militar". Y el miembro del grupo científico, Licenciado Ramón Prida, dice por su parte en su libro *De la Dictadura a la Anarquía*, sobre el mismo asunto: "La caída de Ciudad Juárez fue el golpe de gracia al Gobierno del General Díaz, con una sola batalla ganada, con la toma de una plaza sin importancia, como Ciudad Juárez, la Revolución iniciada en noviembre de 1910 había triunfado. No eran las armas, sino la opinión pública, la que vencía". Lo cierto es que muy pocos días después de la caída de Ciudad Juárez, se concertó otro armisticio, nada más que en esta ocasión formalmente

entre el Gobierno de Don Porfirio y la Revolución. Se nombraron los mismos plenipotenciarios y se reanudaron las pláticas para restablecer la paz.

El radicalismo y la intransigencia de Vázquez Gómez triunfó al fin sobre la opinión moderada de la familia Madero y la del jefe de la Revolución. Estos estaban conformes en que continuaran en el poder el General Díaz y su Ministro de Hacienda, mientras aquél juzgaba indispensable la renuncia de ambos para garantizar el triunfo de los ideales por los que se había luchado, por los que se habían destruido riquezas y segado numerosas vidas.

El día 21 de mayo por la noche, frente a la aduana de Ciudad Juárez, se firmó el convenio de paz que se transcribe a continuación:

"En Ciudad Juárez, a los veintiún días del mes de mayo de mil novecientos once, reunidos en el edificio de la aduana fronteriza, los señores Licenciado Francisco S. Carvajal, representante del gobierno del señor General Porfirio Díaz; Doctor don Francisco Vázquez Gómez, Francisco Madero y Licenciado don José María Pino Suárez, como representantes los tres últimos de la Revolución para tratar sobre el modo de hacer cesar las hostilidades en todo el territorio nacional, y considerando:

"I. Que el señor General Porfirio Díaz ha manifestado su resolución de renunciar la Presidencia de la República antes de que termine el mes en curso;

"II. Que se tienen noticias fidedignas de que el señor Ramón Corral renunciará igualmente la Vicepresidencia de la República dentro del mismo plazo;

"III. Que por ministerio de la ley el señor Licenciado don Francisco León de la Barra, actual Secretario de Relaciones Exteriores del Gobierno del señor General Díaz, se encargará interinamente del Poder Ejecutivo de la Unión y convocará a elecciones generales dentro de los términos de la Constitución;

"IV. Que el nuevo gobierno estudiará las condiciones de la opinión pública en la actualidad para satisfacerlas en cada Estado dentro del orden constitucional y acordará lo conducente a indemnizaciones por daños causados directamente por la Revolución;

"Las dos partes representadas en esta conferencia, por las anteriores consideraciones, han acordado formular el presente

CONVENIO

"Única. Desde hoy cesarán en todo el territorio de la República las hostilidades que han existido entre las fuerzas del gobierno del General Díaz y las de la Revolución, debiendo éstas ser licenciadas a medida que en cada Estado se vayan dando los pasos necesarios para restablecer y garantizar la tranquilidad y el orden públicos.

"Transitorio. Se procederá desde luego a la reconstrucción o reparación de las vías telegráficas y ferrocarrileras que hoy se encuentran interrumpidas. El presente convenio se firma por duplicado".

Claramente se ve que el Convenio fue una transacción entre el Gobierno y la Revolución. Blas Urrea, que conocía bien la realidad política, social y económica del país, se dirigió a Madero por medio de una carta abierta que apareció publicada en varios periódicos. La carta tiene tal significación y tales méritos, que vale la pena reproducir aquí por lo menos algunos de sus párrafos. Blas Urrea escribió: "Las revoluciones son siempre operaciones dolorosísimas para el cuerpo social; pero el cirujano tiene ante todo el deber de no cerrar la herida antes de haber limpiado la gangrena. La operación necesaria o no, ha comenzado: usted abrió la herida y usted está obligado a cerrarla; pero guay de usted, si acobardado ante la vista de la sangre o conmovido por los gemidos de dolor de nuestra patria cerrara precipitadamente la herida sin haberla desinfectado y sin haber arrancado el mal que se propuso usted extirpar; el sacrificio habría sido inútil y la historia maldecirá el nombre de usted, no tanto por haber abierto la herida, sino porque la patria seguiría sufriendo los mismos males que ya daba por curados y continuaría además expuesta a recaídas cada vez más peligrosas, y amenazada de nuevas operaciones cada vez más agotantes y cada vez más dolorosas".

Le dijo que su responsabilidad es tal que "si no acierta a percibir con claridad las reformas políticas y económicas que exige el país, correrá usted el riesgo de dejar vivos los gérmenes de futuras perturbaciones de la paz, o de no lograr restablecer por completo la tranquilidad en el país".

Blas Urrea tuvo razón al sospechar lo que sospechó. El cirujano, Don Francisco I. Madero cerró la herida precipitadamente sin extirpar la parte gangrenada; no pudo ver con claridad las reformas económicas que reclamaba el pueblo mexicano, y dejó vivos los gérmenes de nuevas y prolongadas perturbaciones.

Por otra parte, fue seguramente un serio error del Convenio de Ciudad Juárez el compromiso de licenciar las tropas maderistas contraído por los plenipotenciarios de la Revolución. Los licenciamientos, no obstante que sólo parcialmente se llevaron a cabo, produjeron hondo malestar y descontento entre los que habían arriesgado la vida para combatir al régimen porfirista, originando desde luego y poco más tarde, múltiples y graves problemas de muy difícil solución.

Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que después del triunfo de Ciudad Juárez crecieron con extraordinaria rapidez las fuerzas rebeldes y cayeron en su poder buen número de poblaciones importantes. Lógicamente la prensa de todo el país, antes gobiernista, fue dando el viraje también con rapidez extraordinaria a favor de Madero y de su causa.

EN la ciudad de México se anunció que el General Díaz y el señor Corral, presentarían las renunciaciones de sus cargos el día 24 de mayo. Las tribunas de la Cámara de Diputados se llenaron de un público expectante y entusiasta. Las renunciaciones no se presentaron y comenzaron los gritos y las protestas ruidosas y enconadas. Las gentes que ocupaban las tribunas y las que esperaban en las calles organizaron una manifestación, vitorianando a Madero y lanzando mueras al General Díaz. Varios edificios fueron lapidados. La muchedumbre a cada instante más desordenada y agresiva se dirigió al Palacio Nacional. La tropa hizo fuego y quedaron tendidos sobre el asfalto manchado de rojo doce muertos y veinte heridos.

El General Díaz no estaba resuelto a presentar su renuncia. Parece que vaciló hasta los últimos momentos. Un grupo de generales le pedía que continuara en el poder y le ofrecían ir a pelear en los campos de batalla; sus familiares, Limantour, De la Barra y Vera Estañol—según José R. del Castillo en su *Revolución Social de México*—ejercían presión en él para arrancarle la renuncia. Al fin cedió el orgullo del octogenario. Su

renuncia y la de Corral fueron presentadas el día 25. La renuncia de Corral se aceptó por unanimidad; la de Díaz se aceptó; pero hubo dos votos en contra: el de Benito Juárez Maza y el de José Peón del Valle. Hermosa actitud romántica, totalmente inútil, del uno y del otro.

La renuncia del General Porfirio Díaz a la Presidencia que ocupara durante treinta años, es un documento histórico que merece reproducirse aquí:

"El pueblo mejicano, ese pueblo que tan generosamente me ha colmado de honores, que me proclamó su caudillo durante la guerra internacional, que me secundó patrióticamente en todas las obras emprendidas para robustecer la industria y el comercio de la República, fundar su crédito, rodearle de respeto internacional y darle puesto decoroso ante las naciones amigas; ese pueblo, señores diputados, se ha insurreccionado en bandas milenarias armadas, manifestando que mi presencia en el Supremo Poder Ejecutivo es la causa de la insurrección.

"No conozco hecho alguno imputable a mí, que motivara ese fenómeno social; pero admitiendo sin conceder, que puedo ser culpable inconsciente, esa posibilidad hace de mí la persona menos a propósito para raciocinar y decidir sobre mi propia culpabilidad. En tal concepto, respetando como siempre he respetado la voluntad del pueblo, y de conformidad con el artículo 82 de la Constitución Federal, vengo ante la Suprema Representación de la Nación a dimitir el cargo de Presidente Constitucional con que me honró el voto nacional; y lo hago con tanta más razón, cuanto que para retenerle sería necesario seguir derramando sangre mejicana, abatiendo el crédito de la nación, derrochando su riqueza, segando sus fuentes y exponiendo su política a conflictos internacionales.

"Espero, señores diputados, que calmadas las pasiones que acompañan a toda revolución, un estudio más concienzudo y comprobado, hará surgir en la conciencia nacional un juicio correcto, que me permita morir llevando en el fondo de mi alma una justa correspondencia de la estimación que en toda mi vida he consagrado y consagraré a mis compatriotas".

López Portillo y Rojas al referirse a la renuncia de Don Porfirio, opina en términos nada favorables y hasta un tanto duros y apasionados. A tal respecto escribe estos dos párrafos:

"El documento fue visto con frialdad por la mayoría y pareció que no estaba a la altura de las circunstancias. El único

resultado profundo, inmenso, verdaderamente general que produjo fue el de una desbordada alegría, porque se vio en él la terminación de la lucha y el cumplimiento de un anhelo popular.

"Entretanto, Díaz y su familia habían quedado solos, enteramente solos, en su mansión de la calle de Cadena. El autócrata había engañado a los científicos, a Limantour, a sus amigos, a sus partidarios; había jugado con todo y con todos, y en la hora suprema del descenso, de la caída, no había quien se le quisiese acercar. A solas y con el mayor sigilo, arregló su salida de la capital en tren expreso, que lo condujo a Veracruz. . . De nadie se despidió, ni de sus más fieles amigos; Limantour mismo ignoró su escapatoria".

Es cierto, la renuncia no estuvo a la altura de las circunstancias; se mezclaban en ella la verdad y la mentira; el orgullo y la humildad; el reproche y el halago al pueblo que había gobernado despóticamente. Es cierto, al General Porfirio Díaz le faltó grandeza en el momento amargo de la derrota. No puede negarse que los mexicanos lo colmaron de honores pero no es cierto que lo hubieran proclamado su caudillo durante la intervención francesa. Él fue uno de los caudillos, no el único. Se vienen a la memoria los nombres de Benito Juárez, Ignacio Zaragoza, Mariano Escobedo, Santos Degollado y algunos más de primera fila, de la misma categoría que Don Porfirio. Hace notar la importancia de la obra administrativa por él realizada y finge sorpresa por la insurrección de "bandas milenarias". La última parte de la renuncia es patética. Espera confiado el juicio favorable sobre la obra realizada, y así morir llevando en el fondo de su alma la estimación de sus compatriotas. Murió en tierra extranjera el 2 de julio de 1915 y todavía espera el fallo definitivo de la historia.

El ex Presidente salió de la ciudad de México para Veracruz el mismo día 25 de mayo. Lo acompañaron su familia, el General Félix Díaz y los señores Fernando y Manuel González. La escolta que custodió el tren estuvo al mando del General Victoriano Huerta, que tan siniestro papel habría de desempeñar poco más tarde en la historia de México. Su nombramiento, según Prida, "se debió a una casualidad, pues el General Díaz jamás le tuvo confianza". El parecer de Prida nos parece correcto.

Y el hombre extraordinario que rigiera los destinos de Mé-

xico durante varios lustros; el héroe y dictador; el octogenario cargado de experiencias de gloria y de desencantos, se embarcó en el vapor *Ipiranga* rumbo a Europa el día 27 entre el aplauso, los vítores y las lágrimas del noble pueblo veracruzano. Ante la desgracia del anciano caudillo, el pueblo olvidaba los agravios sufridos y daba un claro ejemplo de generosidad.

DON FRANCISCO LEÓN de la Barra ocupó la Presidencia de la República el 26 de mayo. Su Gabinete, designado de acuerdo con Madero quedó integrado en la forma siguiente: Relaciones, Bartolomé Carbajal y Rosas; Gobernación, Emilio Vázquez Gómez; Justicia, Rafael Hernández; Instrucción Pública, Francisco Vázquez Gómez; Fomento, Manuel Calero; Comunicaciones, Manuel Bonilla; Hacienda, Ernesto Madero; Guerra y Marina, Eugenio Rascón. Solamente tres de los miembros del Gabinete eran revolucionarios. Los dos Vázquez Gómez y Bonilla. Rafael Hernández y Ernesto Madero, eran parientes del caudillo de la Revolución triunfante, pero ligados al porfiriismo. A Calero podemos clasificarlo como independiente y de ideas democráticas moderadas; a Carbajal y Rosas como diplomático de carrera y amigo de De la Barra, y a Rascón, simplemente como un viejo General.

El viaje de Madero de Ciudad Juárez a la capital de la República fue una marcha triunfal; fue vitoreado en todo el trayecto con entusiasmo delirante. El 7 de junio llegó a México a las doce treinta de la tarde. Lo esperaban cien mil personas para aclamarlo. Las muestras espontáneas, enteramente espontáneas de adhesión y cariño que le tributó el pueblo en esa ocasión, no habían tenido paralelo en la historia de México con caudillo alguno, excepción hecha quizá, en la entrada de Iturbide al frente del Ejército Trigarante, al consumarse la Independencia política de México a fines de septiembre de 1821. Y después de 7 de junio de 1910 no ha sucedido nada semejante, si se excluye la que tuvo lugar en marzo de 1938 con motivo de la expropiación de los bienes de las empresas petroleras.

Pero en medio del júbilo popular algunos hombres despechados, llenos de odio, esperaban agazapados en la sombra la hora de la venganza.

Dimensión Imaginaria

CINCO SONETOS

Por *Juan* REJANO

POR las ramas del aire sostenida,
morena anunciación, tu risa asoma
su nardo cenital: ¿una paloma
posándose en la linde amanecida?

Ya por el aura fértil sorprendida,
de lo otoñal mi mano vuela y toma
forma de labio, carnación de aroma
hacia tu breve estatua no esculpida.

Orilla del bosque de los oros
—verdes testigos, términos sonoros—,
recuerdo otra remota tarde flava

en que, clavel despierto sobre el río,
soñé una risa igual: el sueño mío,
volando hacia un balcón, se desangraba.

DE suspiro a suspiro te he creado,
nocturna espiga amada de la brisa
y a veces te me escapas, imprecisa,
por un cielo de otoño, declinado.

De silencio a silencio me has ganado,
sonido negro oculto en luna omisa,
y mi sed, de la tuya fronteriza,
como llama me quema en el costado.

De mi mano brotaste y soy yo ahora
quien a tu mano vuelve renacido
para la luz que en tus entrañas mora.

No preguntes, amor: lo que yo he sido,
allá, en lo hondo, débil niño, llora
el tiempo que pasé, sin ti, perdido.

A veces tienes el fulgor lejano
de las noches del mar: sombra y estrella.
Vigorosa la imagen, fiel la huella:
un diáfano misterio en tiempo humano.

Desciende hasta mi torpe meridiano
e ilumina el cristal en que se mella
el filo de mi vida: vierte en ella
los zumos encendidos del verano.

Vuelve luego a tu ser: no quiero hallarte
dentro de mí como un triste relieve
condenado a mirarme y a mirarte.

Amo de tu presencia el tallo breve.
Mí doble sed de ti, para alcanzarte,
alza tu copa inaprehensible y bebe.

DIBUJADA en la arena a brisa y fuego,
casi soñada por la luz, la espuma
contando tus tobillos y en la suma
un diminuto acorde de oro lego,

desde el mar te contemplo: al mar entrego
mi laxitud: indefinible bruma

me invade, el ágil cielo se me esfuma
y vuelvo a ti casi transido y ciego.

Sucio de sal, el pecho derrotado,
a tu quietud me inclino y precipito
por el dulce talud de tu costado.

Mientras el mar se despereza ahito,
rozo tu desnudez como un ahogado
que se asoma al umbral del infinito.

OCÚLTATE en mi noche: tengo miedo
de que la luz devore tu cintura
y de que en tu fragante arquitectura
sus verdes brazos hunda el viento acedo.

No puedo ver tu destrucción, no puedo
verte asediada por la crueldad pura,
mientras se apaga, ingrávida criatura,
la forma que al temblar de amor te cedo.

Sólo esparcida en mi cercado ahondas
tu humana plenitud, como las ondas
que turban y propagan la corriente.

Ocúltate en mi noche, amor, descansa:
déjame ser la sombra y la esperanza
que guarde tu relámpago inocente.

LA EXPOSICIÓN

DIVERTIMIENTO EN TRES ACTOS

Por *Rodolfo USIGLI*

A Alfonso Reyes, el único.
R. U.

PERSONAJES:

ACTO PRIMERO:

OSVALDO REY
EL AMIGO FIEL
DOS MOZOS UNIFORMADOS
POETA I
POETA II
GORRÓN I
GORRÓN II
LA ACTRIZ
EL POETA DRAMÁTICO
MR. DIXON HOHENZELLER
EL JOVEN (Guía de Turistas)
UN MOZO (con bastón de borlas)
CRÍTICO I
CRÍTICO II
CRÍTICO III
VOCES
UNA MUJER
OTRA MUJER
DIRECTOR DE LA GALERÍA
DAMA I
PERIODISTA JOVEN
EL GANGOSO (Charifas)
UN FOTÓGRAFO
EL EMBAJADOR DEL NORTE
LA MUJER
EL TUERTO
GANGSTER I
GANGSTER II

ACTO PRIMERO

EL RUEDO

La acción se desarrolla en una sala de exposiciones del Estado que aparece iluminada a media luz. Desde antes de levantarse el telón se escuchará, en sordina, para dar ambiente, la música de Mousorgsky. Cuadros de una Exposición. No es hora aún de abrir las puertas para inaugurar la exposición de hoy. Dos MOZOS uniformados se mantienen a los dos extremos del escenario, estatuariamente inmóviles. OSVALDO y el AMIGO FIEL observan los cuadros, situados en una galería al fondo, paseando lentamente de un lado a otro mientras hablan. Hasta tres veces, a lo largo de este movimiento, OSVALDO se detendrá para enderezar los cuadros. La situación del decorado permite ver sólo tres, al través de una abertura central, aunque se supone que a izquierda y a derecha de la abertura, invisibles al público de la sala, hay otros cuadros colgados. Puertas a derecha e izquierda, en primer término. Al centro de la escena, uno de esos grandes asientos circulares. Mesillas a los lados, con catálogos de la exposición. Al cesar la música habla

EL AMIGO FIEL: Esta vez tienes lo que te mereces
y lo que tanto tiempo te han negado:
casi toda la obra de tu vida
expuesta de una vez, y en una sala,
observa, del Estado.

OSVALDO: ¿Cuál estado?
¿El estado de cosas, el estado
de miseria en el que no vota el pueblo,
suben y caen regímenes y sólo
es ciudadana y ejemplar y firme
el hambre que permite vivir desde hace siglos?
Casi podría crearse el apotegma:
si tienes hambre de pan o justicia,
de sufragio o de amor, de aplauso o suerte,
o hambre de calaveras de azúcar
y, con tal de comer, comes la muerte,
si tienes hambre, eres mexicano.

EL AMIGO FIEL: Según mi juicio, eres injusto y vano
tú. México es la tierra del prodigio,
que me desmienta, si yerro, tu obra.

- OSVALDO:** ¿Mi obra? Tela, papel, luz y colores,
composición, volumen, masas, sombra
y un molinillo ardiente que menea
sus elementos hasta hacer espuma
No diré que cualquiera puede hacerla
—hay que saber hacerla y tener algo
que preste movimientos al paisaje,
quietud y luz a la figura humana
que deforma el impulso animal de moverse.
Pero hay algo que hierde más a fondo,
que importa más y que no pasa nunca.
- EL AMIGO FIEL:** ¿Optimista por fin? Yo te creía
un ciego y consumado pesimista.
- OSVALDO:** Me conoces tan mal como un amigo:
das tu vida por mí. . . y no me entiendes.
Te diré la oración del pesimista
según nos juzga el mundo en que vivimos:
Siento vibrar de pronto en mí la vida,
y es un amor que nace, y al momento
la ahoga un repentino sentimiento:
el desgarrado tacto de una herida.
(Hierde la vida apenas nacida.)
Mana mi sangre en la misma medida
en que aumentarse con mi amor la siento,
y lo que soy se me deshace en viento,
en ceniza, en silencio y en partida.
(El que vive mejor es el que olvida.)
Mí pueblo es más que yo, más que mi vana
aspiración de goce, amor y fuego.
Si yo soy hoy, él es hoy y mañana
(yo soy la herida que su dolor sana)
y vive de una esperanza sin ruego,
estrella él mismo, mas de sí lejana.
Mí obra y mí vida junto a él son juego.
Él es mi latitud y mi bocana
(y ese infinito que llamamos "luego.")
- EL AMIGO FIEL:** Estás emocionado, se comprende.
- OSVALDO:** Y se comprende que no me comprendes.
Vamos por una copa y regresemos
cuando haya comenzado y esté a punto

esta trivial ceremonia de monos
de exhibirte como un hombre desnudo
ante un mundo que está siempre vestido.

Salen. Al punto, los dos mozos uniformados, como dos autómatas, recorren las cortinas y abren las puertas laterales de la galería y la gente empieza a entrar, gradualmente, hombres y mujeres, los que hablarán más tarde y los que no dirán nada, ejecutando una especie de artificioso ballet de falsa curiosidad, cruzando en direcciones opuestas, al compás de la música de Moussorgsky, que se intensificará gradualmente. Una muchacha vestida como una estudiante norteamericana trata de pararse de cabeza para estudiar la composición de un cuadro; su compañero la levanta por los tobillos, cabeza abajo y ella finge tomar notas lanzando pequeños gritos admirativos. El movimiento cede poco a poco, la música entra en un disminuyendo hasta cesar por completo y el ballet continúa—ir de un lado a otro en direcciones contrarias, aunque la luz del fondo se atenúa mientras crece en el frente. Se oye hablar al

- POETA I: Vámonos ya.
- POETA II: Pero apenas llegamos.
- POETA I: Ya sabes que detesto estas pachangas,
exposiciones o noches de estreno;
son potros de tortura y de esnobismo,
juego de uñas, juego de cuchillos,
sonrisas equilibradas y negras.
- POETA II: Sonrisas Negras. Es bonito título
para mi nuevo libro de poemas.
- POETA I: Tengo uno mejor: Perfil de Frente.
Y vámonos de aquí, que esto no es nada.
- POETA II: Tén no más un momento de paciencia,
no nos ha visto nadie todavía.
¿Qué tal? ¿Qué tal? ¿Qué tal? ¿Qué tal?
Precioso, ¿no? Sí. No. Sí. No. Precioso.
Sí - no - sí - no - sí - no. Y qué sobrio.

Cambia monosílabos y saludos, igual que su amigo, con otras personas que mueven rítmicamente la cabeza, en sentido negativo cuando él afirma, afirmativo cuando él niega. Los reemplazan en primer término los GORRONES I y II. El movimiento balletístico del fondo continuará de modo que se funda con la escena y no distraiga la atención del espectador.

- GORRÓN I: ¿Qué hubo pues? ¿A qué hora
sirven el alipús o lo que sea?
Y ojalá que haya de esos canapeses,
porque hoy tuve mi dieta obligatoria
y me afilé los dientes, por las dudas.
- GORRÓN II: Lo que te den aquí, mi Juan, te cabe
en el humilde hueco de una muela.
Tengo ya una experiencia rete larga
en las exposiciones del Estado:
no te dan a comer más que la obra
del pintor que presentan,
y ni siquiera tienen la elegancia
de ofrecer vomitivos o palillos de dientes.
- GORRÓN I: Comamos, pues, un poco de pintura.
Siempre es de más sustancia que el puro aire.
- GORRÓN II: Pero no es tan higiénica, mi hermano.

Se funden en el cuadro del fondo. La ACTRIZ y el POETA dramático pasan a primer término.

- LA ACTRIZ
(señalando): Lindo este cuadro —un nuevo paraiso,
y me recuerda una frase tuya.
- EL POETA DRAMÁTICO: ¿Cuál entre todas, tantas, como he dicho?
- LA ACTRIZ: En México, dijiste, se renace
cada día a un tormento nuevo.
- EL POETA DRAMÁTICO: No la dije completa: se renace
porque hay que renacer —eso es lo inevitable,
es la conciencia telúrica y muda
de la tierra volcánica y terrible,
tropical y amorosa y destructiva.
La semilla que mejor crece en ella
es la de los sacrificios humanos.
- LA ACTRIZ: Puedes sacrificarme cuando quieras.
- EL POETA DRAMÁTICO: Tendré que hacerlo, y juro que será
un torturante gusto. Pero aquí
no sólo tienes que renacer, tienes
que empezar por ponerle nombre a los animales,
decir: tú eres el asno o la serpiente,

el buho, el sapo, el coyote, el baboso.
 Por lo menos, lo piensa Alfonso Reyes
 y yo con él, aunque al doce cincuenta:
 hay que contar al águila y al cuervo.

LA ACTRIZ: Se renace también mirando un cuadro
 como éste. Así es más agradable.
 Es vivir un papel con sol y luna,
 con alba y mediodía y con crepúsculo,
 y con un despertar nuevo por la mañana.

EL POETA DRAMÁTICO: Si estuviéramos sólo pintados en la vida,
 sin movimientos torpes, sin deseos
 estériles, sin crueldad, sin codicia,
 sin esperanza siquiera.
 O si la lluvia nos embelleciera
 como a los árboles del bosque en vez
 de arrugarnos así los pantalones. . .

LA ACTRIZ: Eres un pesimista delicioso:
 mi médico receta pesimismo.
 Yo tengo que ir al teatro, pero luego
 te invito a que vayamos a la vida privada.
 ¿Vienes?

EL POETA DRAMÁTICO: ¿Y cómo no? Pero prométeme
 un telón que enmascare nuestro drama.
 Sin aplauso y sin público. A ver si acaso
 al tiempo que de aquí nos despintamos
 conseguimos pintarnos en la vida.

LA ACTRIZ: Con colores tan vivos como éstos.

*Se borran y se pierden entre la multitud del fondo. Escottados,
 como los anteriores, por parejas o tríos silenciosos, toman posesión
 del primer término DIXON HOHENZELLER y EL JOVEN, así como
 los dos POETAS que regresan.*

DIXON HOHENZELLER: Dígame, este pintor, ¿es ese mismo
 que pinta la tragedia de su pueblo,
 agresivo, brillante, impertinente,
 que se hace odiar de muchos y a quien otros
 defienden hasta la puñalada?
 ¿Que, en suma, pinta como Dios bendito,
 pero que habla siempre como el diablo?

EL JOVEN: (G. de T.) Lo pinta usted bastante bien, teniendo en cuenta que no es pintor de oficio.

DIXON HOHENZELLER: Quisiera conocerlo.

EL JOVEN: Será fácil si llega. Tiene la mala costumbre de no asistir a sus exposiciones.

Pasean.

POETA I: "En el cuarto las mujeres vienen y van hablando de Miguel Ángel."

POETA II: ¿Tuyo quizá?

POETA I: Oh, no, pero es igual: es solamente una cita de Eliot.

POETA II: Ya me parecía. Vámonos, ¿quieres?

POETA I: ¿Ahora eres tú? Te hablo de Eliot, ya sabes, Ti Es Eliot, el poeta a quien citan como generador de su conciencia todos los poetas aunque no puedan leerlo en inglés.

POETA II: ¿Y puedes tú?

POETA I: Yo, sí... con diccionario. Pero ya sabes. Thomas Stearns Eliot, miembro de la generación perdida y poeta anglicano y anglicista. El que dijo una vez a un mexicano que es falsa la leyenda de Keats y de los líricos porque la poesía no es privilegio, masturbación de jóvenes como se cree, ni del pájaro-lira que se posa y canta a reventar en el árbol de América. El poeta verdad se inicia a los sesenta años de olvido y de sabiduría. Y dijo el mexicano impertinente: ¿Cuántos tiene usted ya, mi señor Eliot? Prendió un rubor detrás de los anteojos del poeta de *El Páramo* —una módica pero sincera y viva hoguera humana

y respondió: ¿Quién? ¿Yo? Cincuenta y ocho.
El poeta, ya ves, debe llegar a viejo.

POETA II:

Yo los prefiero jóvenes y necios,
con malos versos y con formas griegas;
con ripios pero con ojos azules
y con bocas que ondule la ilusión
pero que aún no tuerza la mentira
ni falsifique la literatura.
Porque después del huevo milagroso
de la primera juventud, las bocas
de todos los poetas epicenos
tienen un no sé qué de obsceno,
evocan halitosis y veneno.
Vámonos ya, mientras que tú eres joven, •
y antes de que llegue la poetidumbre.

POETA I:

Después de todo, debo decir algo.
¿Qué piensas tú que puedo
decir de esta rarísima pintura?

POETA II:

Que va a hacerte perder un tren expreso
al otro extremo del mundo.

POETA I:

Pero es que yo no estaba preparado. . .

POETA II:

¡Ah, vamos, necesitas equipaje!
¿Vas a decirme al fin, después de tantas
invitaciones y coloquios que,
bien pensado, te gustan las mujeres?

POETA I:

¡Libreme Dios bendito de esa plaga!
Pero hay que ver qué mala,
qué encantadora mala gente eres.
Hay una playa roja que nos llama.

POETA II:

Pero sin versos. Prefiero los míos.

POETA I:

¡Malo! Eres malo de verdad. ¡Te adoro!

Hacen mutis contoneándose y saludando.

UN MOZO (*Golpeando con un gran bastón de borlas en el suelo*):

¡Atención! ¡Atención, señoras y señores!
Callen los labios ya, murmuradores.
La voz es de los grandes electores

que hacen gobiernos y gobernadores,
críticos, ensayistas y pintores;
que son de libertad dispensadores
y para hablar acallan habladores.
Tiene la palabra, señores,
el nuncio de los grandes electores.
No vuela mosca ni nacen amores
mientras hablan los grandes electores.
¡Atención! ¡Atención, señoras y señores!

CRÍTICO I: Y el pintor, ¿dónde está? ¿Siempre insolente,
piensa que con su obra está presente?

CRÍTICO II: No protestes. Nos da un buen argumento:
no puede resistir lo que pinta
y su ausencia es su propio monumento.

CRÍTICO III: Yo sé que llegará —como el diluvio.

UN MOZO: ¡Silencio ya, señoras y señores!

CRÍTICO I: ¿Quién distingue a los unos de las otras
en la atmósfera de estas latitudes?

UN MOZO (*como si entendiera*): ¡Silencio al fin, señores y señoras!

Silencio en las voces femeninas, primero, en las masculinas después. Movimiento en el que se acomodan rítmicamente, por grupos, los asistentes. En el fondo aparecen OSVALDO y el AMIGO FIEL, inadvertidos.

DIRECTOR GALERÍA (*Después de hacer algunas evoluciones acompañadas de movimientos de brazos que evocan, lejana y caricaturalmente, los de un conocido director sinfónico que quemó la batuta*):

Y con esto, señoras y señores,
declaro felizmente inaugurada
la exposición de nuestro gran artista
al amparo del Mecenazgo Estado
que nutre de cultura y de arte al pueblo
además de trazarle carreteras
y darle un sitio destacado entre
los primeros países de la tierra.

- OSVALDO: Pues mientras no alimente a los hambrientos el Estado de que el señor nos habla, mi exposición va a parecer un fraude: el pueblo no se nutre solamente de pintura, de tela o de palabras, ni desayuna escuelas ni merienda carreteras: él no tiene automóvil, y hasta hoy la mejor salsa del arte se enjuga con el pan, no con el hambre.
- EL AMIGO FIEL: ¿Por qué no puedes reprimir un poco tu negación eterna de las cosas?
¿Te afirmas al negar, o qué persigues?
- OSVALDO: Persigo un sueño del que tú eres parte, símbolo de amistad y cretinismo.
- VOCES: Silencio ya. Silencio, que ya toma la palabra este crítico supremo. Si él aplaude, aplaudamos; si él reprueba, en masa todos juntos reprobemos.
- CRÍTICO 1: Debo reconocer que nunca he visto un conjunto más estatuario, una plasticidad más exquisita, un color nacional más definido, una gama menor más valerosa, un volumen más escultórico ni una composición más rigurosa. Y el sentimiento es como el mapa interno de este país de monstruos y de dioses. Osvaldo Rey es el pintor de México.
- VOCES: ¡Bravo! ¡Bravo, maestro! Aplaudiremos: el crítico es mejor que la pintura.
- OSVALDO: La educación me ordena dar las gracias. Pero creo recordar que hace unos meses dijiste que era el pintor del milenio ése que pinta puños apretados, ojos desorbitados y melenas de león de feria valiéndose de una cámara fotográfica y una brocha de aire.
- CRÍTICO 1: El crítico de arte tiene graves deberes. . .

OSVALDO: Que ignoran a la crítica de arte.
Unos meses atrás, al cartelista
predilecto de todos los regímenes,
ya sabes, ése que amplifica códigos,
decora carreteras nacionales,
dice mentiras por todos los poros
y come carne humana, lo llamaste
maestro que a nacer antes, cambiara
para bien toda la pintura
y la técnica del Renacimiento.

CRÍTICO I: Dices verdad, y yo preferiría
pintar mis críticas, pero no puedo hacerlo:
por eso las escribo. Pero ahora . . .

OSVALDO: Estoy seguro de que eres sincero.

*A un camarero de saco blanco que pasa
llevando una bandeja con bebidas:*

Tú, chango, aquí: highball para el señor.

MUJER I: *(Acercándose llena de monerías. A partir de este momento se reanuda el movimiento de ballet, pero como tomado con cámara ultrarrápida. Los grupos se formarán, se transformarán, se disolverán, se fundirán, se reformarán, siguiendo una inflexible pauta de exactitud; escuchando a veces las conversaciones, a veces no; pero alternándose en todas las actitudes para obtener un movimiento continuo de aparente realismo):*

Maestro, es un deleite, es un deleite.
Me encanta todo, aunque no entiendo nada.
Y quisiera entender. Tomo las clases
de Agripino de Flandes . . . y no entiendo.

OSVALDO: Yo no entiendo por qué las toma usted;
pero le citaré la vieja frase
de Picasso a otra vieja —lady inglesa:
¿Le gustan a usted las ostras, señora?
—; Ah, me encantan, maestro! —Y, por azar,
¿logró usted entenderlas ya, señora?

MUJER I: Es usted adorable, como uno,
como cualquiera de estos bellos cuadros
que me gustan aunque no los entiendo.

PERIODISTA JOVEN (*Sobreviniendo. La MUJER I escucha, como en un sueño, haciendo pequeños gestos*):

Maestro, casi todos los pintores tienen un punto, un leitmotiv, un algo; la preferencia por la luz de tarde, por la luz de mañana . . . Usted, ¿cuál tiene?

OSVALDO: ¿Preferencia? Ninguna. ¿Luz? La misma que tiene cualquier hijo de vecino, usted, pongo por caso. Lo que importa no es la luz —son los ojos que la sienten.

PERIODISTA JOVEN: Magistral, magistral. Pero, ¿la hora en que la inspiración se apodera de usted . . . ?

OSVALDO: Es esa hora en que tengo más cerca a la mujer que quiero, o en que pinto sin ganas de pintar y uso un lenguaje para calificar mi propio esfuerzo que ni entre diputados se acostumbra. Pintar un cuadro es dar una batalla, o es hacer el amor, o es reventar.

PERIODISTA JOVEN: Estaba yo seguro, sí, maestro: ya sabía que era usted impresionista.

OSVALDO: ¿Quiere usted explicarse-

PERIODISTA JOVEN: Impresionista.
Todo lo que usted pinta, lo que dice, impresiona muchísimo.

OSVALDO: Hay un libro que debe usted leer, si tiene tiempo.

PERIODISTA JOVEN: Cultivo la cultura. Su consejo es muy valioso para mí. ¿Se llama . . . ?

OSVALDO: Una historia del arte. Ya veremos si después de leer ese librejo escupe usted por el mismo colmillo y tiene el inaudito desparpajo de llamarme pintor impresionista.

PERIODISTA JOVEN: Maestro, mi columna es muy leída y diré en ella, . . .

OSVALDO: Sé bien de antemano
que no hay en México más que una persona
que no la lee jamás.

PERIODISTA JOVEN: ¿Quién podrá ser?

OSVALDO: Usted, y espero que sea por higiene.

El PERIODISTA JOVEN se aleja furioso; en un extremo se detendrá a escribir algo en un cuaderno que rasguea con la pluma como una guitarra desafinada. La MUJER I se aparta haciendo todavía caritas a OSVALDO.

EL AMIGO FIEL: ¿Tú crees que es razonable echarte encima
la enemistad de un tipo de la prensa?

OSVALDO: Mi gran miedo sería
que él y yo pensáramos igual:
entonces estaría yo perdido.

EL AMIGO FIEL: ¿Nunca escarmentarás, ni harás el gesto
amistoso de atraerte a esa gente?
Hay lugar en el mundo para todos.

OSVALDO: El Espacio Vital es de los tontos,
y el suyo propio ha de tener el hombre.
Yo vivo en un rincón de la luz a mi modo,
pinto no más lo que me da la gana
y, para glosarte a Sor Juana,
diré que no se sabe quién es peor:
si el que pinta por paga o el que paga
porque lo pinten pintores pagados.
Y el periodista, ¿qué? Si en torno nuestro
caen países, mueren libertades
y se juega, quizá por la vez última,
el destino del hombre, ¿cómo puede
importarme siquiera que me insulte
un señor cuya obra leída en la mañana
caerá en un basurero, última tumba
de la novedad, por la tarde?

EL AMIGO FIEL: Así es como pierdes amistades.

OSVALDO: ¿Y qué me importa, si la luz es mía?
Si gano luz, ¿qué diablos me interesa?

GUÍA DE TURISTAS: Perdón, maestro, quiero presentarle,
y es un honor para mí y para él,
a Dixon Hohenzeller, el magnate
y Mecenaz del mundo americano.
Yo soy la agencia de viajes Relámpago.

OSVALDO: ¿Cómo está usted, señor?

DIXON HOHENZELLER: Maravillado.
Es usted gran pintor y yo quisiera
honrar mi ya muy gran pinacoteca
con uno de sus cuadros.

OSVALDO: Para eso
tendremos que charlar largo y tendido.
Si no estamos de acuerdo en nuestros puntos
de vista, amigo, todos sus millones
no bastarán para comprarme un cuadro.
Los vendo o los regalo a las personas
con quienes siento que habrán de entenderse
y gozarán de buena compañía.

(Al GANGOSO I —EL CHARIFAS— que
acaba de acercarse y saluda).

¿Qué hubo pues, mano? ¿Cuándo te fugaste?

DIXON HOHENZELLER: Iré a su estudio de todas maneras,
considero su insulto un privilegio
y le invito una copa.

OSVALDO: Yo la pago.

(Al CAMARERO que pasa.)
Eh, tú, dále una copa aquí al señor.
Y tú, Charifas, ¿qué?

CHARIFAS: Nada, mi hermano.
Esta vez salí por derechas,
y en cuanto vi el periódico, pues dije
me voy a ver la exposición del maistro.
Pinta suave y es cuate y tiene manos
que nada más las mías son más finas.
Toca no más. Conmigo nadie siente
cuando se le resbala la cartera.

- OSVALDO: Aquí hay un millonario, te lo advierto.
- CHARIFAS: Esos nunca llevan nada en la bolsa.
Y aparte, aquí, ¿en tu casa? Ni soñarlo,
maistro. Esperaré a que salga a la calle.
- EL FOTÓGRAFO: Maestro, por favor, un momentito:
aquí, hablando con míster Hohenzeller.
- OSVALDO: ¿Cómo no? Al otro lado tú, Charifas.
- CHARIFAS: ¡Ay, maistro, no te pongas tan sabroso!
¿O ya te sientes como Jesucristo?
- DIXON HOHENZELLER: ¿Me ha llamado ladrón?
- CHARIFAS: No más sospechas.
Usted es el rico.
- DIXON HOHENZELLER: No, yo no, mi padre.
Hasta el siglo pasado era costumbre
que las faltas de los padres se expiaran
hasta la quinta generación.
Lo que se expía ahora es la fortuna
—gran falta a todas luces, la más grande—
Se siente uno como las mujeres
que no tienen más ropas que sus joyas.
- OSVALDO: Acabará por regalarle un cuadro.
Son pocos, pero a veces salen ricos
que tienen tanta sal como los pobres.
- CHARIFAS: Pues yo le vendo, en dólares, la mía.
- DIXON HOHENZELLER: Prefiero que me venda usted las manos
para poder hacer dinero propio.

El AMIGO FIEL, que se había retirado después de su última discusión con OSVALDO, se acerca ahora en compañía de un hombre bien vestido, desenvuelto y simpático.

- EL AMIGO FIEL: Osvaldo, quiero presentarte
aquí al señor Embajador del Norte.
- EL EMBAJADOR: Es un honor, se lo aseguro.
- OSVALDO: El mío.
He sostenido siempre, por puntada,

que cuando se haya destruido el mundo
 en que vivimos, y futuros sabios
 investiguen lo que fue nuestra vida,
 en ese gran país de usted encontrarán,
 sepultados por capas de concreto,
 tuercas, tornillos, pernos y resortes,
 vestigios de mecánica y de química,
 de industria y de producción en serie,
 chicles petrificados, magazines,
 películas no vírgenes y un libro:
 la biblia de las ventas en abonos.
 Cuando rasquen, en cambio, en esta tierra,
 saldrán a luz pirámides, pinturas,
 esculturas de sueño, joyas hechas
 a veces de hojalata, otras de jade,
 de oro o de plata, porque los metales
 y las piedras no valen en sí mismos
 sino que valen sólo como parte
 de una emoción estética y humana.

EL AMIGO FIEL:

¡Ejem!

OSVALDO:

Debo decir, por si hace falta,
 que no soy diplomático. Mi lengua
 se curva y se anima con el habla
 del pueblo. Y el artista que no es
 la voz viva de su pueblo, no es
 artista.

EL EMBAJADOR:

Sobre todo, artista mexicano.
 Me hace usted pensar en aquel cuento
 del elefante. Si es que lo conoce,
 deténgame.

OSVALDO:

Oiremos y diremos.

EL EMBAJADOR:

Esa inútil entidad cultural,
 la Cultesco, organizó un congreso
 internacional sobre el elefante.
 Participaron todos los países.
 España presentó un interesante
 ensayo: El Elefante en la Iglesia y los Toros.
 Italia, El Elefante y la Ópera.
 Inglaterra, El Elefante y Hamlet y la Armada;

Alemania, El Elefante, Wagner y la Wehrmacht.
 Mi país, El Elefante, la Industria
 y los Demócratas. Y Francia,
 un tratado completo: El Elefante
 y el Amor. Y la URSS, como era claro,
 trató sobre El Elefante, el Marxismo y las Masas.
 Faltaba la ponencia de México. Extrañado,
 el Presidente señaló la falta. En realidad
 no había delegado, por lo cual
 se invitó a un asistente mexicano
 a exponer el punto de vista
 de su país, y dijo. . .

CHARIFAS: Eso sí me lo sé.

y es lo que dijo el asistente,
 que por ser mexicano tuvo conque:
 "Vaya y chingue a su madre el Elefante".
 ¿A poco no?

EL EMBAJADOR: Me quitó la palabra
de la boca. En mi ya larga experiencia,
eso es lo mexicano. Fue un gran honor, maestro.

OSVALDO: El mío, señor Embajador.

EL EMBAJADOR: Muy buenas noches.
(Se aleja. Entonces aparece):

LA MUJER: Buenas noches.

OSVALDO: Muy buenas, mi señora.

LA MUJER: Creo que no me gusta el posesivo.
¿Por qué he de ser de usted, o para qué?

*(Cambio y matizado de las luces durante
el diálogo de amor, de manera de prestar
una distancia y una irrealidad a todas las
demás figuras).*

OSVALDO: Cuando veo presentarse ante mis ojos
a una mujer realmente extraordinaria,
le aplico el adjetivo posesivo
porque la quiero mía y no de nadie.

LA MUJER: No sé si eso me halaga o me disgusta.

- OSVALDO: Mientras usted, señora, hace esa cuenta,
yo haré el inventario de mis bolsillos.
- LA MUJER: ¿Qué quiere usted decir?
- OSVALDO: La galería
paga los canapés, la farsa, el whisky.
Yo puedo solamente permitirme
(*Mira su cartera*).
invitarle una taza de café,
eso sí, con dos panes, en la esquina,
en el café de chinos de la esquina.
- LA MUJER: No sé si me interesa.
- OSVALDO: A mí me gustaría
conversar con usted.
- LA MUJER: ¿Y acaso sabe
usted si lo que quiero es conversar?
- OSVALDO: No sé, pero adivino. Entre las formas
variadas del amor, quizá la buena
es conversar.
- LA MUJER: ¿Romanza con palabras?
¿Y quién ha hablado aquí de amor siquiera?
- OSVALDO: ¿No lo ha anunciado un gran silencio previo,
un antiguo silencio entre los dos?
El amor no es un cuento sordomudo.
Las historias de amor en mudez o a oscuras
son sólo experimentos inservibles.
Yo hablo siempre con el cuadro que pinto:
lo insulto, lo torturo, lo amenazo
con las palabras vivas del idioma.
El silencio y la noche son cosas de la muerte,
de otro mundo que no es el que habitamos.
Es claro y cursi como un mediodía
el amor. Y la música, un fondo necesario
de la conversación, y cuando oyéndola
se interpolan las palabras banales
y se le dice a una mujer: Idiota,
te adoro, eres mi vida, y me molesta
que uses esos sombreros, cumple uno
con los ritos antiguos del amor

y quema incienso y mirra ante una diosa que tiene la extraordinaria ventaja de durar un minuto en nuestra vida y los siglos de la mitología.

El amor sin palabras es un mito reservado a los tontos. Si es amor, tienen que competir en su servicio el deseo, la chispa de los ojos, el ansia de mordida de los dientes, y el olfato y el tacto y la palabra, las uñas que acarician en la herida y la provocan para darnos luego el sabor de la sangre de la amada. Si no se pone todo en el amor, señora mía aún, es preferible no poner absolutamente nada.

- LA MUJER: Le gusta a usted oírse, según veo, hacer de todo fórmula y teoría. Otro Narciso, en fin. Qué desengaño.
- OSVALDO: Me gusta oír también ese lenguaje animal con que la mujer responde a caricia o halago, a insulto o golpe. Ese lenguaje en el que las palabras son sonidos, rugidos o rasguños, verbo también, pero de los sentidos. Y estoy dispuesto a oírla ya, señora.
- LA MUJER: ¿No soy ya suya? ¿No soy *su* señora?
- OSVALDO: No es de buen gusto usar el posesivo cuando se siente uno poseído. Suena como un programa de político y nada más. ¿Le gusta mi pintura?
- LA MUJER: Me gusta usted. No entiendo de pintura, pero entiendo de hombres. Me parece que si se hace el amor con un pintor es igual que si se pintara un cuadro. . .
- OSVALDO: Al alimón quizás, a cuatro manos.
- LA MUJER: Y que hacer el amor con un poeta es hacer un poema, aunque en el fondo

todos los hombres sean iguales y hagan torpezas parecidas y nos hablen después del beso o después del acto, sin saber que en el fondo de nosotras hay una voz increíble y sonora que nos grita frenética el deleite de existir y de ser por un segundo todo el mundo del hombre —y nuestro mundo.

- OSVALDO: Si practicara usted lo que teoriza . . .
- LA MUJER: ¿No está el café de chinos en la esquina?
- OSVALDO: Y en la esquina siguiente está mi casa. El hombre ha de vivir en una esquina, entre dos luces, entre dos corrientes de aire, y asomado a dos ventanas, y jugarse la vida entre dos fillos, porque la vida es arma de dos fillos, porque la esquina es filo de la calle y porque la mujer es filo y es esquina para el hombre que sigue su destino.
- LA MUJER: Si practicara usted lo que teoriza . . .

(El DIRECTOR DE LA GALERÍA se acerca en este instante y saluda a LA MUJER).

- DIRECTOR GALERÍA: ¿Oigo hablar de teorías? ¿Se conocen ustedes? ¿Cómo está usted, querida amiga?
- OSVALDO: Nos conocimos hace muchos siglos. Y nada de teorías, viejo amigo. Lo que nos diferencia del artista de Europa es que él hace teorías de teorías de teorías. Tras él está todo el Renacimiento. Aquí, tras de nosotros, está el caos o está la arqueología, somos Cortés o Colón cada día: descubrimos, violamos, poseemos.

(El DIRECTOR DE LA GALERÍA se echa a reír):

- DIRECTOR GALERÍA: Siempre terrible. Eres como el rayo. Encantado de verla, amiga mía.
- (Se aleja).*

- LA MUJER: Se queda usted, de pronto, pensativo.
- OSVALDO: Suelo decir: No pienso, luego existo.
Me molesta encontrarle a usted defecto.
- LA MUJER: ¿Uno o más?
- OSVALDO: Conocer al director
de la Galería del Estado
que nos interrumpió.
- LA MUJER: Cuando lo hizo
decía yo: si practicara usted...

OSVALDO (*Como sacudiendo un pensamiento desagradable*):

Nos fuimos ya al café, y el sueño empieza.

Cambio de luces para volver a la iluminación natural del principio. Los grupos vuelven a animarse.

Buenas noches, señores; hasta luego,
niños bien y magnates, periodistas,
embajadores, críticos de arte.
El arte cede siempre ante la vida.
La señora me ofrece un panorama
que todavía no he pintado,
y voy a penetrar un horizonte
más seductor que el de esta galería.

Salen los dos.

- VOCES: ¡Qué impertinencia! Como siempre
desdeña la admiración del amigo,
el sincero homenaje y el abrazo,
la congratulación y el parabién
de los que de veras sabemos.
- OTRAS VOCES: Y todo por seguir a una mujer.
- UNO: En eso estoy de acuerdo. Si se hubiera
marchado con un hombre, pues sería
más perdonable para mí.
- VOCES: ¡Claro! ¡Claro! ¡Claro!
- UNA MUJER: Pero, ¿era mujer ésa? En mi opinión
estaba disfrazada de otra cosa.

- OTRA MUJER: O tenía perrito o brujería.
- VOCES FEMENINAS: ¡Qué escándalo, Señor! Cuánto mejores son las exposiciones de Santiago. La única competencia allí de las mujeres es Karl Marx con sus barbas, y si acaso Stalin disfrazado de paloma.
- VOCES: ¡Qué corrupción! ¡Qué gusto! ¡Qué desastre!
- UNA MUJER: ¡Qué mal pinta de veras este tipo que no me encontró digna de su cama!

Las voces y los rumores se extinguen gradualmente. Observando siempre un patrón rítmico, los grupos salen por los dos extremos y por el fondo al compás de los últimos acordes de Cuadros de una Exposición. Los últimos en salir son los DOS GORRONES, uno de los cuales hace ademán de mondarse los dientes mientras hablan.

- GORRÓN I: ¿Qué hubo pues de la copa? Me trajiste pintándome la tierra prometida.
- GORRÓN II: Las exposiciones del Estado, mi hermano, siempre son iguales: son como los empleos, para los cuates. Ya comimos pintor... (*Se monda*).
- GORRÓN I: No lo bebimos.
- GORRÓN II: Es porque el pobre es sólido, no líquido. Pero vamos, mi hermano, aquí a la vuelta. En la celebérrima galería de doña Ana Pasión nos darán todo: allí se expone un circo comunista.
- GORRÓN I: ¿Cómo se llama ese pintor potable?
- GORRÓN II: No sé... pero no importa: es camarada. Y allí te dan caviar, y vodka, y cosas como detrás de la cortina que nadie sabe ya si es hierro o celofán.
- GORRÓN I: Vamos, dén lo que dén, si es que lo dan.

Salen los GORRONES. Los MOZOS corren las cortinas laterales y se esfuman. La escena queda, como al principio, en una luz de acuario.

Aparece de pronto el DIRECTOR DE LA GALERÍA, escoltado por dos tipos que llevan ultrajantes corbatas lavallière, chambergos, melenas y pistolas 45 que les forman jorobas en la cintura.

- DIRECTOR GALERÍA: Bueno. Ya saben, muchachos. Se llevan todos los cuadros, y si no todos, los grandes. Si algún gendarme pregunta, le dicen que son pintores que, sin dinero, transportan a pie sus propias pinturas porque las van a exhibir en la galería del pueblo mañana mismo.
- GANGSTER I: Está bien.
pero, ¿hasta dónde llevamos estas cosas?
- DIRECTOR GALERÍA: Ya saben. Sin maltratarlas,
las entregan en el sitio
convenido con el Tuerto.
Pensándolo mejor, no
se lleven todos. No más
los que están aquí en el centro.
Son los menos malos, o
los mejores, como él dice.
¿Dónde está el Tuerto?
- EL TUERTO (*Apareciendo*): Aquí estoy.
- DIRECTOR GALERÍA: Aquí tienes el dinero. Lo que dijimos.
Puedes contarlo.
- EL TUERTO: Me canso. (*Lo cuenta*). Y
luego, ¿qué?
- DIRECTOR GALERÍA (*Llevándolo al extremo opuesto, de modo que los GANGSTERS no puedan oírlo*):

Tienes una chimenea
que se las trae. Allí, quitando los marcos,
quemarás estos pedazos de tela.
Te entregaré la otra parte
cuando me traigas la prueba
de que quemaste los cuadros.
No me la traigas aquí.

EL TUERTO: Me apena, porque no sé
si bastarán las cenizas.

DIRECTOR GALERÍA: No me fiaría de ti
aunque fueras ciego, así
que te espera allá un fotógrafo
amigo para retratar las cosas.
Y si no cumples, ya sabes:
La Peni, una isla, esas cosas.

EL TUERTO (*Reflexivo*): No sé dónde me dijeron
que usted también es pintor.

DIRECTOR GALERÍA: Pero yo pinto con fuego
o con Tuertos fusilados:
su sangre me da el color
y pinto mejor que él. (Por los cuadros de OS-
VALDO).

EL TUERTO: Me fregó. Vamos, muchachos.
A descolgar estas flores.
Es como si me mandaran
matar niños de colores.
Pero son ellos o yo.

*(Satisfecho, el DIRECTOR DE LA GALERÍA
se esfuma sonriendo en silencio).*

*(EL TUERTO y sus dos compañeros empie-
zan a descolgar cuadros y a acomodarlos
contra una pared. De pronto sobrevienen
el CHARIFAS y sus tres DOBLES. Todos
visten igual, se mueven igual y hablan
igual, como gangosos. Toman por sor-
presa y macanean con toda tranquilidad
al TUERTO y los dos GANGSTERS).*

LOS GANGOSOS: ¡Epa no más! ¡Ahí va el golpe!
Agárrense, chiquitos. Aquí estamos.

Usted cáigase aquí, y usted del otro lado pa no estorbar. Y usted juntito.

CHARIFAS: ¿Ya acabaron, o qué?

UN GANGOSO: No más me falta apagarle la otra linterna al Tuerto.

CHARIFAS: Apúrense pues .
(*Filosófico*): Me choca siempre descolgar las co-
(sas:

Parece que se cambia uno de casa.

(*Mira a los GANGSTERS*)

Nos ahorraron trabajo: en paz descansen.

Y vámonos adonde ustedes saben.

Esta noche quemamos un cohete de colores y nos van a dejar ciegos los resplandores.

T E L Ó N

TANKA Y HAIKU

Por Manuel MAPLES ARCE

Es muy difícil, para quien no haya vivido en el ambiente japonés, saturado de la filosofía budista y del sentimiento de la naturaleza, llegar a comprender la poesía de ese pueblo, pues las impresiones que ella refleja tienen un carácter simbólico, ya sea que se refieran a un paisaje, a un sueño budista o a la vida meditativa. Otra de sus características, el sentimiento de tiempo, está claramente determinado por un fondo sobre el cual dibuja el poeta su impresión. De esta manera las estaciones, en su eterno girar, influyen poéticamente, al grado de que una acción o simplemente una palabra es suficiente para que se las asocie al tiempo a que pertenecen.

Así, por una íntima afinidad espiritual, los elementos emotivos se integran en una visión fugaz, pues de la transitoriedad dimana el misterio de esta poesía. Si a esto agregamos que la poesía japonesa tiene entre sus rasgos esenciales el estar hecha de sugerencias, pues inclusive prefiere que sea el lector el que finalice o concluya el pensamiento enunciado en el poema, se comprenderá la dificultad que ofrece para nuestro pensamiento de occidentales.

En una de las más antiguas declaraciones que se conocen sobre la poesía japonesa, y que ha ejercido influencia sobre el espíritu formalista que animó la tradición literaria del pueblo japonés es la de Kono Tsuruyuki, que en el período Heian anotó algunas de las circunstancias que han hecho brotar la poesía, tales como la deshojación de las flores en una mañana primaveral, la caída de las hojas en un atardecer de otoño, la visión de la nieve y de las olas, el rocío en la yerba o la espuma en el agua, el olor de la brevedad de la vida, los cambios de fortuna y la nostalgia amorosa. La más famosa antología *el Manyōshū* o *Colección de las diez mil hojas*, publicado en 808 durante el reino del emperador Heijō y que abarca un período de 130 años, contiene poesías escritas por emperadores, emperatrices, hom-

bres y mujeres de la Corte, simples ciudadanos y aldeanos, es decir, por toda la escala social. De hecho, el *Manyoshu* encierra el alma de la nación.

Desde sus orígenes en el siglo VII, hasta fines del siglo XVI, el metro que domina es el de la *tanka*, que tiene 31 sílabas o notas fonéticas divididas como sigue: 5-7-5-7-7, pero que pueden afectar diversas combinaciones. La dominante en el *Manyoshu* es de 3 grupos, mientras la del *Kokinshu* se dispone en dos grupos conocidos pronto con los nombres de *kaminoku* o verso superior y *shimonoku* o verso de abajo, combinación que va a persistir durante cerca de diez siglos. Al espíritu realista que caracterizó al *Manyoshu* se opuso el idealismo del *Kokinshu* y del *Shin*, poesía cortesana y esteticista que aunque produjo muy finos poemas, pronto se convirtió en un motivo de juego para que lucieran su ingenio los caballeros y damas de la Corte. Era de este modo: un cortesano desafiaba líricamente a otro con una proposición repentina, dando el *Kaminoku*, para que el adversario completara la *tanka*. De la Corte pasó la *tanka* a las clases populares afligida de reglas y fórmulas rígidas que la privaban de espontaneidad, modificando sus virtudes por el empleo de expresiones comunes y giros vulgares. Hasta que hacia el siglo XIV se inventó un juego literario denominado *renga* o *haikai*, palabra que tenía una significación distinta a la que ahora se le da, pues se trataba de un juego cultural.

Como todas las cosas del Japón, su literatura ofrece muchas complicaciones, tanto en su forma exterior como en su espíritu y por las dificultades de interpretación de su idioma, que se presta a errores y tergiversaciones cuando se le traduce a lenguas europeas. Deseoso de conocer con más exactitud la literatura japonesa, recurrí a las luces de mi amigo el hispanista Hirosada Nagata, traductor de Cervantes y profundo conocedor de la historia literaria japonesa, quien me explicó la trama de este juego literario: "Varios poetas profesionales y aficionados se reúnen para hacer este juego. Uno de ellos, maestro o señor, pone *hoku*, es decir, el verso primero de 17 notas, el cual es completado por otro con el verso segundo de 14 notas. Entonces el tercer poeta añade su verso de 17 notas, pero éste no se casa con los dos precedentes, sino sólo con el inmediato anterior, para hacer una *tanka* cabal. Así, el verso cuarto completa con sus 14 notas el tercero, viéndose a su vez completado por las 17 notas del quin-

to poeta. Y sigue la *renga* hasta llegar a los 36 versos, que hacen un *kasen* o a 18 versos, que son *hankasen*.

La posibilidad de ofrecer dos bellezas distintas asociadas al verso anterior y posterior le daba cierto encanto al *haikai*, pero fácilmente lo arrastraba a la monotonía, de la que se salvaba por medio de reglas que manejaban los *haikaishi*, que a la postre resultaron ser simples eruditos retóricos más que árbitros de la poesía. "Sin embargo —explicó el profesor Nagata— de esta *renga* que valía tan poco, se emancipó el *hokku* (primer verso) para crecer muy pronto en un género poético tan original como pequeño. El nombre de *hokku* aplicado al poema de 17 notas se ha conservado hasta nuestro siglo, aunque lo llamamos ahora con el de *haiku*, y los occidentales con el de *haikai*".

Desde el siglo XVI el bonzo Yamazaki Sokan (1465-1553) dio impulso a la nueva forma literaria, y lo siguieron con más fineza lírica Arakida Moritaké (1473-1549), Matsunaga Teitokou (1571-1682), quien separó definitivamente el *haikkú* de la *renga*, Yasuhara Teishitsu (1610-1673) y Nishiyama Soinn (1605-1682), quienes juntamente con el ilustre Bashó forman el grupo de *Los Seis Sabios de la Poesía Haikai* (*haimon-no-roku-Teitsu*).

De estos precursores publicamos los siguientes ejemplos:

Créi que las flores caídas
retornaban a sus ramas
¡Las mariposas...!

(Moritaké)

Para todos los hombres,
siente del sueño durante el día:
¡La luna de otoño!

(Teitoku)

¡Eso, eso
solamente! En flores
el monte Yoshino!

(Teishitsu)

Otro hispanista, el Prof. Shizuo Kazai, diferencia así los géneros poéticos:

Mientras que la *tanka*, de tendencia más lírica, tiene un ritmo continuo y melódico, la misión del *haikai* es producir una impresión muy viva y fugaz. Esta misión consiste, a mi entender, en apoderarse de un instante o destello culminante de nuestro corazón y expresarlo rítmicamente de la manera más breve y condensada.

En una palabra, el *haikai* es una poesía impresionista cuya fuente principal está en la contemplación y apreciación de la naturaleza toda, inclusive la vida humana. Lo que lo caracteriza es que sugiere en vez de describir, contiene la impresión en vez de la representación de ella.

En realidad el primer poeta del *hokku* es Baseo o Basho Matsuo (1644-1694), que floreció en el período de Gensoka, época de oro de la literatura japonesa; poeta original y filósofo a la japonesa, contemplativo y místico adorador de la naturaleza que engendra todo y todo hace desaparecer, discípulo de otro poeta y místico budista del siglo XII, Saigyō el el Ascético, que aconsejaba el abandono de todo en la vida. Basho, como su maestro, sólo aspira a vivir con la naturaleza, a recorrer su país y a gozar de una vida contemplativa. A diferencia de Saigyō, que utilizó la *tanka* como forma de expresión, Basho, de espíritu más original, reforma el *haikai* concentrando su emoción lírica en un breve poema de 17 sílabas.

La extrema sensibilidad de Basho y su pasión contemplativa, que lo aleja de la acción y de las vanidades humanas, afinó en grado sumo su intuición lírica, que asociada a la mística budista imprimió a su poesía un carácter hermético que muchas veces es necesario desentrañar, ya que inclusive el poeta se sirvió de la forma poética para convertir a los hombres a las doctrinas morales de la secta del Zen, cuya enseñanza fundamental afirma que la sabiduría mística no puede transmitirse por las enseñanzas ni la adopción de reglas monásticas, sino alcanzarse por la revelación súbita como un relámpago intuitivo.

Un ejemplo clásico del concepto budista de la poesía en que se asocian de manera sugerente las ideas de transitoriedad y permanencia aparece en un poema de Basho frecuentemente citado:

¡Un viejo estanque!
Salta una rana
resuena el agua.

Para el espíritu occidental, este poema sintético ofrece una visión elemental, desnuda de simbolismos. Es la descripción de un pequeño cuadro realista; pero para la mente japonesa, sazónada en la filosofía budista y en sus virtudes beatíficas, la impresión del viejo estanque que refleja el elemento eterno se contraponen a lo momentáneo representado por el impulso de la rana, cuyo súbito chapoteo en el silencio crea un estado contemplativo.

Para los japoneses, en general, la naturaleza es el reflejo de las ideas. Lo objetivo se transforma en lenguaje simbólico, sugiere leyendas y alegorías y da una significación a las cosas, que adquieren así un sentido animista. De esta manera las impresiones reales se convierten en símbolos, en vagas sugerencias, en sueños búdicos, y en la poesía cobran espíritu, paisajes, jardines y pinturas. Las asociaciones de la vida moral al paisaje, o los elementos de la naturaleza tomados como símbolos, constituyen una forma viva de la cultura; las flores del cerezo, la fuga de las estaciones, el discurrir del agua, el paso de las nubes, el movimiento de los astros, han impreso un carácter al arte japonés, en el que se funden la plasticidad visual y la intención subjetiva. Para ilustrar esta exposición basta recordar otro de los célebres *haikú* del mismo Basho:

En una rama muerta
un cuervo se ha posado . . .
Anochecer de otoño.

Este poema ha sido pintado en muchos *kakemonos* y sin embargo se interpreta con mayor sentido espiritual y ha sido tema de vastas sugerencias.

El sentido auditivo también ha sido usado por Basho para animar imaginativamente un momento emotivo:

Tanta calma . . .
El chirrido de las cigarras
taladra las rocas

El mar se oscurece,
los gritos de las gaviotas
son ligeramente blancos.

Es necesario observar en estos *haikku*, como acertadamente advierte Donald Keene, que para que el poema conmueva al lector y logre producir emoción se requiere la presencia de dos elementos disímbolos, de los cuales uno puede ser la circunstancia general y el otro la percepción momentánea, como lo hemos señalado ya.

Quien leyere los pequeños poemas de Basho sentirá el encanto de las visiones que tuvo el poeta en su incesante peregrinar, exaltado por la gracia de las flores, el vagar de las nubes, los reflejos de la luna en el mar y el canto del cucú: toda la magia evanescente de sonidos, colores y perfumes de la naturaleza. Podemos recrear su goce poético y su libre expansión recorriendo los campos, deteniéndose en los conventos, durmiendo al raso o en pobres albergues, a veces recibiendo la hospitalidad de un señor amante de la poesía, pero del cual sólo aceptará la comida frugal, para levantarse en la aurora y seguir su peregrinación por los viejos lugares legendarios, bajo los cedros, en la noche poblada de vagos sueños fantásticos.

Alguna vez el poeta se detiene en una llanura que fuera en otros tiempos campo de batalla, y exclama:

¡Ah, las yerbas de la primavera!
Huellas del sueño
de numerosos guerreros.

Otras veces, en las orillas del Sumida en que los cerezos forman una nube rosada y vibrante, dirá:

Por las nubes de flores
la campana: ¿Es la de Ueno
o la de Asakusa?

He aquí otras visiones de la naturaleza:

Canta, canta la alondra,
para cuyo canto es aún poco
todo el día primaveral

Que silencio...
El canto de la cigarra
taladra la roca

Ya anochecido en el mar,
es de una blancura suavísima
el graznido de un pato silvestre.

Epigramas de un hondo sentido espiritual:

Vuelve, retrato, hacia acá tu rostro:
también yo estoy solitario
en este anochecer de otoño.

Basho murió en uno de sus viajes, en la casa de la poetisa Sono Jo, y reposa en un templo a la orilla del lago Biwa. La víspera de su muerte dictó a uno de sus discípulos su último *haikai*:

Viajo, estoy enfermo
y mi ensueño
recorre los campos muertos.

La gloria de Basho se extendió por todo el país en la época de Edo en que le tocó vivir, y consiguió numerosos discípulos entre los mejores poetas de su tiempo, sobresaliendo los que fueron llamados Los Diez Sabios (*Jittetsu*):

Kikaku (1661-1707):

Colgando de una rama,
sus primeros trinos del año
lanza un ruiseñor.

Flores de chilacayote. . .
De entre el seto vivo
surge un gallo blanco.

Sampu (1657-1732):

Se siente más frío
al ver una rama de pino quebrada
bajo su carga de nieve.

Boncho (m. 1714):

Sopla el viento,
su única compañera
es la luna en el cielo

El cielo de otoño
sigue tenso, sin abrirse,
desde tiempo remotísimo.

El más importante de sus continuadores, por su espíritu humanista y su temperamento elegante y refinado es Yosa Buson (1716-1783) cuyo arte tiene un sentido más realista que el de su ilustre antecesor, con lo que consigue que su poesía sea más popular al recoger el sentido del tiempo en el instante dramático del presente.

¡Ah, el pasado!
El tiempo en que se han acumulado
los días lentos!

Fue este poeta, además, notable pintor de paisajes y animales que aún pueden admirarse en algunos templos de Kioto, donde pasó gran parte de su vida. Esta virtud se refleja en su poesía, que tiene un carácter descriptivo:

Lluvia de primavera . . .
Van conversando por el camino
una capa de paja y un paraguas.

De un nenúfar
se hallan dos flores erguidas
en medio de la lluvia

Baile campestre.
La luna va a caer
sobre los cuatro o cinco que restan.

Fue Buson gran conocedor de los clásicos chinos y japoneses, que a veces glosa en sus epigramas. Su poesía no tiene el carácter simbolista que la de Basho, es más objetiva y formal, pintoresca e impresionista, rasgo este último que, aunque peculiar del género, aparece más agudo en este poeta. Lo mismo que Basho fue muy aficionado a los viajes y recorrió el país, visitando los más remotos lugares, pero se sabe poco de su vida, pues no dejó ningún diario de viaje, como lo hiciera aquél.

A pesar de su carácter despreocupado, y de que no quiso reunir discípulos, surgieron algunos poetas que deben conside-

rarse sus continuadores, como Kito, Shoha, Tairo y otros. De los que le siguieron damos aquí algunos poemas:

Arboleda de invierno.
Noche en que la luna
hasta la médula penetra

Kito (1741-1789)

Invierno temprano.
Impulsado por el viento sube al cielo
un hilo de araña.

Shoha (m. 1771)

No hace falta probarla;
la granada tiene una forma delicada,
llena de gracia

Taigi (1708-1771)

(Recordando a mi difunto hijo)
¡Oh mi pobre niño!
¿Hasta dónde has ido hoy
a coger libélulas?

Chiyo (1702-1775)

Cuando el *haiku* había decaído nuevamente después de la muerte de Buson, vino a darle vigor Issa el Sincero (1763-1827), poeta que se hizo rápidamente popular después de haber sufrido infinitas penalidades que iban a servir de expresión a su alma. Su pena tuvo un desahogo precoz, herido por los malos tratos de su madrastra, cuando a los cinco años de edad, recordando a su difunta madre, compuso el siguiente *haiku*:

Ven acá,
gorrión huérfano,
a jugar conmigo.

La obra de Issa tiene un marcado sabor autobiográfico, y son sus pasiones las mismas que siente el pueblo, las que dieron a su poesía un matiz de sinceridad y de modernidad a la vez, aunque sin la hondura de Basho ni la elegancia de Buson. Y la posteridad lo llamó el Sincero porque nunca quiso ocultar la

amargura que transparenta su sonrisa en lo grotesco de su humorismo:

Gorrioncitos,
apartáos de allí,
que pasa Don Caballo

En mi lugar nativo
no conozco a ninguna gente,
pero ni siquiera a los espantapájaros.

Pero superando los disgustos y sinsabores se expresó con un acento suave y sereno:

¡Oh mi niña que llora,
insistiendo en que le coja
la luna espléndida!

Y cuando pierde a su hija:

No ignoro que en este mundo
es tan sutil como el rocío la vida.
¡Sin embargo! ¡Oh, sin embargo!

Fue el poeta de la filosofía popular, irónica y maliciosa:

La luna en la montaña
ha desdeñado brillar
sobre el ladrón de flores.

Y se sirve de la levedad de un paisaje para expresar una emoción personal:

¡Cuán inmaculada es la cosecha de la luna!
Pero es el otoño de mi vida.

Poco después de que comenzara en el Japón la influencia occidentalista, que iba a hacerse sentir también en todo el ámbito de su cultura, incluyendo por supuesto la poesía, hace su aparición Masaoka Shiki (1867-1902), renovador del *haikai* y uno de sus críticos, iniciador de un brillante movimiento lite-

rario que se difundió primero en el *Nibon-Shimbun* y después en la revista mensual *Hototoguisu* (El Cucú). La tendencia realista se acentúa en el arte de ese poeta, que asocia fuertemente a su alma las impresiones de la naturaleza, aunque se mantenga dentro de la tradición temática del *haikai* o mejor dicho del *haikú*, pues en esta época de renovación se le dio el nombre moderno de *haikú*:

¡Oh, ese pavo real
que ha abierto la cola
al viento primaveral.

En el monte sombrío
sólo hay la blancura
de azucenas.

Al llegar la barca a la orilla,
se asomó una estrella solitaria
entre las ramas de un sauce

Takahama Kioshi (n. 1874)

Persiguiendo al sol,
que va poniéndose en el agua,
desapareció una libélula

Ishijima Kijiro (n. 1887)

Tan tranquila está la luna
que me parece posible andar
aun sobre la faz del agua.

Takata Choi (n. 1886)

Al realismo objetivo de Siki siguieron fieles algunos de sus discípulos, como Oguiwara Seisensui y Kawahigashi Hehigodo, que dirigió la revista *Sanmai* junto con Takahama Kyoshi. Hehigodo evolucionó, sin embargo, hacia una tendencia más subjetiva, y alteró la métrica clásica, propugnando una expresión más libre y más cruda, abandonando los temas del tiempo, de las estaciones y otros fenómenos de la naturaleza imprescindibles en la poesía antigua. Tomemos algunos ejemplos modernos:

Batiendo el hierro,
hay hombres en el aire, no sé dónde.

Excepto la montaña oscura,
todo está mojado de estrellas.

Kiribayashi Issekuro (n. 1894)

En la arboleda del invierno
cierto pájaro se dignó
cantar para que yo lo oyera

Ozawa Eekido (n. 1881)

Pero la *tanka* no desapareció por completo, por hallarse profundamente arraigada en el espíritu de la poesía japonesa, pues tanto en el cancionero realista del Manyoshu como en el idealista del Kokinahu palpita su inagotable presencia, y a través del tiempo vuelve a afinarse como instrumento imprescindible del lirismo japonés; y así, se preserva en el arte refinado de Kotomichi Okima (1798-1868), que dejó una obra póstuma en tres volúmenes: *El Sendero Entre Yervas*, descubierto en 1898 por el erudito Dr. Nobutsuna Sasaki y editado por él mismo en 1899. Recientemente el Prof. Nagata tradujo al español una selección de 186 de las 971 que componen el original.

Uno de los maestros del lirismo moderno, Kitahara Hakushu, después de haber perseguido las formas libres ha vuelto a la forma ceñida de la *tanka* en su libro *Shirabae* (El viento al fin de las lluvias), persuadido de las posibilidades que ofrece al pensamiento y a la imaginación el flujo y reflujo de sus ritmos elementales.

Tanto la *tanka* como el *haiku* fueron una revelación para los escritores ingleses y franceses, seducidos por las *tankas* del *Manyoshu* y del *Kokinshu* que Edward Fitzgerald dio al inglés, y en las que se trata del sake, de la primavera, del amor insatisfecho y de la transitoriedad de la vida, constante ritornelo del pensamiento japonés, y más tarde, por la Antología de Michel Revon, aparecida en francés por primera vez en 1910, cuyo influjo se hizo sentir en los poetas imaginistas y cubistas de América y de Europa, y en México con José Juan Tablada, el que, sensible al sortilegio de este arte publicó, dos libros *Un Día. . .* y *El Jarro de Flores*, cuyo encanto penetró en el corazón de los jóvenes, que lo siguieron pasajeramente.

Pero aparte el entusiasmo que despierta este arte refinado y sutil, no se ha captado su verdadera esencia, tanto por las complejidades del idioma como por la peculiaridad de hábitos mentales que hacen para nosotros a este pueblo extraño e incomprendible; de ahí que las traducciones ofrezcan intrincados problemas en que se mezclan las dificultades de prosodia con las singularidades psicológicas. A esto debemos agregar que los *kanyí* o ideogramas chinos, de que se sirve la lengua japonesa, asociados a la *katakana*, sistema silábico japonés, están sujetos a interpretaciones que pueden variar según el espíritu del lector. Yo he hecho el experimento de entregar el mismo texto literario a diversas personas conocedoras del idioma español, y las traducciones divergían sensiblemente. Las complicaciones son mayores todavía cuando se trata de la lengua literaria antigua, como, por ejemplo, la del *Manhoshu*. A este respecto vale la pena citar la opinión de Georges Bonneau, doctor en letras japonesas de la antigua Universidad del Japón, que en su opúsculo *El Problema de la Poesía Japonesa, técnica y traducción*, dice concretamente: "Las investigaciones preliminares de una verdadera traducción del *Manyoshu* reclaman una vida entera, y la traducción misma largos años. Un trabajo desde todos puntos de vista admirable, y que hace fe a este respecto, es la traducción del *Manyoshu* de Pierson (Leyde, E.J. Brill, 1929-1936), donde se han reunido todos los elementos necesarios en una traducción digna de ser llamada así. Cuatro libros solamente han aparecido, al ritmo de un libro cada dos o tres años, y el *Manyoshu* comprende veinte libros. Lo cual quiere decir que una traducción completa del *Manyoshu* no podrá tenerse antes de treinta o cuarenta años..." La lengua copiosa y rica de este libro, pero oscura por la cantidad de términos inciertos, suscita a cada paso la controversia. Modernamente, aun cuando el idioma japonés se ha restringido, subsisten las diversas variedades de escritura y los matices íntimos del espíritu mantienen la misma complejidad. Pero en esta intrincada selva, hombres como Aston, Revon, Peri, Waley, Bonneau y algunos otros más, como Aston, Chamberlain, Satow, estudiosos y amantes de la rica literatura japonesa, han trazado con paciencia y sutil penetración, caminos que nos descubren su misteriosa belleza.

Pero más que los graves problemas de la traducción, con serlo tanto, la poesía japonesa reclama el penetrarse de sus

relaciones con la vida misma de este pueblo y el sentir que los poemas mantienen una íntima relación con el paisaje, las leyendas, las creencias religiosas, los sitios y personajes célebres, los símbolos que, por ejemplo, en el pino y el bambú, perennemente verdes, encarnan la larga vida; los ciruelos y cerezos son emblemas de la esperanza y de la primavera, del ruiseñor, de la poesía; y aun la emoción fugitiva de una hora, de un lugar, un recuerdo experimentado hace tiempo, tiene un carácter durable que se mantiene de generación en generación.

EL "ESPERPENTO" EN LA OBRA DE VALLE-INCLÁN

Por Carmen IGLESIAS

I

I. Introducción

HAY un aspecto en la obra de Valle-Inclán que, aunque haya sido estudiado por varios críticos—Salinas le dedica un ensayo completo—, creemos merece ser considerado de nuevo. Nos referimos al "esperpento", nombre dado por Valle-Inclán al género o modalidad que cultivó en sus últimas obras. El ensayo de Salinas al que acabamos de aludir es una inteligente interpretación del "esperpento", y no habría nada que añadir si no pensáramos que aun podría estudiarse el tema desde el punto de vista del análisis estilístico de este fenómeno literario.

Para llevar a cabo nuestro intento, en parte hemos tomado como base el ensayo de la Profesora Concha Zardoya sobre *La técnica metafórica de Federico García Lorca*.¹ Sorprenderá quizá que el estudio de un aspecto de una obra poética se tome como modelo para analizar otra en prosa. Pero, después de leer los últimos libros de Valle-Inclán, se llega a la conclusión de que el "esperpento" está tan teñido de valores y matices metafóricos que no resulta ilógico analizarlo como si se tratara de un poema. Sin embargo, la primera parte de este trabajo es una aportación inédita, en cuanto descubre en el "esperpento" una función específica dentro del mecanismo y estructura de la obra dramática y novelesca.

Nuestro análisis se funda en las creaciones típicamente esperpénticas, según la denominación del propio Valle-Inclán: *Luces de Bohemia*, *Esperpento de las galas del difunto*, *Esperpento de los cuernos de Don Friolera*, *Esperpento de la hija del*

¹ New York, Hispanic Institute in the United States, 1954.

Capitán, Tirano Banderas, La corte de los milagros y Viva mi dueño.

Para una mejor comprensión del problema daremos una definición del "esperpento" según el significado que los diccionarios le adjudican, analizaremos la interpretación del fenómeno, de acuerdo con el propio autor, y, por último, veremos qué dicen los críticos.

Con objeto de situar mejor este nuevo género, buscaremos los precedentes en la literatura española y, luego, trataremos de encontrar el origen y desarrollo del "esperpento" en la obra de Valle-Inclán.

El estudioso específico del "esperpento" nos llevará a una clasificación necesaria, si queremos averiguar cuál es su función en la estructura de la obra, en la caracterización de personas, animales y cosas, y en la crítica histórico-social.

Para analizar la técnica esperpéntica usaremos la misma clasificación que se emplea en el lenguaje poético: vivificación y dinamización de lo estático; humanización, deshumanización, intervalencia y plurivalencia; sinestesia, cromatismo y materialización de lo abstracto. Todos estos fenómenos se dan en el "esperpento".

II. Definición del "Esperpento"

ANTE todo conviene saber qué significa la palabra "esperpento", cuál es el significado que Valle-Inclán da a su invención y qué piensan los críticos del nuevo género literario.

A. La palabra según los diccionarios

EL *Diccionario de la Real Academia Española* nos dice que "esperpento" es "persona o cosa notable por su fealdad, desaliño o mala traza"; también significa "desatino, absurdo".²

La *Enciclopedia Espasa* aplica el vocablo a "persona rara y ridícula". Y añade: "México, aplicado a composiciones teatrales, *culebrón* (sic). Obra intelectual y literaria mal perjeñada y extravagante".³

² (Madrid, 1939).

³ *Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo-Americana*, Barcelona-Madrid: Editorial Espasa-Calpe, 1908-1934.

Por último, como en todos los diccionarios se encuentra más o menos la misma definición, hemos recurrido al de *Ideas afines* donde hallamos que "esperpento" es sinónimo de "payasería" y de "bufón", "fantoche", "farsante", "humorista", "satírico", etc.⁴

Ciertamente, en el lenguaje vulgar la palabra "esperpento" nos sugiere siempre la idea de algo ridículo o absurdo; un "marracho", en fin. Pero ¿podría aplicarse cualquiera de estos términos al género literario cultivado por Valle-Inclán en sus últimas obras? Como veremos luego, cuando el propio autor nos describa lo que él considera "esperpento", la definición del diccionario académico nos resultará la antítesis de lo que Valle-Inclán ha querido crear con su técnica esperpéntica. De la *Enciclopedia Espasa* podemos admitir, aunque con ciertas reservas, la definición de "extravagante" dada en México a una obra teatral que sea un "esperpento", rechazando totalmente lo de mal "perjeñada". En cuanto a los sinónimos, aceptamos el de "fantoche", de frecuente uso en la obra esperpéntica de Valle-Inclán y consideramos que "satírico" es el que mejor podría definirnos esta modalidad.

B. El "esperpento" definido por Valle-Inclán

Luces de Bohemia es la primera obra que Valle-Inclán califica de "esperpento" y donde nos da su propia definición del fenómeno.⁵

El vocablo aparece en la escena duodécima, cuando uno de los personajes —un poeta ciego y en la mayor miseria— empieza a divagar a consecuencia de su embriaguez. "La tragedia de España —dice— no es tal tragedia, sino el esperpento". Agrega que el "esperpento" fue inventado por Goya y que "los héroes clásicos han ido a pasearse por el callejón del Gato".⁶ (A propósito del callejón del Gato, conviene saber lo que dice Gómez de la Serna).⁷ El Poeta continúa sus divagaciones y, a través de

⁴ EDUARDO BENOT, *Diccionario de ideas afines*. Segunda ed. Buenos Aires: 1942.

⁵ (Madrid, 1924), p. 222-226.

⁶ *Ibid.*, p. 224.

⁷ "Como desde niño he paseado yo por el callejón del Gato, sé lo que significa ese pasadizo para al soliloquio, entre dos calles normales y con carruajes". "En el callejón del Gato hubo hasta hace poco,

ellas, podemos seguir el desarrollo de la teoría esperpéntica. Valle-Inclán habla por boca de su personaje cuando añade que "los héroes clásicos reflejados en los espejos cóncavos dan el esperpento"⁸ y que el sentido trágico de la vida española "sólo puede darse con una estética sistemáticamente deformada".⁹ Añade que las más bellas imágenes reflejadas en un espejo cóncavo son absurdas, pero que "la deformación deja de serlo cuando está sujeta a una matemática perfecta".¹⁰ A continuación, el autor nos da la clave de su teoría: "Mi estética actual es transformar con matemática de espejo cóncavo las normas clásicas".¹¹ No se trata, pues, de deformar por un simple afán humorístico o experimental. Un propósito determinado impulsa a Valle-Inclán a someter a insospechadas deformaciones la prosa, la caracterización de personajes, el ambiente, las ideas. El "esperpento" nace en función de una necesidad satírica y demoledora. Por tal razón el Poeta termina diciendo: "Deformemos la expresión con el mismo espejo que nos deforma las caras y toda la vida miserable de España".¹² Pero, además, el artista que hay en Valle-Inclán, dominando cualquier otra modalidad creadora, le obliga a inventar una nueva estética que puede salvar la deformación sistemática del nuevo estilo. De ahí la necesidad de la "matemática perfecta" que regule en todos sentidos el arte esperpéntico. Estructura, ideas, forma literaria, todo ha de sufrir la transformación matemática, para crear un nuevo concepto de belleza aplicable a lo satírico.

C. El "esperpento" interpretado por los críticos

ENTRE los autores que mejor han estudiado el "esperpento" en Valle-Inclán debemos citar a César Barja, Pedro Salinas y Melchor Fernández Almagro. Barja y Salinas han contribuido a la bibliografía de nuestro autor con dos ensayos interpretativos. El primero hace una revisión de toda la obra de Valle-In-

calzados en la pared y del tamaño del transeúnte de estatura regular, dos espejos, uno cóncavo y otro convexo que deformaban en Don Quijote y Sancho a todo el que se miraba en ellos". (*Don Ramón María del Valle-Inclán*, Buenos Aires-México, 1944, p. 148).

⁸ *Op. cit.*, p. 224-225.

⁹ *Ibid.*, p. 226.

¹⁰ *Loc. cit.*

¹¹ *Loc. cit.*

¹² *Loc. cit.*

clán.¹³ Salinas estudia especialmente el "esperpento".¹⁴ La obra de Fernández Almagro abarca lo biográfico y lo crítico, y es más literaria que científica, pero contiene interesantes juicios y una buena interpretación del "esperpento". No podemos dejar de citar a Gonzalo Torrente Ballester, que ha escrito el más reciente estudio sobre Valle-Inclán. Aunque es difícil añadir nada nuevo a lo dicho por los críticos anteriores, la opinión de Torrente Ballester tiene el interés de ser la de un escritor de las últimas generaciones y, por tanto, con una cierta perspectiva histórica para enjuiciar a un miembro de la Generación del 98. Veamos cómo plantea cada uno de ellos el problema esperpéntico.

Comienza Barja diciendo que Valle-Inclán es un caso aparte en el grupo de escritores de 1898 y que aparece como un artista puro, siendo su literatura una obra de arte puro.¹⁵ Y añade que entiende por arte puro el que tiene en sí mismo su justificación y su fin. "Arte puro es arte de forma: belleza de expresión, belleza de estilo".¹⁶ Para entroncarlo con su generación desde este punto de vista del arte puro, tan contrario al del 98, Barja señala que Valle-Inclán coincide con ellos en su reacción contra la vieja tradición literaria del país. Señala también el acusado sentimiento individualista de Valle-Inclán, común a todos los de su generación y su esfuerzo por crearse un arte propio. Considera como un antecedente del "esperpento" en Valle-Inclán su *Retablo de la avaricia, la lujuria y la muerte* (1927) y *Tablado de Marionetas* (1926), señalando la evolución aparecida en su arte a partir de estas obras, en comparación con su teatro anterior. Y Barja demuestra cómo la figura humana de la comedia se deforma en la marioneta de la farsa y ésta en el fantoche del "esperpento". Idéntica transformación irá realizándose de la tragedia y la comedia a la farsa y al melodrama hasta acabar en el "esperpento". Más que un proceso de reducción "es una realidad y es una esencia humana que se agrandan, pero vistas por otro lado, precisamente, por el lado ridículo y

¹³ *Libros y autores contemporáneos* (New York, 1935), p. 360-421.

¹⁴ *Literatura española, siglo XX* (México, 1949), p. 85-114. El ensayo se titula "Significación del esperpento o Valle-Inclán, hijo pródigo del 98".

¹⁵ *Op. cit.*, p. 360.

¹⁶ *Loc. cit.*

grotesco de la farsa y el esperpento".¹⁷ Habla después de la deformación de la visión estética, sin que por esto pierda Valle-Inclán su estilo; por el contrario, llega en sus últimas obras a una estilización máxima, no de acuerdo con un primitivo criterio clásico, sino con una acentuación y exageración de la línea caricaturesca. La deformación de farsas y esperpentos le recuerda la del jazz con respecto a la música clásica.¹⁸ Considera que este arte está sujeto a una medida y por lo tanto es "un arte proporcionado, equilibrado en todas sus partes: elementos reales (vida y costumbres), elementos humanos (caracteres), elementos de expresión (lenguaje y estilo)".¹⁹

Como es de suponer, Barja utiliza la definición del "esperpento" dada por Valle-Inclán en *Lucas de Bohemia* y llega a la conclusión de que a nuestro autor no le interesa un arte de fantasía, sino proyectar esa fantasía sobre una realidad que sea ya de por sí un "esperpento". Y termina diciendo que una tal realidad de "esperpento" es lo que Valle-Inclán cree descubrir en el sentido trágico de la vida española y que tal arte es realista con una tendencia crítica y satírica.

Fernández Almagro cree que el precedente inmediato de los esperpentos se halla en *La pipa de kif* (1919), libro de poemas donde "se recalca el trazo deformador de las farzas" hasta dibujar perfectamente caricaturizado el embrión de lo que se va a llamar "esperpento".²⁰ Estudia luego otras obras de Valle-Inclán anteriores a los *Esperpentos* y considera que en *Farsa y Licencia de la Reina Castiza* (1920) se encuentran ya "la intención de sátira política y la intención caricatural que va a definir específicamente el esperpento".²¹ Esta etapa de las farsas inicia lo que Fernández Almagro califica de "versión grotesca de la historia".²² A continuación destaca la tendencia de la época a aplicar vocablos peyorativos a obras literarias que verdaderamente no podrían ser clasificadas de otro modo; así Ramón Gómez de la Serna lanza sus *Disparates*, cuyo antecedente está en Goya.

Después de examinar la citada definición del "esperpento"

¹⁷ *Ibid.*, p. 409-410.

¹⁸ *Ibid.*, p. 410.

¹⁹ *Ibid.*, p. 410-411.

²⁰ *Vida y literatura de Valle-Inclán* (Madrid, 1943), p. 193-194.

²¹ *Ibid.*, p. 203.

²² *Ibid.*, p. 205.

en *Luces de Bohemia*, se ocupa de la obra en sí y de la identificación histórica de los personajes. Dice que no es un panorama nuevo en Valle-Inclán, pero que su punto de vista ha ganado en altura y que los personajes ahora ya no son los muñecos de antes, sino seres vivos con "sangre y corazón", a pesar de su aspecto de fanticos. Mas ahora hay una preocupación por el presente con salida a un futuro renovador; por eso la sátira es dura y su estética muda de signo.²³

Pedro Salinas también alude a la idea sustentada por Fernández Almagro de que los escritores modernos gustan de inventar nombres definidores para su obra. Valle-Inclán concurre "con la más tremenda de las invenciones: el esperpento".²⁴ Para Salinas, el "esperpento" es, esencialmente, una deformación. Y alude a la estilización que se advierte en el arte de Valle-Inclán, ya apuntada por Amado Alonso, añadiendo que, según la definición académica, estilizar es representar algo, más que de acuerdo con la naturaleza, con arreglo a un modelo o patrón estilístico. Es lo que han hecho Góngora, Gracián, Quevedo, y en pintura el Greco y Goya.²⁵ Valle-Inclán "por muchos años pone a su estilización el signo de lo aristocrático". Padece "el complejo de las princesas", gran recreo de los modernistas heredado de los franceses.²⁶ Señala después cómo al lado de la técnica estilística usada con signo embellecedor hallamos otra nota: el efectismo (final de la *Sonata de Primavera* y de la *Sonata de Otoño*), lo que supone una deformación y, en cierto modo, un esperpento. Pero otro "riguroso antecedente del esperpento" lo encontramos en las *Comedias Bárbaras* ya que "bárbaro resuena a descomunal, enorme o fuera de la norma civil, disparatado".²⁷ Una de las características de estas *Comedias Bárbaras* es la de las acotaciones escénicas, escritas en un perfecto estilo literario, "sometidas a un tratamiento tan esmerado" que cada una vale por un poema independiente. Salinas piensa que el estilo esperpéntico en prosa se halla prefigurado en las indicaciones de escenas de las *Comedias Bárbaras*. Estudia luego el fenómeno esperpéntico en la tantas veces citada definición de *Luces de Bohemia*, opinando que la raíz de la nueva visión de Valle-In-

²³ *Ibid.*, p. 209-211.

²⁴ *Op. cit.*, p. 88.

²⁵ *Ibid.*, p. 90.

²⁶ *Loc. cit.*

²⁷ *Ibid.*, p. 91.

clán se halla en Quevedo y en Gracián. Señala que el "esperpento", en cuanto a la técnica, consiste en una operación ambigua, ya que se propone por misión estética que el horror del deformar cause admiración por el arte maravilloso con que se realiza. Locura, mas con normas. Valle-Inclán será un desesperado del mundo, pero con fe en las potencias del arte. Para Salinas, la nueva técnica es un ejemplo más de la lucha de vicio contra virtud, el drama de la vida del hombre, en cuya alma se pelean el bien y el mal.²⁸

En cuanto al estilo, dice Salinas que "se abrazó, más estrechamente que nunca, a las divinas palabras que por eso le correspondieron ahora con más grandes fervores que nunca. Jamás ha sido tan orfebre. . . Las palabras son el áncoa de salvación a que se ase, la única en el gran naufragio esperpéntico de las cosas. Era poeta y el poeta sólo puede romper con las palabras divinas, cuando le expiran las últimas humanas en los labios a la hora de la muerte".²⁹ Añade que si Valle-Inclán usa el espejo del esperpento para deformar y castigar las tachas de la vida española, resulta que el espejo deformador "no es un ingenio para hacer reir y sí una máquina de moralidad; un artificio de desenmascarar que, aplicado a los culpables, les arroje a la pública vergüenza, sentenciados al escarnio. Lo esperpéntico es modo de escarmiento".³⁰ Valle-Inclán profesó de moralista, el gran moralista del modernismo, hermano menor de Cervantes y Quevedo en esperpentismo y furia ética. Como también lo es Velázquez y Goya. Salinas cree haber hallado la clave del esperpentismo en una frase de un poeta que no se parece a Valle-Inclán ciertamente: Shelley, el cual afirma en su *Defense of Poetry* que "la poesía es un espejo que hermosea lo deformado". Salinas añade: "Juego, entonces, el esperpento de dos espejos, espejo contra espejo".³¹

De Torrente Ballester vamos a destacar tan sólo los párrafos que interesan a nuestro propósito. Dice que la prosa de Valle-Inclán, "mórbida, suave en el color y en la música", lleva en sí el germen de purificación: la ironía. Esta ironía, agrega, se manifiesta en forma estética y moral, acabando por predominar la última. A partir de *Tirano Banderas* transforma comple-

²⁸ *Ibid.*, p. 100-101.

²⁹ *Ibid.*, p. 113.

³⁰ *Ibid.*, p. 113-114.

³¹ *Ibid.*, p. 102.

tamente la prosa.³² Para Torrente Ballester, las razones de la deformación estética de esta obra no tienen esa única finalidad; en cuanto al *Ruedo Ibérico*, tales deformaciones tienen intenciones morales y sociales, incluso patrióticas.³³ No obstante, la conclusión a que llega Torrente Ballester es que Valle-Inclán siente menosprecio por el hombre y todo lo humano, y que su frialdad cordial le impide la creación de tipos capaces de despertar amor y simpatía: sus criaturas son "incompletas, máscaras y títeres nada más".³⁴

Como puede observarse, las opiniones de los críticos a propósito del "esperpento" no difieren excesivamente entre sí. Para Barja, el "esperpento" es, sobre todo, la creación de una nueva estética. No obstante, encontramos una contradicción en sus afirmaciones. Por una parte considera que la obra de Valle-Inclán tiene una "ausencia de lastre ideológico y moral", para afirmar más tarde que en el esperpento se encierra un arte realista "con una tendencia crítica y satírica". Pero Barja no insiste demasiado sobre este punto y concede mucha más importancia al estilo y a la nueva visión caricaturesca.

Fernández Almagro cree que el "esperpento" entronca con Quevedo y con toda nuestra literatura realista tradicional. La intención es satírica y crítica a través de la caricatura de la historia. La nueva estética marca un espíritu revolucionario. Es interesante destacar que Fernández Almagro ve a los personajes de los "esperpentos" como seres vivos, "con sangre y corazón", a pesar de su aspecto de fantoches.

Salinas opina que la nueva técnica de Valle-Inclán es algo ambiguo, puesto que lo feo de la deformación admira por el arte con que se ha logrado y es un ejemplo de la eterna lucha de vicio contra virtud. El espejo deformador es un artilingio para desemascarar, una especie de escarmiento, por lo que Valle-Inclán resulta ser el gran moralista del Modernismo. Ante todo, piensa que el escritor gallego es el hijo pródigo del 98, pues, habiendo empezado su carrera literaria exclusivamente interesado por la belleza formal del Modernismo, ha sabido transformar este arte en una estética del signo moralizador que viene a enriquecer el caudal de la Generación del 98.

Torrente Ballester, al contrario que Fernández Almagro,

³² *Literatura española contemporánea* (Madrid, 1949?), p. 230.

³³ *Ibid.*, p. 235.

³⁴ *Ibid.*, p. 238-239.

cree que los personajes esperpénticos creados por Valle-Inclán carecen de alma y son el producto de un resentimiento del autor y de su "frialdad cordial". La ironía de Valle-Inclán se manifiesta en forma estética y moral, acabando por prevalecer la última.

III. Precedentes del "esperpento" en la Literatura española.

Al tratar en el capítulo anterior de la actitud de los críticos frente al "esperpento", hemos podido observar que Fernández Almagro y Salinas coinciden en hallar la raíz de esta nueva estética en nuestro realismo tradicional, artístico y literario. No podemos dar cabida aquí a todas sus observaciones y hemos de conformarnos con indicar que ambos críticos consideran que la tendencia satírica y moralizadora de los "esperpentos" es la misma de Cervantes y de Quevedo. Y la misma ironía de un Velázquez o de un Goya es la que vemos en la última etapa de Valle-Inclán.

Para comprobar este entronque del "esperpento" con la tradición realista española, hemos hecho una revisión a lo largo de nuestra literatura, consiguiendo los resultados siguientes:

Juan Ruiz, en su *Libro del buen amor*, nos da el primer ejemplo de "esperpento", al hablar de "los nombres del alcaueta":

A la tal mensajera nunca le digas maça,
Byen o mal que gorgee, nunca l' digas pyçaça,
Señuelo, cobertera, almadana, coraça,
Altaba, traynal, cabestro nin almoñaça,

Garavato nin tya, cordel nin cobertor,
Escofyna nin avancuerda nin rescador,
Pala, agusadera, freno nin corredor
Nin badil nin tenassas nin ansuelo pescador...³⁵

Se encuentran aquí todos los trazos que han de definir el "esperpento": exageración, deformación caricaturesca, caracterización de un tipo a través de una serie de elementos contrarios, etc. Tampoco falta la intención satírica, aunque no sea amarga o

³⁵ (Buenos Aires-México, 1948), p. 93.

dolorida, como aparecerá más tarde en Quevedo o en Valle-Inclán: la sátira aquí es despreocupadamente alegre. Pero, a pesar de este detalle, las coincidencias son indudables, salvando la distancia en siglos. Y aun se da el caso de que el Arcipreste de Hita usa con gran frecuencia la palabra "garavato", la cual ha de ser una de las predilectas de Valle-Inclán para calificar a sus fantoches. Veamos otro ejemplo en que aparece el citado vocablo: (un ladrón habla con el diablo)

"Beo un monte grande de muchos viejos çapatos,
 "Suelas rrotas e paños rrotos é viejos hatos,
 "E veo las tus manos llenas de garavatos,
 "Dellos están colgados muchas gatas é gatos".³⁶

Como se observará, la visión no puede ser más esperpéntica y, leyendo el pasaje completo, se aprecia muy bien la intención de "escarmiento", de que hablaba Salinas. En el fragmento que transcribimos a continuación hallamos otra vez una coincidencia en el uso de determinados calificativos:

Avía la cabeça mucho grande syn guisa;
 Cabellos chicos, negros, como corneja lysa;³⁷

"Corneja", junto con coruja, mochuelo, etc., será otro de los sustantivos definidores más usados por Valle-Inclán. Leamos, por último, otro pequeño fragmento del autorretrato del Arcipreste hecho por boca de la Trotaconventos;

"Señora", diz' la vieja: "yo le veo a menudo:
 "El cuerpo á muy grant, miembros largos, trefudo,
 "La cabeça non chica, velloso, pescuçudo,
 "El cuello non muy luengo, cabel' prieto, orejudo.

"Las çejas apartadas, prietas como carbón,
 "El su andar infiesto, bien como de pavón,
 "El paso asegurado é de buena rasón,
 "La su nariz es luenga, esto le desconpón".³⁸

³⁶ *Ibid.*, p. 144.

³⁷ *Ibid.*, p. 103.

³⁸ *Ibid.*, p. 145.

Tal como se nos pinta el Arcipreste podría aparecer en cualquiera de las obras esperpénticas sin desentonar lo más mínimo del conjunto de fantoches.

Un examen del *Corbacho* y de *La Celestina* nos muestra que no se hallan trazos esperpénticos en ellas. Un realismo total, sin matices deformadores, impregna ambas obras. La sátira del *Corbacho* encierra tan sólo ironía o burla. Si existe crítica social o de costumbres en *La Celestina*, el escarmiento llega a través de una expiación trágica. Y el autor extremó a tal punto el estudio psicológico de sus caracteres que no hubo lugar a deformaciones caricaturescas.

Resulta muy comprometido afirmar o negar la existencia de precedentes esperpénticos en *Don Quijote*. Es indudable que Cervantes logra la intención satírica en muchos momentos de su obra por medio de la deformación de la realidad, pero no es menos cierto que en otras muchas ocasiones la sátira se extrae directamente de la pura realidad. ¿Nos atreveríamos a decir que cuando la imaginación de Don Quijote convierte los molinos de viento en gigantes está usando un espejo cóncavo para simbolizar la lucha del hombre con las fuerzas del mal? ¿O es el propio Cervantes quien se burla de las novelas de caballería a través de Don Quijote? Hay, desde luego, escenas en el *Quijote* que por su exageración o la deformación de sus trazos pueden ser consideradas esperpénticas. Así los capítulos que narran la historia de la Dueña Dolorida y el viaje de Clavileño, por no citar otros.

Tiene razón Pedro Salinas al asegurar que Valle-Inclán es hermano menor de Quevedo en esperpentismo y furia ética. En realidad, Quevedo y Valle-Inclán se dan la mano a través de los siglos por su manera de enfocar el momento histórico, por su actitud moralizadora y, sobre todo, por el medio empleado para moralizar. En ambos el lenguaje es violenta arma de ataque, que usan para darnos una visión ridiculizada y esperpéntica del mundo que ven a través de sus ojos satíricos. Observemos cómo aparece esta visión en Quevedo, antes de pasar a estudiar la de Valle-Inclán.

El era un clérigo cerbatana, largo sólo en el talle. . . los ojos avecinados en el cogote, que parecía que miraba por cuévanos; tan hundidos y oscuros que era buen sitio el suyo para tiendas de mercaderes; la nariz, entre Roma y Francia, por que se le había comido

de unas búas de resfriado, que aún no fueron de vicio, porque cuestan dinero; las barbas descoloridas de miedo de la boca vecina que, de pura hambre, parecía que amenazaba a comérselas; los dientes, le faltaban no sé cuántos, y pienso que por holgazanes y vagamundos se los habían desterrado; el gatzate, largo como de avestruz, con una nuez tan salida, que parecía se iba a buscar de comer, forzada de necesidad...³⁹

Tal es el retrato del Licenciado Cabra. De la alcahueta dirá que era "vieja de buena edad, arrugada y llena de afeites, que parecía higo enharinado; niña si se lo preguntaban, con su cara de muesca entre chufa y castaña, opilada, tartamuda, barbada y bizca y roma; no le faltaba una gota para bruja".⁴⁰ Y describirá a unos pícaros o valientes de este modo: "...entraron cuatro dellos con cuatro zapatos de gotosos por caras, andando a lo columpio, no cubiertos con las capas, sino fajados por los lomos... un par de herrerías enteras por guarniciones de dagas y espadas; las conteras en conversación con el calcañar derecho; los ojos, derribados; la vista, fuerte; bigotes buídos a lo cuerno, y barbas, turcas, como caballos".⁴¹

Si del terreno literario pasamos al artístico, podremos observar que un precedente de los esperpentos se encuentra en los cuadros de enanos y de bufones de Velázquez y aún en algunos de sus retratos de los Austrias. El otro antecedente, tan cercano en espíritu como Quevedo, está en el Goya de los grabados y pinturas negras. Con la coincidencia de que ambos siguen rumbos paralelos en arte: a los cartones de Goya corresponden las *Sonatas* de Valle-Inclán; viene luego una etapa de transición y depuración, para acabar en los citados grabados y pinturas negras del pintor aragonés y en las farsas y esperpentos del escritor gallego.

El estudio de estos precedentes del "esperpento" no significa que tratemos de buscar la fuente de los mismos en los escritores o artistas clásicos. Valle-Inclán puede coincidir con ellos, pero nunca pensó imitarlos. Si nosotros hemos señalado aquí esas coincidencias es para demostrar hasta qué punto la modalidad esperpéntica está entroncada con lo mejor de nuestra

³⁹ *La vida del Buscón. Obras completas en prosa* (Madrid, 1945), p. 121.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 170.

⁴¹ *Ibid.*, p. 178.

literatura y de nuestro arte. Por lo demás, Valle-Inclán creó un género único y trascendente, producto del sentimiento y del dominio de la técnica artística, y lo creó espontáneamente.

IV. *Origen y desarrollo del "esperpento" en la obra de Valle-Inclán*

LA limitación de este trabajo no nos permite entrar en un estudio detallado sobre la producción literaria de Valle-Inclán en su totalidad. Hemos de limitarnos, por tanto, a un sucinto examen de la trayectoria de esta obra para saber cómo llega a producirse el "esperpento".

César Barja divide en dos tipos las novelas de su primera época. En un lado, las que están representadas por el estilo de las *Sonatas* (1902-1905); en el otro, *Flor de Santidad* (1904); es decir, las dos tendencias que apuntan en el arte de Valle-Inclán desde el primer momento. Las *Sonatas* encierran el espíritu lírico, refinado y modernista del autor. *Flor de Santidad*, como *Jardín umbrío* (1903) y *Jardín novelesco* (1905), representa la tendencia y la manera dramáticas, épicas, junto a lo regional. Es indudable que en este último grupo se encuentra el embrión de lo que ha de ser el "esperpento". Su tendencia melodramática, que también señala Salinas en algunos momentos de las *Sonatas*, juntamente con ciertos matices de exageración, se acentúa más tarde en las *Comedias Bárbaras* —*Águila de blasón* (1907), *Romance de lobos* (1908) y *Cara de Plata* (1922)—. Melodramatismo y exageración suponen ya una deformación de lo real y, por tanto, un principio de esperpentismo. Hay que observar que en estas comedias se inicia la técnica, de la acotación escénica que, como indicaba Salinas, ha de tener su máxima expresión en el "esperpento". Fernández Almagro opina que la mayoría de los personajes de los dos primeros volúmenes de las *Comedias Bárbaras* se dibujan con línea dislocada, pero viva.⁴²

La transición entre estas *Comedias Bárbaras* y las farsas que vendrán después se halla en *La pipa de kif*, libro de poemas donde son patentes las dislocaciones y que todos los críticos consideran emparentado con los "esperpentos". La producción intermedia entre las obras que vamos señalando —novelas de la

⁴² *Vida y literatura de Valle-Inclán*, p. 137.

Guerra Carlista, *Cuento de Abril*, *La Marquesa Rosalinda*, *Voces de Gesta*, etc.—, muestra todavía elementos de las dos tendencias características del autor.

Retablo de la avaricia, la lujuria y la muerte (1927) comprende cinco piezas dramáticas, de las cuales *Ligazón* y *Sacrilegio* son autos para siluetas y *La Rosa de Papel* y *La Cabeza del Bautista* dos "melodramas para marionetas". Todas estas piezas marcan ya un tránsito al teatro de marionetas que, en cierto modo, enlaza con *Tablado de Marionetas* (1926), volumen que comprende tres farsas —*Farsa italiana de la enamorada del rey*, *Farsa infantil de la cabeza del dragón* y *Farsa y Licencia de la Reina Castiza*. Esta última es, sin duda, el precedente inmediato que ha de dar paso a los *Esperpentos*. Se encuentra en esta obra la intención de sátira política y la visión caricaturesca de la historia. El lenguaje es desenfadado, en ocasiones agresivo, anunciando en todo momento lo que va a ser el nuevo género. A partir de esta obra, Valle-Inclán rompe definitivamente con el modernismo, cuyo espíritu informaba las *Sonatas* y algunas otras obras. Del espíritu regional, en cambio, persistirá la visión dramática, supersticiosa y misteriosa. Esta inclinación continuará en las obras esperpénticas, amalgamándose lo melodramático con la befa y la caricatura.

Ya se ha indicado que la primera obra que lleva el nombre de *Esperpento* es *Luces de Bohemia*. Este subtítulo de *Esperpento* sustituye al de *Farsa* que llevaban las piezas dramáticas anteriores: el autor, conscientemente, utiliza esta palabra para demostrar que ha avanzado un punto más en la línea de la deformación de la realidad. Sin embargo, *Luces de Bohemia* presenta un escenario real: la vida, miserias, intrigas y deslealtades típicas de un grupo de literatos y artistas en el Madrid de la primera postguerra, a través de una línea argumental que ha de terminar en el melodrama. Pero no es tan importante el dramatismo de la obra como el contrapunto del diálogo y, sobre todo, de las acotaciones escénicas. Ya hemos indicado diferentes veces que en esta pieza se halla el diálogo en que Valle-Inclán nos explica lo que para él significa el "esperpento" y lo que se propone hacer con este nuevo artilugio. Para demostrarlo, utiliza por primera vez el espejo cóncavo donde proyecta la visión deprimente y lamentable de la vida intelectual española. La modalidad histórica —que comenzó con las novelas de la Guerra Carlista (en parte ya existía en las *Sonatas*) y se convir-

tió en caricatura de la historia en *La Reina Castiza*— continúa en esta obra su trazo deformador, pues Valle-Inclán se propone desenmascarar el momento histórico y el ambiente en que vive. *Luces de Bohemia* tiene una doble función esperpéntica: en la intención (argumento, caracteres, situaciones) y en el estilo (acotaciones escénicas, prosa).

Las mismas características aparecen en los *Esperpentos* posteriores. Son tres piezas —*Las galas del difunto*, *Los cuernos de Don Friolera* y *La hija del Capitán*— publicadas conjuntamente en un volumen titulado *Martes de Carnaval* (1930). *Las galas del difunto* es, a nuestro juicio, la obra más esperpéntica de Valle-Inclán, incluyendo las novelísticas. El tema sobrepasa lo melodramático para convertirse en macabro: un soldado recién llegado de la guerra de Cuba, con la consiguiente desmoralización y miseria, un prostíbulo, una botica —cuyo boticario es padre de una prostituta, lanzada a la vida por la crueldad de su progenitor—, un cementerio donde el soldado va a despojar de sus "galas" al boticario apenas muerto, etc. La lujuria, la avaricia y la muerte son los elementos que se conjugan para componer un cuadro de *ballet* o tablado de marionetas en donde los personajes actúan como fantoches y hablan con un desgarrado de barraca de feria. La intención satírica es indudable también. Dentro del género esperpéntico, la escena de la muerte del boticario es de una realización perfecta y marca el *climax* del mismo en una obra dramática.

Con idéntico ritmo de *ballet*, pero con una intención mucho más caricaturesca, se nos presenta *Los cuernos de Don Friolera*, cuyo tema es el del honor militar. Don Friolera, capitán del Ejército a quien engaña su mujer, hubiera preferido no enterarse de ello y vivir tranquilo a tener que hacer suyo ese problema del honor que no siente y que le obliga a tomar resoluciones muy contrarias a su temperamento. La crítica de las instituciones militares y de sus falsos códigos es de una violencia doblemente acusada porque Valle-Inclán usa la befa y el ridículo para mayor escarnio. Es muy curioso y significativo el doble plano que nos presenta el autor con el prólogo, en el cual vemos actuar un auténtico tablado de marionetas en una feria, y el resto de la farsa, donde se desarrolla la tragedia, con similares argumentos de maridos engañados, venganzas, etc.

La hija del Capitán implica una sátira aún más furibunda contra el Ejército. Aquí es el General Primo de Ribera quien

sufre los efectos del espejo deformador que lo reduce a la ínfima categoría. Y todo se ridiculiza y empequeñece junto a él. Así, un crimen en el que indirectamente se ve complicado el General, le obliga a acelerar el golpe de Estado que traerá la Dictadura, con objeto de que este acontecimiento nacional haga olvidar al público y a la prensa el otro suceso. La farsa tiene un tono de sainete a lo Arniches, con un diálogo achulado y hamppón, como corresponde a los tipos que aparecen.

Tirano Bandejas es la primera novela esperpéntica, también con un doble plano que se proyecta en la intención de la obra y en su estética. Desde el punto de vista del estilo es la más perfecta, pues en ninguna de las farsas esperpénticas había alcanzado Valle-Inclán tal riqueza expresiva ni tal precisión lingüística al servicio del nuevo arte. Los personajes tienen asimismo mayor intensidad dramática dentro de su simbolismo. La novela es una admirable síntesis: síntesis de todos los generales hispanoamericanos, de todas sus revoluciones, de todos los dialectos de Hispanoamérica. Y también es sintética la sátira, puesto que al criticar a América va implícita la crítica a la herencia que recibió de España y de su militarismo.

La corte de los milagros y *Viva mi dueño* son los dos primeros volúmenes de la serie *El ruedo ibérico* que Valle-Inclán no llegó a terminar a causa de su muerte. Más que novelas son una historia novelada de las postrimerías del reinado de Isabel II. *Amenes isabelinos* llama el autor a esta época y, como tales *amenes* o liquidación total de una etapa de la historia de España, nos presenta el panorama de la Corte, de la política y de toda la vida social del país, fiel reflejo de la descomposición general. Los personajes históricos, lo mismo que los de pura invención, no son más que fantoches de la gran mascarada histórica y todos son llevados a la picota del "esperpento" para escarmiento de las generaciones venideras.

EN TORNO A UNA NOVELA AMERICANA

Por *Hugo RODRIGUEZ ALCALA*

"Yo quisiera escribir un libro: *Sobre la posesión demoníaca en los tiempos modernos*, y mostrar cómo la humanidad en masa se da por entero al mal, como en nuestro tiempo. . ."

KJERKEGAARD

I do not know, but most men die like animals, not men.

HEMINGWAY

I

No recuerdo quién escribió, defendiendo a Baudelaire, que el título *Fleurs du mal* constituía en sí una honrada advertencia de que debían hacerse cargo los lectores para saber de antemano a qué atenerse al abrir aquel volumen juzgado por muchos de escandaloso. Francisco Ayala, con pareja honradez, titula *Muertes de perro* * a su última novela, como para advertirnos que no nos ofrece con ella un romance idílico y que sus personajes, casi todos, agentes y víctimas del mal, mueren de muertes dignas de sus vidas: esto es, de muertes perrunas. De aquí que, si vamos a leer esta novela, tengamos que considerar no sólo lo que el título nos anuncia, sino que disponernos resueltamente a descifrar el sentido profundo de una de las obras más sombrías publicadas en español en este o en cualquier siglo.

La trama puede reducirse a este sencillo esquema: Luis Pinedo, escritor tullido, ciudadano de una república centroamericana no identificada, sentado en su silla de ruedas escribe algo

* Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1958, 244 págs.

así como una introducción a la historia del régimen dictatorial del presidente Antón Bocanegra. Antón Bocanegra tiene un secretario privado de nombre Tadeo Requena, hijo natural suyo, según rumores fidedignos. La esposa del dictador, Concha Bocanegra, especie de Mesalina del Trópico, *seduce* al secretario privado de su cónyuge y, tras una embrolladísima intriga, induce, persuade y obliga a Tadeo Requena a asesinar al presidente. El plan de la Primera Dama es, en rigor, deshacerse no sólo de su marido sino también de su amante, porque tiene en mira otro *affair* que le permitirá permanecer en palacio compartiendo el poder supremo con un militar, el coronel Cortina, secuaz y hechura del propio Bocanegra.

Se verifica el asesinato del dictador, pero fracasa por completo la segunda parte del plan de la presidenta. El régimen despótico se desploma, los asesinatos son a su turno asesinados y el poder pasa a manos no del coronel Cortina, sino a las de una junta de tres sargentos bestiales, asesorados por un tal Olóriz, viejo caduco y siniestro, apodado "la esfinge decrepita".

El relator Luis Pinedo, afanoso de escribir una historia lo más objetiva posible, utiliza las mejores "fuentes": las memorias del secretario privado Tadeo Requena, los informes confidenciales del Ministro de España (secuestrados durante el asalto por el populacho de la legación respectiva); algunas cartas y borradores de personajes centrales, las páginas del diario de la hija de un ex Ministro de Estado, y las declaraciones que le hacen testigos y actores secundarios de la tragedia.

Ayala nos traza así el cuadro completo de una Utopía al revés. Su *politeia* es la república ejemplar de la opresión, del vicio, del peculado, del crimen impune y a mansalva. El novelista se desentiende de todo, o de casi todo, lo que pueda halagar en el hombre el hecho dramático de ser hombre y retrata a los mandatarios de esta república atroz como a seres infrahumanos, como antropoides que viven como tales y mueren como perros.

¿Qué se ha propuesto Francisco Ayala? ¿Una sátira contra la política hispanoamericana en general o contra un régimen particular, de este o de aquel país, ligeramente disfrazado? ¿Es su intención mucho más inclusiva y apunta al hombre y a la sociedad del siglo xx?

- II -

Al comentar las memorias del secretario presidencial Tadeo Requena, el tullido Luis Pinedo exclama:

¡Buena caja de sorpresas es el mundo; y bien de ellas encierran las tales memorias! ¡Quién lo hubiera adivinado! Pocas son las que se escapan a mi observación en esta desconocida Atenas del trópico americano. Reducido por mi enfermedad al mero papel de espectador, desde mi butaca veo, percibo y capto lo que a otros, a casi todos, pasa inadvertido. Son las compensaciones que la perspectiva del sillón de ruedas ofrece al tullido. ¿Se imagina a un ratón que, asomado a su agujero, o a un canario en su jaula, pudiera tomar nota de cuanto, descuidadas, hacen y dicen las gentes?

Quieto en un ángulo del café, mientras los demás van y vienen, o instalado acaso tras los jugadores de billar que, al inclinarse para perfilar con esmero sus carambolas, me muestran el fondillo de sus pantalones, he corrido yo más mundo, y más cosas he visto, que otros apurándose, desalados, de un lado a otro. Pero, con esto y todo, he de confesarlo: el joven secretario Tadeo Requena me dio el gran chasco. Ahí, el ratón y el canario fallaron: descubrir las memorias fue para mí un asombro del que todavía no salgo.

¿De modo que este sujeto gris, callado, inteligente sin duda, pero brutal, y sobre todo, frío como un lagarto, despreciable en definitiva; esta especie de arrivista desaprensivo, acabado ejemplo de la mulatería rampante que hoy asola el país, resultaba ser en el secreto de sí mismo nada menos que un señor dotado de aficiones literarias; y no sólo eso, sino un crítico implacable de la sociedad en torno suyo, muy capaz el hombrecito de darle a sus rencores la forma del sarcasmo; que pertenecía en fin a la clase de individuos que se permiten la extravagancia, sólo disculpable para un inválido, de emplear sus horas sobrantes en garrapatear y emborronar hojas y más hojas, por el gusto de delatarse, traicionarse y venderse; quiero decir que, en el fondo, era como yo, un animal de mi especie, un congénere mío? (pp. 17-18).

Cuando en la lectura de *Muertes de perro* llegamos hasta el tercer capítulo y nos detenemos en las páginas arriba transcritas, reparamos a lo menos en tres cosas: el tono extraordinariamente cáustico del relator, la ingeniosa "preparación" que

hace el novelista para justificar el muy usado arbitrio de unas *memorias*, y el punto de vista, el peculiarísimo punto de vista del tullido, personaje él mismo central de la novela. Es decir, nos sorprende la maestría del novelador para, desde un comienzo, ir trazando simultáneamente el vigoroso retrato de dos de sus protagonistas —el relator y el secretario— y para hacernos perfectamente plausible la transcripción y comentario de las memorias del uno por la pluma del otro.

Pero sólo más tarde nos percatamos del cabal sentido y alcance de las páginas citadas porque, en rigor, lo que en ellas dice Pinedo y lo que a ellas agrega no tiene desperdicio: todo cuanto va anotando es revelación y, muy especialmente, autorrevelación. Al comenzar el capítulo III se admira Pinedo de que Requena y él tengan en común pareja afición literaria; se admira de ello porque le parece inconcebible que ese "ejemplo de la multería rampante", es decir, que ese sujeto inferior, indigno, despreciable, tenga dotes genuinas de escritor sagaz y sarcástico; se maravilla, en suma, de que sea Requena —y lo dice irónicamente— "un animal de su especie, un congénere" suyo. Y, sin embargo, esta última afirmación encierra, como nos percatamos después, una verdad sin ironía o atenuación posible: el escritor Pinedo, despreciador de mulatos encaramados en el poder, y el mulato esbirro del tirano y metido a escritor, son cabalmente *congéneres*, tan capaz el uno como el otro de taimada obsecuencia, de doblez, de traición, de venalidad y hasta de asesinato.

Luis Pinedo, personaje equívoco, lejos de ser la virtud que estigmatiza el vicio, en el fondo se complace en reflejar el mal con el pretexto de fustigarlo. Y desde el punto de vista de su tullimiento físico y moral no sólo contempla, anota y describe las tulliduras del mundo social por sobre las que giran las ruedas de su silla, sino que también interviene en fechorías idénticas a las de que él profesa abominar. Es él, sí, una bajeza lúcida entre bajezas oscuras, sin otro verdadero asombro que el que le causa, en el trato de seres infrahumanos, la lucidez igualmente fría y mordaz de uno de sus congéneres, de un "animal de su especie".

QUEDA arriba dicho que el relator echa mano de muchas "fuentes" para historiar el régimen de Bocanegra y su desastrado

do fin. Y es de admirar la habilidad del novelista en la "justificación" del empleo de cada una de esas fuentes que son, en realidad, una serie de múltiples arbitrios. Pues el empleo de cada uno de estos arbitrios no sólo encaja perfectamente en el desarrollo del relato sino que constituye, por así decirlo, un potente reflector psicológico que nos esclarece, desde ángulos diversos, las tinieblas de las almas, señala las motivaciones más cuidadosamente ocultas y revela la imprevista o calculada secuencia de los efectos a sus causas.

Ahora bien, como el relator Pinedo y el secretario Requena tienen almas afines y son "los que más hablan", la novela así logra una fundamental uniformidad de tono. El tullido y el válido son dos actores y testigos con casi la misma voz. De aquí que toda la obra tenga una nota constante de sorna y de lucidez sarcástica que responde adecuadamente al propósito del novelador.

Podrá creerse que el dictador Bocanegra y su esposa sean los protagonistas centrales (en la tapa del libro vemos una caricatura de la pareja presidencial, vestida de gala, resplandeciente de cruces y medallas). Pero lo son únicamente en apariencia. En rigor los "héroes" de *Muertes de perro* son Pinedo y Requena. O mejor dicho, Pinedo que transcribe a Requena y que ilumina los "hechos históricos". El tipo de estos "héroes", si bien se mira, es el que hace posible a los Bocanegra de la realidad y de la ficción. Esto último está implícito en los capítulos más sardónicos de la novela bien que nuestro autor se esfuerce, para no desvirtuar lo pungente de su mensaje, en que esto no resulte obvio.

Y se diría, sí, que Avala hubiese puesto a Bocanegra y a otros personajes bajo la mirada de su relator como si éste fuese el espectador solapadamente activo de un juego de pesadilla, de un ajedrez cuyo tablero esté rezumando sangre y cieno, y en que cada movida se anticipa, se explica y se juzga ya airadamente, ya con un regocijo ambiguo que vacila entre el reodeo y el sarcasmo. Pues este relator aunque se precia de analista clarividente y se propone escribir no un diario o unas confesiones sino un ensayo histórico, se olvida a veces de ser el sedicente mero espectador del juego y entonces nos deja saber que él también ha jugado. Y cuando arroja abiertamente la máscara en alguno que otro episodio, lo hace como con un baudelairiano

Hypocrite lecteur, mon semblable, mon frère.

- III -

EL presidente Antón Bocanegra, "el padre de los pelados", ha subido al poder con la aureola demagógica de protector de los desheredados. Pero no ha subido solo: le acompaña su Primera Dama, mujer, como se desprende de lo ya dicho, intrigante, inescrupulosa, astuta y vengativa. Una vez en el poder, la pareja presidencial se entrega a todos los abusos del mando. La única y última esperanza de la oposición, el senador Lucas Rosales, muere a manos de los esbirros del dictador en la escalinata misma del capitolio. El régimen se consolida sobre el crimen y el terror.

Mientras tanto, en el pueblo de San Cosme vive un adolescente hijo de una lavandera y del propio dictador: su nombre es Tadeo Requena. Un día Antón Bocanegra envía a San Cosme a su jefe de seguridad en persona, al entonces comandante Cortina, en busca de Tadeo Requena. El propósito de Bocanegra es hacer de Tadeo su futuro hombre de confianza, su Secretario Privado. A Tadeo lo obligan a subir a un *jeep* y lo llevan a la capital.

Las memorias de Requena comienzan con la evocación del muchacho campesino en alpargatas que de pronto se encuentra cruzando los salones del Palacio del Gobierno para ser presentado al hombre de "la banda terciada al pecho". Así, al menos creía el muchacho de San Cosme que vería al presidente cuya "imagen bigotuda... se repetía en las paredes de todas las cantinas, en la panadería, en la comisaría, en la escuela... pág. 21). El comandante Cortina conduce a Tadeo hasta una gran sala de baño llena de oficiosos dignatarios. Pero ¿dónde está el presidente? Estaba, cuenta Requena,

medio oculto por la concurrencia... con los ojos obsesionantes y los bigotazos caídos que yo tanto conocía por el retrato de la cantina; aunque, claro está, sin la banda cruzada al pecho; pues Su Excelencia, único personaje sentado en medio de aquella distinguida sociedad, posaba sobre la letrina (o, como pronto aprendí a decir, en el inodoro), y desde ese sitio estaba presidiendo a sus dignatarios... (págs. 25-26).

Las memorias de Requena no son un relato ininterrumpido en la secuencia de los sucesos, sino matizado de reflexiones y

flashbacks. Por eso, entre el momento de atisbar él por primera vez a Bocanegra y de oír la voz del dictador, media bastante espacio. Hay en su prosa una delectación morosa en los pormenores significantes, todos éstos descritos en tono de sardónica picardía. Cuando Tadeo vuelve al relato mismo, nos cuenta que Bocanegra "lo interpeló desde su trono":

—Así que éste es el Tadeo —exclamó—. Acércate, muchacho, acércate. . . —me dijo—. Ahora, y no antes de ahora, se dieron por notificados los demás de mi presencia, y vertieron sobre mi cabeza humilde el bálsamo de sus miradas de simpatía; incluso me empujaron suavemente hacia el caudillo. . . Con desconfianza, con incredulidad, le oí entonces hablar, en forma un tanto sibilina, sobre planes, proyectos y designios relacionados conmigo, de entre cuya nebulosa pude sacar en limpio tan sólo que me confiaba por lo pronto a los buenos oficios de su Ministro de Instrucción Pública (es decir, al doctor Rosales, allí presente), así como a los del comandante Cortina, que hasta allí me había conducido, para que ambos velaran, respectivamente, por mi bienestar físico y mi formación espiritual, preparándome—y en el más breve plazo posible, ¿entendido?— para desempeñar cualquier misión o puesto que se me asignara. —Quiero verlo sin tardanza hecho un doctorcito en Leyes, ¿eh?; pero, ¡sin tardanza! (págs. 27-28).

La caricatura, en éstas como en otras muchas páginas, llega a tal extremo que el mundo novelado pierde realidad, se llena de una irrealidad constituida de bufonadas, de imágenes escatológicas, de figuras macabras. Es decir, la caricatura y la sátira aniquilante llenan el mundo de la ficción y, por consiguiente, lo vacían.

Más de un lector sentirá una irritación, un asco, una repulsión tales que lo impulsarán a arrojar el volumen y escapar de la atmósfera asfixiante en que el novelista lo ha metido. Y también más de un lector sentirá que Ayala ha recargado las tintas hasta el punto de malograr efectos que un evidente talento literario hubiese sin mucho esfuerzo obtenido a no incurrir en la desrealización caricatural de muchas páginas de *Muertes de perro*.

Y, no obstante, esa atmósfera de irrealidad, de vacuidad, digamos, es en el escritor algo querido y conscientemente elaborado. En ella consiste la azorante modernidad de su novela y

su hondo sentido metafísico. Porque el mundo de *Muertes de perro*, exento de idealidad y de gracia, enrarecido y hueco de valores, sin propósitos noblemente incitantes, es un mundo vacío en que la existencia humana hoza en el cieno, irreal, absurda, perruna. No es casualidad el que el autor de *Muertes de perro* sea contemporáneo de un Kafka, de un Hemingway, de un Sartre, de un Camus o de un Asturias. Esto es, de generaciones de artistas que, de una u otra manera, arrastrándonos con sus criaturas de ficción, nos han hecho descender a los subterráneos tétricos de una experiencia existencial similarmente angustiada y deprimente. Huelga decir que en Ayala no hay propósito de estar *a tono* con una corriente literaria más o menos prestigiosa. En él, la manera sombría de novelar no es ni podría ser moda pegadiza o concesión o compromiso con lo hoy encomiado o aceptado como literatura vigente. El caso es precisamente lo inverso. En Ayala sería concesión o compromiso el novelar de manera diversa de la suya. Porque el autor, por su vida, por su vastísima experiencia del mundo contemporáneo, por su larga actuación intelectual en el seno de las *élites* de dos continentes, es como el que más en nuestro idioma, un hombre genuinamente de su tiempo.

Ayala nació en Granada una docena de años antes de la Primera Guerra Mundial; hacia los años veinte se dio a conocer como escritor en el círculo de Ortega, en la *Revista de Occidente*; militó en el movimiento republicano español, sufrió la Guerra Civil Española; emigró a América al iniciarse la Segunda Guerra Mundial y vivió en nuestro Continente, en varios países, durante la edad de oro de las dictaduras nazi-fascistas. Y después de tanto ver y tanto oír en tanto mundo, escribe hoy su novela con la lucidez sardónica de un testigo de infinitas ignominias que ha logrado convertir su indignación en sarcasmo y en símbolo. Estudiante en Alemania, vio muchedumbres de energúmenos vociferar con el brazo en alto, alistadas ya para la gran matanza; años más tarde, agente diplomático en Checoslovaquia, durante la Guerra Civil Española, presenció una de las claudicaciones de las democracias cuyo teatro fue Praga; en la Argentina, exiliado de su España ensangrentada, vio incubarse y triunfar una dictadura no mucho menos atroz que la de su última novela. Viajero incansable, peregrinó Ayala por casi todo el Occidente y el Oriente, observando, tomando notas. Por estas y otras circunstancias, Ayala es un andaluz verdaderamente

universal, cuya visión del mundo en crisis entronca con la del Quevedo de *Los sueños* y armoniza con las de las pesadillas de grandes escritores de su tiempo.

IV

LA novela de Ayala es bastante más que una sátira de la vida política de éste o de aquel país hispanoamericano. Un propósito único de sátira política daría a su obra un alcance meramente "local" y la haría ser una voz más entre las muchas de buena o mala retórica que claman contra dictadores y dictaduras. La novela más parece una sátira del hombre del siglo XX, del que no sabe vivir ni convivir; del hombre que, olvidado de la humanidad, cae en infrahumana abyección y siente crecer sobre su cuerpo inclinado ante fetiches la negra pelambrea del orantán.

Pero volvamos a la novela misma y, dentro de ella, consideremos el capítulo XXV, uno de los más notables del libro. En él, Tadeo Requena relata una espantosa pesadilla. Su ex mentor Luis Rosales —ex Ministro de Instrucción Pública de Bocanegra—, se le aparece en sueños. O, mejor dicho, el espectro del ex Ministro, que se ha suicidado ahorcándose no mucho antes, se le aparece y, en el curso de un macabro diálogo le confirma un mensaje que, durante una sesión de espiritismo en Palacio, la médium había descifrado días atrás. Conforme a este mensaje, Tadeo debía asesinar al dictador Bocanegra.

"En sustancia" —anota Tadeo en sus memorias— "me lo había dicho ya: venía a confirmarme, etcétera. Y así, cuantas veces volvía a hablarme, otras tantas le interrumpía yo. Hasta que por última me dice: *Au revoir*; y me saca la lengua, larga, larga, larga, de lo más chistosamente. Ahí termina mi sueño. . . ." (pág. 193).

Lo bueno o lo malo, lo justo o lo injusto, lo noble o lo bajo son cosas que a Tadeo le tienen sin cuidado, que no le van ni le vienen. Si sabe lo que significan estas nociones, no le interesan ni le afectan. A él lo han hecho doctor en leyes a toda prisa; él ha aprendido muchas cosas que sabe utilizar para sus propios fines. Ahora es él el primer lacayo del presidente y, además, el amante de la Primera Dama. Pero Requena no ha hecho cuestión de nada de esto hasta que el día siguiente a la noche del

sueño experimenta, por primera vez en su vida, la *nausée* del Antoine Roquentin sartriano, la extraña angustia del absurdo del Meursault de Camus:

Anota Requena en sus memorias:

Amanece uno un día con dolor de cabeza, se levanta de mal temple, con el pie izquierdo, y ya puede decir que está fregado para la jornada entera. Eso es lo que me ha ocurrido a mí hoy. Apenas salí de mi cuarto, y mientras me tomaba el triste café en la oficina, me dio por cavilar que cuanto yo hago, digo, pienso, procuro, maquino, deseo y proyecto en este mundo carece de sentido; que mi existencia —*no esto ni lo otro, sino mi existencia misma*— es toda ella un puro disparate. ¿Qué razón puede haber —me preguntaba entre sorbo y sorbo— para que yo, Tadeo Requena, el hijo de la difunta Belén Requena, ilustre matrona del poblado de San Cosme, esté aquí, sentado en esta oficina, dentro del Palacio Nacional, frente a la Plaza de Armas, y tenga a mi cargo la Secretaría particular del Presidente, disponiendo y vigilando el trabajo de unos empleados bajo mis órdenes, y deba guardarle el aire a Bocanegra, y luego, como una más entre mis tareas de rutina, acostarme a escondidas con su mujer, *por nada, porque sí*; y esto hoy, y mañana, y siempre? ¿Para qué, todo ello?... Claro que estas ideas, ya lo sé, eran efecto del mal sueño, y de no hallarme en mi centro; *la náusea que me producía el café medio frío* preparado por el conserje, no tenía otra causa; pero el hecho es que sentía asco de todo, de todos, y de mí mismo para empezar.¹ (págs. 194-195).

Requena no puede soportar la náusea (cuya causa sólo atribuye, significativamente, al café medio frío) ni puede soportarse a sí mismo y, ansioso de salir fuera de sí, se echa escaletas abajo y sin rumbo, como un obseso, comienza a vagabundear por las calles, "como la gente suele hacerlo" —escribe él— "por el mero gusto de pasear". Pero pronto advierte *que él no es como la gente*, que él es *uno de los de arriba*, de los de Palacio, uno de los que ve la ciudad sólo desde el automóvil oficial armado o desde el *jeep* conducido y defendido por polizontes. Y entonces los lectores nos percatamos de que Tadeo Requena es una variedad *sui generis* de *outsider* o *étranger* al que de impro-

¹ El subrayado es mío.

viso le ha llegado la hora de aclararse a sí propio su lastimosa condición:

Notaba dentro de mí un impedimento. ¿Qué es un impedimento? ¡Pues vaya usted a averiguarlo! Algo que me trababa, que me pesaba, que me empujaba, que me retenía, que me... Todo era tan extraño... Esas calles, esas tiendas, la gente misma que mira, medio distraída; todo. (pág. 195).

Las memorias se hacen aquí puro *stream of consciousness*, puro monólogo interior, entre angustiado y displicente. Requena, de mala gana, está dejando de ser una suerte de autómatas simiesco y taimado que obedece fríamente a su amo, un mero instrumento de una oscura voluntad de oprimir y degradar. Comienza Requena a sufrir dudas, perplejidades, conflictos interiores; comienza, en suma, a ser hombre sintiendo en sí amanecer una conciencia. Su vivir presente se problematiza y se detiene, huero, sin sentido; luego se apodera de él el pasado: toda la historia de su extraña aventura en el régimen de Boca-negra se precipita sobre él en imágenes alucinantes. Y de pronto, ahora, aquí, en esta calle, tropieza con Ángelo, el hijo idiota del difunto ex Ministro Luis Rosales. (En vísperas del sepelio del suicida Rosales, Requena ha estuprado a María Elena, hermana del idiota, hija de su antiguo mentor):

¡Ángelo! —escribe Tadeo— Ángelo, sí... muy pegado a mi cara alborotaba con sus gruñidos familiares, abierta de par en par la bocaza idiota, y muy chiquitos sus ojillos risueños de ratón. Di un repulso. —¿Qué susto me has dado, estúpido!— le increpé. Me había asustado al tirarme del brazo; yo andaba por las nubes. Desde ellas, caí en medio del mercado, junto a este imprevisible, junto a este absurdo Ángelo. Por encima de su hombro, detrás de su cabeza, se veían camiones de reparto, puesto de legumbres, de verduras, de cebollas, de especias. Olía a pescadería, a agua sucia. Y yo no podía quitarle la vista a aquel Ángelo que se me había aparecido hecho un completo desastre, todo roto, mugriento, greñudo y con los cañones de la barba sin afeitar. Parecía un mendigo. Se mantenía prendido siempre a mi brazo, y me zarandeaba; se reía, contentísimo, mientras con la otra mano, abierta, figuraba alternativamente el ademán de pedir y, en seguida, apañando las yemas y los dedos para llevárselos a la boca, el que significa hambre. Y no me soltaba... (pág. 196).

¿Qué simboliza este Ángelo idiota, hijo de una familia patricia y hoy aplastada por la desgracia; este pobre infeliz, hez de humanidad deshecha a quien en este momento Tadeo Requena, convulso de náusea y de ira, tuerce la muñeca e insulta brutalmente? ¿Es este Ángelo Rosales símbolo del hombre degradado por la crueldad del hombre? ¿Qué simbolizan, en suma, frente a frente, Tadeo Requena el esbirro, y Ángelo Rosales el idiota, en este episodio de la plaza polvorienta de la capital innominada, en uno de cuyos bancos de piedra se han sentado?

El novelista no nos da sin más la clave para llegar al sentido de su ficción. Pero este atroz capítulo XXV termina con unos párrafos tan sorprendentes como significativos: furioso, Requena contempla a su víctima lanzar gruñidos de dolor y de reproche. Pero de súbito, de modo imprevisible, el victimario se siente anegado en insólita marejada de compasión y humanidad:

—¡Ven acá, Ángelo!— le susurré ahora muy mansamente, pues de golpe, la *tristitia vitae* me había invadido. Sus ojos astutos me estudiaban; pero yo no agregué nada más. Sentados el uno junto al otro en el banco de piedra, pasamos todavía rato y rato; hacía tremendo calor, bajo las nubes cargadas, y yo no sabía qué hacer, ni me quedaban ánimos para decidir nada, para pensar en nada... Me dolía la cabeza; cuando regresara, o por el camino, al pasar delante de alguna farmacia, me tomaría una aspirina.

Se acercó un perro, merodeando alrededor nuestro; y Ángelo, con notable presteza, se apoderó del animal, para mostrármelo, triunfante. A mí me desagradaba ver cómo se debatía entre sus brazos, en la desesperación de escaparse.

—Suéltalo, asqueroso —continué. Y él lo soltó, muerto de risa con el espectáculo de su fuga a través de la plaza polvorienta.

—Vámonos, Ángelo —le dije por fin. Volvimos a caminar. En una confitería del barrio le compré dulces; le di un poco más de dinero. —¿Tú andas siempre por el mercado ese, Ángelo? —le pregunté al separarme de él. Y él me respondió con repetidos, demasiado insistentes, gestos afirmativos: que sí, que sí. ¡Cualquiera lo sabe! (págs. 197-198).

¿Compasión, piedad, misericordia, en *Muertes de perro* y nada menos que en Tadeo Requena, el sujeto gris, brutal, "frío como un lagarto"?

He aquí, muy probablemente, a través de esta rendija de piedad, el único rayo de esperanza en el Hombre que penetra en el mundo téticamente simbólico de la fábula. Ayala parece haberse complacido en hacer de este y otros relatos "un tratado completo de la indignidad del hombre".² Y, sin embargo, en el capítulo XXV de *Muertes de perro*, el personaje más indigno de todos, el más cerradamente duro, el que ya va derechamente a un asesinato que es un parricidio, es el único capaz de comoverse en la presencia inmediata de una miseria humana que, de tan profunda, ni tiene conciencia de sí. Porque esta última página del capítulo XXV —la de la escena de Ángelo con el perro vagabundo y de la despedida de Requena y del idiota, es de un patetismo mezcla de horror, de desgarradora animalidad y también, de extraña, congojosa humanidad.³

Este Pícaro moderno (ante cuya picardía palidece Guzmán de Alfarache, y cuyo único amo es un déspota americano), a través de la experiencia de la náusea metafísica, se ha humanizado por un instante hasta vislumbrar en la cara descompuesta de un idiota el sentido y el goce dolorosamente dignificador de la caridad.

V

Entre las muchas páginas de las memorias de Requena que nuestro novelista ha pergeñado con mayor arte, merecen citarse unas del capítulo X y otras del XXVI.

He aquí el relato del final de una fiesta en el palacio del Presidente Bocanegra. El dictador y la Primera Dama se han

² La frase es de Ortega y Gasset, aplicada a Pío Baroja. La comento en el estudio "Un aspecto del antagonismo de Unamuno y Ortega", *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, V Época, Año II, Núm. 2, 1957. Los otros relatos de Ayala a que se refiere el texto son los del libro "Historia de macacos", Madrid, *Revista de Occidente*, 1956.

³ Hay dos personajes cabalmente "nobles" en la novela: el senador Lucas Rosales y su esposa. Ambos aparecen retratados en uno de los mejores capítulos, el capítulo XX; pero, en rigor, ellos no pertenecen "al mundo" de la novela. Lucas Rosales, figura excéntrica, muere asesinado *antes* —si vale la expresión— de la novela; su viuda, expatriada en los Estados Unidos, escribe una carta espléndida desde Nueva York. Esta carta, aunque artísticamente necesaria y llena de hondas sugerencias, llega a *Muertes de perro* "desde otro mundo".

quedado solos. El Secretario Privado, sin dar las buenas noches, los ha dejado frente a frente: Antón Bocanegra está ebrio; su esposa vela tramando intrigas:

Adormilado y embrutecido... con el vaso de aguardiente siempre al alcance de la mano, mientras ella, entornados los ojos, ausente, hila, urde y maquina sin cansancio, ¿quién sostiene ahora el edificio del orden público, quién defiende el santuario del poder? Ya hace rato que se retiraron los servidores; no queda nadie en las oficinas; el telegrafista de turno también dormita, sobre sus brazos, o lee una novela interminable; abajo, hasta el capitán de la guardia se habrá echado un poco, dejando a los demás aburrirse en su rutina. Y por último, desaparezco yo. Afuera, la ciudad, el país, yace sumido en el sueño. Todo está a oscuras alrededor, todo en silencio, y apenas se oye en la antesala algún crujido, la marcha del reloj royendo el tiempo. Vino la noche y, casi de repente, ha decaído por unas cuantas horas la implacable lucha. Nadie aguarda ahí afuera para acercarse a esta mesa mía que es muro de contención, represa aguantadora de empujes, impaciencias, ambiciones grandes y chicas; de las arremetidas brutas del impetuoso, las trapacerías amañadas por el artero, las sollicitaciones, los engaños vanos, los halagos, las intrigas, los sobornos, la lucha solapada, la maniobra preparada con ojerosa premeditación y el golpe de audacia, tanto más asombroso al verlo fallido... Ha empezado la tregua, y todos duermen. A estas horas, me gusta a mí recorrer a veces los salones vacíos, y mirar un rato hacia la Plaza de Armas, desierta, desde un balcón... (pág. 73).

En la página siguiente, las memorias agregan:

La muestra de mayor confianza que [Bocanegra] me ha dado, creo, es la de encargarme con la misión de llenarle el vaso... El... sólo bebe aguardiente de caña; no quiere otra cosa. En las fiestas oficiales, en las grandes recepciones, y aun en las tertulias menos solemnes, se toma champagne, se sirven cocktails, y el palo fuerte es siempre scotch whisky; pero, en punto a bebidas, nuestro presidente es de un patriotismo fanático, y no transige; no hay quien lo saque de su aguardiente, escanciado (eso sí, pues las formas hay que guardarlas) de garrafonos de cristal fino...

Mi obligación consiste en pasarle un vaso tras otro, sin pau-

sa; y cuántas veces, al observar cómo, al cabo de poco rato, empieza a fijársele la mirada, endureciéndosele las *facciones* y embotándosele las ideas en una especie de obstinación taciturna, mientras a su alrededor crece el alboroto, se contagian las risas, cunden las sandeces; cuántas veces no he atribuido yo esa diferencia, más que al carácter siniestro que tantos imputan, sin conocerle bien, a nuestro Jefe, se me ha ocurrido, digo, atribuirlo a los efectos del pesado quitapenas popular que, bajo un disfraz de cristales tallados, mantiene a Bocanegra en contacto con su querida plebe, fiel a la borrachera sórdida de la gentuza, mientras que en cambio todos aquellos ex sargentos, ex periodistas, ex nadas, ahora magistrados, directores generales, banqueros y ministros, alternando con diplomáticos extranjeros, de extracción análoga muchas veces, se sienten en la gloria, alegres, felices, en medio de sus engréidas esposas, a las que, con disimulada fruición acarician el brazo o la grupa... De no hallarse en semejante estado, temblarían sin duda al advertir la mirada de tigre que nuestro aguardiente le pone al Jefe. Eufóricos, locuaces, gordos, bien fardados, risueños, no la advierten siquiera. La advierto yo, que no bebo; yo, que administro las garrafas... (págs. 74-75).

Como se ve, el secretario Requena, nacido y criado en la aldea de San Cosme, hoy descriptor de las fiestas de Palacio, no tiene nada de provinciano ni de *snob*. Y nos parece que, estudiante de Leyes bajo la tutela del propio Ministro de Instrucción Pública, alternó la lectura de los comentarios de los códigos con las del Licenciado Desengaño. Detrás de las garrafas de cristal fino, nos hace ver la caña plebeya de Bocanegra; bajo los entorchados del general, las jinetas del sargento y, bajo la seda, la *grupa* de la pseudodama.

Capítulos adelante, el novelista hará que esa misma caña plebeya sea el vehículo de la muerte del dictador. En efecto, cuando la Primera Dama ha decidido asesinar a su marido, hace que el escanciador Requena dé de beber a su amo un vaso con la bebida favorita mezclada con veneno. Luego, cuando ya Bocanegra se retuerce de dolor en los primeros espasmos de la agonía, Concha Bocanegra revela toda la verdad a su consorte, a fin de que Requena, llamado al lecho del moribundo, muera a los tiros con que éste ha de recibirle...

Ignorante Requena de esa última maquinación de su cómplice, aguarda a que su amo pase a mejor vida, cuando de pron-

to suena el timbre que Antón Bocanegra tiene instalado junto a su lecho:

A toda prisa acudí al dormitorio del Presidente —concluye Tadeo su relato—; pero, en vez de encontrarme allí a Concha, como no dudaba que la encontraría, pues estaba seguro de que era ella quien por alguna razón me llamaba, con quien me enfrenté fue con el propio Bocanegra, visión mortal, medio incorporado en la cama. Sentí que mi expresión se ponía cadavérica como la suya: me quedé pasmado, en el marco de la puerta. Muy despacio, muy bajito, fatigosamente, pero sin quitarme aquellos ojos, me dijo: —Ella misma, ¿sabes?; ella misma me lo ha contado todo. Me lo ha contado no más para que, antes de reventar, ¿sabes? pueda llevarme por delante. —Se detuvo a tomar aliento, y agregó ronco: —Pero yo no voy a matarte, no. ¡Vive, desgraciado!— Rebuscó bajo la almohada arañando la sábana con sus uñas sucias, agarró ávidamente la pistola, y me la tiró con asco. Yo la alcancé en el aire. La contemplé un momento, alcé otra vez los ojos, y en seguida (ni sé siquiera cómo me vino la idea; quizás para librarme de su mirada) le encajé un tiro. Su cabeza golpeó contra la pared. Y yo entonces me volví hacia el pasillo, esperando que Concha —¿dónde se habría metido esa...?— apareciera por fin al ruido del pistoletazo. Pero no apareció. Ni tampoco voy a buscarla ahora; ¿para qué? ya no tiene objeto. (págs. 203-204).

Es acaso imposible, en tan breve espacio como el que ocupa esta escena, decir tanto y, aún más, decirlo tan bien. El arte de Ayala logra estos efectos pese a escatimar al lector los halagos comunes de lo que se entiende por buena prosa. Ayala rehuye el brillo, la sonoridad, "la elegancia" y se atiene a lo que ve desde su personal manera de ver. Y esta sobriedad suya, por un lado, y esta fidelidad a su punto de vista, por otro, constituyen el secreto de su elocuencia.⁴

⁴ En *Muertes de perro* el mundo exterior apenas existe. No sabemos cómo sea el palacio de Bocanegra o la ciudad o el país en que éste gobierna; no se nos dice nada o casi nada de la calle o habitación en que los personajes se mueven aquí o allá. Tampoco se describe un ser animado o inanimado, ni un paisaje o el detalle de un paisaje que aparezca como "bello" o valioso.

¿Cómo se justifica esta técnica de exclusión del mundo exterior, por un lado y de negación, por otro, de todo resplandor de "belleza"?

VI

QUEDA dicho más arriba que, al empezar la novela, creemos que Luis Pinedo el tullido ha de ser una suerte de Catón y de Tácito en un solo hombre paralizado en su silla rodante. El mismo se nos pinta como "*rara avis* o bicho raro... una especie de absurdo mochuelo, con el pecho poderoso y las patas secas..." que aspira a la fama "por encima de todas las cabezas..." con el sólo mérito de haber salvado de la destrucción y del olvido estos documentos cuya importancia nadie desconoce ahora..." (págs. 8-9). Creemos que la furia mordaz de su áspera prosa es trasunto de una indignación horrorizada incapaz ya de mesura verbal.

Sólo más tarde y poco a poco nos enteramos de que Luis Pinedo es tan canalla como los hombres y mujeres a quienes fustiga con su sátira y que, tullido, resentido, amargado, proyecta en su torno la luz de una mirada llena de talento que es como la conciencia moralmente tullida de una sociedad carente de los valores que dignifican la convivencia. Pues, repitémoslo, Luis Pinedo resulta tan venal, tan falso, tan sin escrúpulos como el secretario Tadeo Requena (de cuyos dineros a la muerte de éste se apodera) y tan perverso como el viejo Olóriz, el asesor de la junta de sargentos que ha sucedido en el poder a Bocanegra. En efecto, a este viejo Olóriz el historiador Pinedo se ve obligado a asesinar para que no le descubran ciertas irregularidades.

Y este asesinato, verificado a mansalva, es la última muerte de perro con que termina la novela: a manos de Pinedo muere estrangulado el consejero de los sargentos y el asesino remata su manuscrito con este párrafo de orgullosa exultación:

¡Pinedito, eres grande! Dentro de pocas horas, cuando se difunda la noticia de que el viejo Olóriz ha amanecido estrangu-

La explicación parece ser ésta: Ayala se ha propuesto pintar un mundo no de hombres sino de sub-hombres, para la mayoría de los cuales lo bello, lo justo, lo verdadero, carecen de sentido, gracia o sugestión. En suma, un mundo que no es mundo—porque está vacío—en el que habitan unos antropoides para quienes lo circundante es sólo un *medio* de acción y reacción, de facilidades y resistencias, y no algo irisado de reflejos múltiples, recamado de valiosas cualidades, vibrante de misteriosas armonías. Es decir, lo que a la mirada del espíritu ha recibido el antiguo y bonito nombre de Cosmos.

lado en el porche de su casa, la ciudad, y el país entero, respirarán con alivio, aunque por el momento nadie sospeche de quién ha sido la mano bienhechora que le puso cascabel al gato; cuál es el nombre del ciudadano benemérito a quien algún día deberá levantar una estatua la Nación, reconocida. (pág. 224).

¿Se burla, cínicamente, este espectador-actor del drama atroz de *Muertes de perro*? ¿Qué significa su actitud bajo el régimen de Bocanegra, primero, y del de los "Tres Orangutanes", después? ¿Es el polo opuesto del intelectual Luis Rosales que colabora en el régimen de Bocanegra como Ministro de Estado, poco después que Bocanegra ha hecho asesinar al senador Lucas Rosales, hermano suyo? Como esto último no es probable, ¿simboliza el tullido Luis Pinedo otra manera de defección de los intelectuales americanos —y no americanos— en la vida pública contemporánea? Estas y otras preguntas suscita la enigmática novela de Francisco Ayala.

VII

NO pretenden estas páginas ser un estudio completo de una obra tan erizada de interrogantes como *Muertes de perro*. Nada aquí se dice de otros personajes que al parecer y actuar con vida propia en la novela, arrojan al ánimo del lector, como dardo quebrado, su equívoco y angustiado mensaje.

Acaso quepa oponer un reparo a la totalidad de la obra, y es éste: ella presenta al Hombre en un callejón sin salida en uno de cuyos muros negros no resta más que escribir algo como aquello del *lasciate ogni speranza dantesco*. Dicho de otro modo: Francisco Ayala ha escrito con este libro su *Inferno*, y lo ha hecho con un derroche de maestría, de lucidez y de crudeza.

¿No le incumbe ahora a él —que no sólo es novelista, sino pensador, educador, sociólogo— no le incumbe a él elevar al plano del arte y encarnar en héroes cabales de ficción su propia doctrina de reforma y salvación del Hombre y la sociedad de nuestro tiempo?

Mas quién sabe si el propósito normativo que inspira a su arte actúe, con mayor eficacia, despertando, como ahora desperta, por sólo el horror y la repulsión, este deseo profundo, urgente y angustiado que su terrible novela nos deja, de *riveder le stelle* en cielos que hoy se muestran cerrados y sombríos.

Libros y Revistas

LIBROS

GEORG LUKÁCS, *El asalto a la razón*, Edit. Fondo de Cultura Económica, 707 págs., México, 1959, Sección de Obras de Filosofía.

Se publica ahora en tierra mexicana un libro clave del prominente filósofo marxista, de nacionalidad húngara, que tanto ha laborado en problemas concernientes a la crítica literaria y filosófica. Originalmente, *El asalto a la razón* fue editado en alemán el año de 1953 y su traducción al español se debe a Wenceslao Roces. Georg Lukács (1855) empezó a escribir esta obra en el transcurso de la Segunda Guerra Mundial, concluyéndola en 1952. El volumen está integrado por una Introducción, siete capítulos y un Epílogo. El capítulo I estudia: *Acerca de algunas características del desarrollo histórico de Alemania*; el II: *La fundamentación del irracionalismo en el periodo de una a otra revolución* (1789-1848), ocupándose especialmente de Schelling, Schopenhauer y Kierkegaard; el III: *Nietzsche, fundador del irracionalismo del periodo imperialista*; el IV: *La filosofía de la vida en la Alemania imperialista*, haciendo hincapié en Dilthey, Simmel, Spengler, Scheler, Heidegger, Jasper, Klages, Jünger, Baeumler, Boehm y Rosenberg; el V: *El neohegelismo*; el VI: *La sociología alemana del periodo imperialista*, abordando autores como Schmoller, Wagner, Toennies, los dos Weber, Mannheim, Spann, Freyer y C. Schmitt; y el VII: *El darwinismo social, el racismo y el fascismo*, haciendo destacar a Gobineau, Gumplowicz, Ratzenhofer, Woltmann y H. St. Chamberlain.

Una de las tendencias de la filosofía reaccionaria, el *irracionalismo* (nacida al calor de la crisis ideológica y económico-política que surge en el tránsito del siglo XVIII al XIX), es estudiada aquí en su desarrollo histórico durante los últimos ciento cincuenta años; dicho estudio no es una mera exposición de ideas concatenadas sólo por datos cronológicos y personalidades relevantes en el mundo de la filosofía, sino que, por el contrario, expone y analiza la relación vital entre el pensamiento irracionalista y los problemas socio-políticos que, aparentemente, culminaron con la derrota del nacionalsocialismo. "El tema —afirma el profesor de la Universidad de Budapest— que ante nosotros se presenta es, pues, éste: señalar el camino seguido por Alemania hasta llegar a Hitler... demostrar cómo esta trayectoria real se refleja en la filosofía, y cómo las formulaciones filosóficas, como el reflejo de la trayectoria real que ha conducido a Alemania al hitlerismo, han ayudado a acelerar este proceso histórico". De donde se desprende que, para Lukács, no existen las posiciones "inocentes" en las ideologías sustentadas por los filósofos, puesto que ellas se determinan según marchen de acuerdo, o no, con la razón en el desarrollo social de los Estados.

El irracionalismo moderno atraviesa dos etapas; en la primera—que comprende los nombres que van de Schelling a Kierkegaard—, se manifiesta contra el "concepto idealista, dialéctico-histórico, del progreso", el cual es objeto de una crítica justa y equilibrada al señalársele defectos y limitaciones; y en la

segunda etapa—cuyo principal exponente es Nietzsche—, se enfrenta al concepto del materialismo dialéctico; en este período, los filósofos idealistas recurren a la crítica poco seria, sostenida por un pensamiento falto de claridad, que tergiversa los valores reales del adversario. "El veneno apologético—escribe Lukács—emana del problema central a la periferia: la arbitrariedad, el carácter contradictorio, la precariedad de los fundamentos, las argumentaciones sofisticadas, etc., caracterizan de un modo cada vez más agudo las filosofías irracionalistas posteriores. La baja del nivel filosófico es, pues, uno de los signos esenciales en el desarrollo del irracionalismo. Tendencia esta que se manifiesta con la mayor fuerza plástica y la mayor evidencia en la "ideología nacional-socialista". Georg Lukács no ignora que el fenómeno del irracionalismo es un fenómeno de orden internacional, no obstante, su estudio lo limita al ámbito de Alemania debido al papel decisivo que este país jugó en la expansión del irracionalismo durante su auge imperialista; además, en ningún otro país sobresalen ideólogos como Nietzsche, Spengler y Heidegger; ni hay otro Estado que enumere la cantidad de exponentes interesantes dentro de esta tendencia filosófica, exponentes de los que el pensador húngaro selecciona a los más representativos, renunciando, por supuesto, a que la obra sea considerada como exhaustiva, lo cual se compensa reconociendo que, antes de ella, no se contaba con una sola historia marxista de la filosofía que enfocara seriamente el problema en la forma como aquí se hace; este solo motivo concede a este libro, apreciadas las limitaciones de que participe, una importancia especial entre los libros destacados de nuestro tiempo.

Los planteamientos y análisis del autor respecto a las diversas posiciones filosóficas y sus representantes dentro del irracionalismo, le muestran en toda su autoridad de profundo conocedor de la filosofía idealista. Sin las frases oscuras, sin los malabarismos imaginarios de los "altos" pensadores del campo filosófico adverso, Lukács sintetiza las concepciones de los autores estudiados y las refuta con claridad raras veces empleada en este terreno. De esta manera sabemos que Schopenhauer, amargado, inconforme con la vida, ofrece la nada como solución filosófica; que a la desesperación, al desasosiego despertado en la conciencia de su tiempo, les proyecta, al final de la existencia, la nada, por lo cual, el individuo ha de reaccionar convirtiendo esta preocupación en el móvil que justifique la "vida contemplativa placentera... El irracionalismo schopenhaueriano cumple, así, su misión: la de hacer que un sector descontento de la intelectualidad se abstenga de dirigir su descontento con lo 'existente', es decir, con el orden social imperante, concretamente, contra el sistema capitalista vigente en aquella situación dada... este irracionalismo alcanza la meta central que se propone... ofrecer una apología indirecta del orden social del capitalismo". El prestigio de Schopenhauer, como el de Kierkegaard, se extiende en el mundo por la modalidad con que desenvuelve su sistema, aprovechando el carácter contradictorio de la ética burguesa.

Kierkegaard predica una elevada aristocracia moral que no somete a la burguesía decadente, que no le marca deberes, que no la obliga a cumplir nada. "La apologética indirecta—señala Lukács—, en el campo de la moral, tiene como misión llevar de nuevo a los carriles del desarrollo reaccionario de la burguesía a la intelectualidad en parte rebelde, satisfaciendo todas sus pretensiones intelectuales y éticas con respecto a su comodidad en este mundo... En la invención de tales métodos, rompieron la marcha y abrieron el camino Schopen-

hauer y Kierkegaard". En adelante, quienes prosiguieron especulando con la corriente irracionalista, a excepción de Nietzsche, ya no aportaron nada original, se limitaron a jugar con las formas del concepto, ni siquiera tuvieron la sinceridad de Schopenhauer y Kierkegaard, descendieron a ser "concienzudamente" los apologistas de la decadencia de la burguesía.

Nietzsche teje, mediante su teoría del conocimiento y aplicaciones diversas, un sistema de símbolos acerca del mito imperialista, valiéndose, por supuesto, de afirmaciones que constantemente entran en contradicción; sin embargo, Nietzsche elabora dicho sistema logrando ser coherente en lo que para él es fundamental: su oposición al socialismo, ya que se apresura a imprimir en su pensamiento un contenido social que incita a la burguesía a emplear todos sus recursos para torcer el curso de la historia. Nietzsche estructura sus mitos, favorables al Estado imperialista, con el temor que cubre su pensamiento acerca de la desaparición de su clase, por ello echa mano de los argumentos más detestables, de los "instintos bárbaros y bestiales del hombre", presentándolos en trazos fulgurantes, rodeándolos de atractivos de superioridad. En este filósofo, su capacidad e ideas descollantes "se revelan en el hecho de que, en los umbrales del período imperialista, fuese capaz de forjar este mito de signo contrario, llamado a influir durante décadas enteras. Su estilo aforístico se manifiesta, visto así, como la forma adecuada de esta situación histórico-social: la podredumbre, la vaciedad y la falacia interiores de todo el sistema se envuelven en estos andrajos de pensamientos, brillantemente tornasolados, que niegan formalmente toda cohesión". Lukács, a la luz del materialismo dialéctico, examina la importancia de Schopenhauer, Kierkegaard y Nietzsche en la culminación de la disciplina irracionalista, señalando a otros autores como figuras secundarias en cuanto al contenido medular de sus ideas. En algunos casos, los expositores atraen por las aberraciones que sostienen, mostrándose inferiores ante cualquiera de aquellos "clásicos del irracionalismo", así cuando Spengler al aceptar el socialismo—que Nietzsche combatió sinceramente—lo identifica con el prusianismo, de tal modo que al obrero lo torna en un empleado fidelísimo de la economía y al patrón en un funcionario que responde por una excelente administración. Igual sucede con Jasper y Heidegger ante la figura de Kierkegaard, sus posiciones existencialistas y sus *nadas* anuladoras resultan entretenidas variantes que les colocan, después de todo, como partidarios filosóficos del irracionalismo fascista.

La Segunda Guerra Mundial y la forma como se decidió al derrotar al hitlerismo, demuestra que la concepción irracionalista del mundo defendida en el transcurso de un siglo, no fue capaz, al convertirse en sistema de gobierno político, de evitar la derrota que la concepción adversaria le inferió en el terreno de la realidad y, por tanto, de la razón.

Los siete capítulos que integran *El asalto a la razón* de Georg Lukács, pertenecen al análisis de una situación pretérita, y aun cuando cubren una etapa histórica de las que más han preocupado a la humanidad, su contribución no sería tan completa e importante si el autor, con la experiencia obtenida, no hubiese escrito el Epílogo que analiza la situación presente nada circunstancial, puesto que en ella bastante del futuro del hombre está decidiéndose día a día.

Pero, ¿qué es lo que Lukács advierte en su Epílogo? Lo siguiente: con la muerte de Adolfo Hitler no ha desaparecido el peligro que entrañaban sus métodos y su ideología dictatoriales, pues al terminar la Segunda Guerra Mun-

dial, los elementos que reemplazaron a los derrotados hitlerianos preparan una tercera que, por ahora, atraviesa el período de la guerra fría. Concretamente, el filósofo húngaro atribuye a los Estados Unidos ser la nación heredera del fascismo, pues sus condiciones económicas, sociales y políticas, imponen una ideología tendiente a defender el sistema capitalista, nada más que aquí, en contra del método que conocemos como apología indirecta se utiliza el de la apología directa del capitalismo, en ambos casos se tiende a proteger los grandes monopolios. "La defensa actual—directamente apologética—del capitalismo, renuncia aparentemente al mito y al irracionalismo... El contenido de la construcción conceptual es, en realidad, la pura ausencia de conceptos... Estamos por tanto, ante una nueva forma del irracionalismo, envuelto bajo un ropaje aparentemente racional". Lo primero que se procura para esta "inteligente" defensa, es contar con los ideólogos que en forma elevada logren excelentes efectos propagandísticos; algunos como Lippmann y Röpke, teorizan "hondamente" en economía y concluyen aseverando que las fallas del sistema capitalista pueden superarse, o bien, que el capitalismo monopolista admite, sin mayores trastornos, su eliminación.

El ideólogo Burnham aconseja que las ideologías deben describir los intereses de las clases dominantes en forma que las masas comprendan superficialmente, evitando que se enteren de su verdadera función como es la "de asegurar el poder de la clase dominante sobre el resto de la sociedad"; la propaganda deberá expresarse como si se refiriera a los intereses de la mayoría. Burnham, con esta tabla de valores éticos, nos aclara situaciones que juzgábamos oscuras; ahora ya sabemos por qué los irracionalistas Jasper y Heidegger, servidores del hitlerismo, están listos a acomodarse en la política norteamericana; y ya sabemos también, por qué Carl Schmitt, quien trabajó y teorizó en la órbita del Derecho para legalizar "los asesinatos en masa del año 1934" y las invasiones de los países neutrales ordenados por Hitler, recibe una amnistía total y se encamina a ser "teórico jurista del 'siglo norteamericano' ". Y es más, entendemos la protección en dólares para el 'arte abstracto' y la represión constante para el realismo. "Si fuese un problema puramente estético—escribe Lukács—, no tendríamos por qué ocuparnos de él aquí. Pero, ¿caso es una pura coincidencia que Paul Ernst acabase su carrera de escritor en las filas de Hitler, que Ortega y Gasset, como apóstol principal contra la 'rebelión de las masas', se convirtiera en el típico antidemócrata de nuestros días, o que Malraux pasara a ser el Goebbels del degaullismo?" Reafirmando su exposición sobre el arte, Lukács cita al profesor estadounidense Commager: "Nadie que haya estudiado la carrera de Ezra Pound podrá dudar de que su búsqueda de lo oscuro guarda relación con su odio contra la democracia". Como se ve, para la apología directa del capitalismo monopolista se utilizan todos los medios que garanticen su propaganda, por ello, en determinado momento descubrimos que, sobre un mismo plano, se mueven los intelectuales decadentes y los renegados del comunismo.

Incluso la religión es irrespetada en sus postulados humanitarios, se le emplea como instrumento adecuado en la propaganda que sirven los ideólogos del sistema capitalista. Bertrand Russell, se atreve a interpretar los designios de Dios en favor de los intereses bélicos, cree que la ira divina, en desacuerdo con la osadía de los físicos nucleares, considera "que ha llegado el momento de poner coto a sus trabajos". Toynbee, une su filosofía de la historia a la filosofía del cristianismo, predicando el castigo para la violencia de las masas

y liberando de él a las clases dominantes. Huxley, conmueve su actitud y cinismo como "profeta de la Mística" preocupado por su comodidad y bienestar.

Mas, contra toda la irracionalidad manifestada anteriormente, contra los recursos y medios que tienden a la preparación de una Tercera Guerra Mundial, se alza la protesta de la humanidad. Lukács finaliza diciendo que "El movimiento de la paz en cuanto tal no tiene una concepción propia del mundo ni conoce ninguna clase de límites en lo tocante a las convicciones políticas, filosóficas o religiosas. Sacerdotes cristianos y mahometanos, cuáqueros y pacifistas, liberales y neutralistas, etc., se dan aquí la mano con socialistas y comunistas. Pero, aunque el movimiento de la paz sea ajeno a toda disciplina, el mero hecho de su existencia, de su crecimiento y de su concreción entraña el planteamiento y la respuesta del gran problema de la concepción del mundo: el problema de si está en pro o en contra de la razón... Las masas, combatiendo por la razón, han proclamado en medio de la calle su derecho a influir activamente en la suerte del mundo. Y ya no renunciarán nunca a este derecho, al derecho a servirse de la razón en su propio interés y en interés de la humanidad, al derecho a vivir en un mundo racionalmente gobernado y no en medio del caos de la locura de la guerra".

BHABANI BHATTACHARYA, *El que cabalga un tigre...*, Editorial Goyanarte, 289 págs., Buenos Aires, 1958.

La constante preocupación de Miguel Ángel Asturias por el relato le llevó a encontrar esta novela hindú cuyos méritos acreditan al autor como un artista de cualidades sobresalientes. Asturias descubrió a Bhabani Bhattacharya en un viaje que realizó por la India. La traducción de la presente edición ha sido hecha del francés por el mismo Miguel Ángel Asturias y Blanca Mora y Araujo de Asturias.

Un viejo refrán oriental dice: "El que cabalga un tigre no puede descabalar", dándose por entendido que si descabala el tigre lo devora. Sobre este refrán gira el desarrollo de la novela. Kalo, herrero moreno de una pequeña ciudad, se ve obligado a salir de ella debido a la miseria que impone la guerra. Kalo es un artesano honrado que para no morir de hambre roba alimentos. Su robo le acredita como merecedor de la cárcel. Aquí, un compañero de encierro le aconseja una forma de hacer fortuna sin arriesgar mucho.

La pobreza de Kalo y el amor hacia su hija Chandra Lekha le impulsan a intentar la obtención de aquella fortuna, de manera que al salir de su prisión se dispone a urdir un milagro. Mediante un truco que elabora inventando que la divinidad se confía a él durante el sueño, se ve convertido de humilde kamar o herrero a *pujari* o intercesor ante el dios. Kalo compromete a su hija en la maduración del milagro y llega a verla erigida en Madre de las Siete Bendiciones.

El kamar de la ciudad de Jharna goza de la fortuna, los creyentes le cubren de dádivas, su sustento se ve asegurado, pero resulta que hay otros valores en su interior que no se ven satisfechos; sus manos mismas protestan por la ausencia de los instrumentos de herrero; como *pujari* ha tenido que olvidar la dignidad que le daba el oficio de forjador; además, nota que ante los ojos de su hija ha perdido la estatura moral que su anterior personalidad representaba; el milagro no ha surtido efectos en aquella relación familiar; de nada le servía

ser el hombre importante del templo de Shiva si para Chandra Lekha ya no merecía ninguna de las ternuras con que a menudo le mostraba su admiración.

Kalo se enfrenta entonces al conflicto que le plantea el amor de su hija y la vanidad que le da su actual importancia como intérprete de un dios; simbólicamente el interés común y terreno se opone al interés singular de la deidad. En conjunto, lo que causa crisis en el interior del hombre bueno son la rectitud, la honestidad y el amor paterno. Para recuperar la tranquilidad que gozaba cuando vivía de su oficio era necesario descubrir su farsa, confesar que había burlado a los creyentes con la invención del milagro, exponerse a su ira, relatarlo todo, disponerse a morir linchado por los Brahmanes y los hombres millonarios que habían aportado bolsas de dinero para Shiva y la construcción de su templo. La situación de peligro era indudable. "Había montado sobre el lomo de un tigre y ya no podía bajarse. Cabalgó sobre él, medio resignado, medio impotente, mientras el animal corcoveaba voluntarioso. Pero durante todo el tiempo en que iba cabalgando sobre la fiera, tenía conciencia de que no había otra solución que descabalgarse... La idea de renunciar a la comodidad que había disfrutado y volver a los duros y difíciles tiempos de Jharna, lo atemorizaba. Se sentía débil, y sus piernas debían apretarse cada vez a los flancos de su cabalgadura para conservar su equilibrio... Pero en su espíritu iba creciendo también la necesidad de matar al tigre... Su mano encontró una fuerza igual a su voluntad: hundir el puñal hasta el corazón del tigre". Kalo confiesa en el templo las razones que lo llevaron a recurrir al milagro. Mata al tigre. La multitud lo perdona después de identificarse con sus necesidades y Chandra Lekha vuelve a sus brazos.

HANS FREYER, *Teoría de la época actual*, Edit. Fondo de Cultura Económica, 272 págs., México, 1958, Colec. Breviarios Núm. 141.

El tema de la *época actual* expuesto por Freyer retrocede a generaciones anteriores, las cuales han contribuido a su gestación con el aporte cultural y social que las generaciones presentes disfrutan y proyectan hacia el futuro, y del que, por lo tanto, ya forma parte nuestra época.

Esta manera de hacer un juego malabarista para eliminar el tiempo mediante la herencia cultural, la consigue Hans Freyer con serias fundamentaciones filosóficas para las que utiliza los puntos de vista clave de diversos pensadores, quienes han influido en las ideas de nuestro tiempo formulando el fondo de la filosofía de la historia que el sociólogo alemán nos refiere.

En el capítulo titulado *Modelos* creemos que está sintetizado lo más interesante del libro, ya que ahí se concretiza la tesis de Freyer y el problema sociológico expuesto es enfocado hacia el carácter específico que el autor da a nuestra época; él lo domina "modelo secundario" y lo presenta como un "nuevo modelo de estructura social", consecuencia directa de la etapa de mecanización; a este "nuevo modelo" lo considera como un efecto de la industrialización que va reduciendo al hombre a su mínima expresión humana, siendo substituido el vacío que deja por el ejercicio de una aparente democracia ("administración de cosas") y una ideología que, en opinión muy personal de Hans Freyer, intenta llenar las lagunas de la vida actual no siendo otra cosa que "una religión deformada, mucho más que ciencia deformada", ofreciendo el "Paraíso, el Paraíso en la Tierra, naturalmente", lo cual nos parece más equi-

tativo que colocar al hombre ante conceptos desesperados y reflexiones metafísicas que le desprecupan de los acontecimientos históricos.

La *teoría de la época actual* fue publicada por vez primera en alemán el año de 1955, debiéndose su traducción al español a Luis Villoro.

VERE GORDON CHILDE, *Reconstruyendo el pasado*, Edit. Universidad Nacional Autónoma de México, 171 págs., México, 1958, Colec. Problemas Científicos y Filosóficos Núm. 12.

El presente libro fue publicado por el arqueólogo y prehistoriador australiano un año antes de su muerte. Gordon Childe nació en Sydney, el año de 1892, y falleció el 19 de octubre de 1957. La traducción del inglés para esta edición fue hecha por María Teresa Rabiela de Rojas.

Reconstruyendo el pasado es el título en que Childe, considerando al lector medio y el desamparo en que se encuentra para comprender los términos técnicos empleados en las ciencias que desconoce, elimina los obstáculos que representan los tecnicismos empleados por los arqueólogos y expresa en términos precisos, claros, cómo la arqueología reconstruye el pasado dando al hallazgo material una interpretación espiritual. El autor explica los métodos y pasos que se siguen ante dicho hallazgo, a la vez que expone los defectos de que adolece una Ciencia relativamente nueva como es la Arqueología, en la que todavía no se logra unificar el criterio de los investigadores respecto a términos y elementos de interpretación.

Hipótesis, postulados, métodos, juicios críticos, nomenclaturas, etc., ilustran el análisis de los elementos arqueológicos (reliquias y monumentos), aclarando que la finalidad de esta ciencia no tiende a satisfacer caprichos particulares como sucede con la crítica artística, sino que procura en sus conclusiones el servicio a las colectividades, basándose en los "tipos" abstractos localizados y conjugados con otros por medios inductivos similares a los de las Ciencias Naturales, a fin de realizar las "asociaciones" y determinar la "cultura" (conjunto de tipos arqueológicos) tomando en cuenta las bases de clasificación: funcional, cronológica y corológica.

En este libro no sólo puede apreciarse el contenido actual de la Arqueología, sino también su formación en la ruta caminada. Gordon Childe logra su propósito de facilitar la comprensión de la Arqueología al lector medio, a quien conduce hacia el pasado del hombre, hacia la historia reconstruida a través de expresiones y experiencias auténticamente humanas.

DAVID THOMSON, *Historia mundial 1914-1950*, Edit. Fondo de Cultura Económica, 217 págs., México, 1959, Colec. Breviarios Núm. 142.

Todas y cada una de las causas involucradas en los movimientos populares son analizadas metódica y sistemáticamente, constituyendo una especie de factura de la Historia en la que constan las decisiones de las grandes voluntades colectivas; las páginas así tratadas y la casi imparcialidad del autor otorgan mérito especial a este libro que del inglés tradujo Edmundo O'Gorman.

El lapso estudiado por David Thomson, de la *Historia Mundial*, resulta de interés debido a que en unas pocas decenas de años justamente tratados, se

concretan un conjunto de hechos sociales, económicos, políticos, culturales, científicos, etc., que se suceden con un ritmo desacostumbrado para individuos que vivieron en otro tiempo, los cuales no gozaron el avance de las comunicaciones ni la interdependencia económica y cultural que acercan actualmente a todos los hombres de la tierra.

Todo pueblo traza su ruta y deja oír su voz estructurada por los anhelos, o las características particulares, ante el concierto mundial. "Condiciones materiales, las ideas y las emociones, las personalidades influyentes y los sucesos trascendentales" son las *categorías básicas* que el autor toma en cuenta considerando que, en su interacción, la Historia se va realizando, como tiende a probarlo al hablar del panorama existente en 1914 y el estado de cosas que produjo la Primera Guerra Mundial.

Pese a cierta tendencia de enjuiciar en manera muy personal los movimientos socialistas, particularmente el ruso, David Thomson llega a manifestar y reconocer que con justicia y derecho para tirar a un "gobierno altamente despótico, cruel y corrompido" surge Lenin "el genio revolucionario más grande del mundo moderno".

El título *La década de la preguerra*, relaciona a México y dice que "la revolución iniciada en 1910 entró en una nueva fase en 1934 con la presidencia de Cárdenas, cuyo plan sexenal de distribución de tierras y de nacionalización produjo efectos no desemejantes a los planes de cinco años de los soviéticos".

ELVIO ROMERO, *Miguel Hernández, destino y poesía*, Editorial Losada, S.A., 165 págs., Buenos Aires, Argentina, 1958, Colec. Contemporánea, Núm. 279.

El poeta paraguayo Elvio Romero interpreta la vida y poesía del español Miguel Hernández. Con este libro en prosa, el poeta suramericano refrenda el talento por el que sus tomos de poesía le han hecho acreedor de elogios y reconocimientos en personalidades del mundo de las letras como Gabriela Mistral, Pablo Neruda y Miguel Ángel Asturias.

El caso de la muerte de Miguel Hernández es uno de los casos más desgarradores, porque, como lo demuestra Romero, persiste hasta el último momento la fe en la salvación y la fe en sí mismo. Hernández nació en Orihuela, provincia de Alicante, el 30 de octubre de 1910. Heredó de su familia el cuidado de las cabras y aprendió por sí solo a beberse el aire y el paisaje, y a desbordar sus emociones en la escritura del poema.

Elvio Romero consigue con este libro la triple interpretación que se hacía necesaria para abordar al poeta pastor: la interpretación de la vida formativa del hombre, la interpretación del ambiente político de España y la interpretación del cauce poético por donde se llega al hombre y a la patria.

Muchos son los poetas españoles que han escrito sobre la tragedia española que aún disfruta Franco en el poder, pero pocos son los que en aquellos días recogieron la imagen de la derrota por venir. "Hernández —dice Romero— fue el único que retrató la mortecina luz que se avecinaba, la hora que precede a la derrota, la inminencia de la puesta del sol en el horizonte, la ondulación, en fin, de lo que estaba por morir". En treintaidós años de vida, este poeta español dejó honda huella poética para las generaciones posteriores, una huella en la que se confunden la poesía y la profecía.

El destino de Hernández, a espaldas del poeta, había sellado un pacto con

la muerte; por eso de nada sirvió que pudiera escapar hacia Portugal, hasta allá lo alcanzó la garra de la dictadura; ni que Neruda convenciese a un cardenal para que conmoviera a Franco, pues aún cuando Miguel fue puesto en libertad momentáneamente, el Encargado de Negocios de la Embajada de Chile le negó el asilo.

Y el destino del poeta lo lleva de cárcel en cárcel, de tortura en tortura, pasando por el abandono de quienes se fingían sus amigos, hasta caer en la tuberculosis. "Se le iban consumiendo los ojos, hundiéndose en el cuenco de las ojeras... Conservaba la lucidez como para, desde su tabla rota, ser espectador de su propia agonía... Se le torna difícil la respiración y grandes llagas se le forman de tanto estar tendido... Le falta aire... agotado por los golpes sin cuento de la adversidad, ajadas las carnes... la cabeza envuelta por un lienzo blanco que ya le diferenciaba de los vivos, se excusa ante su compañero de celda por las molestias que le causa, vuelve el rostro a la pared en actitud de quien quiere reposar un rato. Respira con dificultad y el compañero advierte eso. Y se queda velando... La voz puede flaquearle, el fervor no... se arrastró aún en medio de la oscuridad y el silencio, resarcido de la flaqueza física, levantó la mano demacrada y dibujó en los muros su tremenda y desgarradora despedida:

*Adiós hermanos, camaradas, amigos:
¡Despedidme del sol y de los trigos!*

¡Oh, qué modo profundo de fecundar la muerte!... ¡Cómo grabó todavía en el rincón de sombra y calamidades su apasionada fosforescencia! ¡Heroico Miguel! No podía marcharse sin calar hondo en los que quedaban". Miguel Hernández dejó de existir el 28 de marzo de 1942.

ANTONIO GÓMEZ ROBLEDO, *Idea y experiencia de América*, Edit. Fondo de Cultura Económica, 247 págs., México, 1958, Colec. Tierra Firme.

Un compromiso moral de estudiante, derivado de su afecto al maestro José Gaos, sirvió de acicate para que este filósofo mexicano recordara la sugerencia valiosa de especular y laborar sobre la "Idea de América", engrosando así la bibliografía que tiende a formar la Historia de las Ideas en América.

Antonio Gómez Robledo anticipa sus aspiraciones de conciliar la antinomia libertad y necesidad, fin y principio de la lucha y comportamiento humanos, antinomia que en su realidad deja entrever la posible cooperación de un auténtico interamericanismo; Gómez Robledo también aspira, como estudioso serio de la filosofía, a lograr una doctrina filosófica que hasta hoy han soslayado, o no han advertido, los elaboradores de tratados, escritos, convenios, compromisos, etc.

Dentro del libro, la "Idea de América" está considerada en su realización histórica, con las bases jurídico-políticas existentes actualmente en ella y presentando como límite la época en que fue celebrada la Conferencia de Bogotá, límite que obedece a la observación del autor en cuanto a que los derechos humanos, a partir de entonces, no han sido respetados, permitiendo no sólo la intervención velada y de hecho sino contribuyendo a burlar el sufragio libre de los hombres libres de América. quienes desde hace tiempo maduran su conciencia política y filosófica.

Los personajes que han intervenido directamente en nuestros destinos, los actos efectuados a través de reuniones panamericanas, las doctrinas nacidas y aplicadas en nuestros territorios, se analizan aquí en función de su contenido filosófico y social, a fin de clarificar por medio de una valoración precisa sus alcances en la formación de la conciencia americana, sobre la cual han hecho sentir sus presiones los poderíos económicos extraños, olvidándose siempre de lo primordial que es el destino del hombre.

JUAN FELIPE TORUÑO, *Desarrollo literario de El Salvador*, Edit. Ministerio de Cultura, 448 págs., San Salvador, El Salvador, C.A., 1958.

Este es un libro que ha despertado en la somnolencia de los críticos literarios centroamericanos el interés polémico que sólo en ocasiones distinguidas puede observarse. Juan Felipe Toruño, nicaragüense radicado en El Salvador desde hace varias décadas, ha estructurado a base de sus firmes conocimientos este *Ensayo cronológico de generaciones y etapas de las letras salvadoreñas*, obteniendo con él el primer premio del Certamen Nacional de Cultura de la República de El Salvador.

Como sucede siempre con estas obras de mucha responsabilidad, que nadie se atreve a escribir pero que todos saben criticar, Juan Felipe Toruño ha sido objeto de las más encontradas opiniones. Para nosotros, sin omitir las fallas que como cualquier libro esta obra tiene, el grueso volumen de Toruño registra a su favor el facilitar a los estudiosos investigadores de la literatura salvadoreña, un panorama amplio sobre la materia. Antes de este autor, el vacío de su libro lo llenaban las buenas intenciones de quienes todas las mañanas anuncian a sus amigos el pomposo proyecto de la "Historia de la Literatura" que están por escribir. Y qué mejor que un intelectual como Juan Felipe Toruño haya respondido por el "desarrollo literario" de aquel país donde ha practicado el periodismo, la poesía, la novela, el cuento y el ensayo.

Pero no todo ha sido desconocimiento para el libro citado. Enrique Gandía, desde Buenos Aires, escribió en *Crítica*: "el escritor nicaragüense-salvadoreño, sorprende con su enorme capacidad intelectual, por muy pocos ejercitada en los múltiples géneros en que trabaja; demostrando, además de lo que es su propia creación, el resultado de acuciosas investigaciones como lo está comprobando esta cronología de generaciones y etapas de las letras salvadoreñas".

Y Juan Marín, desde Santiago de Chile, aseveró en *El Mercurio*: "Nadie más calificado que Juan Felipe Toruño para escribir una historia literaria de El Salvador... su vida representa más de treintaicinco años de dedicación absoluta y honrada a la investigación literaria... en los archivos de Toruño hay una información tan vasta y tan completa que difícilmente habrá un libro o un nombre de escritor del Continente que haya escapado a su ojo certero y siempre avizor".

MARÍA AMPARO DÁVILA, *Tiempo destrozado*, Edit. Fondo de Cultura Económica, 126 págs., México, 1959, Colec. Letras Mexicanas Núm. 46.

Este volumen toma su nombre de uno de los doce títulos que integran el grupo de relatos. María Amparo Dávila, quien antes sólo había publicado li-

geros libros de poesía, inicia ahora su trayectoria de relatista con un conjunto de cuentos y estampas que le ubican firmemente entre los destacados en el género.

En los doce títulos la temática desarrollada persiste sobre la desesperación de los personajes, una desesperación cuya impotencia cultiva lo incoherente en su más alto grado. Durán, en *Final de una lucha*, casi sucumbe al enfrentarse al recuerdo del acto que le habría gustado realizar; el recuerdo es obsesivo, desesperante, y para construir lo que en el presente mitiga la impotencia ante lo irremediable, Durán habrá de recurrir al desdoblamiento de su persona.

Un boleto para cualquier parte es la imagen del hombre enfermo por el constante insistir de una idea fija, de una idea que no deja otra alternativa que la evasión, que suprime el razonamiento, que corta el planteo lógico de los problemas y que lleva a proceder a base de impulsos, imprimiendo al relato un ritmo que lo hace emparentar con lo fantástico.

Los cuentos de María Amparo Dávila tienden a ser interpretados de distintas maneras; el tema no queda circunscrito al "contar" directo de la expresión; el lector está obligado a ir más allá de lo que se le ha dicho, a buscar detrás del clima asfixiante en que a veces caminan los personajes. *La celda*, insiste de nuevo en el inconformismo; representa la rebeldía de María Amparo Dávila ante el tradicional encierro de la joven que desea casarse a fin de obtener su libertad, pero que, *impotentemente*, descubre que sólo ha cambiado de lugar y personas, porque el matrimonio vuelve a colocarla en el interior de *la celda*.

Tiempo destrozado está contado en primera persona. La habilidad de la autora le evita tropiezos cuando las descripciones o relaciones cambian de los labios del género masculino al femenino. El lector se olvida de quién es el cuentista y se entrega a "vivir" los temas. En resumen, un excelente libro de cuentos.

CARLOS GARCÍA PRADA, *Seis cuentos, Tomás Carrasquilla*, Ediciones de Andrea, 210 págs., México, 1959, Antologías Studium Núm. 6.

En los últimos años se ha venido concediendo a Tomás Carrasquilla la importancia que merece entre los precursores de la novela moderna. Sin embargo, aún no recibe el tributo que le deben los investigadores y críticos de las generaciones literarias recientes. Por el momento, hemos de esperar que los más responsables y conocedores vayan ensayando y anotando alrededor de la obra del novelista colombiano, como es el caso ahora de Carlos García Prada, paisano de Carrasquilla, de quien ha seleccionado sus *Seis cuentos* mejores, anotándolos y escribiendo una Introducción que acerca al lector hacia la personalidad del relatista.

La experiencia del escritor García Prada se revela en su ensayo que sirve de Introducción a los cuentos de Carrasquilla. En lo que la extensión le permite, redondea de manera bastante integral la concepción que los interesados deben representarse del autor, su tiempo y su obra. García Prada retrocede al siglo XVI y la fundación de Antioquia, provincia colombiana a la que pertenece el villorrio de Santodomingo, donde nació Tomás Carrasquilla el 17 de enero de 1858.

La vida del novelista antioqueño es sumamente interesante por lo llana y

placentera; de niño gozó todas las consideraciones del pequeño mimado; de adolescente no tuvo siquiera la responsabilidad de cumplir con los estudios; jamás sufrió privaciones por estrecheces económicas; fue un excelente conversador y un solterón irreductible; en su vida sólo hizo dos viajes fuera de Antioquia, los dos fueron hacia Bogotá; no estuvo nunca en país extranjero ni conoció el resto de Colombia. En su villorrio se dedicó a leer, "en parte—comenta García Prada—por disposición natural, en parte por librarse del tedio parroquiano". En verdad, Carrasquilla fue poco responsable en su vida, a "ciertos pecados capitales, como la pereza y la intemperancia" les "rendía 'culto ardiente', según su propia confesión", no obstante, "precursor de la novela moderna, es quizá el único novelista hispanoamericano de su tiempo que tuvo conciencia plena de su arte y sus intenciones".

J. ERIC S. THOMPSON, *Grandeza y decadencia de los mayas*, Edit. Fondo de Cultura Económica, 314 págs., México, 1959, Sección de Obras de Antropología.

Lauro José Zavala es el traductor a quien debemos la versión española de este título cuya primera edición en inglés se publicó el año de 1954. El autor, Thompson, expone el tema con erudición aunque con estilo sencillo, reparando a lo largo del texto en la preponderancia de los valores humanos. Thompson es descendiente de sajones y españoles; ha conocido en tal forma las costumbres de nuestra América que se siente muy identificado con ella. Esta simpatía y la moral que se desprende de sus datos vuelven más notable el definido valor científico del libro, el cual además de basarse en investigaciones bibliográficas y de arqueología directa, se complementa con análisis de los actuales descendientes mayas.

Grandeza y decadencia de los mayas, ascenso y caída de una cultura reconocida única en el mundo, a pesar de que aún no se descifran totalmente sus jeroglíficos y de que existen todavía numerosas reliquias y monumentos cubiertos por la selva tropical.

J. Eric S. Thompson estudia las relaciones importantes que probablemente tuvieron los mayas con las otras culturas de México, así como la influencia determinante al imponer ritos y costumbres que contribuyeron a su decadencia, desquiciándoles la concepción filosófica y su modo de vida a través de la situación de conquista.

El área del Sur, la Central y la del Norte florecieron en diferentes regiones geográficas, y por ende, climatológicas, predominando en cada área las características respectivas impuestas por el medio, aunque bajo una cultura y unos sentimientos comunes, como lo demuestra Thompson con sus datos, en los que analiza, estudia y sitúa, además de tipificar, ritos, costumbres, obras, educación, religión, vestuario, arte y sociedad.

"El arte maya que corresponde al Período Clásico refleja, indudablemente, su conformación dentro de las normas espirituales, pues lo caracterizan la serenidad y la belleza... El eclipse de la civilización maya, su declinación gradual y, finalmente, su colapso fueron consecuencias indirectas, creo yo—dice el autor—del ataque de las tribus incivilizadas en las remotas latitudes del Norte... El nuevo culto de la guerra se extendió rápidamente hacia el Sur, como un reguero de pólvora, destruyendo o transformando a su paso, aquellas

viejas formas culturales tan ajenas de lo agresivo... La decadencia observable en las artes refleja, a las claras, esa falta de estabilidad y ese hundimiento de los viejos valores durante los siglos que siguieron al final del Período Clásico".

La abundante bibliografía que en este libro se incluye, contiene un mayor número de obras en español; complementa el estudio del tema un pormenorizado índice analítico, adecuadas y bellas viñetas y cuarentaiocho láminas.

Mauricio DE LA SELVA

NICETO ALCALÁ ZAMORA, *Los protagonistas en la vida y en el arte*.

Aspiraban los hijos del primer presidente de la Segunda República Española que los ensayos inéditos reunidos ahora en *Los protagonistas en la vida y en el arte*—Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1958—, hubieran sido publicados en el mismo solar patrio del autor, liberado de angustias, "en clima espiritual propicio". Ruegos y solicitudes de amigos y admiradores determinaron esta edición, casi a los diez años de la desaparición física del estadista, valor muy notable de las letras hispanas contemporáneas.

Para quienes conociamos la polifacética actividad de don Niceto Alcalá Zamora no es sorpresa la fina calidad literaria de *Los protagonistas en la vida y en el arte*. El jurisperito sapiente, el orador florido, el gramático serio, el pensador profundo de savia cristiana, el varón ejemplar por sobre sus propios errores, están volcados en estos ensayos interpretativos, fruto de sus vigilias de desterrado de la patria amada. Porque don Niceto era un desterrado con doble raíz de amarguras: la de saberse extraño a los vencedores circunstanciales y discrepante con los vencidos; una especie de símbolo dolorido y perplejo de una España en la encrucijada de sus destinos, en búsqueda afanosa siempre de convivencias fraternas, por lo general frustradas por intolerancias y fanatismos. El forzado exilio transformó las actividades de Alcalá Zamora. Podría decir, como el mexicano Ruiz de Alarcón de sus comedias, que fueron el fruto de su necesidad vital... Despojados de sus cuantiosos y legítimos bienes por los detentadores del poder político en la Península, hubo de consagrarse, para vivir, a la dura brega de las colaboraciones periodísticas y de los trabajos en editoriales. Como académico, realizó una obra granada, la edición modernizada del *Diccionario de Galicismos*, de Baralt; como escritor, en varios libros dejó huella perdurable de su pensamiento. Ahora, estos ensayos de aparición póstuma completan su brillante personalidad. Quizá sin la obligada necesidad, Alcalá Zamora, discutida figura de la historia contemporánea española, hubiera continuado por los senderos de la política, sin dar cabal muestra de su maestría en las bellas letras, no obstante su condición de Académico de la Española de la Lengua.

Los quince ensayos que integran este volumen póstumo constituyen una clara visión—perfecta en su forma y profunda en su fondo—de las celebridades de la realidad y de las ideales criaturas forjadas por el arte, acaso tan reales—en su dimensión trascendente sobre las almas—, como las de carne y hueso. No son los héroes, al estilo de los de Carlyle, quienes forjan la historia; todo lo más son ejes diamantinos de una conciencia colectiva, encarnada en ellos, en marcha hacia metas definidas. No es la historia la escueta biografía de los

grandes hombres, sino los grandes hombres productos biológico-sociales de los tiempos en que actúan. Lejos de la concepción nietzscheana de que los hombres son rebaño despreciable, válidos tan sólo como pedestal del superhombre, los protagonistas estudiados por Alcalá Zamora adquieren tal relieve por coincidir e identificarse con la voluntad popular.

De su propia experiencia de figura descolante extrae la enseñanza. No existe el héroe omnipotente; y uno de los más perjudiciales errores de la historiografía es haber inculcado en la conciencia de los seres la excesiva magnitud del papel de los protagonistas, como si de "unos pocos hombres hubiera dependido" la suerte de la Humanidad. Se ha registrado, pues, una deformación sistemática de la realidad por la absorción de hechos e ideas en favor de escasos protagonistas; falsedad a la que no es ajena la épica y las exaltaciones literarias de todo tipo. Esa monstruosa concepción de la concentración de autoridad en manos de unos cuantos ha hecho olvidar que la última catástrofe mundial no se debió tan sólo a la "obra personal de dos hombres", sino que su génesis debemos buscarla en el "fraccionamiento y la mezcla rencorosa de minorías en los Estados de Europa; en el reparto desigual de las amplitudes coloniales y de la disposición de primeras materias en el mundo; en los desencantos, quejas e ineficacia de la paz anterior".

Singular atisbo es ya—no olvidemos que escribe antes de 1947— el pensamiento de don Niceto sobre los resultados de la contienda. "El poderío gigantesco y aplastante de la Rusia Soviética" no es un prodigio logrado por Lenin en lo interno y Stalin en lo externo. "La verdad—puntualiza—es que el poder irresistible y absoluto en la vida toda del país, el ansia indefinida con derroteros constantes para dilatación de fronteras y acceso al mar, y *el poderío bélico asentado sobre acumulación de vidas y desprecio de muertes*, son medios, tradiciones y realidades, herencia transmitida directamente por el zarismo, que duró hasta cumplir su obra y dejar instituido sucesor, relativamente contradictorios" (los subrayados son míos).

Aunque la historia es la ciencia de las realidades, no deja de ser curioso y sorprendente imaginar a los protagonistas frente a hechos distintos a la realidad que vivieron. El mérito del protagonista consiste en "comprender y aprovechar la ocasión propicia, la oportunidad histórica". Sin esas coyunturas favorables, ¿qué hubiese sido Colón? ¿Habría pasado de navegante aventurero? Las grandes figuras de la historia peninsular, ¿qué habrían sido? Cisneros sería un fraile huraño recluso en la soledad conventual; Carlos de Habsburgo, lejos de aspirar al imperio universal, no habría alcanzado otro rango que el de príncipe reinante en los Países Bajos o en el Franco Condado, y su abuela Isabel de Trastámara, sin el pleito de la Beltraneja y los errores de su hermanastro Enrique, no podía soñar otro rango que el de ornato, como infanta consorte, de corte extranjera; y más cercano en el tiempo, Cánovas del Castillo, "artífice contrariado de la restauración borbónica", no hubiera sido otra cosa que un literato del montón...

El mito del héroe, salvador y conductor de la patria, es insostenible para la moderna concepción de la historia. Reacción clara de los pueblos es el héroe anónimo, el soldado desconocido. En estos ensayos, don Niceto Alcalá Zamora expone su pensamiento sobre las circunstancias del mundo en los últimos años. No podría suscribir, sin reparos formales e ideológicos, muchas de sus deducciones. He de coincidir en sus anhelos de que los pueblos de Oriente practiquen más la libertad y los de Occidente la igualdad, pues "es costoso sacrificar la libertad para obtener la igualdad; perdida aquélla, acaba por ser ilusión ésta".

Huir del poder concentrado en pocas manos y dirigido por contadas cabezas —"cegadas por la ambición y enloquecidas por el fanatismo"— será deber de todos. Angustioso interrogante el de si alcanzaremos o no tal fin.

Los protagonistas—símbolos vivos de ideas, tipos y abstracciones— tienen en este libro póstumo de Alcalá Zamora análisis sugerente y aleccionador.

Antonio SALGADO

REVISTAS Y OTRAS PUBLICACIONES

Universidad de México, publicada por la Universidad Nacional Autónoma de México, Director: Jaime García Terrés, Volumen XIII, núm. 7, México, D.F., marzo de 1959.

A fin de no permanecer al margen de la justa euforia manifestada por los pueblos latinoamericanos al conocer el triunfo de la Revolución Cubana, la revista *Universidad de México*, dedica este número a la gesta revolucionaria encabezada por Fidel Castro, que culminara con la derrota y huida del dictador de la Isla.

De la primera a la última página abundan los artículos, entrevistas, encuestas, etc., ilustradas con dibujos y fotografías que acusan decidido apoyo a los instantes de recuperación democrática que ha empezado a vivir el pueblo de Cuba.

Pensamos que sería de gran significación que las publicaciones periódicas de las Universidades latinoamericanas siguieran el ejemplo de *Universidad de México*, expresando en esta forma su júbilo por la reinstauración del régimen legal en uno de los países que más sangre joven ha abonado para conseguirlo.

Halaga que en el presente número se hayan dado cita colaboradores de distintos países y de distintas ideologías, coincidiendo todos en sus puntos de vista sobre el sentido primordial de la Revolución Cubana para el desarrollo democrático hispanoamericano. En el "Diario de un escritor en La Habana", el poeta mexicano Jaime García Terrés apunta sus impresiones respecto a lo que vio y oyó en su viaje por Cuba; entre otros magníficos apuntes, cuenta: "Fidel ha comprendido la necesidad de acabar con el latifundio. No puede pensarse de otro modo, cuando se considera, por ejemplo, que veinticuatro empresas y familias azucareras controlan, por sí solas, la quinta parte de la superficie productiva nacional; es más: cinco empresas (Compañía Atlántica del Golfo, Julio Lobo, Cuban Trading Co., Cuban American Sugar Mill y Central Cuna-gua, S. A.) dominan el 10 por ciento del área nacional en fincas. Se afirma que estas empresas sólo necesitan una parte del terreno que controlan para tener el abastecimiento de cañas que requiere la molienda; lo cual demuestra que la reforma agraria no afectará el desenvolvimiento de la producción azucarera. Lo propio vale para los latifundios ganaderos... Es obvio que el latifundio impide la diversificación de los cultivos, obstaculiza la gradual disminución de las importaciones en este renglón, y es índice y determinante de

una economía colonial. De aquí que la revolución cubana pretenda ser, antes que cualquier otra cosa, una revolución agraria".

Más adelante, opinando en una encuesta titulada "La Revolución Cubana vista desde México", el fino cuentista guatemalteco Augusto Monterroso, quien participara en la etapa revolucionaria de su país durante los regímenes de Arévalo y Arbenz, declara: "¿Qué podría yo decir? En Hispanoamérica, sin Reforma Agraria no hay revolución; sin revisar los contratos de las compañías extranjeras no hay revolución, sin nuevos códigos de trabajo no hay revolución. Todo eso está haciendo en Cuba el movimiento de rebelión triunfante. Si a esto se suma el ejemplar castigo de los criminales de guerra que tanto ha alarmado (con razón) a muchos pícaros, podemos pensar con optimismo que el pueblo cubano ha emprendido, por fin, el camino de su liberación económica y política. ¿Qué emboscadas, qué maniobras, qué presiones se están fraguando en estos mismos momentos para sofocar lo que pronto se llamará sin duda, una nueva cabeza de playa del "comunismo internacional"? Es necesario imaginarlas todas. Azúcar es a banano lo que banano a estaño o petróleo. La revolución boliviana fue sitiada por hambre y está siendo sutilmente ahogada con dólares (pocos); la guatemalteca aplastada a tiros y a declaraciones de Caracas. Contra los intereses hispanoamericanos todos los medios son buenos. Pero la Historia es la Historia, y nuestros pueblos, que carecen de escuelas para aprenderla, están aprendiendo a hacerla, lo que no deja de ser mejor".

Y en otra página, bajo el encabezado de "América Latina y Estados Unidos", el talentoso novelista mexicano Carlos Fuentes afirma: "La Revolución de Cuba ha triunfado con un programa que refleja los problemas de casi todas las naciones de América Latina. Ha despertado la conciencia de los pueblos americanos; ha vuelto a plantear una serie de temas que, desde las épocas heroicas de la Revolución Mexicana, eran 'tabú'. La liquidación de los ejércitos de casta. La reforma agraria. La reivindicación de los recursos naturales de la nación. La superación del monocultivo. La ampliación de las relaciones comerciales con el exterior, y el trato justo en la forzosa relación bilateral con los Estados Unidos. La diversificación agrícola y el desarrollo industrial sobre bases independientes. La supresión de las concesiones onerosas y la sujeción de los inversionistas extranjeros al derecho interno. Y la autonomía de la política internacional".

En este número hay trabajos de: Gustavo Arcos, Enrique González Pedrero, Manuel Cabrera, Jorge Portilla, Leopoldo Zea, Demetrio Aguilera Malta, Víctor Trapote, Carleton Beals, William Attwood, Jacques Grignon Dumoulin, F. Pares, Claude Julien, Julio César Martínez, Felipe Pazos, Alcibíades Poveda, José Martí, Fidel Castro y Raúl Castro.

La Universidad, Revista trimestral de la Universidad de El Salvador, Director: Italo López Vallecillos, Año LXXXIII, Núms. 3-4, julio-diciembre 1958, San Salvador, El Salvador.

El poeta y escritor Italo López Vallecillos coordina los trabajos de esta publicación que, sin duda, viene a ser la revista académica más estructurada de Centro América.

Entre sus colaboradores, veintiocho en total, encontramos nombres de escritores e intelectuales egresados de distintas Universidades de América y Europa.

El material que recogen las cinco secciones en que se divide *Universidad* (Ciencias Jurídicas y Sociales, Filosofía y Letras, Ciencias Médicas, Economía y Finanzas y Problemas Universitarios de América Latina), incluye artículos y ensayos de primer orden. En la última sección se recoge, bajo el título Documentos Oficiales, la correspondencia que sobre la autonomía universitaria sostuvieron el Presidente de la República y el Rector de la Universidad. Por creerlo de interés para el público latinoamericano, transcribimos, sin comentarios, parte de dicha correspondencia.

La "Carta al Presidente Lemus sobre derechos legítimos de la Universidad" fechada en San Salvador el 29 de enero de 1958, dice en los dos primeros párrafos: "Ruego a Ud. que se sirva perdonar que continúe importunándole con mis reclamos acerca de los derechos legítimos de la Universidad que no son reconocidos y que, por el contrario, son constantemente violentados... La situación de la Universidad se está haciendo insostenible. Ante los reclamos que se hacen, en vez de lograrse condiciones más benignas, cada vez las exigencias fiscales se están poniendo más ateneantes".

Más adelante, la "Carta al Presidente de la República sobre Autonomía Universitaria" fechada en San Salvador el 12 de agosto de 1958, expone en dos de sus últimos párrafos: "He sido modesto en mis peticiones de dinero, pero sí he tomado mucho interés por la autonomía. Es por eso que ya van a cumplirse los cuatro años desde que inicié mis gestiones para que esa autonomía que por su derecho le corresponde puesto que se lo garantiza la Constitución Política le sea reconocida... Estoy como al principio. Y aquel derecho que urgentemente necesita la Universidad, lleva aspectos de que el gobierno encabezado por el Coronel José María Lemus no se lo reconocerá... Tal vez estoy equivocado. Ojalá que así sea. Pero para desengañarme ruego al Sr. Presidente que se sirva decirme de una manera clara y definitiva si el proyecto va a ser enviado o no a la Asamblea Legislativa para que sea allá donde se discuta su conveniencia o inconveniencia. Desde luego estoy dispuesto a defender allá no sólo su conveniencia general sino a demostrar que su realización es de una urgente e impostergable necesidad para la vida de la Universidad si es que no se quiere que a la larga desaparezca ese organismo bien encaminado a la cultura nacional".

Luego, la "Contestación del Presidente de la República sobre los problemas de Autonomía Universitaria" fechada en San Salvador el 28 de agosto de 1958, afirma en algunos de sus párrafos: "Desgraciadamente, no todo puede realizarse con la amplitud que uno desea. No obstante que la Universidad recibe los subsidios más altos de su historia y de la historia del país, todavía no es hora en que podamos pensar en asignarle un patrimonio propio, que le otorgue de consiguiente una autonomía no condicionada... En términos de derecho público como Ud. dice, Sr. Rector, a ningún oído podrá sonar extraña la proclama de que nosotros hemos adoptado como único medio de solución para todo problema, la actitud que recomienda la más sana doctrina democrática: la cooperación, la discusión, la dilucidación pública de los asuntos trascendentales... Deseo expresar mi sincera opinión acerca de que, en cuestiones de esta naturaleza, muchas veces el equívoco o la mala comprensión se producen por el hecho de hacer intervenir en ellas, factores personales... Considero que Ud. está justamente ansioso de incluir en su memoria de cuatro años de rectorado universitario, el resultado de sus gestiones encaminadas a obtener la autonomía total de la Universidad. Pero ese es un acto desde ya reconocido: y el hecho de que el

logro no venga tan de prisa como se desea, no impedirá, desde luego, el reconocimiento del sector universitario hacia el esfuerzo de Ud."

Por último, la "Carta Réplica del Rector al Presidente de la República sobre la autonomía de la Universidad" (sin fecha), llega a la conclusión de que: "Indudablemente lo que está de manifiesto es que todas mis gestiones para dotar a la Universidad del derecho constitucional que le corresponde, han fracasado ante el ánimo del Sr. Presidente. He estado esperando un tiempo prudencial para ver si se recapacitaba, y se enderezaba la finalidad en forma más conciliadora. Pero todo me viene a demostrar que no hay ya voluntad para reconocer a la Universidad lo que por derecho le corresponde. En esas circunstancias no me queda más recurso que poner el caso en conocimiento de la más alta Autoridad Universitaria para que ella defina, frente a las dificultades prácticas y circunstancias adversas en que se efectúan en la actualidad las gestiones universitarias, si es posible continuar en el sometimiento a que se obliga a la Universidad o si la actividad docente de la misma debe cesar en forma inmediata o aplazada, según las circunstancias. En este sentido voy a someter a la consideración de la Honorable Asamblea un proyecto de resolución. Considero necesario que la Universidad haga valer, como corresponde, sus derechos constitucionales dentro del principio de que vale más perecer que persistir en constante e indebido sometimiento".

En este número hay trabajos de: Alejandro Dagoberto Marroquín, Mario Flores Macal, Eli de Gortari, David Luna, Enrique González Pedrero, Agustín Basave Fernández del Valle, Napoleón Rodríguez Ruiz, Hugo Lindo, Mercedes Durand, Humberto Palza Soliz, Pedro Geoffroy Rivas, José Napoleón Rodríguez Ruiz h., Waldo Cháñez Velasco, Raúl Leiva, René Santiago Carrillo, Oswaldo Escobar Velado, Juan José Fernández h., José Simón Basagoitia, Roberto Masferrer, Aristides Palacios, Juan Allwood Paredes, Julieta Campos, Joseph Somer, Buenaventura Nuila y Nuila, Antonio Ramírez Amaya, Gustavo Oriani h. y Matilde Elena López.

Nivel, Gaceta de cultura, Directores: Germán Pardo García y Carlos Pellicer, Núm. 3, marzo 1959, México.

Al cumplirse tres años de circulación, desapareció la revista literaria *Estaciones*. Casi al mismo tiempo, los poetas Germán Pardo García y Carlos Pellicer—quien fue uno de los fundadores de *Estaciones*— han iniciado la publicación de *Nivel*.

El número que tenemos a la vista, por cierto de difícil manejo debido a su tamaño, contiene poemas, artículos y ensayos de escritores conocidos. La presentación tipográfica de *Nivel* es bastante limpia y la selección de sus colaboradores deja entrever una auténtica vocación de servir a la cultura.

En seguida, del poeta español, Juan Rejano, reproducimos parte de su sentida "Evocación de Antonio Machado": "No sé si la leí en un periódico o si alguien me la dio de palabra. No sé tampoco si la recibí el mismo día 22, o al día siguiente. Lo que sí recuerdo es que la desaparición de don Antonio resonó como un golpe seco en mi corazón, como el primer golpe terrible que la España desterrada recibía. Y, bajo esta amarga impresión, como si la muerte diera vida a los entrañables fantasmas todavía cercanos, comenzaron a desfilar por los ojos de mi alma los entumecidos campos de Castilla, los olivares andaluces, las

plazuelas provinciales con su rumor de fuente y de chiquillería retozona, los silenciosos huertos de limoneros y mirtos, el alfange del Guadalquivir y la lengua legendaria del Duero... Todo el sensible mundo que acabábamos de perder, recreado con mágica simplicidad por el poeta".

Y del poeta mexicano Carlos Pellicer, copiamos un fragmento de su "Bolívar sin límites", escrito bajo la impresión que le causó la estatua ecuestre del escultor colombiano Arenas Betancourt, en la que muestra a Bolívar desnudo. Leamos: "Los que le admiramos y le amamos, le vemos sin la limitación del paisaje, del doméstico caballo, del uniforme, del tiempo. Ya no está en el tiempo humano, tiempo de cuarenta y siete años. Ahora está en el tiempo heroico, el tiempo sobreviviente, el tiempo vencedor del tiempo, el tiempo Bolívar, medida histórica; dimensión sin precedente de horizonte esférico. Sin paisaje, sin uniforme, sin anécdotas... Es la imagen definitiva del que nos enseñó a ser libres para que otros lo sean. Es Bolívar en libertad. Bolívar sin límites. Es la efígie del gran previsor de Jamaica, de Panamá, de Potosí. Va a caballo, pero en el viento, completamente desnudo, con el fuego para destruir o iluminar en la mano del corazón y en la otra, las ideas escritas, fijadas en algo material para que el espíritu de las naciones no las olvide... Pasó el tiempo del Bolívar acartonado en sus ropas de guerra, general como muchos y ecuestre académico. No, el Bolívar de hoy, el que ya podemos ver, el que es para siempre es el que tan lúcidamente nos presenta ahora el escultor colombiano. Es una creación magnífica que podría determinar un nuevo acento en el ánimo de nuestros pueblos; es la enseñanza cabal del héroe por excelencia, del Libertador, del sensual amante de la Libertad, del más poderoso y realista soñador que con el corazón destrozado por nuestra conducta nos ve desde su ráfaga ecuestre y pasa sobre nuestros cielos, desnudo como la luz".

En este número hay trabajos de: Marco Antonio Montes de Oca, Rubén Salazar Mallén, Margarita Michelena, Enrique Creel, Ramón Gálvez, Antonio Acevedo Escobedo, Arturo Souto Alabarce, A. Silva Villalobos y Rafael Heliodoro Valle.

Universidad de Honduras, Boletín de la Secretaría General de la Universidad Nacional Autónoma de Honduras, Director: Oscar Acosta, Año 1, Núm. 6, enero 1959, Tegucigalpa, República de Honduras.

Raras veces—por no decir nunca—nos llega una publicación de la hermana República de Honduras, por ello acogemos con beneplácito esta edición extraordinaria dedicada a recopilar datos que contribuyen a formar la historia de la Música en Honduras. En la portada de este número se reproduce el óleo "Desolación" del pintor hondureño Alvaro Canales, residente en México.

En efecto, las páginas de esta edición extraordinaria, recogen un material literario y fotográfico que, exclusivamente, se refiere a los acontecimientos musicales de aquel país centroamericano durante el período independiente. Lo mismo informan acerca de personalidades del arte musical—como Sacha Heifetz, Bela Bartok y Georgy Sandor—que han actuado en aquel país, que de compositores e intérpretes nacionales destacados fuera o dentro de la patria. Transcribimos a continuación un fragmento de carta del maestro Manuel Adalid y Gamero para Francisco Díaz Zelaya, a quien le participa, en el mes de abril de 1928, los siguientes conceptos: "MI SUITA TROPICAL fue ejecutada el 10 del corriente en

Washington, lo mismo que un poema sinfónico de Fabini, uruguayo, y una suite aborigen de Justin Elie, haitiano. Los periódicos de Washington anunciaron que serían oídas por primera vez en el mundo dos composiciones de distinguidos compositores latinoamericanos. La Suite tropical, de Manuel De Adalid y Gamero, de Honduras, y la Suite Aborigen de Justin Elie, de Haití. Ya ve Ud., mi querido Pancho, que si no he triunfado económicamente y sigo siempre pobre, he hecho algo para que se tome en cuenta el nombre de Honduras”.

En este número hay trabajos de: Rafael Heliodoro Valle, Perfecto H. Bobadilla, Francisco Salvador, Rafael Coello Ramos, Victoriano López y Héctor Gálvez.

Cursos y Conferencias, Revista del Colegio Libre de Estudios Superiores, Año XXVII, Vol. LII, Núm. 282, septiembre de 1958, Buenos Aires, Argentina.

En este número hay trabajos de: Roberto F. Giusti, Pablo Lejarraga, Martha Elena Samatán, Enrique Pezzoni, Ernesto Epstein, Alfonso Corradini, Nilda Guglielmi e Isaías Lerner.

Euterpe, Revista de Arte y Letras, Director: Julio Aristides, Año 10, Núm. 34, abril-junio 1958, San Martín (Bs. Aires), Argentina.

En este número hay trabajos de: Jaime Pahissa, Mario Newton Filho, Julio Aristides, Ruth María Chaves, Marly de Oliveira, Paulo Bomfim, Santiago J. Labandera, E. López Sedano, María Angélica Villar, Miguel de Aguilar Merlo y E. Gutiérrez Albelo.

Universidad, Publicación de la Universidad Nacional del Litoral, Director: Domingo Buonocore, Núm. 38, julio-diciembre 1958, Sta. Fe, Argentina.

En este número hay trabajos de: José María Monner Sans, Rafael Virasoro, Luis di Filippo, Ángel J. Cappelletti, Guillermo Ara, Celia Ortiz de Montoya, David Lagmanovich, David Martínez, Jean Babelón, Mario Schivazzappa, Frida Schultz de Mantovani, Domingo Sabaté Lichtschein, Louise-Noëlle Malcles, Domingo Buonocore, Demetrio Dimitroff, Francisco Scibona, Edson Nery da Fonseca, Delia A. Travadelo, Luis Muñoz y Beatriz Bosch.

Kriterion, Revista da Faculdade de Filosofia da Universidade de Minas Gerais, Director: Eduardo Frieiro, Vol. 11, Núms. 45-46, julio-diciembre 1958, Belo Horizonte, Minas Gerais, Brasil.

En este número hay trabajos de: Flávio Neves, Cruz Costa, E. A. Buggenham, R. C. Romanelli, J. Vincent, Miguel Maurício da Rocha, Carlos de Paula Couto, Lair Rémusat Rennó, Lawrence S. Morris, Eduardo Fierro, Cleonice Berardinelli, Cláudio Brandao, A. Pinto de Carvalho y Tabajara Pedroso.

Caballo de Fuego, Revista de poesía, Director: Antonio de Undurraga, Año XIII, Número 11, julio 1958, Bogotá, Colombia.

En este número hay trabajos de: Arturo Marasso, Germán Pardo García, Antonio de Undurraga, Juan Jacobo Bajarliá, Máximo Duarte, Jonás García, James Joyce, Concepción Silva Belinzon, León de Greiff, Rafael Pineda, Carlos Rafael Giordano, José Saer, Luis Enrique Sendoya, Javier Arias Ramírez, Mauricio Rafael Buitrago, Anne Morrow-Lindbergh, Franz Moreau, María Eugenia González Olaechea, Emilio Prados, Ricardo Paseyro, María Elena Walsh, Wallace Stevens, Juvenal Ortiz Saralegui, Manuel del Cabral, Ludwig Zeller, Jorge Eduardo Eielson, Manuel Pacheco, José Ramón Medina, Leonidas C. Lamborghini, Dylan Thomas, Magdalena Harriague, Franco Moggi, Marcos Fingerit, Hart Crane, Horace Gregory y Pedro de Oraa.

Spiral, Revista mensual de artes y letras, Director: Clemente Airó, Vol. VIII, Núm. 75, octubre 1958, Bogotá, Colombia.

En este número hay trabajos de: Hartman Grisewood, Elizabeth Janeway, Guillermo Payán Archer, Vicente Aleixandre, Clemente Airó y Viriglio Díaz Grullón.

Mito, Revista Bimestral de Cultura, Dirección: Jorge Gaitán Durán, Eduardo Mendoza Varela, Eduardo Cote Lamus, Año IV, Núm. 21, septiembre-octubre 1958, Bogotá, Colombia.

En este número hay trabajos de: George Luckacs, Enrique Buenaventura, John Hans Winge, Arthur Adamov, Bertolt Brecht, Juan Liscano, Hugo Latorre Cabal, Gabriel Trillas y Gerardo Molina.

Revista Bolívar, Director: Roberto Herrera Soto, Vol. XI, Entrega núm. 2, Número 50, marzo-abril-mayo 1958, Bogotá, Colombia.

En este número hay trabajos de: Guillermo Morón, Michele Federico Sciacca, Carlos Martín, Miguel Aguilera, José Sanz y Díaz, León de Greiff, Eduardo Arias Suárez, Oswaldo Guayasamín, Jaime Téllez, Alicia Salgar Pérez, Germán Fernández Fraga, Domingo Martínez Paredes, Luis Terán Gómez, Jorge Dagond Flórez, E. Fries, José Fernando Ocampo, Cristóbal Garcés Larrea, Efraim Casadiego, Alberto Gil Novales, E. Benito Ruano, Giovanni Gullace, Gerardo Plaza Valderrama y Roberto García Morillo.

Plástica, Revista de Arte Contemporáneo, Directora: Judith Márquez, Núm. 10, enero-febrero-marzo 1958, Bogotá, Colombia.

En este número hay trabajos de: José Gómez Sicre, Luis Quezada, Jorge Romero Brest, Antonio Bento, F. Cossío del Pomar, Romualdo Brughetti, Michel Ragon, Anthony Kerrigan, C. L. Popovici, Leonel Estrada y Walter Engel.

Revista de la Universidad de los Andes, Revista Trimestral, Directores: Daniel Arango, Eduardo Carranza, Andrés Holguín, Ferenc Vajta, Ramón de Zubiria. Año 1, Núm. 4, diciembre 1958, Bogotá, Colombia.

En este número hay trabajos de: Eduardo Cote Lamus, Mario Laserna, Juan José Carreras, Luis Jaime Sánchez, Martha Traba, Hernando Groot, Ferenc Vajta, Carlos Martín, John M. Hunter, Alice y Francis Hunter, Helcias Martan Góngora, Hernando Salcedo Silva y Luis Antonio Escobar.

Combate, Revista Bimestral, Director: Luis Alberto Monge, Vol. 1, Núm. 2, septiembre y octubre 1958, San José, Costa Rica.

En este número hay trabajos de: Humberto Maiztegui, George Meany, Víctor Alba, León Dennen, Orlando Rojas, Tom Mboya, Adolf A. Berle Jr., G. L. Jain, José Figueres y Valentín Toma.

Anales de la Universidad de Chile, Memorias Científicas y Literarias, Director: Guillermo Feliu Cruz, Año CXVI, Núm. III, Tercer trimestre 1958, Santiago, Chile.

En este número hay trabajos de: Juan Gómez Millas, Luis Escobar Cerda, Arturo Frondizi, Israel Drapkin Sendery, Fernando Uriarte, Juan Uribe Echavarría, José Herrera, María Etcheverry, Rodolfo Barrientos, Martín Heidegger, Alberto Wagner de Reyna, Gabriel Alvia Cáceres, Eduardo Guerra Vega, León Grinberg, Danilo Salcedo Vodnizza, Vicente Salas Viu, Julio C. Montané Martí, José Nucete-Sardi, Jorge Teiller, Victoriano Lillo, Cedomil Goic, Juan Villegas Morales, Gerardo Moldenhauer, Braulio Arenas, Jorge Sanhueza, Ricardo Bindis, Carlos Foresti Serrano y Mario Rivas.

Estudios Sobre el Comunismo, Revista Trimestral, Director: Miguel Poradowski, Año VII, Núm. 23, enero-marzo 1959, Santiago, Chile.

En este número hay trabajos de: Carlos de Baraibar, Boris Souvarine, Antón Stefanescu, Zdzislaw Sthal, Evelyn Zoltowska, Adam Ciolkosz, Prvislav Weissenberger, Michel Gamarnikow, José Julio Santa Pinter, Alberto D. Faleroni, Beipi, Pierre Faure, Dámaso Mac Laurin, Pedro V. Domingo, Carlos Gómez Mena, E. Zoltowska, Samuel Mendoza, Francis Noël Baker y Evelyn Zet.

Cuadernos del Guayas, Director: Adalberto Ortiz, Año IX, Núm. 17, septiembre 1958. Guayaquil, Ecuador.

En este número hay trabajos de: Jorge Carrera Andrade, Cristóbal Garcés Larrea, Antonio de Undurraga, Hugo Lindo, Serafín Domínguez Mancebo, César Andrade y Cordero Maruja Vieira, J. A. Falconí Villagómez, Alejandro Ramón Armendáriz, Hugo Mayo, Adalberto Ortiz, Nancy Carlín Iglesias, Otto Raúl González, Rubén Enrique Concha Arenas, Jacinto Luis Guereña, Francisco Ferrándiz Alborz, Nicol Facejo, Bernardo Morales Garcés y César Parra Contreras.

Economía Salvadoreña, Revista de la Facultad de Economía de la Universidad de El Salvador, Director: Leonilo Armando Alas, Año V, Núm. 17, abril-junio 1958, San Salvador, El Salvador.

En este número hay trabajos de: Jorge Sol Castellanos, Leonilo Armando Alas, Antonio Maraviglia y Guillermo Aceto.

Humanidades, Revista de Cultura y de Literatura Clásicas, Vol. X. Núms. 19 y 20, enero-agosto 1958, Comillas (Santander), España.

En este número hay trabajos de: R. Olaechea, O. Robleda, Joséph A. Muñítz, J. Salinero Portero, José Luis Gárfer, Amleto Tondini, Juan M. Fernández, Eusebio Rey, N. González Caminero, R. Romero Valencia, I. González, D. Mayor, F. Sánchez Vallejo, J. M. Alejandro, Ceferino Santos, R. M. de Hornedo, Juan R. Gabernet y C. Gutiérrez.

Américas, Publicada por la Unión Panamericana, Secretaría General de la O.E.A., Directora: Kathleen Walker, Vol. 11, Núm. 3, marzo 1959, Washington, D. C., Estados Unidos de Norteamérica.

En este número hay trabajos de: Jorge Artel, Bill Prochnau, Luis Blanco Álvarez, Gilbert Khachadourian, Armando Zegrí, Héctor Pereyra Suárez, Benedicta S. Monsen, Robert A. Nichols, José Donoso, Hubert Herring.

La Educación, Revista trimestral, Director: Luis Reissig, Año 3, Núm. 12, octubre-diciembre 1958, Washington, D. C., Estados Unidos de Norteamérica.

En este número hay trabajos de: I. L. Kandel y Luis Reissig.

The Texas Quarterly, Harry H. Ransom, Vol. 1, Núm. 4, Winter 1958, Austin, Texas, Estados Unidos de Norteamérica.

En este número hay trabajos de: James P. Hart, Mody C. Boatright, Lyndon B. Johnson, Joyce Cary, Dan Jacobson, Keith Williams, Elizabeth Enright, James Purdy, Raoul C. Faure, Ruth Stephan, James Gindin, Rufus A. Blanshard, Oliver Radkey, Robert Paul Browder, Robert H. McNeal, Robert W. Stallman, Isabella Gardner, Roy Marz, Brother Antoninus, George Freedley, Ellen Clayton Garwood y Harry H. Ransom.

La Nueva Democracia, Revista trimestre publicada por el Comité de Cooperación en la América Latina, Vol. XXXVIII, Núm. 4, octubre 1958, Nueva York, Estados Unidos de Norteamérica.

En este número hay trabajos de: Michel Philibert, Alfonso Reyes, Jacob Henriques, Francisco Romero, Federico de Onís, Rodrigo Beyle, Luis Alberto

Sánchez, Edgardo Ubaldo Genta, Emeterio S. Santovenia, Andrés Iduarte, Agustín Basave, Gregory Rabassa, Arturo Torres Ríoseco, Betty Rita Gómez Lance, Tulia Betancourt, Arturo Capdevila, Carlos Vaz Ferreira, Elías Entralgo, Manuel Gamio, Alfredo Cardona Peña, Manuel Garrido Aldama, Jorge Carrera Andrade, Jorge P. Howard, Blanco Villalta, Fermín Peraza, Dmitri Ivanovitch, Humberto Tejera, Ricardo Collins, Martín Heidegger, Víctor Massuh, Salvador Bueno, Salvador Calvillo Madrigal, Enrique de Gandía, Tomás S. Goslin II, Rubén García y Martín Alberto Boneo.

Revista Iberoamericana, Órgano del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana. Director: Arturo Torres Ríoseco. Vol. XXIII, Núm. 46, julio-diciembre 1958. Berkeley, Calif., Estados Unidos de Norteamérica.

En este número hay trabajos de: Bernardo Canal Feijóo, Raúl H. Castagnino, Roberto F. Giusti, Ronald Hilton, José María Monner Sans, Ismael Moya, Antonio Pagés Larraya, Luis Emilio Soto, Horacio Jorge Becco, Alceu Amoroso Lima, Guillermo Ara, Germán Arciniegas, Ulrich Leo, Hugo Rodríguez Alcalá, Homero Castillo, Frank Dauster, John E. Englekirk, Hellen Ferro, Thomas B. Irving, Harvey L. Johnson, Luis Leal, Jerónimo Mallo, Manuel Mejía Valera, Alfredo A. Roggiano y Apolonio Coronado.

Bulletin Hispanique, Director: Marcel Bataillon. Vol. LX, Núm. 3, julio-septiembre 1958. Bordeaux, Francia.

En este número hay trabajos de: Yves Bottineau, Yakov Malkiel, Homero Seris, R. A. Del Piero, E. Varela Hervias, Marie Laffranque, Charles V. Aubrun, Jean Colomes, Robert Ricard, José Caso González, Zdenek Hampejs, B. Pottier, A. Llinares, Robert Pageard, Jean-Louis Flekniakoska, E. Dehennin, Paul-J. Guinard, Marcel Bataillon y René Lafon.

Esprit, Director: Jean-Marie Domenach, Año 26, Núm. 266, octubre 1958, París, Francia.

En este número hay trabajos de: Manuel Tuñón de Lara, Juan Oropesa, Simón Bolívar, Mario Briceno Iragorry, Juan Liscano, Emilio Maspero, Henri Raymond, Rubén Talavera, L. R. Capriotti, Róger Bastide, José Carlos Mariátegui, Jorge Carrera Andrade, Jaime Torres Bodet, Pablo Neruda, Gabriela Mistral, César Vallejo, Carlos Drummond de Andrade, Manuel Bandeira, Carlos Castro Saavedra, Jean Cassou, Leopoldo Zea, Jean-Marie Domenach, André Bazin, Yves Bertherat, Casamayor, Henri Davenson, Pierre Lantz, Pierre Leman, Michel Mesnil, Gyula Paal, Alfred Grosser, Benjamín Goriély, Alfred Simon, Louis de Villefosse, Jean Paris, Monique Nathan, Jean Guichard-Neilli, F. Sellier y Jean Follain.

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR ESTA
REVISTA EL DÍA 5 DEL MES DE
MAYO DE 1959 EN LOS TA-
LLERES DE LA EDITORIAL CVL-
TVRA, T. G., S. A., AV. GUATEMA-
LA NÚMERO 96, MÉXICO 1, D. F.
SIENDO EL TIRO DE DOS MIL
EJEMPLARES.

Cuadernos Americanos

ha publicado los siguientes libros:

	PRECIOS
	Pesos Dls.
1.—CANARAS LA LUZ, por León Felipe	(agotado)
2.—JUAN RUIZ DE ALARCON, SU VIDA Y SU OBRA, por Antonio Castro Leal	(agotado)
3.—RENDICION DE ESPIRITU (I), por Juan Larrea.....	10.00 1.00
4.—RENDICION DE ESPIRITU (II), por Juan Larrea.....	10.00 1.00
5.—ORIGENES DEL HOMBRE AMERICANO, por Paul Rivet....	(agotado)
6.—VIAJE POR SURAMERICA, por Faldo Frank	(agotado)
7.—EL HOMBRE DEL BUHO, por Enrique González Martínez..	18.00 1.60
8.—ENSAYOS INTERAMERICANOS, por Eduardo Villaseñor....	(agotado)
9.—MARTI ESCRITOR, por Andrés Iduarte	(agotado)
10.—JARDIN CERRADO, por Emilio Prados	8.00 0.80
11.—JUVENTUD DE AMERICA, por Gregorio Bermann	10.00 1.00
12.—CORONA DE SOMBRA, por Rodolfo Usigli (segunda edición)	15.00 1.50
13.—EUROPA-AMERICA, por Mariano Picón Salas	(agotado)
14.—MEDITACIONES SOBRE MEXICO, ENSAYOS Y NOTAS, por Jesús Silva Herzog	10.00 1.00
15.—DE BOLIVAR A ROOSEVELT, por Pedro de Alba	10.00 1.00
16.—EL LABERINTO DE LA SOLEDAD, por Octavio Paz	(agotado)
17.—LA APALIBI, por Enrique González Martínez.....	10.00 1.00
18.—LA PRISION, NOVELA, por Gustavo Valcárcel	(agotado)
19.—ESTUDIOS SOBRE LITERATURAS HISPANOAMERICANAS. GLOSAS Y SEMBLANZAS, por Manuel Pedro González (em-pastado)	(agotado)
20.—SIGNO, por Honorato Ignacio Magaloni	10.00 1.00
21.—LLUVIA Y FUEGO, LEYENDA DE NUESTRO TIEMPO, por Tomás Bledsoe	12.00 1.20
22.—LUCERO SIN ORILLAS, por Germán Pardo García	10.00 1.00
23.—LOS JARDINES AMANTES, por Alfredo Cardona Peña.....	10.00 1.00
24.—ENTRE LA LIBERTAD Y EL MIEDO, por Germán Arciniegas	(agotado)
25.—NAVE DE ROSAS ANTIGUAS, POEMAS, por Miguel Alvarés Acosta	12.00 1.20
26.—MURO BLANCO EN ROCA NEGRA, por Miguel Alvarés Acosta	15.00 1.50
27.—EL OTRO OLVIDO, por Dora Isella Russell	5.00 0.50
28.—DEMOCRACIA Y PANAMERICANISMO, por Luis Quintanilla	5.00 0.50
29.—DIMENSION IMAGINARIA, por Enrique González Rojo.....	10.00 1.00
30.—AMERICA COMO CONCIENCIA, por Leopoldo Zea	10.00 1.00
31.—DIMENSION DEL SILENCIO, por Margarita Paz Paredes....	10.00 1.00
32.—ACTO POETICO DE Germán Pardo García	10.00 1.00
33.—NO ES CORDERO... QUE ES CORDERA. Cuento militeo. Versión castellana de León Felipe	10.00 1.00
34.—SANGRE DE LLAMA, por José Tiquet	10.00 1.00
35.—CHINA A LA VISTA, por Fernando Benítez	12.00 1.20
36.—U. Z. LLAMA AL ESPACIO, por Germán Pardo García.....	10.00 1.00
37.—ARETINO, AZOTE DE PRINCIPES, por Felipe Casto del Pomas	18.00 1.60
38.—OTRO MUNDO, por Luis Suárez	18.00 1.60
39.—LA BATALLA DE GUATEMALA, por Guillermo Torralba....	20.00 1.80
40.—EL HECHICERO, por Carlos Solórzano	5.00 0.50
41.—POESIA RESISTE, por Lucila Velázquez	12.00 1.20
42.—AZULEJOS Y CAMPANAS, por Luis Sánchez Pontón	18.00 1.60
43.—LA REVOLUCION GUATEMALTECA, por Luis Cardosa y Aragón	15.00 1.50
44.—RAZÓN DE SER, por Juan Larrea	18.00 1.60
45.—CEMENTERIO DE PAJAROS, por Griselda Alvarés	9.00 0.90
46.—EL POETA QUE SE VOLVIO GUSANO, por Fernando Alegria	7.00 0.70
47.—LA ESPADA DE LA PALOMA, por Juan Larrea	55.00 3.50
48.—ETERNIDAD DEL RUISEÑOR, por Germán Pardo García	15.00 1.50
49.—ASCENSION A LA TIERRA, por Vicente Magdaleno	9.00 0.90
50.—INICITACIONES Y VALORACIONES, por Manuel Maples Arce	15.00 1.50

OTRAS PUBLICACIONES

PASTORAL, por Sara de Ibáñez	5.00 0.50
UN METODO PARA RESOLVER LOS PROBLEMAS DE NUESTRO TIEMPO, por José Gaoz	5.00 0.50
OROZO Y LA IRONIA PLASTICA, por José G. Zuno	6.00 0.60
INDICES "CUADERNOS AMERICANOS" 1942-1952, por Angel Flores	10.00 1.00

REVISTA, SUSCRIPCION ANUAL PARA 1950 (6 ndms.)

MEXICO	75.00
OTROS PAISES DE AMERICA Y ESPAÑA	7.50
EUROPA Y OTROS CONTINENTES	8.50

PRECIO DEL EJEMPLAR:

MEXICO	15.00
OTROS PAISES DE AMERICA Y ESPAÑA	1.40
EUROPA Y OTROS CONTINENTES	1.65

Ejemplares atrasados, precio convencional

N U E S T R O T I E M P O

Jaime García Terrés
Juan J. Fitzpatrick
Napoleón Viera Altamirano
Carlos Sánchez Viamonte
René Marqués

Un diálogo con Alfonso Reyes.
La crisis política en Argentina.
Marginales al Continente.
Intervencionismo.
Pesimismo literario y optimismo político:
su coexistencia en el Puerto Rico actual.

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

Marcos Victoria
José Medina Echavarría
Miguel Bueno

El hombre y el teléfono.
El papel del sociólogo en las tareas del
desarrollo económico.
La filosofía y el método.

PRESENCIA DEL PASADO

José Uriel García
Raúl Leiva
Mario de la Cueva
Jesús Silva Herzog

Sumas para la historia del Cusco. I.
A propósito de la literatura perseguida en
México.
Las fuerzas políticas en la sociedad fluc-
tuante.
La etapa maderista de la revolución.

DIMENSIÓN IMAGINARIA

Juan Rejano
Rodolfo Usigli
Manuel Maples Arce
Carmen Iglesias
Hugo Rodríguez Alcalá

Cinco sonetos.
La Exposición. Divertimiento en tres actos.
Tanka y Haiku.
El "esperpento" en la obra de Valle-Incán.
I.
En torno a una novela americana.

LIBROS Y REVISTAS

MAURICIO DE LA SELVA y ANTONIO SALGADO.